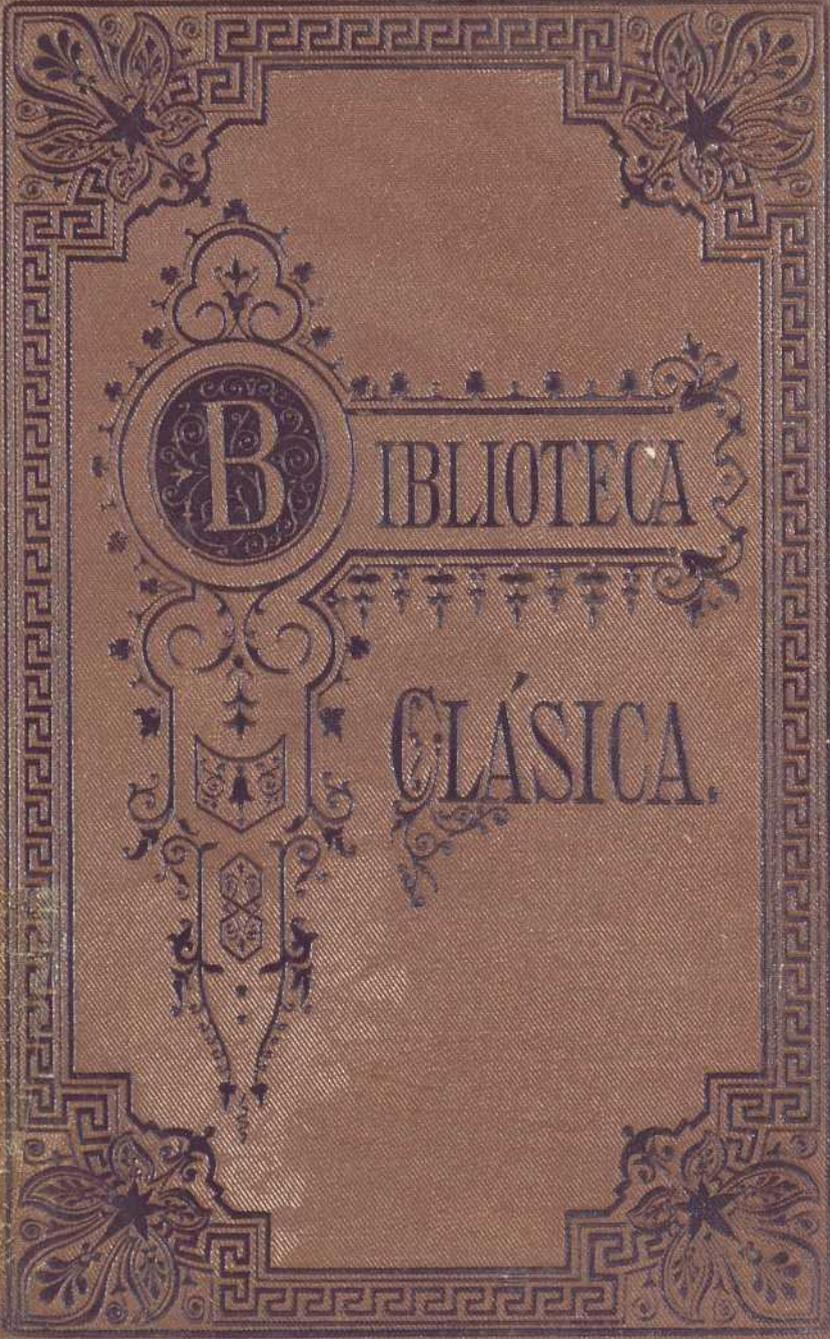




IBLIOTECA

CLÁSICA.



Biblioteca

CENTRO NACIONAL DE LECTURA
BIBLIOTECA

Sala

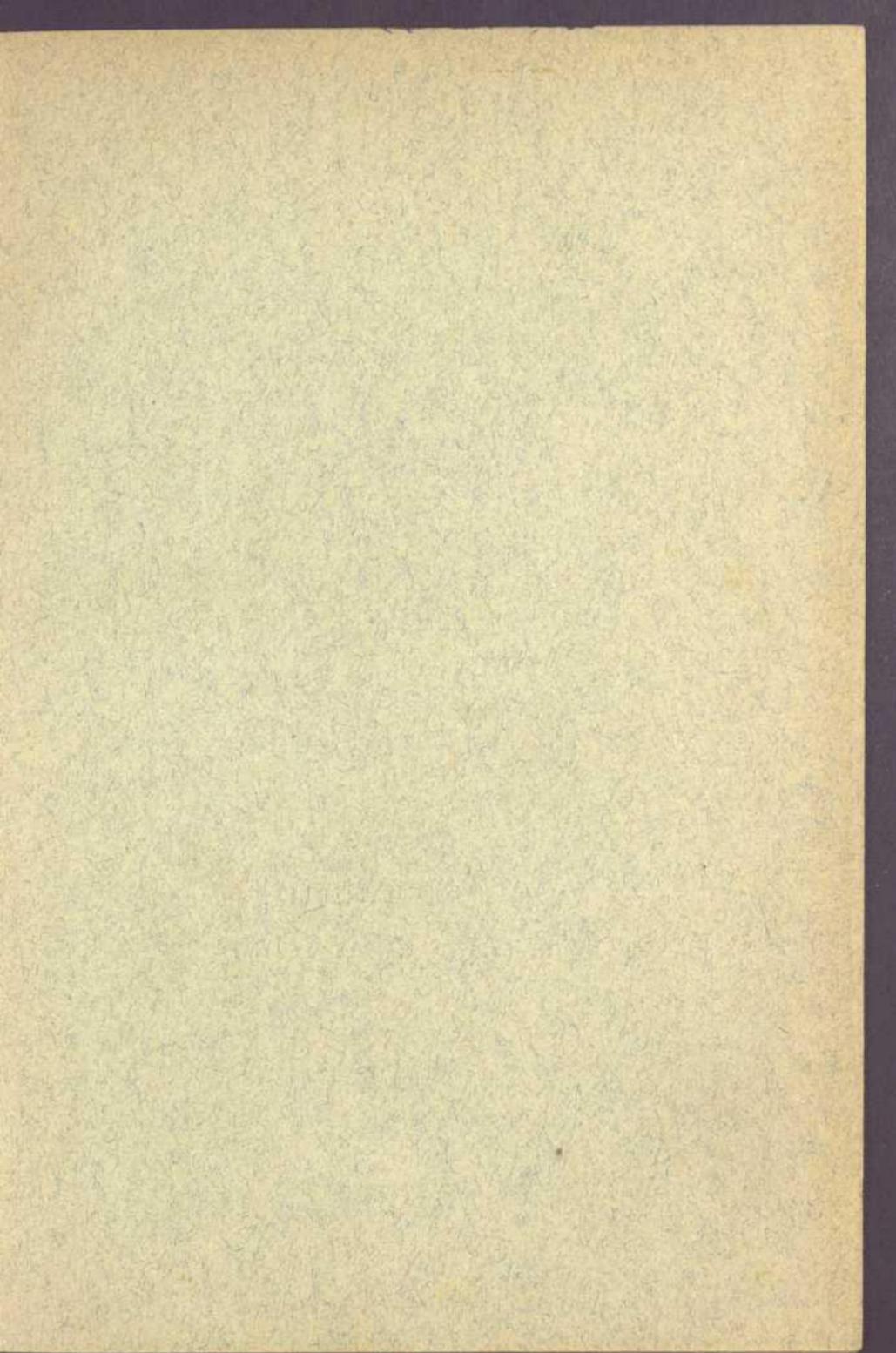
libro antes de

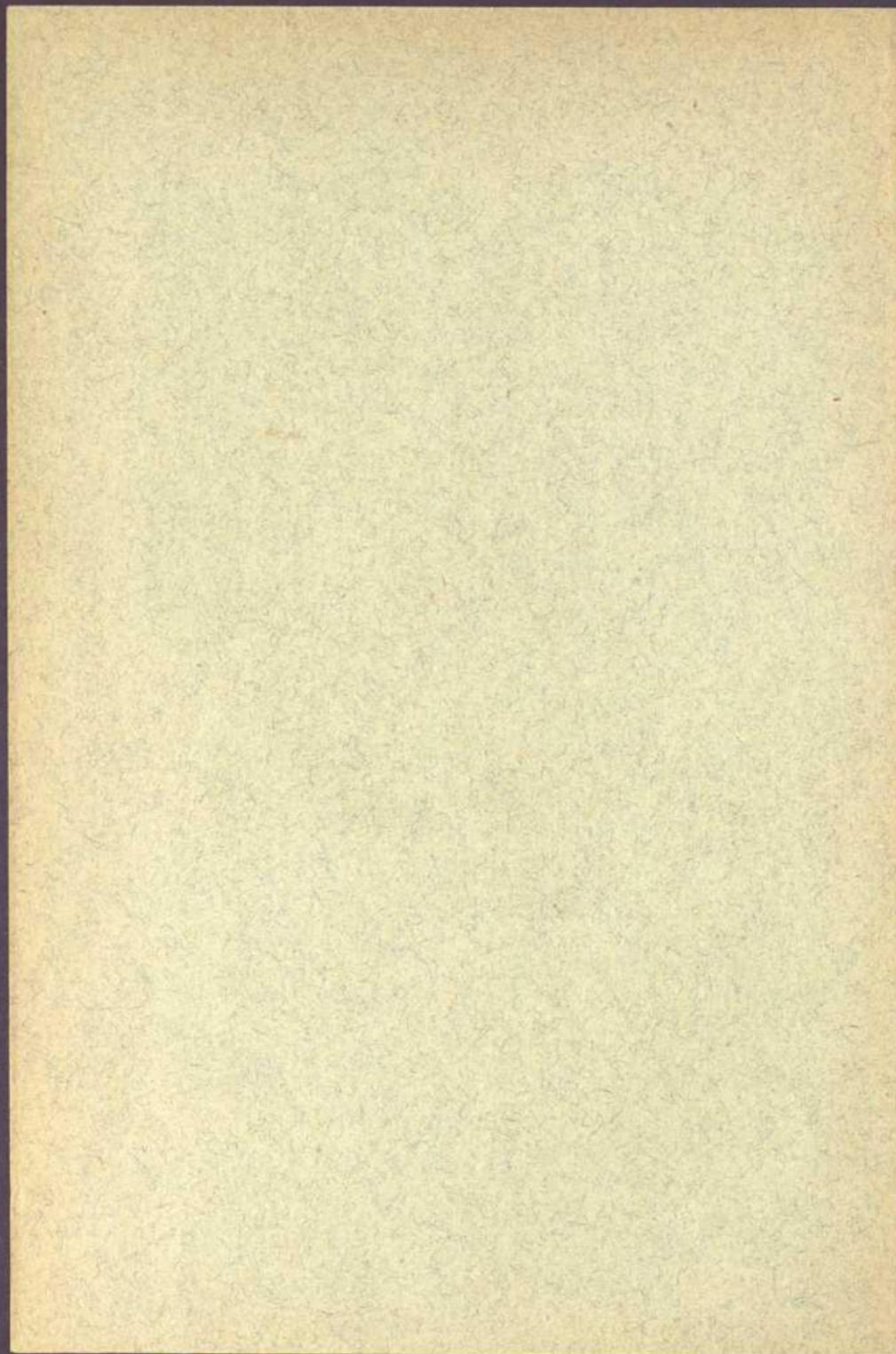
Estante

C-6

Signatura

226





F.A. 3902

R. 6-2972

SCOTTISH BOOKS

844. 7

F. A. 3902

BIBLIOTECA CLASICA
TOMO XXX

ESTUDIOS
CRÍTICOS

POR

LORD MACAULAY

TRADUCIDOS DIRECTAMENTE DEL INGLÉS

POR

M. JUDERÍAS BÉNDER



MADRID

LIBRERÍA DE PERLADO, PÁEZ Y C.[^]

Sucesores de Hernando.

Calle del Arenal, núm. 11.

1908

~~R-2943~~

MR-12.028



AL QUE LEYERE

Con el presente volumen concluye la colección de los *Estudios literarios, históricos, biográficos, políticos y críticos* de lord Macaulay (1), que por encargo del director de la BIBLIOTECA CLÁSICA empezamos á traducir del inglés hace dos años. Pero si entónces era desconocido en nuestra patria este autor, uno de los primeros escritores contemporáneos de Inglaterra, de cuantos no podian leer sus páginas inmortales en el idioma en que fueron escritas, hoy no es aventurado decir que lord Macaulay tiene carta de naturaleza entre nosotros, á juzgar

(1) Cinco tomos en 8.º de la *Biblioteca clásica* 1879-1880.

del favor creciente que dispensa el público español á la traduccion de sus obras y al buen acogimiento de la crítica, la cual no ha cesado de alentarnos á continuar hasta el fin, estimulándonos con sus elogios y auxiliándonos con sus consejos, más ocasionados éstos que aquéllos, y por los cuales consignamos el testimonio de nuestra gratitud al dar de mano á la tarea comenzada con temor, proseguída con empeño y acabada con la satisfaccion propia de quien cree haber hecho algo útil y duradero.

MARIANO JUDERÍAS BENDER.

Madrid, 15 de Julio de 1880.

LORD BACON.

THE WORKS OF FRANCIS BACON, LORD CHANCELLOR OF ENGLAND. *A new edition, by Basil Montagu, Esq.* 16 vols. 8^o. Lóndres, 1825-1834 (1).

Aun cuando á las veces nos hallemos discordes con Mr. Montagu en orden á las apreciaciones consignadas por él en el cuerpo de su obra sobre lord Bacon, hemos de agradecersele y reputarla meritoria y excelente; añadiendo que, despues de leerla, nadie dudará de la discrecion y del acierto con que ha reunido los materiales necesarios á fundar sus conceptos y razonamientos, y de que somos deudores en gran parte á sus mismas prolijas y exactas investigaciones de los medios de combatir cuanto aduce, á nuestro parecer, erróneamente.

Mr. Montagu ha realizado su obra con *amore*, apasionándose del asunto. Pero los que asisten á la cátedra, donde tanto brilla por su talento y sus triunfos tan repetidos, y saben cuánta es su habilidad en dar animacion y vida á los puntos de derecho, aduciendo trascendentales aforismos ó brillantes co-

(1) El presente estudio vió la luz pública el mes de Julio de 1837 en la *Edinburg Review*.—N. del T.

mentarios sacados del *De Augmentis* ó del *Novum Organum*, no se sorprenderán ciertamente del honrado y generoso entusiasmo que campea en la biografía de Bacon, y que han sido eficaces á estimular su actividad, á sostener su perseverancia y á desarrollar su habilidad y elocuencia en grado sumo, bien que asimismo á falsear sus juicios.

Penetrados tambien de benevolencia por mister Montagu y hasta por lo que llamaremos sus debilidades, vamos á entrar en materia, persuadidos de que son muy contados los errores tan dignos de disculpa como aquellos que inducen al hombre á revestir de todas las cualidades morales á los que han dejado monumentos imperecederos de su ingenio. Porque como las causas ocasionales de estas ilusiones toman origen de los secretos más escondidos de la naturaleza humana, siempre nos hallamos dispuestos á juzgar al prójimo con arreglo á nuestro punto de vista personal, y de aquí que la opinion que nos formemos del carácter de los otros dependa mucho de la manera como influya y afecte sobre nuestros propios intereses y pasiones; aconteciendo así que no sin esfuerzo pensamos favorablemente de aquellos que nos contrarian ó deprimen, y que nos sentimos dispuestos á extremar la benevolencia y á buscar mil excusas ingeniosas que atenúen ó encubran los vicios de aquellos que son para nosotros útiles ó agradables. Ilusion es esta de la naturaleza humana que sólo en parte pueden destruir la reflexion y la esperiencia, y error que forma parte de la *idola tribus*, para servirnos de la fraseología de Bacon; ilusion y error que producen las más de las veces la extraordinaria indulgencia con la cual juzgan los contemporáneos y la posteridad el carácter moral de los varones eminentes que han

descollado en las letras y las artes, debido á que la humanidad disfruta y se aprovecha de los trabajos que realizan, siendo el número de los que sufren de sus vicios personales muy reducido, aun miéntras viven, comparado con el crecidísimo de aquellos para quienes sus talentos son fuente inagotable de satisfacciones y de goces; pasando con los primeros la memoria de los agravios recibidos, y quedando perenne con sus obras el recuerdo de los beneficios producidos por ellos á los contemporáneos y á la posteridad. Vivo está en la mente de todos en nuestros dias el ingenio felicísimo de Salustio, sin que ninguno se preocupe ciertamente de los nómidas á quienes saqueaba ni de los desdichados maridos que lo encontraban en sus casas sin causa justificable muy á deshora: la sutileza de las observaciones de Clarendón, la sobriedad serena y reposada de su estilo, nos seducen y arrastran al extremo de no ver nunca en él al hipócrita ni al tirano, sino al historiador, y Falstaff y Tom Jones han sobrevivido á los guardas que apaleaba Shakspeare y á las huéspedas que Fielding estafaba; porque los grandes y afamados escritores son los amigos benéficos de cuantos leen sus obras, y éstos no pueden juzgarlos nunca sino bajo la influencia engañadora de la amistad y la gratitud. No hemos menester decir cuánto resistimos á creer en aquello que hiere la honra de las personas que bien queremos, en cuyo trato gozamos y de quienes hemos recibido muestras de favor; cuánto luchamos contra la evidencia, y cómo, al ver demostrados los hechos de una manera indubitable, nos asimos á la esperanza de que aun pueda existir alguna explicacion ó circunstancia desconocida y misteriosa que sea eficaz á disculpar ó atenuar los cargos hechos y pro-

bados. No es otro tampoco el movimiento que impulsa naturalmente á los hombres que han recibido educacion liberal cuando tratan de los claros ingenios de los tiempos pasados, porque no pueden calcular la cuantía de la deuda en que se hallan respecto de ellos por haberlos guiado hácia la verdad, colmado su espíritu de nobles y generosas inspiraciones, y sidoles fieles en todas las circunstancias de la vida, consolándolos en las horas de afliccion, velándolos y asistiéndolos en la enfermedad, y acompañándolos en el aislamiento; manera singularísima de afecto, exenta y libre siempre de los contratiempos y eventualidades que pueden debilitar ó destruir en nosotros otras amistades por arraigadas que sean. El tiempo pasa; la fortuna es inconstante; los caracteres se agrian y se enconan; los vínculos que parecian firmísimos é indisolubles se relajan, se desataz ó se rompen cada día por el interes, la emulacion ó el capricho; pero nada es parte á cortar nuestras relaciones misteriosas y puramente del alma con los grandes ingenios en cuya comunión vivimos; amistad tranquila del espíritu, amor acendrado de la ir-teligencia, que ni el resentimiento ni los celos son eficaces á turbar nunca; iguales y constantes siempre, lo mismo en la grandeza que en la miseria, en la gloria que en la oscuridad; que los muertos no cambian, y por eso Platon no es desapacible nunca, ni Cervantes insolente, ni llega Demóstenes fuera de ocasion jamás, ni Dante se hace pesado, ni existe divergencia política que pueda enojar á nadie con Marco Tulio, ni herejía que haga odioso á Bossuet en ningun caso.

Parece, pues, natural que quien se halla dotado de sensibilidad y de imaginacion experimente impulsos de afectuoso respeto hácia los grandes hom-

bres, en cuya sociedad espiritual vive constantemente, áun cuando sea cosa cierta y averiguada que á las veces no han merecido algunos de ellos la manera de culto idolátrico de que son objeto. Porque hay escritores, entre los innumerables cuyo ingenio ha producido abundante cosecha de obras para enseñanza y deleite de la humanidad hasta los siglos más remotos de la historia, que se hallaron en situaciones tales, y obraron cediendo á móviles tan conocidos de todos, y ejecutaron actos de tanta gravedad, que no pueden merecer aprobacion de las personas imparciales, y á quienes, sin embargo, el fanático entusiasta del genio, resistiendo hasta los testimonios de la evidencia, sigue reverenciando con fe ciega y sumisa, sin dar crédito á sus propios sentidos; que para él es artículo de fe el carácter del ídolo y la razon es nada, ó cosa baladí, y persevera en la supersticion con credulidad tan ilimitada y celo tan poco escrupuloso como el que se halla en los parciales exaltados de los bandos políticos ó religiosos, rechazando las pruebas más convincentes, dando de lado á las reglas de moral más elementales, y falsificando de todo en todo las partes más esenciales y fidedignas de la historia; pues el fanático desnaturaliza los hechos y confunde lo malo y lo bueno con destreza digna de mejor causa por asegurar á su ídolo, que yace acaso envuelto en el polvo de los siglos, mejor reputacion en lo porvenir de la que realmente merece.

La *Vida de Ciceron* por Middleton es una prueba irrefragable de la influencia que logra ejercer este género de parcialidad; porque si nunca hubo carácter más fácil de comprender que el de Marco Tulio, tampoco hubo inteligencia más perspicaz ni espíritu más analizador que lo fué ciertamente el de su

biógrafo, y si éste hubiera empleado en el examen de la conducta de su hombre de Estado favorito una pequeña parte de la sutileza de ingenio y de la severidad de juicio que demostró en sus investigaciones acerca de Epifano y de Justino Mártir, habría producido interesantísima historia relacionada con época por todo extremo interesante; pero es lo cierto que aquel hombre tan ingenioso, tan discreto, tan sabio y «tan prudente que apenas si creía en lo mismo que la Iglesia por no equivocarse» (1), tenía una superstición que tornaba en idólatra al iconoclasta; pues en tanto que discutía con el calor de verdadero abogado del diablo, y no sin habilidad por cierto, los derechos de Cipriano y de Atanasio á ocupar puesto en el calendario, componía fervorosamente una leyenda falsa y apócrifa en honra de SAN MARCO TULIO CICERON, ofreciendo á los ojos de la humanidad como dechado de cuantas virtudes son imaginables un personaje que, si por su talento y saber fué superior á cuantas alabanzas se le tributen, y reunió excelentes cualidades, tenía el alma pervertida de vicios femeniles; reputando por prudentes, virtuosas y heroicas ciertas acciones suyas, para las cuales él mismo, elocuente y hábil orador, no halló nunca disculpa, y sólo fué osado á tratar de ellas en sus cartas confidenciales, y para eso con vergüenza y remordimiento. Y tanto extremó Middleton las muestras de su afecto por Marco Tulio, que para mejor abogar y defender á tan amable, persuasivo y veleidoso prócer, desnaturalizó diestra, pero despiadadamente, toda la his-

(1) «So wary held and wise
That, as't was said, he scarce received
For Gospel what the Church believed.»

toría de aquella gran revolución que derribó la aristocracia romana, el estado de los partidos y hasta el carácter de todos los hombres públicos contemporáneos.

El libro que nos ocupa nos recuerda la *Vida de Ciceron* en algunos casos, si bien entre ambos existe una diferencia importante. Porque mientras el doctor Middleton tiene conciencia de la mala causa que defiende, y apela en beneficio de su cliente á los ardidés y habilidades, desfigurando los sucesos de una manera imperdonable, ó suprimiéndolos á capricho, la fe de Mr. Montagu es implícita y sincera, y no comete ningun engaño, ni disimula ni oculta nada, sino que pone los hechos á nuestra vista sin artificio y persuadido de que producirán en el ánimo de sus lectores idéntico efecto que en el suyo: sólo cuando pasa de los actos á los motivos de los actos es cuando se revela su parcialidad, aventajando entónces y excediendo á Middleton. Montagu parte del supuesto de que Bacon era hombre virtuosísimo, y juzga del fruto por el árbol, y da cuenta de muchas acciones de su defendido que nadie hubiera pensado en defender á cometerlas otro que no él, por ser fáciles de explicar con sólo admitir que Bacon carecía en absoluto de principios elevados y sólidos; explicacion que no se logra en virtud de otro procedimiento, á ménos de recurrir á hipótesis grotescas y sin pruebas. Pero á los ojos de Mr. Montagu no existe hipótesis tan inverosímil é improbable como la de que su héroe haya podido, en ningun caso, cometer faltas graves.

Antójasenos poco *baconiana* esta manera de abogar por Bacon y defenderlo; porque dar como supuesto y establecido el carácter de un hombre y deducir despues de su carácter la naturaleza moral

de sus acciones todas, es, sin duda ninguna, método completamente opuesto al que recomienda el *Novum Organum*. Y tanto es así, que á nuestro parecer sólo ha podido inducir á Mr. Montagu á separarse de los preceptos de su maestro en esta circunstancia importantísima, el celo exagerado por su gloria. En cuanto á nosotros, adoptaremos conducta diferente, al proponernos ahora, con el valioso auxilio de Mr. Montagu, dar á nuestros lectores idea siquiera sea superficial de la vida de Bacon, aunque bastante á facilitarles el conocimiento exacto de su carácter.

Inútil nos parece decir que Francisco Bacon era hijo de sir Nicolás, ministro de la reina Isabel de Inglaterra durante los veinte primeros años de su gobierno, y aún cuando la fama del padre quedó eclipsada por la del hijo, no es razonable ni lícito decir que aquél fuera político vulgar.

Pertenecía sir Nicolás á una clase de hombres que ántes se describe colectiva que no individualmente, cuya inteligencia se formó bajo la misma direccion, que pertenecian á la misma clase social, á la misma universidad, al mismo partido, á la misma secta y á la misma administracion, siendo sus facultades, opiniones, costumbres, prácticas y destino tan semejantes, que al bosquejar el carácter y la vida de cualquiera de ellos, se bosqueja el carácter y la vida de todos los demas. Fué aquella la primera generacion de hombres de Estado, en la verdadera acepcion de la palabra, que produjo Inglaterra, pues ántes los políticos, salvo algunas contadas excepciones, fueron siempre guerreros ó sacer-

dores; guerreros cuyo rudo valor no guiaba la ciencia ni suavizaba la filantropía, y sacerdotes que consagraban por hábito su ciencia y sus facultades á la defensa de la tiranía y de la impostura. Los Hotspur, los Neville y los Clifford fueron ásperas naturalezas, incultas é irreflexivas, que demostraron en la sala del Consejo la tosquedad ingénita de su modo de ser y las crueles y despóticas disposiciones adquiridas en el fragor de las batallas, en la duracion de las guerras, en las turbulencias, saqueos y matanzas, y en el sosiego, tambien, forzado de sus sombrías fortalezas, rodeadas de fosos y centinelas. A su vez, los prelados eran apacibles y poseían aquel caudal de conocimientos que á la sazón se reputaba por ciencia; habían adquirido en las aulas el arte de gobernar la palabra, y en el confesionario el de gobernar los corazones; rara vez supersticiosos, pero hábiles en servirse de la supersticion ajena; pérfidos, como habían de serlo necesariamente quienes no tienen otra disyuntiva en su oficio sino la santidad ó la hipocresía; egoístas, como era natural que fuesen quienes no pueden formar vínculos domésticos ni alimentar la esperanza de posteridad legítima; adictos á su orden ántes que á su patria, y sumisos á Roma miéntras dirigen la política de Inglaterra.

Pero el acrecentamiento de la riqueza, los progresos realizados en las ciencias y la reforma religiosa produjeron un cambio de mucha importancia, dejando de ser los nobles caudillos militares, y los sacerdotes de tener vinculada la ciencia, y viéndose aparecer entónces nueva y notable raza de políticos. Y áun cuando ninguno de sus individuos pertenecía como ántes á las clases de la sociedad que proveyeron al Estado de ministros, y eran todos del

orden civil, ni les animaba espíritu guerrero, ni adolecían de ignorancia. No procedían tampoco de la clase aristocrática, pues nunca tuvieron como el verdadero magnate de aquellos tiempos ejecutorias de nobleza, ni Estados, ni ejércitos de vasallos y servidores, ni almenadas fortalezas; mas no por eso pertenecían á la clase inferior como aquellos á quienes los reyes y los príncipes, movidos de recelo contra la grandeza, sacaban á las veces de la oscuridad de una herrería ó de cualquiera otro ejercicio mecánico y humilde para elevarlos á las mayores dignidades, sino que todos eran bien nacidos y educados, y, cosa singular, graduados en la misma universidad; que ya por entónces los dos grandes centros nacionales de instrucción revestían el carácter que áun conservan, siendo Cambridge, la más moderna y ménos poderosa de las dos escuelas, la que ya se mostraba dispuesta en todo á dar ejemplo de actividad intelectual y de amor al progreso, y de cuyas aulas salían los célebres obispos protestantes que luégo quemaba Oxford, la en que se formó el espíritu de los hombres de Estado, á quienes principalmente debe atribuirse el sólido afianzamiento de la religion reformada en el Norte de Europa.

Los hombres de que hablamos pasaron su juventud en medio del tumulto incesante de la controversia teológica, pues los tiempos lo eran de lucha, y las opiniones se hallaban todavía en el estado más anárquico y perturbador, confundiéndose, mezclándose, apartándose las unas de las otras, avanzando y retrocediendo. A las veces parecía que la tenacidad de los devotos conservadores alcanzaría la victoria; mas luégo el ímpetu incontrastable de los reformistas arrollaba cuantos obstáculos se oponían á su marcha. Entónces se advertía que las masas opues-

tas al torrente invasor y que rodaban con él arras-tradas de su violencia, se aglomeraban en un punto dado, y allí lo resistían de tal modo, que detenían su curso y lo hacían retroceder poco á poco; siendo un hecho por esta causa que la vacilación y la duda que resalta en la legislación inglesa la época de que tratamos, y que se atribuye generalmente al capri-cho y al poder de dos individuos, fué resultado na-tural y lógico de la vacilación, de la duda y de la lucha nacional. Porque no era sólo en la mente del rey Enrique VIII donde prevalecía y brotaba un día la semilla de las nuevas ideas teológicas para secarse al siguiente á influjo del confesor; no era sólo en la familia real donde se veía exasperado al marido de la oposición de la esposa, y al hijo disentir del pa-dre, y al hermano perseguir á la hermana, y á las hermanas á su vez perseguirse mutuamente, sino que la lucha empeñada entre los principios conser-vadores y los de reforma estaba en todas partes, así en las congregaciones religiosas, como en los cen-tros universitarios, y en el seno mismo del hogar doméstico lo propio que hasta en los últimos arca-nos de la conciencia de los hombres capaces de re-flexión.

En medio de esta fermentación de ideas se forma-ron los hombres de que hablamos; y como habían nacido reformistas y pertenecían á esa clase de in-dividuos que figuran en primera línea siempre cuan-do se trata de realizar grandes progresos intelectuales, eran todos protestantes. Bien será decir, á seguida, que su celo religioso no fué muy profundo, aunque no haya tampoco motivo para dudar de la sinceridad de sus creencias, pues ninguno quiso aventurar el menor riesgo personal durante el rei-nado de María, ni secundar la desdichada tentativa

de Northumberland en favor de su nuera, ni tomar parte tampoco en los desesperados designios de Wyatt, sino que se concertaron de modo que residieron en el continente en la ocasión del peligro, y si no pudieron alejarse de Inglaterra, oyeron misa y ayunaron la Cuaresma devotamente. Pasados que fueron aquellos años tenebrosos y despues de ocupar el trono nuevo monarca, consagraron preferente atención á la reforma de la Iglesia, procediendo en ella con la calma y resolución propias de hombres de Estado, no con la violencia de teólogos; no á la manera de fanáticos que considerasen la religión católica, apostólica, romana como sistema tan ofensivo á Dios y tan perjudicial á la salud de las almas que no debiera tolerarse un solo momento más, sino como políticos que consideraban los puntos en litigio entre cristianos poco importantes en sí mismos, y que no escrupulizaban profesar, del propio modo que ya lo habían hecho ántes, la fe católica de María, ó la protestante de Eduardo, ó cualquiera otra de las varias combinaciones intermedias que los caprichos del rey Enrique VIII y la política servil de Cranmer formaron de las doctrinas de ambos partidos rivales. Estudiaron atentamente la situación de su país y la del resto de Europa, y cuando vieron hácia qué lado se inclinaba el espíritu público, trazaron su derrotero y se pusieron á la cabeza de los protestantes europeos, cifrando toda su gloria y su fortuna en el triunfo del partido en que militaban.

Inútil nos parece decir con cuánta pericia, resolución y gloria dirigieron la política de Inglaterra durante los años memorables que siguieron á su advenimiento al poder; cómo lograron reunir sus amigos y separar sus enemigos, y cómo hicieron

frente á Felipe II, y auxiliaron el indomable valor de Coligny, y salvaron la Holanda oprimida, y fundaron la grandeza marítima de su patria, y aventajaron en habilidad á los más expertos políticos de Italia, y domesticaron, por decirlo así, á los más indómitos y bravíos jefes del Highland. No por esto negaremos que cometieran muchos actos muy censurables á ser realizados por estadistas de la época presente; pero si tenemos en cuenta el nivel de la moralidad pública entónces y el carácter poco escrupuloso de los adversarios contra quienes habian de luchar, fuerza será reconocer que no sin causa son todavía objeto de veneracion para sus compatriotas.

Existia grande diferencia entre unos y otros ciertamente, bajo el punto de vista moral é intelectual; mas tambien mucho aire de familia. Tenian las facultades del alma perfectamente sanas, y si no se advertia en ellos que ciertas aptitudes estuvieran desarrolladas de una manera notable, si que la salud y el vigor y la entereza prevalecian en todo su organismo. Eran ilustrados, y la naturaleza y el ejercicio habian preparado sus inteligencias á las investigaciones especulativas: las circunstancias, aún más que las inclinaciones, los llevaron á tomar parte importantísima en la vida activa; pero así y todo, supieron dar en ella elevadas muestras de rectitud de carácter y de estar exentos de aquellos defectos que son comunes á los teóricos y pedantes; porque nunca se observaron tanto como entónces, ni más cuidadosamente, los indicios de los tiempos, ni se poseyó conocimiento práctico más grande y completo de la naturaleza humana, distinguiéndose su política generalmente ántes por la vigilancia, la moderacion y la firmeza, que por la inventiva y el espíritu emprendedor y aventurero.

Hablaban y escribian de una manera digna de la claridad de su juicio, siendo su elocuencia ménos ingeniosa y abundante, pero más pura y viril que la demostrada por la generacion siguiente; elocuencia propia de los hombres que vivieron con los primeros traductores de la Biblia y con los autores de la liturgia anglicana; elocuencia luminosa, digna, sólida y apénas maculada todavía del vicio de afectacion que luégo corrompió el estilo de los oradores y literatos más eminentes; y merced á la cual, cuando tomaban parte á las veces en las controversias teológicas que servian á enmarañar los intereses más importantes del Estado, lo hacian con tanta lucidez y precision como si hubieran pasado toda la vida discutiendo en las aulas y los concilios (1).

Una cualidad poseyeron estos hombres verdaderamente célebres que los preservó de la proverbial inconstancia del monarca y del pueblo, y fué que nunca fueron eficaces coaliciones ni cábalas á privarlos de la confianza de su rey; que ningun Parlamento atacó su influencia, y que las muchedumbres no asociaron jamás sus nombres á ninguna queja formal y odiosa, cesando su poder con su vida; circunstancia esta última que ofrece singularísimo contraste con la suerte que cupo á los políticos tan brillantes y emprendedores de la generacion anterior y de la siguiente. Burleigh fué ministro cuarenta años; sir Nicolás Bacon tuvo el gran sello más de veinte; sir Walter Mildmay desempeñó la cancillería de Hacienda veintitres; sir Tomás Smith ejerció diez y ocho años la secretaría de Estado, y sir Fran-

(1) El autor emplea la palabra *Convocation*, que sirve á expresar en Inglaterra reunion de representantes del clero, y que puede traducirse por *sinodo* ó *concilio*.—Nota del traductor.

cisco Walsingham 'casi otro tanto, acabando todos su vida en el poder, rodeados del respeto y consideracion pública y de la confianza de la Corona. No es posible decir otro tanto de Wolsey, de Cromwell, de Norfolk, de Somerset y de Northumberland, ni tampoco del de Essex, de Raleigh y del hombre aún más ilustre cuya vida y hechos nos proponemos examinar.

Acaso sea posible descubrir la explicacion del fenómeno en la divisa que hizo poner sir Nicolás Bacon sobre la puerta de su casa de campo de Gorbambury, la cual leyenda decia: *MEDIOCRIA FIRMA*, porque fué máxima esta que ni él ni sus colegas perdieron nunca de vista, mostrándose siempre más dispuestos á dar ancha, profunda y sólida base á su poder que no á elevar el edificio de una manera imponente, pero peligrosa. Ninguno de ellos aspiró á ser ministro único, ni excitó la envidia desplegando con fausto y aparatosa ostentacion su riqueza y su influencia, ni pensó siquiera en eclipsar la antigua nobleza del reino, apareciendo todos exentos y libres de la pueril vanidad y amor todavía más pueril á los títulos aristocráticos que caracteriza y distingue á los cortesanos influyentes de las dos generaciones más inmediatas, anterior y posterior. Sólo uno entre los nombrados llegó á sér Par del Reino, y para eso se dió por satisfecho con el título de ménos categoría. Y en cuanto á los bienes de fortuna que adquirieron, teniendo en cuenta los tiempos que alcanzaron estos hombres, no sin notoria injusticia podria culpárseles de rapacidad, y tanto más evidente y grande, cuanto que algunos de ellos, aún en la época presente, serian merecedores de alabanza por su desinterés y menosprecio de las riquezas. ¿Y qué decir de su fidelidad al Estado, sino

que fué incorruptible? ¿Y qué de sus costumbres y familias, sino que fueron puras, nobles, dignas y ejemplares?

Entre todos ellos, sir Nicolás Bacon ocupaba el segundo lugar y venía despues de Burleigh. Por eso lo llama Camden *Sacris conciliis alterum columen*, y Buchanan

.....diu britannici
Regni secundum columen.»

La segunda mujer de sir Nicolás, madre de Francisco Bacon, fué Ana Cooke, hija de sir Antonio Cooke, persona de mucha ilustracion y gran saber, que por sus merecimientos ejerció el cargo de preceptor de Eduardo VI. Sir Antonio se habia ocupado mucho de la educacion de sus hijas, y vivió lo bastante para verlas á todas bien casadas y mejor establecidas. Los conocimientos clásicos de estas jóvenes las hacian notables, áun entre las más renombradas de su tiempo, como que Catalina, esposa de lord Killigrew, escribía exámetros y pentámetros latinos que harían honor en las *Musæ Etonenses*; que Mildred, mujer de lord Burleigh, fué, al decir de Roberto Ascham, la dama inglesa que supo mejor el griego, excepción hecha de lady Juana Grey, y que Ana, la madre de nuestro Bacon, estaba tan versada en el estudio de las lenguas y de la teología, que se carteaba en griego con el obispo Jewel, y tradujo de modo tan exacto y correcto del latin su *Apologia*, que ni él ni el arzobispo Parker hallaron un solo defecto. Recordamos otra version de una serie de sermones predicados por Bernardo Ochino en lengua toscana sobre el tema de la fatalidad y el libre arbitrio, hecha tambien por Ana Cooke con felicísimo éxito; siendo de notar en este caso que Ochino perteneció á un grupo de reformis-

tas italianos poco numeroso, pero audaz en demasia, del cual tomó su origen la secta de los socinianos, y que hubo de sufrir á un tiempo mismo los anatemas de Wittemberg, de Ginebra, de Zurich y de Roma.

Era sin duda lady Bacon persona discreta y de muy cultivado talento; mas no por eso diremos que, así ella como sus hermanas, fueran más ilustradas que muchas contemporáneas nuestras; error este que vemos extendido al presente y generalizado por extremo. Porque se oye á cada momento, entre aquellos que desean ver dar á las hembras, sólida educacion, hablar con entusiasmo de las damas inglesas del siglo xvi, y lamentar que no pueda en nuestros dias hallarse una jóven instruida como o estaban las bellas discípulas de Aschan y Aylmer, que sin dar de mano á las labores propias del primor y habilidad femeniles, comparaban discretamente los estilos de Isócrates y de Lysias, y que en tanto resonaba el bosque vecino con la trompa del cazador y el ladrido de los perros, recogidas y á solas en su cámara, extasiaban el espíritu leyendo esa pagina inmortal en que consigna la historia la manera tranquila, resignada y viril con que tomó de las temblorosas manos de su atribulado carcelero la copa de cicuta el primer mártir insigne de la libertad intelectual. Pero, á decir nuestro parecer con llaneza, se nos antojan sin fundamento estas quejas, pues sin mermar en nada el mérito de las damas del siglo xvi y sus trabajos literarios, puede afirmarse que quien las rinda tributo de alabanzas á costa de las del siglo xix, olvida una circunstancia esencial, importante y muy digna de ser tomada en cuenta. Porque las personas que no podian leer griego ni latin en la época de Enrique VIII y de Eduardo VI,

nada ó casi nada tenían que leer; y como la lengua italiana era la única moderna que á la sazón poseyese algo parecido á literatura, sin dificultad se ordenaba entónces cuanto hubiera de más notable y precioso en todas las lenguas nacionales de Europa en un estante de reducidas proporciones. Inglaterra no conocia las obras de Shakspeare, ni la *Reina de las Hadas* (*The Fairy Queen*), ni Francia los *Ensayos de Montaigne*, ni España el *Quijote*. Recorriendo una biblioteca, ¿cuántos libros ingleses ó franceses hallaríamos anteriores á la época de lady Juana Grey y de la reina Isabel, además de Chaucer, Gower, Froissart, Comines y Rabelais? Necesario era, pues, que las mujeres recibieran educacion clásica ó no recibieran ninguna, por no ser posible adquirir conocimientos literarios, políticos ó religiosos ignorando las lenguas antiguas. En el siglo xvi era el latin tanto ó más que el frances á partir del siglo xviii, pues no se hacia uso de otro idioma en la diplomacia, en las córtés, en las áulias y en las controversias políticas y teológicas, como que en una época en la cual se hallaban las lenguas vivas en estado de fluctuacion, la del Lacio gozaba de la plenitud de su fuerza, estaba universalmente conocida, y no habia sabio ni hombre bien educado que no la poseyera, ni casi escritor que aspirase á crear fama duradera que no escribiese sus obras en latin. Tampoco podian ensanchar el círculo de sus conocimientos los que lo ignoraban, porque no sólo habian de renunciar á Ciceron y á Virgilio, y á los voluminosos tratados de teología y derecho canónico, si que tambien á las memorias más interesantes, á los papeles de Estado, á los libelos, y aún á las poesías más renombradas y á las sátiras más punzantes, siendo

cual si no fueran para ellos los versos lisoujeros de Buchanan, los diálogos de Erasmo y las epístolas de Hutten.

Ya no acontece así por ventura, porque toda controversia política y religiosa tiene lugar en las lenguas modernas, no empleándose las antiguas sino para comentar los escritores de los tiempos pasados. Las grandes producciones del ingenio ateniense y latino gozan hoy de igual fama que ántes; mas, áun cuando su mérito intrínseco no ha perdido, su valor relativo está en descenso, y acontece así á virtud de comparaciones que se hacen con el caudal inmenso de riqueza intelectual en cuya posesion se halla la humanidad; como que la clásica antigüedad lo era todo para nuestros antepasados, mientras sólo es parte de nuestros tesoros literarios. ¿Qué tragedia, si no, hubiera conmovido y hecho verter lágrimas á lady Juana Grey, ni qué comedia sonreir á no poder recrear su espíritu con la lectura de los antiguos dramáticos? en tanto que los alicionados modernos pueden prescindir á estos fines del *Edipo* y la *Medea*, poseyendo el *Otelo* y el *Hamlet*, compensando en cierto modo tambien la deleitable ironía de Platon con la de Pascal, refugiándose, por decirlo así, en Lilliput al ser excluidos de Nefelococcygia. No entendemos cometer tampoco ninguna irreverencia respecto de los grandes pueblos á quienes debe la raza humana ciencias, artes, buen gusto, libertad civil é intelectual, diciendo que las riquezas que nos legaron han sido tan bien administradas, que sus intereses acumulados en el trascurso de los siglos exceden con mucho el capital primitivo, y que los libros que se han escrito en las lenguas de la Europa occidental desde hace doscientos cincuenta años, incluyendo en el catálogo naturalmente las traduc-

ciones de las antiguas, tienen más valor é importancia que cuantos se conocian en tiempos anteriores á esa fecha. Y como las mujeres inglesas saben al presente, por lo ménos tan bien como sus maridos y hermanos, las lenguas modernas de Europa, cuando comparamos los conocimientos de lady Juana Grey con los de cualquiera jóven instruida contemporánea nuestra, no vacilamos en dar la superioridad á la última. Y con esto nada más decimos en orden al asunto, esperando que nuestros lectores perdonen la digresion, acaso extensa en demasia, mas no inoportuna, si logra persuadirlos del error en que se hallan, suponiendo que las bisabuelas de sus tatarabuclas fueron superiores á sus hermanas y esposas.

Francisco Bacon, el menor de los hijos de sir Nicolás, nació en York-House, residencia de su padre, situada en el Strand, á 22 de Enero de 1561. Su complexion fué muy delicada, y puédese atribuir á esta circunstancia en cierto modo la precoz seriedad de que dió muestras y su aficion á las ocupaciones sedentarias, cosas ambas que lo apartaron siempre y lo distinguieron de sus compañeros. Sabido es cuánto divertian á la reina la viveza de su imaginacion y la gravedad de su porte, por lo cual lo llamaba siempre su lord Canciller, y no lo es ménos las prolijas investigaciones que hizo en cierta ocasion, cuando áun era muy niño, para inquirir las causas de un eco que le traía preocupado y curioso y que se producía bajo la bóveda de Saint-James's Fields, así como tambien que á los doce años de su edad se ocupaba en hacer ingeniosas investigaciones acerca del arte de los juglares, asunto digno, segun observa con mucho acierto el profesor Dugald Stewart, de la preferente atencion de los filó-

sofos. Pero si bien todo esto es cosa baladí, la grande y merecida fama de Bacon lo hace interesante y digno de quedar consignado, tratándose de su persona.

A los trece años entró en el colegio de la Trinidad, de Cambridge, famosa escuela, singularmente favorecida del á la sazón lord tesorero y del lord guarda-sellos. Un mes despues de ser admitido en ella nuestro Bacon, reconocia el establecimiento, á virtud de una carta que pasó al dominio público, las apreciables ventajas que reportaba de la proteccion de tan poderosos personajes. Dirigia entónces la Universidad Whitgift, que fué con el tiempo arzobispo de Cantorbery, sacerdote tiránico y servil, de limitado ingenio, que logró encumbrarse á fuerza de lisonjear las ambiciones de los poderosos y de arrastrarse á sus plantas, y que luégo empleó todo su valimiento en perseguir simultáneamente así los que pensaban á la manera de Calvino en orden al gobierno de la Iglesia, como los que no participaban de su doctrina en orden á la reprobacion. Whitgift se hallaba entónces en el estado de la crisálida que deja la forma de gusano para tomar la de mariposa; manera de ninfa intermediaria entre el oprimido y el opresor, y se desquitaba de las bajezas que hacia diariamente humillándose á los ministros, ejerciendo la tiranía en el colegio. Fuera injusto, no obstante, no reconocer en su alabanza que prestó señalado servicio á las letras, resistiendo resueltamente á los que pretendian convertir el de la Trinidad en mera sucursal de la Escuela de Westminster, acto animoso, acaso el único bueno de su larga vida pública, que fué parte á preservar el establecimiento literario más illustre de Inglaterra de la suerte desdichada que corrieron el Colegio del

Rey y el Nuevo Colegio (*The King's College y The New College*).

Se ha dicho con insistencia por algunos autores que aún estaba Francisco Bacon en el colegio de la Trinidad cuando concibió el plan de la gran revolución intelectual á que se halla irrevocablemente unido su nombre; pero faltan pruebas para establecer el hecho de una manera positiva, siendo poco verosímil que un proyecto de tal naturaleza y de tanta trascendencia pudiera formarse, aún por persona de inteligencia poderosa y activa como él lo era, contando tan corta edad. Lo cierto y averiguado es que salió de la universidad tres años después de su ingreso en ella, penetrado de profundo menosprecio hácia su programa de estudios y las luchas en que se aniquilaban los sectarios de Aristóteles, de poco respeto al famoso filósofo, y convencido además de que la educación académica se hallaba radicalmente viciada en Inglaterra.

Diez y seis años tenía Francisco Bacon cuando se trasladó á París, donde permaneció algun tiempo bajo la tutela de sir Amias Paulet, ministro de Isabel en la corte de Francia, y uno de los más hábiles é íntegros individuos de aquella falange ilustre de servidores que siempre rodeó su trono y ejecutó por muy discreta manera sus voluntades. Hallábase la Francia entónces sumida en lamentables agitaciones, y hugonotes y católicos reconcentraban sus fuerzas para emplearlas en la más violenta y empeñada lucha que hasta los momentos aquellos hubieran tenido, en tanto que el monarca, descuidando su deber de ampararlos y protegerlos, se abismaba de tal modo en el cieno de los vicios que ni autoridad ni prestigio le quedaban. Bacon recorrió varias provincias y se detuvo más en Poitiers que en otra

parte, demostrando en su viaje gran celo por los estudios literarios y científicos; pero más principalmente por la estadística y la diplomacia. En esa época redactó las notas acerca del estado de la Europa que se hallan esparcidas en el cuerpo de sus obras; estudió los principios del arte de la cifra con asiduidad extremada, é inventó una tan ingeniosa que muchos años despues la consideró merecedora de figurar en su *De augmentis*. Consagrado á estas ocupaciones se hallaba, cuando supo en Febrero de 1580 la muerte casi repentina de su padre, y regresó á Inglaterra sin más tardanza.

Este desgraciado suceso anubló los risueños horizontes de su juventud. Porque como deseara vivamente ocupar una situacion que le permitiera consagrarse á la literatura y á la política y se dirigiese á este fin al Gobierno, quedó frustrado su empeño; desgracia tanto más imprevista y extraña, cuanto que sus aspiraciones eran modestas y que tenía derechos hereditarios, por decirlo así, á cierta benevolencia por parte de la administracion. La Reina lo había tratado con mucho favor; su tio era primer ministro, y su mérito personal tan grande, que los secretarios del despacho, cualesquiera que fuesen, hubieran debido emplearlo en el mejor servicio del país; pero sus pretensiones no dieron resultado alguno, porque los Cecil lo querian mal é hicieron siempre todo lo posible dentro de los límites del decoro para impedir su establecimiento. Misterio es este cuya explicacion no da nadie, conviniendo sus biógrafos siempre en que nunca hizo la menor cosa que mereciera el encono de la familia. Ni tampoco parece probable que un hombre dotado por naturaleza de carácter blando y dulce, de maneras corteses, cuya preocupacion constante fué asegurar su

porvenir, y que llevó al extremo el temor de incurrir en el desagrado de los grandes y poderosos, hubiera cometido faltas de cierta índole que merecieran el enojo de sus deudos, cuando éstos eran tales que así podían hacerle servicios importantes como daños irreparables.

La verdadera explicacion del caso debe de ser la siguiente: Roberto Cecil, hijo segundo del Tesorero, tenía pocos meses ménos que nuestro Bacon; habíanlo educado con el mayor esmero, é iniciádolo su padre desde muy temprana edad en los misterios de la diplomacia y las intrigas cortesanas; se hallaba ya en ocasion de aparecer en la vida pública, y lord Burleigh anhelaba con singular empeño que su hijo fuera tal, que mereciese con el tiempo heredar su propia grandeza; mas con ser mucha la parcialidad paternal de Burleigh no era tanta que le impidiese ver claramente que Roberto, á pesar de sus buenas facultades y de su caudal científico, no podia compararse con su primo Francisco. Esta y no otra es, á nuestro parecer, la explicacion razonable de la conducta del Tesorero. Mr. Montagu es más caritativo, y supone que Burleigh sólo se inspiró, al proceder de la manera que lo hizo con Francisco Bacon, en el mismo cariño que le tenía, pues de esa suerte lo puso en el caso de no confiar nunca en los demas sino en sus propias fuerzas, aconsejándole seguir como más seguía la carrera de juriconsulto y más práctica que no la instable y azarosa de la política.

Si tal creía lord Burleigh, no sin esfuerzo habremos de explicarnos que arriesgara el porvenir de su hijo predilecto al proceloso mar de cuyas orillas apartaba tan cuidadosamente á su sobrino. Pero de todos modos, es lo cierto que si lord Burleigh hu-

biera querido, fácil y llano le habría sido asegurar el porvenir de Bacon de una manera estable y en relacion con sus inclinaciones, y que tan poco propicio se mostró á darle una profesion que lo ayudase y sirviese para el medro y adelanto de su carrera, como á ponerlo en condiciones de vivir sin ella. No es ménos indudable tambien, para nosotros al ménos, que Bacon mismo atribuía la conducta de sus parientes á la envidia que les producía la superioridad de su talento, pues en carta escrita muchos años despues á Villiers se expresaba de esta suerte: «Prestad apoyo siempre, auxiliad en toda ocasion, proteged con eficacia constante á los hombres distinguidos en todas las condiciones de la vida, en todos los cargos y modos de ser; hacedlo por deber y además por egoismo y conveniencia propia, y tened en memoria que en tiempo de los Cecil, así del padre como del hijo, se procedía muy de otro modo, suprimiendo voluntariamente y con placer los hombres distinguidos.»

Burleigh permaneció fiel á su consigna de no hacer la menor cosa en bien de su sobrino, y en vano fueron por tanto las súplicas y los ruegos ya urgentes, ya humildes, ya serviles del pretendiente, pues con ser el jóven más aventajado de su época y que más prometía para lo porvenir; con haber sido su padre cuñado, útil colega, el más útil acaso del ministro, y su mejor y más consecuente amigo, de nada le sirvieron ni los merecimientos personales, ni los vínculos del parentesco, ni los servicios del autor de sus dias. Al fin, cansado de respuestas evasivas y de aplazamientos injustificados, determinó de consagrarse al estudio del derecho, y en él pasó el tiempo necesario en la más completa oscuridad.

Difícil es decir hasta dónde llegaba la ciencia de



Bacon como jurisconsulto, pues un hombre de sus condiciones podía sin mucho esfuerzo adquirir el escaso caudal de conocimientos técnicos que son necesarios para trasformar en abogado eminente al que reúne á la pequeña suma de saber necesaria, viveza de imaginacion, tacto, ingenio, sutileza, elocuencia y trato de gentes. La opinion general acerca de este particular parece haber sido la formulada cierto dia por la reina Isabel, á saber: «que Bacon tenía felicísimo ingenio y gran saber; pero que en materias de jurisprudencia desde luégo se veia todo su caudal en la superficie, sin que le quedara nada en el fondo;» opinion que á nuestro parecer habian forjado y propalado los Cecil á fuerza de insinuaciones y palabras encubiertas.

Coke iba más léjos y lo hacía con más descaro, pues proclamaba sus malos pensamientos sin empucho alguno, en voz alta y con el desenfado y la desvergüenza propias de su carácter mezquino y rencoroso. Y como no hay juicios y apreciaciones que se adopten más fácil y prontamente que aquellos enderezados á mermar el mérito de los hombres grandes ni que más consuelen la envidia de la medianía y de la nulidad, nada podía ser tan grato, ni tan placentero para los leguleyos estúpidos, dignos precursores de aquel necio que siglo y medio despues «se encogia despreciativamente de hombros cuando entendia calificar á Murray de persona ingeniosa y discreta,» como saber que el más profundo pensador y orador más elocuente de su siglo á todas luces conocia de un modo imperfecto la ley sobre el *bastard eigné* y el *mulier puisné* (1), y que confundia el derecho llamado de

(1) Llamábase antiguamente *bastard eigné* en Inglaterra.

free fishery con el conocido bajo el nombre de *common of piscary* (1).

Es indudable que Bacon sabía más filosofía del derecho que todos sus contemporáneos y que superaron todos sus colegas en los ciento cincuenta años siguientes; y como sus conocimientos técnicos tenían por auxiliares poderosos las admirables dotes de su claro ingenio y su elocuencia persuasiva, circunstancias estas eficaces á proporcionarle clientela, hizo rápidamente carrera y concibió la fundada esperanza de obtener el título de letrado de la Corona (2). Dirigióse á este fin á lord Burleigh; pero su tío se negó de una manera terminante á servirlo, no siendo difícil apreciar en cierto modo los motivos de su negativa por la respuesta de Bacon, que tenemos á la vista. Porque como lord Burleigh, á quien los años y la gota pusieron el carácter aún más ágrío y destemplado que lo fué ántes, y que se complacía en demostrar su mala voluntad hácia los

ra el primogénito nacido ántes del matrimonio. La *mulier puissé* es la hermana segunda, pero nacida despues del matrimonio, hija legitima y heredera del padre de ambos.—N. del T.

(1) El *free fishery* es en Inglaterra el privilegio concedido por la corona de pescar en los rios, miéntras que el *common of piscary* es el de pescar en las aguas de un particular.—N del T.

(2) No hemos hallado mejor equivalencia en nuestra lengua para expresar la denominacion de *King's Counsel*, que la de letrado de la Corona; los cuales se diferencian en Inglaterra de la generalidad de los abogados (*barristers*) en que cuando informan ante los jueces lo hacen de la barra adentro del tribunal, y estos en la barra misma, pero fuera. Además, los letrados de la corona ó del rey contraen la obligacion de no abogar por nadie contra la corona, sin prévia licencia del monarca; los otros se hallan exentos y libres de esta prohibicion.—N. del T.

jóvenes ilustrados de la nueva generacion, aprovechara el motivo para enderezar á nuestro Bacon una filípica contra su vanidad y falta de respeto hácia los superiores en edad, dignidad y gobierno, el agredido le contestó con muestras de mucha reverencia, dándole gracias por el consejo y prometiéndole no echarlo en olvido. Pero si los propios se conducian de la manera injusta que dejamos expuesta con Francisco Bacon, los extraños procedian de muy diverso modo, aventajándolo en la medida de sus fuerzas. A esto debió ser asesor (1) de Gray's Inn á los veintiseis años, y *Lent Reader* (2) dos despues, alcanzando en 1590 la primera muestra de favor del Gobierno, con su nombramiento de letrado supernumerario de la Corona (3), cargo lisa y llanamente honorífico, y que ningun beneficio pecuniario producía; siguiendo por esta causa en pretensiones de algun empleo que le pusiera en condiciones de vivir sin absorberse por entero en el ejercicio de su profesion, y sufriendo con paciencia y serenidad indescribibles los malos modos de su tío, y las observaciones despreciativas que hacia sin cesar su primo en órden á los hombres que vivian engolfados en las especulaciones filosóficas, y eran demasiado sabios para poder consagrarse á los negocios públicos. Al fin, los Cecil se apiadaron de Bacon y le hicieron merced de nombrarlo sustituto

(1) *Bencher* (asesor), *master* y *principal* son denominaciones de los principales cargos de cada colegio de abogados en Inglaterra.—N. del T.

(2) Literalmente vale tanto en nuestra lengua como *Lector de Cuaresma*, y el titular tiene á su cargo en el colegio la cátedra de Derecho.—N. del T.

(3) En inglés: *Queen's* ó *King's Counsel extraordinary*.—N. del T.

del Archivero de la Cámara Estrellada; mas, aun cuando el empleo era lucrativo, como no podia entrar á ejercerlo hasta la muerte del propietario, hubo de aguardar algunos años trabajando de abogado para ocurrir á sus necesidades.

En 1593 lo eligieron diputado por el Middlesex, y poco tardó en brillar en el Parlamento entre los más principales oradores, siendo fácil advertir en los escasos extractos de sus discursos que se conservan, muestras repetidas y felices de la energia de lenguaje y de la riqueza de imaginacion que caracterizan sus obras, y que la extension de sus conocimientos históricos y literarios le hacian fácil imponerse deleitando á sus oyentes á vueltas de imágenes y de alusiones pintorescas, eruditas y oportunas. Tambien es evidente que se hallaba exento y libre de todo en todo de los defectos propios de los letrados que despues de haber pasado largos años en el foro, ejerciendo su profesion, logran tomar asiento en la Cámara de los Comunes, pues tenia la costumbre de discutir los grandes negocios no á la menuda y particularmente, sino en conjunto, y de no sutilizar los razonamientos. Ben Jonson, juez peritísimo en la materia, nos ha descrito la elocuencia de Bacon en términos tales que no por haberse repetido muchas veces sus palabras habremos de pasarlas ahora en silencio. «Conoci,—dice,—á un orador ilustre cuyos discursos rebosaban elocuencia, y en cuyo lenguaje, cuando lograba resistir á la tentacion de usar palabras picantes, campeaba siempre noble severidad y grandeza de ánimo. Nunca oí hablar hombre alguno con más precision, nitidez, amplitud y aplomo que lo hacia él, sin emplear jamás frases inútiles ó vanas; como que nada holgaba en sus oraciones, ni habia frase fuera de

lugar, ni extraña, sino propias todas, originales y en su punto y sazón debidas; siendo tal el ascendiente que tomaba sobre su auditorio, que ninguno apartaba los ojos de él, ni se movía por temor de perder un ademán ó una palabra. Bacon, en efecto, cuando hablaba era dueño y árbitro de cuantos le oían, y tanto sabía, según su voluntad, seducir ó irritar á los jueces, que bien puede afirmarse que siempre los tuvo á merced de su elocuencia dominados, vencidos y prisioneros de su palabra, y temerosos de que destruyera la fascinación que sobre todos ellos ejercía, dando término al discurso antes de lo que consentía su deseo.» Aun cuando Ben Jonson no habla de otro auditorio que del togado, porque acaso no tuvo la complacencia de oír á Bacon sino en el foro, en razón á ser entónces, en nuestro concepto, inaccesible casi la Cámara de los Comunes al público; y aunque un observador tan experto y sagaz como lo fué nuestro filósofo, no hablara en el Parlamento cual lo hacía en los tribunales, bien puede suponerse desde luego que la gracia de sus modales y la belleza de su lenguaje, así ejercieran imperio en la Cámara de los Diputados como en las audiencias.

Bacon se propuso representar en la vida política un papel de muy difícil desempeño, queriendo ser á un tiempo mismo favorito del pueblo y de la corte; y, á decir verdad, nunca hubo persona más ocasionada para triunfar en la tentativa, porque reunía grandes condiciones al efecto, precocidad, madurez de juicio, carácter simpático y constantemente igual, y maneras amables, debiendo á tan feliz concurso de circunstancias parte del éxito que alcanzó. Una vez, no obstante, se dejó llevar de un arranque de patriotismo que le causó tan grandes y amargos re-

mordimientos, y tantos, que nunca más fué osado á incurrir en otro igual. Pues como el Estado pidiera considerables subsidios con urgencia extremada, Bacon pronunció un discurso en la Cámara digno del espíritu que inspiró á los grandes patriotas del Largo Parlamento, diciendo, entre otras cosas que se leen con más extension en su arenga, de la cual sólo existen párrafos sueltos: «Los caballeros y los grandes habrán de vender sus vajillas de plata y los colonos sus vasijas de hierro ántes de poder pagar entre unos y otros contribucion tan onerosa y fuerte; y como no hemos venido aquí en vano, ni tampoco á tocar los bordes de las heridas de la patria, sino á sondarlas, reconocerlas, curarlas y hacer cuanto dependa de nosotros para cerrarlas, de mí sé deciros que, otorgando lo que se nos pide, nos expondremos á grandísimos males y daños. En primer lugar, daremos ocasion al descontento, y pondremos en peligro la seguridad y el sosiego de nuestra esclarecida Soberana, que ántes debe descansar en el amor que no en la riqueza de sus vasallos; y en segundo, si por tal modo le concedemos los subsidios que pide, con el tiempo vendrán otros príncipes y nos pedirán idénticos sacrificios ó más grandes acaso, siendo nuestra la falta por haber creado el precedente, perjudicial para nosotros mismos y para la posteridad; y es necesario que pueda consignar la Historia en sus páginas inmortales para enseñanza provechosa de las generaciones por venir que la nacion inglesa es, entre todas las demas del globo, la ménos servil, la ménos esclava y la ménos dispuesta en toda ocasion á sufrir el peso de nuevos impuestos y gabelas.» Palabras fueron éstas que produjeron profunda impresion en el ánimo de la Reina y de los ministros; y

como los altivos é iracundos Tudors habian enviado más de una vez á la Torre de Lóndres á honradísimos é inofensivos diputados en castigo de discursos menos irrespetuosos que lo fué el de Bacon, acaso el temor del castigo, acaso el convencimiento de haber ido demasiado léjos en el calor de la improvisacion, indujeron al jóven patriota en el trance que nos ocupa á conjurar los peligros y á reconquistar el perdido favor, humillándose hasta el punto de pedir perdon de la manera más degradante á cuantos pudieran estar enojados con él, rogando al lord Tesorero que no privara de su gracia en aquel caso á su servidor y pariente, y escribiendo al lord Canciller una carta indigna, que puede competir ciertamente con la más despreciable de cuantas redactó Ciceron en el destierro. La leccion fué dura y no inútil, porque Bacon no volvió á incurrir más en falta igual ni parecida.

Al fin comprendió Bacon que nada debia esperar de aquellos poderosos aliados cuya proteccion habia solicitado en vano con tanto empeño y tan humilde perseverancia por espacio de doce años consecutivos, y comenzó á poner los ojos en otra parte.

Figuraba entre los cortesanos de Isabel de poco tiempo hacia un nuevo privado, jóven, noble, rico, distinguido, elocuente, bizarro, generoso y lleno de ambicion; favorito á quien la Reina, ya entrada en años, dispensaba tales muestras de afecto, que apenas logró merecerlas tan señaladas Leicester en la edad de las pasiones; valido que así era ornamento del regio alcázar como ídolo de la *City*, Mecenas de literatos como protector de caballeros, y amparo de católicos como de puritanos perseguidos y menesterosos. Empero la tranquila calma que tan útil fué á Burleigh para guiarlo á traves de infinitos

peligros, y la consumada experiencia que adquirió en el trato diario de dos generaciones de colegas y de rivales, apenas parecían suficientes á sostenerlo en la lucha que lo esperaba. Añádase á esto la envidia y el temor con que Roberto Cecil veía crecer por momentos la fama y la influencia extraordinarias del de Essex.

La historia de las facciones que dividieron la camarilla y el Consejo, durante los postreros años del reinado de Isabel, rebosa de útiles enseñanzas; pero ni ofrece interes ni es agradable de recordar. Porque, mientras ambos partidos empleaban en sus luchas aquellos recursos que son familiares á los hombres de Estado sin escrúpulos, ninguno se proponía, ni siquiera pretendía tampoco, al atacar ni al resistir, fines de verdadera importancia. El espíritu público reposaba entónces y se rehacía de la fatiga y del cansancio producidos por un grande esfuerzo, y reconcentraba toda su vitalidad para realizar otro. El ímpetu incontrastable y terrible que hizo progresar al humano espíritu en la senda de la libertad durante los cincuenta años siguientes á la rebelion de Lutero contra la Iglesia católica habia cesado, dejando establecidas las fronteras divisorias del protestantismo y del catolicismo, casi como se hallan hoy: á un lado Inglaterra, Escocia y los Estados del Norte; á otro España, Irlanda, Portugal é Italia; y extendiéndose la línea de la demarcacion, lo propio que ahora, por medio de los Países Bajos, de Alemania y de Suiza, separando las provincias, electorados y cantones. La Francia podia considerarse á la sazón en litigio, como terreno en el cual estuviera indecisa la lucha, y desde aquel entónces las dos creencias sólo han logrado conservar sus posiciones respectivas. Pero si han tenido lugar incur-

siones y correrías, por decirlo así, la frontera general ha seguido siendo la misma; porque desde hace dos siglos y medio no hemos visto alzarse rebelde como un solo individuo á una sociedad en masa, y emanciparse del yugo que pesaba sobre ella luengos siglos hacia; espectáculo frecuente allá en el siglo xvi, y que no ha vuelto á reproducirse. ¿Por qué? ¿Por qué á una tan violenta sacudida siguió tan prolongado reposo? Si las doctrinas de los reformadores no se hallan hoy día más ni ménos conformes que otro tiempo á la razon ó á la revelacion; si el espíritu público no es hoy tampoco ménos ilustrado que lo era entóncees, ¿por qué, despues de haber triunfado de todos los obstáculos que se le opusieron en un siglo que gozaba comparativamente de poca ciencia y ménos libertad, no progresa el protestantismo de una manera sensible, ahora que nos hallamos en tiempos de tanto razonamiento, de tanta tolerancia religiosa y de tanta libertad política? ¿Por qué Lutero, Calvino, Knox y Zwinglio no dejaron sucesores, propagandistas eficaces de la doctrina protestante? ¿Por qué no ha logrado el protestantismo atraer á su idea en más de doscientos cincuenta años un número igual siquiera de neófitos al que conquistaba en seis meses, en la época de la Reforma? Siempre nos han parecido estos hechos problemas históricos tan curiosos como interesantes, y acaso algun día nos propongamos su resolucion; mas, por el momento, será bastante á nuestro propósito dejar consignado que hácia los últimos años de la reina Isabel habia el protestantismo, para expresarnos en el lenguaje del *Apocalipsis*, «abandonado su primera caridad y dado de mano á sus primeras obras.»

La lucha formidable del siglo xvi habia, pues,

cesado; la no ménos temerosa del xvii no habia comenzado aún; los confesores de la época de María ya no vivian; los católicos carecian por-completo de poder é influencia en el Estado, influencia y poder que aún no habian alcanzado fuerza incontrastable y terrible en manos del bando puritano; pero si bien es cierto que la vista del observador sagaz, conocedor de la historia del periodo siguiente, podía penetrar sin dificultad y discernir en los actos de los últimos Parlamentos de Isabel los gérmenes de sucesos importantes para siempre memorables, nada de cuanto decimos era perceptible á los contemporáneos. Porque los dos partidos de hombres ambiciosos que se disputaban el poder, no estaban, en verdad, separados por ningun problema complicado de interes público; ambos pertenecian á la Iglesia establecida; uno y otro eran adictos de una manera incondicional á la Reina, y aprobaban implícita y explícitamente la guerra con España, y no tenemos razones para suponer que se hallaran discordes en punto á la sucesion de la Corona, ni que ninguna de las dos facciones meditara reformas trascendentales, ni que se propusiera la menor cosa en desagravio de las quejas que pudiera formular la opinion pública, pues la plaga de que adolecia entónces la Inglaterra era conveniente á los dos rivales, y tan provechosa y fructífera, que uno y otro la fomentaban con igual empeño. Raleigh tenia el monopolio de los naipes, y Essex el monopolio de los vinos generosos; consistiendo en realidad el único motivo de la querella entre los opuestos bandos en no lograr concertarse respecto de la parte de poder y de influencia que debia tocar á cada cual.

Por ningun concepto político puede sernos Essex amable: y la conmiseracion que nos inspira su fin

prematureo y aciago la merma mucho el recuerdo del egoísmo con que comprometió vida y hacienda de sus amigos más sinceros y apasionados, y del modo como quiso hundir en el desorden más anárquico á su patria por razones personales. No es posible, sin embargo, mostrarse indiferentes hácia un hombre tan bizarro, esforzado y generoso, sino amarlo de todas véras, y porque además supo conducirse con su Reina y señora de una manera que hasta entónces ningun otro súbdito habia osado emplear, siendo al propio tiempo respecto de sus inferiores modelo rarísimo de suma delicadeza. Essex no era cual la generalidad de los bienhechores vulgares, pues sus deseos y propósitos fueron enderezados siempre á inspirar cariño, no gratitud, esforzándose sin cesar en persuadir á sus protegidos á que lo trataran como á igual, no como á superior. Y como tenía el corazon impresionable y vehemente, y admiraba por instinto lo bello y lo grande, lo fascinó el ingenio de Bacon, y se trabó entre ambos desde luégo amistad estrecha, que despues tuvo término por muy siniestra, triste y vergonzosa manera.

En 1594 quedó vacante la plaza de fiscal del Tribunal Supremo (*Attorney general*), y Bacon se prometió alcanzarla merced al valimiento de su protector. El cual hizo suya la causa de su amigo, pretendiendo para él, quejándose, prometiendo y amenazando; pero todo en vano, pues á lo que parece la mala voluntad de los Cecil hácia Bacon habia subido de punto desde que lo vieron en la privanza del favorito. Roberto estaba entónces muy próximo á recibir el nombramiento de secretario de de Estado, y como se hallara un dia por casualidad en la misma carroza que el de Essex, trabóse una

conversacion notable por extremo entre ambos y que nos parece del caso reproducir:

—«Milord, dijo sir Roberto al de Essex, la Reina se propone nombrar sin más tardanza al fiscal del Tribunal Supremo, y yo desearia saber cuál es el candidato de S. S.»

—«Me sorprende la pregunta, le replicó el Conde, porque no debeis ignorar que mi candidato no es otro que vuestro primo, Francisco Bacon, á quien me propongo apoyar contra todos cuantos se presenten.»

—«¿Es posible, prorumpió sir Roberto Cecil sin poder contenerse, que S. S. quiera emplear su influencia en cosa tan absurda como esa? ¿Acaso podrá citarme S. S. un solo precedente de haber sido elevado á tan alto puesto alguna vez un jóven como él, sin experiencia ni condiciones para el oficio?»

Y como la objecion sentaba mal en boca de un hombre que, siendo más jóven que Bacon, esperaba de un momento á otro ser promovido al cargo de secretario de Estado, y además no era Essex de los que tuvieran costumbre de callar su opinion en ningun caso, le contestó:

—«No he tratado de inquirir si habia ó no precedentes, ni si otros tan jóvenes como nuestro Francis habian ejercido el cargo que ahora pretendo para él; lo que sí puedo deciros, sir Roberto, es que no me sería difícil nombraros persona más jóven todavía, ménos instruida ciertamente y desde luego tan inexperta como él, que hace los mayores esfuerzos por colocarse mucho más alto aún y en posicion más importante.»

Nada tuvo sir Roberto que contestar, sino que se creia capaz del mejor desempeño del cargo á que se le destinaba, pareciéndole, además, que los se-

ñalados servicios de su padre bien merecian esa muestra de gratitud de parte de la Reina; como si sus facultades fueran comparables á las de su primo y como si Nicolás Bacon no hubiera hecho nunca nada en servicio del Estado. Cecil añadió á seguida que Bacon podía contentarse con una plaza de procurador (*Solicitor general*), pero que, así y todo, su Majestad digeriria dificilmente su nombramiento.

—«No me habéis de digestiones, repuso el Conde; quiero el empleo de fiscal para Francis, y para conseguirlo pondré en juego influencia, poder, autoridad y amistad, sin perdonar medio alguno hasta conseguirlo, y quien se oponga en esto á mi deseo, para dar el destino á otro, ya verá lo que le cuesta; y ahora, que os hablo francamente, os diré que no se me alcanza cómo vos y vuestro padre podeis pensar, tratándose de estas cosas, ántes en un extraño que no en un pariente tan cercano. Además, si poneis en la balanza los merecimientos de su competidor y los de vuestro primo, excepto cinco tristes años más que ha pasado en los tribunales, vereis que bajo todos los demas respectos no es posible compararlos.»

Pero fueron en vano los buenos deseos del de Essex, porque se nombró á otro para el destino tan pretendido. Cuando sucedió esto, el Conde instó á la Reina para que nombrase á Bacon procurador, mostrándose propicio á ello su tío; mas, sin embargo de sus buenos aparentes deseos, al cabo de luchar año y medio, y de gastar en ese tiempo el de Essex, segun sus propias palabras, poder, amistad, influencia y prestigio, el destino fué para otro. El Conde lo sintió vivamente, y no halló consuelo á su disgusto sino mostrándose liberal con suma delicadeza respecto de Bacon, regalándole unas tierras

situadas cerca de Twickenham de hasta diez mil pesos de valor; obsequio tanto más de agradecer, como decía el mismo que fué objeto de él, «cuanto que la manera delicada, bondadosa y digna de ofrecerlo valía más aún que la cosa ofrecida, con ser de mucho precio.»

Poco tiempo despues de estos sucesos hizo Bacon su aparicion como escritor, publicando á principios de 1597 un tomito de Ensayos, aumentado despues con tantos artículos nuevos que acabó por ser cuatro veces más grueso que el primitivo. Alcanzó el libro grande y merecida popularidad, se reimprimió al cabo de algunos meses, lo tradujeron en latin, frances é italiano, y á lo que parece asentó la fama literaria de su autor. Mas, á pesar de la reputacion siempre creciente de Bacon, distaba mucho de ser brillante su suerte, pues vivia con grandes apuros, llegando el caso de que lo prendieran en la calle cierto dia por una deuda de mil quinientos pesos, á instancia de un platero, y lo encerraran en la prision de Coleman Street.

Essex continuó siendo siempre para nuestro Bacon de inagotable bondad; porque como en 1596 saliera para su memorable campaña de la Península española, en los momentos mismos de embarcarse pensó en él y escribió á varios de sus más íntimos amigos, recomendándoles que velaran en su ausencia por él. Volvió despues de haber dado término á la empresa militar más brillante que haya ilustrado las armas inglesas en el continente durante todo el tiempo que media entre las batallas de Azincourt y de Blenheim (1), y su valor, sus grandes facultades,

(1) Las proezas realizadas en Cádiz por el conde Essex, y que, al parecer de lord Macaulay, constituyen el hecho

su carácter humano y generoso habían hecho de él el ídolo de sus compatriotas y arrancado elogios hasta de sus mismos vencidos (1); pero á pesar de

de armas más glorioso que hayan realizado las tropas inglesas en el continente desde la batalla de Azincourt á la de Blenheim, no fueron otras que el saqueo, la matanza y el incendio.

La ciudad de Cádiz no se hallaba prevenida para la defensa cuando se presentó en su bahía una flota inglesa compuesta de ciento setenta naves, diez y siete de las cuales eran navíos de alto bordo, tripuladas de catorce mil hombres. La resistencia fué, sin embargo, heroica, viéndose los ingleses á punto de retirarse. Un esfuerzo sobrehumano los hizo dueños de la plaza, y entónces sufrieron sus habitantes mayor estrago en sus vidas y haciendas que acaso á ser vencidos de piratas argelinos. Nada se respetó por la soldadesca británica, ni las casas particulares, ni los templos y monasterios, ni los edificios públicos: todo fué teatro de robos, matanzas y violaciones. Seiscientas ochenta y cinco casas ardieron, y varios templos, incluso la catedral. Por saquear, los de Essex se llevaron hasta las campanas de las iglesias y las rejas de las casas, y no pareciéndoles bastante todavía, tomaron consigo considerable número de vecinos acomodados y se los llevaron en sus naves hasta obtener su rescate. La empresa, segun el testimonio de Hume, produjo á los ingleses veinte millones de ducados. Parécenos que nada de esto puede constituir, á los ojos de la historia imparcial, título digno de merecer la calificación que le atribuye lord Macaulay; pero si, á pesar de ello, el saqueo de Cádiz es la página más gloriosa de las armas inglesas desde Azincourt á Blenheim, como á nosotros no toca vindicarlas, sino volver por los fueros de la verdad en lo que atañe á nuestra patria, diremos que siendo los hechos tal cual los hemos referido imparcialmente, la conclusion pertenece á un inglés.—N. del T.

(1) Véase CERVANTES en *La Española Inglesa*. *

* Así dice el autor, atribuyendo á unas palabras del inmortal novelista español un alcance que no tienen y que no pudo estar en su ánimo darle ciertamente. Porque Cervantes sólo habla de los buenos deseos que mostró el Conde para restituir á sus padres la niña, heroína de su nove-

esto, que fué tan eficaz á subir de punto su orgullo y tenacidad ingénitas y proverbiales, continuó siendo en todo el mismo con su amigo Francisco Bacon. El cual, como se hubiera propuesto de hacer fortuna por medio de un casamiento, comenzó á cortejar á cierta viuda llamada lady Hatton, mujer de carácter excéntrico y violento que hacía la desgracia, en fuerza de sus defectos, de cuantos parientes tenía. Pero Bacon, que ignoraba sus malas cualidades ó que se hallaba dispuesto á mostrarse con ellas indulgente en gracia de su inmenso caudal, insistió en sus galanteos, atrayendo á su partido al de Essex, que abogó por él de la manera calurosa que lo hacía siempre tratándose de su amigo Francisco. Las cartas que así á lady Hatton como á su madre dirigió el Conde á propósito de Bacon, se conservan todavía y dan testimonio de sus leales procederés. «Si fuera hermana ó hija mia, decia el Conde á la madre de la pretendida, me decidiria en favor del amigo á quien tanto estimo tan resueltamente como ahora os aconsejo que lo hagais;» y añadía más adelante: «Si algo vale mi palabra, bien podeis creer que á tener una parienta que me importara tanto como á vos vuestra hija, mejor se la daría que á otros hombres condecorados de títulos más impor-

la, robada por Clotaldo, capitán de la escuadra, y que á pesar de «la voluntad y sabiduría» del de Essex, quedó á bordo y fué á Inglaterra entre los despojos que los ingleses llevaron de la ciudad.» Por lo demas, Cervantes da muestras, algunas líneas despues, de no conocer los sucesos ocurridos en Cádiz en toda su extension, suponiendo que los padres de la española inglesa dijeron al Conde, al reclamársela, «que pues se contentaba con las haciendas y dejaba *libres las personas*, no fuesen ellos tan desdichados, que ya que quedaban pobres, quedasen sin su hija;» siendo sabido que los ingleses arrebataron gran número de personas principales de la ciudad con el propósito de exigir crecidos rescates por ellas como así sucedió.—N. del T.

tantes.» Felizmente para Bacon, todas las gestiones fueron infructuosas y no logró casarse con la viuda de Hatton, en lo cual le hizo grandísimo favor de dos maneras: primero, porque de ser su mujer habría sido su tormento; y segundo, porque prefirió á un enemigo suyo, llamado Eduardo Coke, pedante de muy escasas luces y mal corazón, y ella se encargó de hacerlo tan desgraciado como merecía.

La fortuna del Conde había llegado á su colmo, y comenzaba por entónces á declinar. Poseía, en efecto, el de Essex cuantas cualidades son eficaces á elevar rápidamente los hombres; pero carecía de las virtudes y de los vicios que facilitan los medios de conservar largo tiempo las posiciones conquistadas. La franqueza y la excesiva vivacidad con que se defendía de los agravios é injusticias delante de la Reina no eran ni podían ser tampoco muy agradables á una princesa naturalmente poco acostumbrada á la resistencia, y familiarizada ya en el trascurso de ocho lustros á la más extravagante adulación y á la obediencia más abyecta que pueda imaginarse. Añádase á esto que su audacia y el tono despreciativo con que trataba siempre á sus adversarios, llegó á inspirarles odio mortal contra él. En Irlanda, su administracion había sido desgraciada y censurable bajo muchos aspectos; y aun cuando su valor y su actividad indomable lo hicieran admirablemente apto á empresas como la de Cádiz, ni tenía la prudencia, la calma y la resolución necesarias á dirigir una guerra larga, en la cual fuera necesario ir venciendo gradualmente los obstáculos, soportar muchas y graves dificultades, y realizar pocas hazañas, ni ménos era propio á ejercer cumplidamente los deberes políticos de sus elevadas funciones, ni podía llamarse hombre de

Estada por más que rebosara de ingenio y de elocuencia. Cierto es que la muchedumbre aplaudia con entusiasmo en él hasta los defectos; pero la corte no queria en cambio reconocerle ni sus virtudes siquiera. En esta coyuntura puso el Conde toda su confianza en Bacon; y al advertir que iba cediendo su influencia, á él abrió su pecho atribulado en solicitud de consejo, para seguirlo, encomendándose á su intercesion. Fuerza es decirlo, por más que nos cueste no poder callar una triste verdad: el amigo á quien tuvo en toda ocasion el Conde tanto afecto y en quien depositó tanta confianza, contribuyó más eficazmente que ningun adversario á derribarlo del pedestal de su grandeza, á derramar su sangre y á insultar su memoria!

Mas, para ser justos con Bacon, deberemos de añadir que hasta el último instante no creemos tuviera el propósito de causar daño al de Essex, pues abrigamos el convencimiento de que trabajó por él con lealtad miéntras creyó poder hacerlo sin perjudicarse á sí propio; de que los consejos que le dió fueron en general muy juiciosos, y de que hizo cuanto estuvo de su parte para impedir que su generoso bienhechor aceptara el gobierno de Irlanda. «Porque, como decia él mismo, veía tan claramente su caída con este motivo, y tan encadenada, por decirlo así, al viaje de Irlanda, cual si fuera dado al humano espíritu entender y juzgar de sucesos que todavía no se han realizado.» Su prediccion se cumplió, en efecto, y el Conde volvió en desgracia. Bacon intentó servir de mediador entre la Reina y su amigo, y empleó á este fin de muy honrada manera toda su habilidad; pero la empresa era de suyo harto difícil, delicada y peligrosa áun tratándose de agente tan discreto y hábil cual

lo era él. Porque tenía que dirigir dos caracteres igualmente orgullosos, susceptibles é ingobernables: en *Essex House* tenía que calmar la furia de un héroe, jóven y exasperado por los insultos y las humillaciones recibidas, y en Whitehall que calmar los arrebatos de una princesa cuyo carácter, desapacible siempre, se habia tornado desigual, desabrido, colérico por efecto de los años, de las enfermedades, y tambien del hastío que llegan á producir en el ánimo el hábito de oír enojosas lisonjas constantemente, y de exigir obediencia ciega y servil siempre á todos. Y como es cosa difícil servir á dos amos á un tiempo mismo, y además, en la situacion en que se hallaba nuestro Bacon, no era posible conducirse de modo á no dar ocasion de recelos á uno ú otro de sus señores, ó acaso á entrambos, por más que durante cierto espacio procedió con la lealtad que razonablemente podia esperarse de persona colocada en situacion tan singular, al cabo se dió cuenta de que haciendo esfuerzos en pro de otro corria inminente riesgo de caer en desgracia. Tarde hubo de ocurrírsele todo esto, porque ya tenía enojadas á las dos personas que se proponia reconciliar: Essex lo calificaba de amigo poco celoso, é Isabel de súbdito no muy adicto; y miéntras el Conde lo reputaba ya por espía de la Reina, ésta lo miraba como hechura y abogado del Conde. La reconciliacion propuesta llegó á parecer imposible de conseguir al fin; y, comprendiendo Bacon por mil indicios perceptibles á miradas ménos penetrantes que las suyas que se acercaba el momento de la caída de su protector, se propuso proceder en consecuencia. De aquí que al presentarse el Conde ante el Consejo para justificar su conducta en Irlanda, no hiciera Bacon sino débil

esfuerzo á fin de no tomar parte contra su amigo, y que, sometiéndose luego á la voluntad de la Reina, fuese á la barra para sostener la acusacion.

Una escena más triste aún se preparaba. El desgraciado magnate, inspirándose acaso en la desesperacion, intentó una empresa criminal é insensata que lo hizo merecedor del castigo más severo (1). ¿Qué debía de hacer Bacon en este caso? La ocasion lo era de pruêba y eficaz á demostrar las cualidades ó defectos de un hombre. Porque siendo caballero en toda la extension de la palabra, no podia influir más en su corazon la riqueza, el valimiento, los empleos y honores y hasta la propia seguridad personal, que la gratitud, la amistad y el honor; y siendo de esta manera, se hubiese colocado de parte del Conde durante la sustanciacion de la causa, y habria gastado «todo su poder, toda su influencia, toda su autoridad y todo su prestigio,» para solicitar y merecer la benevolencia de los jueces; y hubiera ido á visitar diariamente al amigo en la cárcel, y recibido sus postreras recomendaciones y sus últimos abrazos en el cadalso, y, despues, habria hecho cuanto estuviera de su parte para preservar de insultos y acusaciones póstumias la memoria del generoso aunque culpado amigo. Un hombre vulgar no habria querido exponerse ni al peligro de amparar

(1) La criminal empresa indicada por el autor no fué otra que el motin promovido por el conde en la *City* á la cabeza de ochenta caballeros y doscientos adictos más, y encaminado á purgar la corte de aquellos que tan cruda guerra le hacian como enemigos personales suyos. Essex se lanzó á las calles, fiando el éxito de la jornada á su estrellita y á la popularidad de que gozaba; mas todo fracasó, quedando él prisionero, y sufriendo despues la última pena.—N. del T.

á Essex, ni á la vergüenza de atacarlo; pero Bacon no adoptó esta línea de conducta neutral, sino que representó el papel de abogado acusador, no limitándose á ejercerlo de manera bastante á conseguir veredicto de culpabilidad; no empleando su talento, su ingenio, su elocuencia y su sagacidad en lograr la condena del acusado, pues para esto bastaba con el crimen cometido, sino en privar al prisionero de cuantas circunstancias atenuantes hubieran podido hacerse valer al efecto de disminuir el alcance moral de su gravísimo delito, y que si no eficaces á permitir que los Pares lo absolvieran, lo habrían sido ciertamente á predisponer el ánimo de la Reina en su favor para indultarlo. Y como el Conde quisiera paliar su conducta insensata y criminal alegando que lo rodeaban enemigos encarnizados y poderosos, y repitiera que sus esfuerzos habian destruido su grandeza, que deseaban acabar con él completamente, y que sus desmanes lo exasperaron al punto de hacerle perder la razon, todo lo cual era cierto, y Bacon lo sabía, éste pareció tratar sus excusas de frívolos pretextos, y comparó Essex á Pisistrato, quien so color de haber corrido peligro de morir asesinado, y mostrando heridas hechas de su propia mano, consiguió establecer la tiranía en Atenas. Al oír esto el Conde ya no pudo contenerse, y con grandes muestras de cólera interrumpió á su ingrato amigo, y lo amonestó por la conducta que seguía, diciéndole además que dejara de representar el papel de acusador y fuese á tomar asiento entre sus testigos para declarar desde allí á los lores que muchas veces ántes de aquel dia él mismo, que á la sazón reputaba por frívolos pretextos sus descargos, los habia estimado hechos ciertos é indudables. Da dolor verdade-

ramente consignar estos sucesos; mas no es posible dejarlos en silencio. Bacon contestó de una manera evasiva, y pareciéndole acaso que sus alusiones á Pisistrato no eran todavía bastante ofensivas, hizo otra más injustificable, comparando al Conde con Enrique, duque de Guisa, y la estulta tentativa de la *City* á la jornada de las Barricadas en Paris. Dificil es decir por qué Bacon recurrió á este medio, cuando no era necesario en modo alguno para conseguir el deseado veredicto de culpabilidad, y no podia ménos de impresionar fuertemente y de influir mucho en el ánimo de la celosa y altanera Princesa de quien dependia la suerte del Conde. Porque la más leve alusion á la vergonzosa tutela ejercida por la casa de Lorena sobre el último Valois, bastaba para cerrar el corazon de Isabel á un hombre que por su rango, su gloria militar y su popularidad en la capital de Inglaterra ofrecia tantos puntos de semejanza con el caudillo de la Liga.

Essex fué condenado á muerte, y Bacon no hizo el menor esfuerzo entónces para salvarlo, áun sabiendo que la Reina se hallaba de tal modo dispuesta en su favor é inclinada naturalmente á la misericordia en aquella ocasion, que hubiera podido sin temor ninguno abogar por él, con éxito tal vez, y en todo caso sin exponerse al más leve contratiempo personal. Pero nada hizo, y el desgraciado magnate sufrió la última pena, excitando su muerte generales muestras de sentimiento, de lástima y de indignacion en el pueblo, y siendo causa de que los ciudadanos de Lóndres acogieran á Isabel la primera vez que se presentó en las calles de su capital, despues del suceso, con ceñudos ojos y forzadas y débiles aclamaciones. Tanto la preocupó esto, que creyó necesario publicar una especie de

apología de su conducta respecto del Conde; y como habia leído y gustado de algunos escritos de Bacon, lo designó para ejecutar su pensamiento; siendo por tal modo el pérfido amigo, que tan eficazmente contribuyó á la muerte de su bienhechor, quien dió el golpe de gracia á su memoria y á su fama. El libelo pareció de allí á poco tiempo bajo el título de: *Exposición verdadera de las conjuras y traiciones intentadas y cometidas por Roberto, conde de Essex*; y cuando hubo muerto Isabel, Bacon no tuvo una palabra que decir en defensa de su obra, plagada de frases que ningun enemigo generoso hubiera empleado jamás contra quien tan caro pagó su falta, y se limitó á exponer, á título de disculpa, que la escribió de orden superior; que sólo hizo el trabajo material como mero secretario; que se le dieron instrucciones particulares acerca del modo de tratar el asunto hasta en sus menores detalles, y que suyo no habia en el libro, á decir verdad, sino la forma y el estilo (1).

Mr. Montagu halla no sólo merecedora de disculpa sino de admiracion la conducta observada por Bacon durante los sucesos que acabamos de referir. Y tanto lo entiende así, que no sin pena podrán comprender nuestros lectores cómo ha llegado á estas conclusiones, extraordinarias por extremo, y acaso entiendan que nos proponemos sorprender su buena fe si enumeramos los principales argumentos de que se vale para fundar su descubrimiento.

Porque para redimir á Bacon del cargo de ingratitud hácia su bienhechor, comienza Mr. Montagu

(1) El título inglés de este libro es así: *A Declaration of the Practices and Treasons attempted and committed by Robert, Earl of Essex*. Impreso de Real orden.— N. del T.

proponiéndose demostrar que tenía con la Reina mayores obligaciones que con Essex. Pero ¿cuántas eran estas obligaciones? Aquí está la dificultad del negocio, en razón á que su oficio de letrado de la Corona (*Queen's Counsel*), y la esperanza remota de ocupar otro destino cuando pasara de esta vida el propietario, eran ciertamente favores de muy escasa importancia, teniendo en memoria los derechos personales y heredados de Bacon. Y como estos favores no habian costado un céntimo á la Reina, ni aventajado tampoco en un céntimo á Bacon, se hacía necesario asentar sobre otros fundamentos los derechos de Isabel á su gratitud. Mr. Montagu lo comprendió así, tal vez, cuando dijo: «La prueba más grande y señalada que de su bondad dió á Bacon la Reina, fué la de conservarlo en su gracia, dejándolo al propio tiempo ganar penosamente el pan de cada día en lugar de adelantarlo con rapidez; que no fueron otras sus obligaciones respecto de Isabel.» En efecto, así fué; y por eso, siendo él al propio tiempo hijo de uno de sus más antiguos y fieles ministros, y el jóven más capaz y distinguido de la época, ¡mereció ser condenado por Isabel á vivir en la oscuridad y la pobreza; y no sólo menospreció sus merecimientos, sino que lo reprendió de la manera más brutal cuando fué osado á representar un papel independiente y digno en el seno de la Cámara; oponiéndose á su adelanto profesional sin causa para ello, y debiendo, por último, á este concurso de circunstancias el haber pasado algun tiempo en la cárcel por una deuda de trescientas libras esterlinas, mientras que hombres más jóvenes, que no le aventajaban en alcurnia, siéndole muy inferiores en prendas personales, ocupaban los principales cargos del Estado y adquirian tierras, palacios y quin-

tas de recreo. Por tanto, si Bacon debía gratitud á la Reina, no debía ninguna al Conde, y si su mejor amiga era verdaderamente Isabel, Essex tenía que ser su enemigo más peligroso. Y para decir de una vez cuanto pensamos, añadiremos que causa extrañeza que Mr. Montagu no haya extremado su razonamiento, sosteniendo, por ejemplo, que Bacon hubiera sido disculpable hasta de querer vengarse del hombre que hizo cuanto pudo por emancipar su juventud del yugo saludable que le impuso la Reina; que quiso adelantarle en su carrera demasiado rápidamente, y que no satisfecho con pretender imponerle un destino de fiscal en el Tribunal Supremo, tuvo la crueldad de regalarle una extension considerable de terreno.

Cuesta mucho de creer tambien que Mr. Montagu habla en serio cuando dice que Bacon tenía la obligacion, respecto del público, de no destruir sus propias esperanzas de medro personal, y que, si se declaró contrario al de Essex, lo hizo para llegar más fácilmente al poder y ser útil á su patria; manera singularisima de razonar que no se impugna sino reproduciendo los argumentos. Y como no hay afirmacion que no pueda discutirse, diremos que así es, en rigor, posible que Bacon procediera como lo hizo en aquel caso por gratitud á la Reina que lo dejó vivir tanto tiempo en la pobreza, y por el deseo de ser útil á sus semejantes en una posicion elevada, como que Bonner fué buen protestante convencido de que la sangre de los mártires fertiliza el patrimonio de la Iglesia, y que representó de una manera heroica el papel odioso é infame de perseguidor para inspirar más aversion al pueblo inglés y más duradera contra el Pontificado; como es posible tambien que Jeffreys amara

sinceramente la libertad y que decapitara á Algernon Sidney y quemara á Isabel Gaunt con el único propósito de producir una reaccion que á su vez produjera ciertas saludables limitaciones de la régia prerogativa; como es posible que Theurtell diera muerte á Weare sólo á manera de advertimiento á la juventud inglesa contra el juego y las malas compañías; como es posible que Faunteroy falsificara documentos no más que para dar ocasion al público de hacer profundas reflexiones con motivo de su aciaga suerte acerca de los defectos de la ley penal. Todo esto es posible; mas con serlo, es de tal modo inverosímil y extravagante, que quien procediera de conformidad con ello mereceria ser cerrado sin demora en una casa de locos. Siendo así, como lo es, en efecto, no alcanzamos por qué sea lícito admitir, cuando se trata del estudio de asuntos históricos, suposiciones á virtud de las cuales ninguna persona en sano juicio querria conducirse.

No ménos extraño nos parece oír decir á Mr. Montagu que Bacon no queria el poder sino para consagrarse mejor al servicio de la humanidad desde su altura, recordando cómo ejerció el poder y de qué manera lo perdió. Porque ciertamente la buena obra que hizo á la humanidad tomando el dinero de lady Wharton y la gabeta de sir John Kennedy, no fué de tanta cuenta que santificara los medios conducentes al fin; hechos ambos que, á describirse con la debida exactitud, servirian de base á la siguiente conclusion, á saber: Bacon fué abogado servil para llegar á juez corrompido.

Sostiene Mr. Montagu que solamente las personas incapaces de reflexion pueden hallar censurable lo que Bacon hiciera en calidad de letrado de la Corona,

toda vez que los jurisperitos no pueden escoger la parte por la cual se presentan en estrados. No investigaremos ahora si la práctica establecida en órden á este punto entre los abogados ingleses, se halla ó no de acuerdo con la razon y la moral, ni si es justo que un hombre, porque se ponga la toga, pueda, mediante cinco duros de honorarios, hacer lo que no haria sin ella por todo el oro del mundo, ni si es equitativo que se valga de cuantos sofismas son imaginables, de cuantas afirmaciones, actitudes y ademanes son posibles y eficaces á imponer y turbar el ánimo de tímidos testigos, y á persuadir á los jueces de la falsedad de una declaracion, cuando no solo cree, sino que sabe que la declaracion es cierta, por no ser ahora el momento de resolver estos asuntos, ni tampoco necesario á nuestro propósito. Porque las reglas profesionales, ya sean buenas ó malas, son á manera de pragmáticas, á las cuales muchos hombres sabios y virtuosos se han sometido y se someten diariamente, y si Bacon no ejecutó nada más que lo exigido por ellas, concedemos de grado que fué inocente de falta ó por lo ménos muy disculpable. Pero creemos que su conducta no puede justificarse con ninguna de las reglas y prácticas profesionales que á la sazón lo propio que ahora existen y existieron en Inglaterra, por haber sido uso constante y nunca interrumpido que en los asuntos criminales, y cuando se priva de abogado al reo, y más principalmente cuando se trata de crímenes que pueden dar lugar á sentencia de muerte, tienen y han tenido los letrados de la Corona, no sólo derecho, sino deber de obrar con arreglo á lo que su propia razon y convencimiento les dicte.

Hubo un momento despues de la Revolucion,

cuando comenzaron las investigaciones que se propuso hacer la Cámara para inquirir cuántas y cuáles habían sido las víctimas inocentes sacrificadas por los Estuardos, en que se intentó un esfuerzo para defender á los jurisconsultos cómplices en la muerte de sir Tomás Armstrong, á pretexto de que procedieron con arreglo á las prescripciones establecidas; pero la indignación de la Asamblea impuso silencio á tan miserable sofisma. «Nada irá bien, exclamó Mr. Foley, mientras no se haya hecho un escarmiento con la clase.»—«Como se ve hay una nueva especie de monstruos, dijo el joven Hampden, y la forma los sabuesos leguleyos. Sawyer es un infame y el solo culpado del asesinato que nos ocupa.»—«Hablo en descargo de mi conciencia, añadió Mr. Garroway; no quiero que la sangre de Sawyer caiga sobre mí; pero lo creo culpado de la muerte de Armstrong, porque pidió la formación de su causa y su sentencia á la pena capital. Haced lo que os plazca con él.»—«Si el ejercicio de la abogacía, prorumpió el mayor de los Hampden, da derecho á los hombres de vida ó muerte sobre sus semejantes, á nosotros toca por nuestro bien sublevarnos contra esos malvados y exterminarlos, acabando con la profesión.» Pero no eran solamente las personas iliteratas las que hablaban en los términos que acaba de verse, pues sir William Williams, uno de los jurisconsultos más distinguidos y menos escrupulosos de aquel tiempo, era de idéntico parecer, y dijo que si no vaciló en perseguir á los obispos fué porque les habían proveído de letrado; pero que, cuando se negaba este auxilio á los presos y encausados, los jurisconsultos de la corona tenían el deber ineludible de obrar conforme á su criterio, infringiendo la ley si descuidaban su cum-

plimiento ó faltaban á él. Mas, no hemos menester aducir testimonios y autoridades, porque cuantos conocen los tribunales ingleses saben que los abogados proceden libremente cuando se trata de asuntos criminales. Ni tampoco podría ser de otra manera, pues de lo contrario se hubiera hecho la clase más odiosa que la de los asesinos que antiguamente se alquilaban en Italia para ejercer venganzas ajenas.

Bacon ejerció su ministerio contra un hombre que se había hecho culpado de gravísimo delito; pero que fué también su amigo y bienhechor, y no satisfecho aún con esto, hizo lo que acaso no hubiera tenido ánimo de ejecutar quien ni de vista conociese á Essex, empleando toda su habilidad y pericia de letrado á fin de presentar la conducta del Conde bajo aspecto más peligroso é inexcusable de lo que realmente fué. A lo más que le obligaban los deberes de su profesion, en todo caso, era á dirigir la causa de tal modo y con tan estricta imparcialidad, que las prescripciones de la ley se cumplieran puntualmente; pero ni tampoco podía parecer dudoso á nadie, y ménos á un hombre del foro, dadas las circunstancias del suceso, que fuera menester esta vigilancia para llegar á la sentencia condenatoria del Conde, pues el crimen cometido, por su naturaleza y por las circunstancias que lo rodearon, era tal que no había necesidad de recursos ni estratagemas para prevenir el ánimo de los jueces. Siendo así, como lo era en efecto, ¿por qué apeló Bacon á ciertos argumentos que, sin añadir un ápice á la gravedad de la causa bajo el punto de vista legal, iban enderezados ciertamente á empeorar el carácter moral de la funesta y loca empresa de Conde y á excitar el temor y el resentimiento en el alma de la única persona que pudiera perdonarlo?

¿Por qué refrescó la memoria del auditorio con el recuerdo de los antiguos tiranos? ¿Por qué negó, en tanto que todo el mundo sabía la verdad de los hechos, que se agitara en la corte poderosa facción contra el Conde de mucho tiempo atrás, y que sus propósitos fueran otros que arruinarlo y perderlo? ¿Por qué insistió en el paralelo que hizo entre el de Essex y el más perverso y venturoso culpado de su siglo? ¿Acaso exigían los deberes de su posición de una manera imprescindible y absoluta que recordase á una princesa tan celosa de su autoridad como era Isabel, la liga, las barricadas y todas las humillaciones que había impuesto á Enrique III un vasallo poderoso?

Pero, aún admitiendo la disculpa que aduce Mr. Montagu en favor de lo hecho por Bacon, como letrado, ¿qué diremos de *La exposicion verdadera de las conjuras y traiciones intentadas y cometidas por el conde de Essex*? Porque, fuerza será convenir que en este caso concreto no puede justificarse con los deberes de su ministerio, y que hasta los mismos que suponen y creen que á cambio de la paga tienen los letrados el deber de mandar al patíbulo á sus bienhechores, no serán osados á decir que asimismo cumplen su obligacion escribiendo contra ellos libelos infamatorios cuando han pasado ya de esta vida. Bien sabemos que Bacon se justificaba diciendo que no era responsable del fondo sino de la forma del libro; pero, ¿por qué puso su pluma si quiera al servicio de los enemigos del Conde? ¿Acaso no se hubiera encontrado fácilmente un escritor da alquiler, sin decoro y sin vergüenza, que tomare sobre sí la empresa infame de recargar el cuadro de los errores, que tan cruenta expiacion tuvieron, de aquel espíritu noble y generoso? ¿Acaso debía Ba-

con prostituir de tal modo su inteligencia? Miétras redondeaba un período y limaba una frase dictada de la envidia de los Cecil, ó miétras daba forma plausible á una calumnia forjada de la malicia de Cobham, ¿no advertía que así ultrajaba el honor de su amigo como el propio? ¿No alcanzaba que, degradándose por tal manera, envilecía la literatura, la elocuencia y la filosofía juntamente?

La verdadera explicacion de todo es para nosotros muy clara, y nos la da el bajo nivel de las cualidades morales de Bacon. No diremos, sin embargo, que fuera malo en el sentido de inhumano y de servil, porque ni sintió jamás orgullo de su engrandecimiento político ni del más elevado que le valió su inmensa inteligencia, ni trató á nadie con malicia y modos insolentes, ni otro dió mayores muestras de cordura, ni fué más diestro en hallar «la palabra tranquila y serena que calma la cólera,» ni tampoco ninguno cuyo testimonio valiese algo lo acusó nunca de costumbres licenciosas; que su carácter igual, su cortesía y la seriedad de su porte influían y predisponían en favor suyo á cuantos lo veían en ciertas situaciones de la vida en las cuales no se hallaran expuestos á pruebas muy peligrosas sus principios, pues sus defectos no fueron otros sino la bajeza de alma y la frialdad de corazón. Bacon no experimentó nunca grandes y profundos afectos, ni se expuso á peligros de cuenta, ni consumó sacrificios importantes por imposibilidad moral, á lo que parece, y sus deseos y aspiraciones se inclinaron siempre hácia cosas de orden secundario. La riqueza, las precedencias, los títulos, los honores, la pompa, las insignias, la corona de lord, los palacios, los jardines magníficos, las granjas, as vajillas de plata y los muebles lujosos tuvieron

para él tanto atractivo como para los cortesanos que se prosternaban á las plantas de Isabel, y que á seguida escribían á la Reina de Escocia malas nuevas de la salud de su hermana la de Inglaterra. En efecto, por estas causas y no por otras se habia Bacon arrastrado por el suelo, y soportádolo todo; por esto pretendia de la manera más humilde, y al verse injusta y groseramente desahuciado, dió gracias á quien lo despreció y comenzó de nuevo á pretender; por eso, viendo que sus impulsos de independencia parlamentaria disgustaban á la reina, mordió el polvo delante de ella, implorando su perdon de tal modo, que más habria convenido su actitud y sus palabras á un ladrón cogido infraganti, que no á un diputado de las Cámaras inglesas, y por eso se hizo amigo del de Essex y lo abandonó despues, y abogó su causa miéntras creyó que por ese medio podia servir sus particulares y personales conveniencias: más aun, como tenia buen corazon, aunque frio, defendió y sostuvo al Conde en tanto que le pareció no arriesgar nada con su conducta; pero al serle ya evidente que se despeñaba el de Essex, comenzó Bacon á temblar por su propia suerte, y no porque la ocasion fuese de peligro para un hombre de carácter noble y elevado, pues ni siquiera exponia en ella la vida ni la libertad, sino el favor de la reina, que temia perder, y ver cortada su carrera de ambicion é interrumpida para siempre acaso su *Instauratio Magna*. Y como Isabel lo trataba con frialdad y los cortesanos comenzaban á mirarlo de reojo, determinó de cambiar de línea de conducta y de obrar vigorosamente para desquitarse de lo perdido, y poniéndose enfrente de su amigo, tanto más resueltamente cuanto más sospechoso se habia hecho, y dando

mayores muestras de celo en aquel trance de las que hubieran sido necesarias ó legítimas tratándose de perseguir á persona desconocida, empleó su talento de jurisconsulto en llevar al cadalso al Conde, y su talento de escritor en tiznar su memoria.

La conducta de Bacon excitó en aquel tiempo grande y universal reprobacion; pero nadie fué osado en vida de Isabel á expresar en voz alta su parecer acerca de ella. Todo hacía presentir por entónces importantísimo cambio en la marcha política del país; porque desde hacía largos años la salud de la Reina decaía visiblemente, y aún más los últimos meses por efecto de afecciones morales muy dolorosas que unian su estrago á los naturales efectos de la edad y las enfermedades. Mas, aún cuando han atribuido por regla general los historiadores la negra melancolía de los postreros años de su vida á las tristes memorias que dejó en su corazón enamorado de Essex el recuerdo de su fin desastroso, ántes nos hallamos dispuestos á suponer que su abatimiento y tristeza eran producidos en parte por las causas físicas, y en parte también por la conducta de sus cortesanos y ministros. Los cuales, si hacían todo lo posible por ocultarle sus intrigas con la corte de Escocia, no se daban tan buena traza que las velaran á su penetrante sagacidad, y por tal modo, si no adivinaba el pormenor de la trama, la presentía en conjunto, sabiendo que la rodeaban hombres impacientes ya por ver los nuevos horizontes que abriría con su muerte; hombres que nunca sintieron por ella verdadero afecto, y cuyos intereses y conveniencias estaban tan poco acordes con los suyos, que ni lo parecían. Y como ni el abatimiento propio ni la lisonja extraña eran

eficaces á ocultarle la desconsoladora realidad de las cosas, y viera que ya los mismos á quienes tanto habia colmado de favores y mercedes, sin ganar su afecto, comenzaban á dar muestras de no temerla siquiera, no pudiendo vengarse, ni consintiéndole su orgullo próferir quejas, se dejó llevar de la fuerza del dolor y de la pena, y de esta suerte, de amargura en congoja, tras larga, poderosa, próspera y gloriosísima carrera, acabó la vida, muriendo de tedio y de laxitud.

Jacobo I subió al trono entónces, y Bacon empleó toda su habilidad en ganar el favor del nuevo dueño. La empresa no era difícil; porque si, como hombre y como príncipe, Jacobo tenía muy grandes defectos, no era insensible á la natural influencia del talento. En realidad, habia dos naturalezas en él, ó, mejor dicho, dos hombres: uno, ingenioso por extremo, instruido, erudito, que peroraba, escribía y disputaba; y otro, insulso, nervioso y caduco, que reinaba. Si hubiera sido canónigo del cabildo de Christ-Church, ó prebendado de Westminster, es casi seguro que hubiera dejado á la posteridad un nombre ilustre y distinguido entre los traductores de la Biblia y los teólogos que asistieron al Sínodo de Dordrecht, y que los literatos lo hubieran reputado por digno émulo' de Vossio y de Casaubon. Pero plúgo á su destino asentarle en un trono, y allí su debilidad lo deshonoró, sin que su ciencia le fuera provechosa; que si en el cláustro universitario acaso se hubieran perdonado sus excentricidades y naderías en gracia de su saber, en el palacio de los reyes y bajo el solio la ciencia no le sirvió sino para darle fama de pedante y acreditarlo de necio.

Bacon fué bien recibido en la corte; pero no obs-

tante, se apercibió en breve de que la muerte de la Reina no había influido mucho en su medro personal. Porque, como deseara recibir la investidura de caballero por dos razones á cual más singular, siendo la primera que S. M. había dado el espaldarazo á la mitad de los vecinos de Lóndres, y él era el único que sin [ostentar títulos nobiliarios tomaba asiento á la mesa de Gray's Inn, lo cual lo contrariaba, y la segunda, que había encontrado (son sus propias palabras) «una jóven muy de su gusto para casarse con ella, hija de un concejal,» necesitaba de toda necesidad ser armado caballero para no desdecir en ningun caso ni de los compañeros que ya tenía, ni de la compañera que pretendía. Fundándose, pues, en razones tan especiosas, acudió á su primo Roberto Cecil, rogándole que interpusiera su mediación en favor suyo, «si gustaba de hacerle merced en esto.» Roberto vino en ello, y á poco tuvo Bacon en la jerarquía nobiliaria inglesa el rango solicitado, distincion que mereció juntamente con otros trescientos que se hallaban en su caso, menesterosos de ingresar en la órden de caballería. Bien será decir á seguida que la hermosa hija del concejal Barnham consintió en ser su esposa poco despues de cumplido este requisito.

Todo bien considerado, fué provechosa la muerte de Isabel al adelanto y prosperidad de Bacon; mas no tanto que bajo cierto aspecto no pusiera en peligro una cosa y otra. Porque Jacobo, que habia tenido siempre grandes simpatías hácia el conde de Essex, no bien hubo ascendido al trono de Inglaterra comenzó á dar muestras de su afecto á su familia y á cuantos le permanecieron fieles el dia de la desgracia. Todo el mundo podia departir con entera libertad en órden á los lamentables sucesos

en los cuales representó tan principal papel nuestro Bacon, y estas corrientes de la opinion pública empezaron á ser perceptibles desde que hubo muerto Isabel, manifestándose más principalmente con muestras de respeto y de afecto hácia la persona de lord Southampton. Pues, como este magnate, á quien honrarán los siglos venideros por haber sido discreto y generoso protector de Shakspeare, fuera popular más principalmente aquel entónces á causa de su amistad con el de Essex y de la sentencia que le fué impuesta de morir con él, como cómplice y compañero suyo, sentencia que Isabel conmutó en la pena inmediata; no bien hubo pasado de esta vida la Reina, una multitud de personas amigas, presintiendo su próxima libertad, acudió presurosa para felicitarlo á la torre de Lóndres. Bacon quiso ir tambien; pero no se atrevió. La voz del pueblo lo condenaba; y como su propia conciencia le decia que la multitud obraba en justicia, escribió entónces á lord Southampton una carta excusándose, y concebida en términos que podrian estimarse de vergonzoso servilismo si Bacon hubiera procedido, segun el parecer de Mr. Montagu, no más que como súbdito y letrado, pues confiesa que teme ofender con su visita al amigo de Essex, y de ver puestas en duda por él sus protestas de respeto y consideracion á su persona. «Sin embargo, añade, Dios me es testigo de que la gran mudanza sobrevenida no ha producido en mí otra, respecto de Vuestra Señoría, que la de poder ser impunemente por ella lo mismo que ántes verdaderamente.»

No sabemos cómo recibiría lord Southampton las excusas de Bacon; pero es lo cierto que la opinion pública se declaró contra él de una manera tan airada, que poco despues de su casamiento creyó ne-

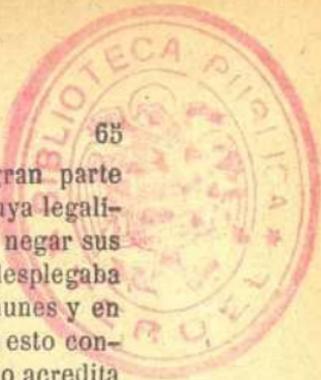
cesario publicar una apología de su conducta pasada en forma de carta al conde de Devon; papel que sólo sirvió á demostrar cuán mala era la causa que tanto talento como el suyo no podía mejorar siquiera, ya que no hacer buena.

Parece ser que la defensa de Bacon no hizo mucho efecto en sus contemporáneos; en cuanto á la impresion desfavorable que habia producido su conducta con el de Essex, fué desvaneciéndose de una manera lenta y gradual. A decir verdad, era necesario razones poderosísimas para que la opinion pública no volviese á su gracia persona como él, á quien si su mérito indiscutible amparaba de menosprecio, su carácter y modales preservaban de odiosidad: que no hay acto alguno, por reprobado que sea, que no haga alvidar un hombre de talento, en quien se ofrecen unidos habilidad, prudencia, paciencia y afabilidad; que sacrifica diariamente á Némesis, y es amable compañero, amigo servicial, aunque frio, y adversario temible y peligroso, aunque fácil de calmar. Waller fué, andando el tiempo, ejemplo singularísimo de esta verdad, porque tuvo muchos más puntos de semejanza con Bacon de lo que pudiera creerse á primera vista; y si bien no pretendia ciertamente poseer las cualidades intelectuales tan superiores del gran filósofo inglés, y ménos aún su claro ingenio, por siempre memorable y famoso en los fastos de la ciencia, con ser más limitado su talento fué de igual naturaleza, y, por decirlo así, estuvo modelado en el suyo. No es posible compararlos en aquello que concierne á las circunstancias que hacen de un hombre objeto de veneracion y de interes para la posteridad; pero en lo tocante á las dotes que recomiendan á quienes tienen la dicha de poseerlas á las consideraciones y deferencias de sus

contemporáneos, puédese decir que la semejanza entre ambos era extraordinaria. Porque como caballeros, como cortesanos, como políticos, como amigos y aliados y como adversarios reunian con poca diferencia iguales merecimientos y defectos; mas si no eran malos, ni tampoco propensos á la tiranía, faltábales calor en el corazon y carecian por completo de grandeza de alma, pues así para el uno como para el otro, habia cosas más amables que la virtud y más temibles que el crimen. Y no obstante, continuó el público mostrándose con ellos por tal manera deferente, que no es fácil determinar la indole de aquel afecto, ni áun en los momentos mismos en que ambos se rebajaron á cometer ciertos actos cuya relacion es imposible leer en las historias escritas de sus mayores parciales sin experimentar impulsos de cólera y desprecio. La hipérbole aquella de Julieta cuando dijo que «la vergüenza sentia rubor de aparecer en sus rostros,» se cumplia en ellos, y todos se apresuraban á encubrir sus criminales errores, cual si fueran cómplices de sus culpas. Clarendon, que aborrecia personalmente á Waller, y no sin causa, tratando de él, se expresa como sigue: «Para encarecer el mérito y la claridad de su ingenio, y la gracia de su conversacion, bastará decir que servian á disimular una multitud de gravísimos defectos, de tal modo que no lo parecian. Empero si su natural era malo y abyecto con exceso, y despreciable, y sin resolucion para realizar acciones virtuosas, siendo servil é insinuante hasta el extremo de satisfacer cumplidamente á los más vanidosos... su porte y sus modales lo reconciliaron con aquellos mismos á quienes más habia ofendido, y fueron eficaces á crearle amistades entre sus mayores adversarios, y á excitar conmiseracion y lásu-

ma por sus defectos en los demas.» Casi todo esto, con muy ligeras modificaciones, puede aplicarse á Bacon. Pero si la influencia de los modales y de las facultades intelectuales de Waller acabó con él, y la sociedad ha pronunciado despues sobre su carácter fallo inapelable, sin dejarse influir en modo alguno de sus versos escritos en fácil y ameno estilo, la influencia de Bacon se hará sentir largo tiempo aún sobre todo el mundo civilizado, pudiendo decirse que si los contemporáneos lo trataron con indulgencia, la posteridad se muestra más benévola todavía respecto de él; y como de cualquier lado que volvamos los ojos vemos ostentarse los trofeos de su ingenio extraordinario y de su gloria, lo juzgamos cual podríamos hacerlo con Manlio, ¡no atendiendo sino á su empresa del Capitolio.

Pasados los primeros momentos de duda y de vacilacion, el favor de nuestro Francisco Bacon comenzó á crecer y á subir rápidamente bajo el reinado de Jacobo I. En 1604 quedó nombrado juriconsulto de la Corona (*King's Counsel*) con cuarenta libras esterlinas de haber anual, á las cuales se añadieron despues sesenta más de pension vitalicia; en 1607 recibió el título de *Solicitor general*, y en 1612 el de *Attorney general*, sin que por eso abandonara las tareas parlamentarias, pues logró distinguirse mucho en la Cámara por los esfuerzos que hizo en pro de una medida, digna de las mayores alabanzas, que tenía gran empeño el Rey en ver adoptada, cual fué la union de Inglaterra y Escocia, y dicho se está que un ingenio tan claro como el de Bacon halló fácilmente argumentos irresistibles en favor de la causa propuesta. Demas de esto dirigió con singular habilidad el gran proceso de los *Post Nati*, seguido ante el tribunal de Real Ha-



cienda, y mereció que se atribuyera en gran parte á su pericia el fallo de los jueces; fallo cuya legalidad acaso sea lícito poner en duda, sin negar sus felices resultados. Pero, áun cuando desplegaba grande actividad en la Cámara de los Comunes y en los tribunales de justicia, no le impedía esto consagrarse á las letras y á la filosofía, como lo acredita su *Tratado sobre el progreso de las ciencias* (1), que vió la luz pública en 1605, y que luégo pareció con grandes ampliaciones bajo el título de *De Augmentis. La sabiduría de los antiguos* (2), obra que á ser producida de otro ingenio se habría reputado por maravilla de saber, pero que siéndolo de Bacon aumentaba poco el brillo de su gloria, se dió á la estampa en 1609. El *Novum Organum* avanzaba lentamente miéntras tanto, mereciendo buen acogimiento de algunos sabios y eruditos que tuvieron la dicha de ver apuntes y fragmentos de obra tan extraordinaria, y que sin convenir en general con su autor, ni admitir la exactitud de sus apreciaciones como artículo de fe, hablaban de su talento con muestras de respeto y admiración. Figuraba en primera línea, entre los que más alabanzas rendían á Bacon, sir Tomas Bodley, fundador de una de las mejores bibliotecas inglesas, el cual, aunque afiliado á la secta más intransigente de los conservadores, y persuadido de que las esperanzas del filósofo en los futuros destinos de la raza humana eran quiméricas, y receloso de las tendencias innovadoras manifestadas por los nuevos cismáticos en la ciencia, cuando hubo leído los *Cogitata et Visa*, una de

(1) *Advancement of Learning.*

(2) *Wisdom of the Ancients.*

las más preciosas hojas sueltas que formaron después el gran libro de los oráculos, reconocía que «en estas materias y en las proposiciones y designios del libro, Bacon se mostró consumado maestro, pareciéndole innegable que todo el tratado se hallaba lleno de pensamientos originalísimos en orden al estado de la ciencia, y de consideraciones muy exactas acerca de los medios de adquirirla.» En 1612 publicó Bacon nueva edición de los *Ensayos*, aumentada de trabajos que superaban en cantidad y calidad la colección original. Pero tantas ocupaciones y tan diferentes no apartaron su atención de la obra más difícil, gloriosa y útil que pudiera realizar su ingenio peregrino, cual fué la «ordenación y resumen,» según sus propias palabras, «de las leyes de Inglaterra.»

Desgraciadamente, á la sazón empleaba su talento en corromper esas mismas leyes y hacerlas servir á los más viles designios de la tiranía. Porque cuando compareció ante la Cámara Estrellada Oliver Saint-John, acusado de haber dicho que no tenía el Monarca facultades para imponer ciertos tributos especiales llamados *benevolences* (1), valiéndole su conducta constitucional y atrevida ser condenado á permanecer en la cárcel hasta que S. M. fuera servido de perdonarlo, demás de una multa de cinco mil libras esterlinas, Bacon sostuvo la acusación. Por aquel tiempo hizo más, tomando parte activa en negocio de peor índole; pues como un pastor anglicano, de nombre Pescham, fuese acusado de traición con motivo de unos apuntes para cierta

(1) Dábaseles este nombre para indicar con él que el tributo impuesto era donativo gracioso y voluntario.— N. del T.

plática que se hallaron en su poder, por más que nunca la hubiera predicado, ni resultara que tuviese tal propósito, razon por la cual los abogados más serviles de aquel tiempo de servilismo hubieron de admitir que ofrecia el caso, en estricto derecho, las mayores dificultades, Bacon recibió encargo de allanarlas con el de persuadir á los jueces en orden á los hechos para que sometieran al reo á la cuestion de tormento.

Tres de los ministros del Supremo Tribunal de Justicia (*Court of King's Bench*) se mostraron propicios á los tratos propuestos; pero Coke no era de la misma estofa, porque pedante, hipócrita y grosero como era, poseía cualidades muy parecidas á ciertas grandes virtudes que á las veces suelen adornar á los hombres públicos. Era Coke una excepcion de la máxima que dice que quien huella á los débiles facilmente se deja hollar de los poderosos, y si trataba con grosera brutalidad á sus inferiores y con crueldad inaudita á los reos cuya vida estaba pendiente de un hilo, sabía resistir animosamente al Rey y á sus favoritos. Ninguno parecia entónces más odioso, tratándose de aquellos que no le igualaban por lo ménos en categoría ó cuando estaba equivocado; pero tampoco ninguno se ofrecia bajo aspecto más favorable cuando se oponia resueltamente á los superiores ó tenía razon, pues entónces su mal reprimida insolencia y su tenacidad tenían algo de respetable y de interesante comparadas con el abyecto servilismo de jueces y magistrados. En el negocio de Peacham se mostró Coke intratable, y empezó por declarar que le parecia de parte de los jueces nueva y desusada costumbre la de celebrar conferencias con los letrados de la Corona en orden á cosas que debian someterse á su

fallo. Pero si durante algun tiempo permaneció fiel á su consigna con plausible perseverancia, Bacon pudo escribir al Rey, diciéndole «que no habia perdido la esperanza de ver á Coke seguir la senda de los demas cuando le hubiera dejado entrever la soledad en que á la postre se quedaria;» como, en efecto, así sucedió, pues de allí á poco su habilidad ya proverbial venció de la resistencia del magistrado, que se dejó arrastrar de la corriente de sus colegas. Sin embargo, como para condenar á Peacham se hacia necesario hallar, no solamente leyes, sino hechos, y nada fuera más eficaz en este caso que la tortura, se hizo así con el desgraciado anciano, interrogándolo Bacon mientras estaba en el suplicio. Empero la prueba no dió el resultado apetecido, y Peacham permaneció silencioso sin profirir una palabra que lo comprometiera; razon por la cual nuestro filósofo hubo de escribir á S. M. lamentándose del fracaso y atribuyéndolo á la circunstancia singularísima de hallarse poseido el pastor de un «espíritu mudo.» No por eso se le absolvió, sino que lo condenaron los jueces; mas como fueran tan injustificados los hechos aducidos, no se atrevió el Gobierno á mandar cumplir la sentencia, y Peacham pasó el resto de sus dias en la cárcel.

Mr. Montagu refiere lealmente toda esta historia en su horrible desnudez, sin velar ni desfigurar el menor de sus detalles, pero sin hallar nada digno de censura en la conducta de Bacon, pareciéndole sólo que no debe de juzgarse á los hombres de una época segun las pragmáticas de otra, y que ni es posible reputar de malhechor á sir Mateo Hale por haber dejado morir á manos del verdugo á una mujer acusada de brujería, ni tampoco será lícito á la posteridad condenar á los jueces contemporáneos

nuestros, porque segun la costumbre ya establecida, siquiera sea mala, venden los oficios en sus tribunales. Bacon es, pues, á sus ojos, merecedor de análoga indulgencia, «toda vez que perseguir á un hombre, dice, partidario de la verdad, sólo porque se opuso á las prácticas establecidas, y condenarlo en los siglos posteriores, porque su oposicion no fué muy enérgica, son errores que no desaparecerán sino cuando los individuos que carecen de merecimientos renuncien á encumbrarse rebajando la importancia de quienes los poseen.»

No es nuestro ánimo discutir la proposicion de Mr. Montagu; nada ménos que eso, y asentimos á ella; pero en lo que no estamos conformes ni podemos estarlo es en aplicarla precisamente al caso de que se trata. ¿Es por ventura cierto que allá en tiempos del rey Jacobo I acostumbraran los letrados de la Corona á celebrar conferencias particulares con los jueces sobre negocios graves que hubieran de someterse á su fallo? No, en verdad; y en la misma página en la cual afirma Mr. Montagu que «á la sazón apenas parecia mal influir el ánimo de los jueces fuera del pretorio,» nos cita las propias palabras de sir Eduardo Coke sobre la materia, que dicen así: «No expondré, pues, cuál pueda ser mi juicio en una de esas confesiones auriculares tan *nueva* y perniciosamente practicadas, como *desconformes á las costumbres del reino.*» ¿Es posible suponer que Coke, al cabo de trece años de fiscal del Tribunal Supremo, de haber dirigido mayor número de causas políticas importantes que ningun otro letrado de Inglaterra, y de pasar despues á ocupar el primer asiento á la primera Chancillería criminal del Reino, se sorprendiera de que lo citaran para celebrar conferencias con los consejeros judiciales de la Corona, y

hubiera calificado la práctica de novísima, á existir realmente? Bien sabemos que á la sazón, cuando se trataba de asuntos relativos á la propiedad, tenían los jueces la censurable costumbre de dar oídos á las pretensiones de los particulares: pero en cuanto á los que se relacionaban con la libertad ó la vida de los ciudadanos, estamos persuadidos de que no acontecia de igual modo, y tenemos este convencimiento, primero porque Coke, profundo conocedor en la materia y más que otro alguno de su época, lo afirma, y además porque ni Bacon ni Mr. Montagu aducen un sólo precedente.

El hecho es que Bacon no se avenía con las prácticas establecidas, y que, no siendo el último partidario siquiera de los antiguos abusos, lo cual, con ser vergonzoso tratándose de él, habria sido muy honrado en comparacion de lo que hizo, trató de introducir en los tribunales de Justicia un abuso infame y sin precedentes en la historia de la magistratura. Pero si Bacon reunió más condiciones por su talento que ningun otro jurisconsulto de cuantos ha producido la Inglaterra para consagrarse á la reforma de las leyes de su patria, bien será decir, en honor de la verdad, que ninguno tampoco escrupulizó ménos en emplear sus grandes facultades para introducir en esas mismas instituciones corrupcion nueva y odiosísima.

Casi lo propio podemos decir de la tortura dada á Peacham. Porque si fuera cierto que bajo el reinado de Jacobo I se hubiese reconocido generalmente la necesidad de aplicar el tormento á los prisioneros, hallariamos en esto una disculpa que atenuara en cierto modo su conducta, áun cuando nos parezca ménos admisible invocar la excusa en favor de Bacon que de cualquiera otro jurisconsulto ó político.

pero es indudable que la mayor parte de los letrados reputaban entónces por ilegal y arbitrario el tormento de los reos y que la masa del pueblo detestaba tan bárbara costumbre. Más de treinta años ántes del proceso de Peacham, condenó la opinion pública tan resueltamente la práctica del tormento, que lord Burleigh estimó necesario publicar su apología despues de haber recurrido á ella várias veces; pero á pesar de que los peligros que amenazaban por entónces al Gobierno fueran de índole diferente de los que podian causar los escritos de Peacham; á pesar de que la vida de la Reina y los más preciados intereses del Estado se hallaran en peligro; á pesar de que las circunstancias fueran eficaces á persuadir de que todas las leyes debian ceder á la necesidad más importante, cual es la del órden público, no satisfizo á nadie la defensa del tormento, creyendo desde luégo la Reina, en vista del estado de la opinion, que debia proscribirlo en Inglaterra por completo. A contar de aquel dia, la práctica ilegal é impopular siempre de la tortura cayó en completo desuso, y sabido es que por los años de 1628, catorce solamente despues de haber aplicado este suplicio á Peacham en la Torre de Lóndres, á presencia de Bacon, manifestaron los jueces que no podia legalmente llevarse al potro á Felton, áun siendo criminal de los que ni merecen ni pueden esperar gracia. Bacon, pues, se halla en caso muy diverso del en que trata de colocarlo Mr. Montagu, porque aparece rezagado entre los hombres de su siglo al ser uno de los últimos instrumentos gubernamentales que persistieron en la práctica más bárbara y absurda que haya podido deshonar la jurisprudencia; práctica que avergonzó años atras á Isabel y sus ministros, y que años despues ningun

letrado, por perverso que fuera, tuvo valor ó audacia bastante para defender (1).

Pero se dirá: ¿Bacon rezagado? ¿Más retrógado que sir Eduardo Coke? ¿Asirse Bacon de las prácticas añejas y desacreditadas? ¿Bacon adversario del progreso? ¿Esforzarse Bacon en hacer retrogradar el humano espíritu? Palabras son estas por extremo extrañas y que se antojaran tal vez contradictorias; pero el hecho es cierto, y los que no están ciegos de preocupacion fácilmente podrán explicárselas. Porque si Mr. Montagu no alcanza ni se explica que un hombre tan extraordinario como Bacon haya cometido malas acciones, leyendo la historia se advierte que toda ella rebose de las iniquidades de los hombres extraordinarios; que todos los grandes impostores, y los más renombrados enemigos de la especie humana, y los fundadores de gobiernos arbitrarios y de falsas religiones fueron hombres extraordinarios, y que las nueve décimas partes de las calamidades sobrevenidas á la humanidad no han sido sino producto de la fusion de inteligencias superiores y de bajas pasiones.

Bien lo sabía Bacon cuando decia que hay perso-

(1) Despues de haber escrito las líneas que preceden, Mr. Jardine ha publicado un libro lleno de sabiduría en orden al uso de la tortura en Inglaterra.

No es posible discutir en una nota el problema planteado por el autor en el cuerpo de su obra; pero si diremos de paso que para demostrar la legalidad de las *benevolences*, del impuesto de los barcos, de la patente de Mompesson y de la prision de Eliot; en una palabra, de todos los abusos que condena la Peticion y la Declaracion de derechos, podria invocarse todos los argumentos merced á los cuales trata de probar que la práctica del tormento era en lo antiguo ejercicio legitimo de la prerogativa régia.—Nota de la *Tauchnitz Edition of British Authors*, vol. 187. CRITICAL AND HISTORICAL ESSAYS BY MACAULAY, vol. III, pág. 54.

nas scientiã tanquam angeli alati, cupiditatibus vero tanquam serpentes qui humi reptant (1), y no habia menester ciertamente de su admirable sagacidad y de sus profundos estudios acerca de la naturaleza humana para descubrir lo que con observar y conocer su propio corazon le bastaba; porque la diferencia entre el ángel que remonta su vuelo al espacio infinito, y la culebra que se arrastra, son imágenes que le convienen y sirven á demostrar la diferencia que al juzgarlo resulta entre Bacon filósofo y Bacon fiscal, entre el Bacon que buscaba la verdad, y el Bacon que buscaba los sellos de Canciller. Por esa causa, los que sólo estudian á medias el carácter de Bacon, así pueden hablar de él con admiración como con desprecio ilimitado; siendo necesario de consiguiente, para juzgarlo de una manera equitativa, comprender y abarcar á un tiempo mismo á Bacon en la especulación y en la acción, en la teoría y en la práctica. Sólo así se comprende sin dificultad cómo el mismo individuo pudo hallarse rezagado y adelantado á su siglo, y cómo fué al propio tiempo el más atrevido y útil de los innovadores y el paladín más resuelto de los mayores, más odiosos é inveterados abusos. En su estudio, inspiraba y dirigía sus extraordinarias facultades en las más legítimas y honradas ambiciones, ilustrada filantropía y sincero amor de la verdad, sin que pudiera ninguna tentación apartarlo del camino recto; como que ni Santo Tomás de Aquino pagaba honorarios, ni Duns Scot conferia dignidades de Par. Pero muy luégo se trocaba el gran filósofo cuando salía del gabinete y del laboratorio para mezclarse á la multitud que poblaba las galerías de Whitehall, porque si no habia

(1) *De Augmentis*, lib. v, cap. I.

en toda ella hombre más apropiado que lo era Bacon á prestar grandes y duraderos servicios á la humanidad, tampoco hubo corazón más avaro de cosas que ningun hombre debe reputar por necesarias á su felicidad, y que las más veces no pueden adquirirse sino sacrificando á ellas la integridad y la honra; ni pudo ninguno mejor que Bacon ser guía de la raza humana en la senda del progreso, ni fundar como él sobre las ruinas de las antiguas dinastías intelectuales un imperio más próspero y duradero, ni hacerse más digno del respeto de las generaciones por venir que habrían honrado en él al más ilustre bienhechor de la humanidad; pero todo esto, con ser mucho, fué nada para Bacon mientras tuvo delante letrados en el banco de los jueces; mientras que toscos hidalgos lugareños, merced á ejecutorias compradas, le precedieron en las recepciones palaciegas; mientras que cortesanos casados con mujeres hermosas, y acaso por este sólo merecimiento, eran mejor acogidos en Buckingham-House, que no él con todo el caudal de su ciencia, ó mientras un bufon iniciado en los escándolos de la corte le aventajaba en el modo de hacer reír más tiempo á la majestad del rey Jacobo I.

Durante largo número de años se vió satisfecha en sus deseos la despreciable ambición de Bacon, y al cabo de ellos su sagacidad le hizo presentir el hombre que se hallaba destinado á ocupar el puesto más principal en el reino después del soberano, leyendo acaso en la mente de Jacobo ántes que pudiera leer él mismo. Esta fué la causa de su amistad con Villiers, cuyo familiar se hizo, mientras la muchedumbre ménos perspicaz de los cortesanos proseguía deshaciéndose á reverencias y cortesías delante de Somerset. Mas aún cuando la influencia del

jóven privado iba en progresion constante, la lucha entre los rivales habria podido durar mucho tiempo todavía, de no sobrevenir un suceso medroso y criminal que á despecho de los mayores esfuerzos é investigaciones de la historia permanece todavía envuelto en el más impenetrable misterio (1). Con esto la caída de Somerset fué instantánea y tan repentina como era lenta, gradual é imperceptible la pérdida de su favor en la pendencia empeñada con Villiers, el cual una vez desembarazado y libre de su contrario tardó poco en alcanzar un grado de poder tan alto que ningun súbdito habia logrado hasta entónces desde los dias de Wolsey.

Habia muchos puntos de semejanza entre los dos célebres cortesanos que patrocinaron en épocas diferentes á nuestro Francisco Bacon, siendo muy difícil decir cuál de ellos poseia en grado superior el porte y los modales que tanto se aprecian de todos en la vida palaciega; pero no así que Villiers como Essex fueran bizarros por temperamento, y del propio modo que la mayor parte de los hombres que son bizarros por temperamento, francos entrambos y abiertos. Uno y otro eran asimismo audaces y obstinados, y aunque carecian de las dotes y del saber que son necesarios á los hombres de Estado, aspiraban al Gobierno de la nacion, cifrando su esperanza de obtenerlo en las maneras distinguidas

(1) El autor alude con esto al crimen imputado á Somerset de haber hecho dar veneno al poeta Overbury, su amigo, en venganza de la oposicion que mostró siempre al casamiento del jóven favorito con la condesa de Essex, que se habia separado de su marido. Somerset salvó la vida; pero la acusacion, el proceso y el alejamiento en que despues hubo de vivir de su patria fueron el martirio de su existencia.—N. del T.

que les habian valido triunfos en justas y en saraos, y debiendo Essex y Villiers su encumbramiento al afecto personal del soberano; afecto que, así en uno como en otro caso, fué de índole tan extraña que puso en grande perplejidad á los contemporáneos y posteriores cronistas para definirlo, y dió motivo á especies tan escandalosas, que ántes nos inclinamos á suponerlas destituidas de fundamento que no averiguadas. Tanto Essex como Villiers trataron con rudeza insolente casi á los reyes cuyo favor poseyeron; mas si al de Essex perdió su altanería por hacer objeto de ella á una princesa tan altiva como él, y acostumbrada á la mayor sumision y acatamiento durante cerca de medio siglo, no aconteció lo propio con Villiers, por ser inmensa la diferencia de carácter entre la hija de Enrique VIII y su heredero; que Jacobo era tímido con extremo, y su temperamento, débil por naturaleza, no habia sido nunca confortado por la reflexion ó la costumbre. Y como, además, hasta el día de su llegada á Inglaterra no fué su vida sino larga serie de humillaciones y de angustias, nunca pudo darse cuenta exacta de su oficio, siendo en toda ocasion, á vueltas del concepto elevadísimo que tenia del origen y grandeza de sus prerogativas, de sus teorías despóticas y de su título de rey, esclavo hasta la médula de los huesos. Como tal lo trató Villiers, y esta conducta, resultado casual del carácter de su valido, los dió tan buenos cuál si fuera obra de un sistema político adoptado despues de maduras y reflexivas deliberaciones. Pero Essex aventajaba con mucho á Villiers, duque de Buckingham, en generosos sentimientos, hidalguía y amistades. A decir verdad, Buckingham no tuvo acaso nunca un solo amigo, excepcion hecha de los dos principes,

sobre los cuales ejerció sucesivamente tan extraordinario influjo. Essex fué objeto de idolatría para la nacion hasta el último instante de su vida; Buckingham, siempre impopular, excepto, tal vez por un momento, á la vuelta de su pueril é insulsa excursion á España (1): Essex cayó víctima de los rigores del gobierno, llorando todos su muerte, y Buckingham, aborrecido, declarado de una manera solemne por representantes de la nacion enemigo público, asesinado de un hombre del pueblo y sentido sólo de su amo.

El modo como se condujeron los dos favoritos con Bacon fué muy característico, y conviene tratar de él aunque no sea sino para demostrar la exactitud de la máxima tan antigua que dice que más dispuestos nos hallamos generalmente á querer á quien colmamos de favores, que no á quien nos los hace. Porque Essex abrumó á Bacon bajo el peso de sus beneficios, pareciéndole todos poca cosa, sin que nunca pasara por la mente del rico y poderoso magnate que aquel pobre abogado que trataba con tanta bondad y magnificencia no era su igual; y tan persuadidos estamos de esto, que creemos en la sinceridad de las palabras del Conde cuando decia que sin vacilar hubiera otorgado á Bacon la mano de su propia hija ó de su hermana, si aquél le pidiera una ú otra en matrimonio. Essex se hallaba penetrado de la importancia de su propio mérito;

(1) Cuando vino de incógnito á Madrid con el príncipe de Gales para tratar de su casamiento con la señora infanta hija de Felipe IV; negociaciones que fracasaron, abandonando primero la corte el de Buckingham y despues el príncipe. «con tan buen semblante como agraviado en el fondo.» Véase Canovas del Castillo, *Bosquejo histórico de la casa de Austria en España.*—N. del T.

pero no pareció nunca creer que tuviera título alguno a la gratitud de Bacon, demostrándolo cumplidamente aquel aciago día en que se vieron por última vez en la barra de la Cámara alta, pues si entonces acusó al antiguo amigo de perfidia, no le recordó los olvidados beneficios que de él había recibido; que, aún en tan acerbos instantes, con ser más amargos que la muerte, su noble corazón se negó á exhalar tales reproches.

Villiers, por el contrario, debió mucho á Bacon. Porque, cuando comenzaron sus amistades, sir Francisco era ya hombre de madura edad, ocupaba un puesto muy elevado y tenia hecha su reputacion como político, jurisconsulto y escritor, mientras Villiers casi era un niño y segundon de familia poco renombrada entonces; acababa de entrar en la carrera de los favores y de la privanza, y nadie que no fuera perspicaz observador podia descubrir en él indicios de que se hallara destinado á vencer á sus rivales en la lucha empeñada. En estas circunstancias, pues, el apoyo y los consejos de persona tan acreditada como lo era ciertamente sir Francisco, debieron ser de la mayor importancia para el joven aventurero; más aunque Villiers le fuera deudor de mucha gratitud, siempre se mostró respecto de él frio y poco delicado, comparando su conducta con la del Conde.

Sin embargo, para ser justos con el nuevo favorito, fuerza será decir que muy luégo empleó su valimiento en favor de Bacon, pues en 1616 prestó éste juramento como individuo del consejo privado, y en Marzo de 1617, al retirarse lord Brackley de los negocios, ocupó el puesto de Guarda-sellos (*Keeper of the Great Seal*).

El 7 de Mayo de aquel año, día de la inaugura-

cion, se dirigió á Westminster-Hall con gran pompa, llevando á la derecha al lord Tesorero y a la izquierda al lord Canciller del sello privado, y precedido y seguido de larga procesion de estudiantes, ugieres, pares del reino, consejeros y jueces. Y despues de tomar asiento en medio de todos sus acompañantes, dirigió á la ilustre asamblea un elocuente discurso, con cuyas palabras se demuestra cuán bien comprendia los deberes de la magistratura, que tan mal habia de cumplir despues. A los ojos de la multitud, y acaso tambien á los suyos propios, fué aquel dia el más hermoso de su vida, y acaso por eso no quiso dejarlo pasar sin evocar el recuerdo de las nobles ocupaciones anteriores de su inteligencia y de las que parecia separarse, diciendo así: «Quisiera poder ser libre y no pensar en los negocios de Estado durante las tres largas vacaciones, para entregarme de lleno al estudio, las artes y las ciencias, punto al que me llevan mis naturales inclinaciones.»

Los años que Bacon tuvo el Gran sello fueron los más tristes y vergonzosos de la historia de Inglaterra, y de su peor gobierno interior y exterior. Primero se verificó la ejecucion de Raleigh, acto que hubiera podido tal vez defenderse á realizarse de la manera debida; pero cuyos detalles obligan á considerar como cobarde asesinato. A esto sucedieron tristísimos acontecimientos: la guerra de Bohemia, los triunfos de Tilly y de Espinola, la conquista del Palatinado, el destierro del yerno de S. M., la preponderancia de la casa de Austria en el continente, y la religion protestante y las libertades del cuerpo germánico escarnecidas y holladas. Al propio tiempo la política vacilante y limitada de Inglaterra era objeto de mofa para toda Europa. Porque el amor á

la paz que profesaba Jacobo, aun llevándolo al extremo y exagerándolo de una manera impolítica, hubiera sido respetable á ser inspirado del afecto á su pueblo; pero es lo cierto que miéntras no podia disponer de recursos para defender á los aliados naturales de Inglaterra, echaba mano á los expedientes más arbitrarios y opresivos para dar á Buckingham y á su familia todo cuanto fuera necesario á engrandecerla de tal modo, que merced á ello eclipsara á la más antigua nobleza del reino. Exigíanse sin cesar *benevolences*, multiplicábanse las patentes de monopolio y se apelaba, siendo aquellos momentos de paz, aunque vergonzosa, á cuantos recursos hubieran podido inventarse para reponer un Tesoro exhausto tras prolongada y ruinosa guerra.

Débense de atribuir más principalmente los males y daños que á la sazón sufría el pueblo inglés á la debilidad del monarca y á la soberbia y ligereza del favorito; mas no por eso es posible declarar exento de culpa en los vicios de aquella detestable administracion al lord Canciller, pues mucha responsabilidad le toca en ellos, aunque no sea sino por haber refrendado y revestido del Gran Sello miéntras estuvo á su cargo todas las patentes y odiosos privilegios que á la sazón se otorgaron, faltando á sus promesas, y principalmente á las contenidas en el discurso que pronunció al tomar posesion de su cargo. Y como en aquella sazón contrajera el compromiso de cumplir con prudencia y escrupulosidad esta parte de las funciones de su oficio, manifestando que «se conduciría de modo que todos vieran los móviles de su proceder, inspirado siempre y en todo en los intereses generales y no en las particulares conveniencias,» Mr. Montagu quisiera persuadirnos de que Bacon permaneció fiel á sus pro-

mesas, y añade «que no pudo el valimiento del privado vencer la resistencia del lord Canciller cada vez que las obligaciones de hombre público exigian de su parte oposicion á ciertos privilegios y mercedes.» Pero conviene preguntar á este propósito si Mr. Montagu estima las patentes de monopolio por cosa buena, ó si quiere dar á entender que Bacon se opuso á todas las patentes de monopolio que se le presentaron. Porque de todas las expedidas en Inglaterra, la más vergonzosa fué la de la exclusiva para la fabricacion de los encajes de oro y plata en favor de sir Giles Mompesson y de sir Francis Michel, los cuales pasan por haber servido de tipos respectivamente al *Overreach*, de Massinger, y al *Justice-Greedy*; monopolio cuyas consecuencias fueron necesariamente ocasionar en perjuicio del público la falsificacion de los metales empleados en la industria privilegiada. Mas, con ser de mucha cuenta el daño, era nada en comparacion de otros que causaban, pues los privilegiados recibian con sus patentes plenipotencias más extensas é ilimitadas que las conferidas á los arrendatarios de contribuciones en los países mal gobernados; y así podian registrar las casas y prender á los comerciantes sospechosos, como emplear su fuerza incontrastable en la realizacion de objetos de índole muy diversa, cual era en venganzas personales y en corromper la virtud de las mujeres. ¿No eran estos casos de los en que debia intervenir el lord Guarda-sellos de su propio movimiento para cumplir la obligacion en que estaba? ¿Lo hizo? Sí, por cierto; mas fué para escribir á S. M. «que habia examinado con detenimiento la utilidad y las ventajas del negocio relativo á los tejidos de plata y oro, que le parecia oportuno regularizarlo, que lo esti-

maba provechoso á S. M., y que, por consiguiente, sería necesario establecerlo con la premura debida;» todo lo cual quería decir en lenguaje liso y llano que cierta persona muy allegada de los Villiers compartiría con *Overreach* y *Greedy* (1) los despojos del pueblo; que así solamente mediaba é intervenía el principal guardador de las leyes cuando pedía el favorito privilegios lucrativos para su familia y sus deudos, y ruinosos y vejatorios para la masa del país. Pero, aún hizo más, porque después de auxiliar á los pretendientes y de secundarlos en sus planes de monopolio, los auxilió y secundó eficazmente para que los conservaran, reduciendo á prisión y poniendo incomunicados á varios que se atrevieron á desobedecer sus tiránicos edictos. Párecenos que basta con lo expuesto para que puedan estimar nuestros lectores si Bacon procedió conforme á sus declaraciones en la cuestión de las patentes, y si merece las alabanzas que le prodiga su biógrafo.

No fué ménos reprehensible su conducta como magistrado, pues consintió que Buckingham le dictara muchas sentencias, sabiendo perfectamente que los jueces que dan oídos á las pretensiones de los particulares deshonoran la toga, y habiéndolo expuesto así á Villiers (2) con insistencia marcada poco ántes de ser canciller. «No toleréis, dijo al jóven cortesano á manera de provechoso advertimiento, en la carrera que os proponéis seguir, que nadie por ningún concepto ni pretexto influya vuestro ánimo de

(1) *Overreach* y *Greedy* valen tanto en nuestra lengua como *Tramposo* y *Voraz* respectivamente.—N. del T.

(2) Williers y Buckingham son dos nombres de la misma persona: Williers el apellido, y Buckingham uno de sus títulos.—N. del T.

palabra ó por escrito en órden á las causas pendientes de resolucíon; y sobre todo no consintais que ningun magnate ni poderoso haga tal cosa, si hallais modo de impedirlo. Porque cuando estas influencias tienen séquito y triunfan de los jueces, entónces la justicia no lo es, sino cosa corrompida; y áun dado caso de que sea el magistrado tan integro y severo cual debe, y que no ceda por nada ni por nadie á la intervencíon y valimiento de quien trate de imponérsele, de grado ó por fuerza, basta que se haya manifestado el propósito de persuadirlo para hacer sospechosa de parcialidad la sentencia pronunciada.» Sin embargo de esto, áun no hacía un mes que Bacon ejercía el cargo de lord Guardasellos, cuando ya Buckingham comenzó á intervenir en las causas que se fallaban en la Chancillería, prevaleciendo sus influencias, como no podia ménos de suceder tratándose de ambos personajes.

Las reflexiones que hace Mr. Montagu acerca del pasaje que acabamos de trascribir, son amenas por extremo. «Nadie, dice, sentía más profundamente que Bacon el daño que causaba la intervencíon de la Corona y de los hombres de Estado en los negocios judiciales, circunstancia que sube de punto el mérito de la exhortación á Buckingham, y que áun resalta más por la indiferencia con que fué acogida del valido.» Pero ¿cómo es posible que haga mella un consejo en la persona á quien va dirigido cuando el que lo predica no da ejemplo de su doctrina? Léjos de nosotros defender á Buckingham; pero ¿es posible comparar su crimen al de Bacon? Buckingham era jóven, ignorante, ligero, y estaba, demas de esto, aturdido con la rapidez de su encumbramiento y la grandeza de su posición; y que quisiera servir en ella á su familia, á sus aduladores y á sus

queridas; que no comprendiera perfectamente la inmensa importancia de la recta administracion de justicia, y que se ocupara más de sus deudos y amigos que de los intereses públicos, cosa es natural y hasta casi perdonable; que más culpados son los que confian el poder á personas jóvenes, vanidosas, irascibles é ignorantes que ellas mismas si lo ejercen mal. ¿Ni cómo tampoco podia suponerse que un paje, de carácter alegre, y elevado en la flor de su vida por extraño capricho de la suerte á la posicion más encumbrada del reino, respetara y atendiera debidamente aquellos principios fundamentales que deben presidir á los acuerdos y sentencias de la magistratura? En cambio, era Bacon el más distinguido de todos los hombres públicos que á la sazón habia en Europa; contaba más de sesenta años; habia reflexionado mucho en orden á los principios generales del derecho, y durante largo tiempo habia participado en la administracion de justicia diariamente; y reuniendo estas condiciones, y experiencia y sagacidad en grado sumo, es inadmisibile suponer siquiera que ignorase la falta gravísima que cometia suscribiendo sentencias dictadas ó impuestas de sus amigos y protectores, con infraccion manifiesta de los principios más elementales del deber; suposicion tanto más inadmisibile, cuanto que, como ya hemos visto, censuró en términos categóricos y admirables la conducta de los que tal hicieran. En este caso, como en todos los demas, débense atribuir las malas acciones de Bacon, no á falta de conocimiento, sino á otras de índole muy diversa.

Un hombre que se degradaba con tan poco miramiento á prestar servicios tan impropios del magistrado, no debia de mostrarse muy escrupuloso res-

pecto de los medios más conducentes á enriquecerlo. En efecto, él, y sus subordinados, movidos del mal ejemplo que les daba, recibían sin empacho alguno cuantiosos regalos de todos aquellos que tenían negocios en litigio ante la Chancillería. No es posible calcular la cuantía del botín que hizo Bacon de esta suerte, siendo sólo cierto que tomó para sí mucho más de lo que pudo probarse cuando fué procesado, y verosímil que atesoró ménos de lo supuesto por el público. Sus enemigos evaluaron entonces el producto de sus prevaricaciones en cien mil libras esterlinas; pero nos parece un tanto exagerada la cifra.

Aun tardó mucho en llegar el día en que hubiera de rendir cuentas; y como en el intervaio que separó el segundo Parlamento de Jacobo del tercero, la Corona gobernó arbitrariamente, pareció de todo en todo seguro y próspero el porvenir del Guardasellos. La posición excepcional que ocupaba era eficaz también á poner más en evidencia la grandeza de su talento, y á dar más amenidad á su carácter, y á que resaltaran más todavía la urbanidad de sus maneras y la elocuencia de su conversacion; siendo en vano que murmuraran los litigantes, y que los patriotas puritanos se dolieran y lamentaran en sus apartados retiros al ver que aquel á quien había colmado el Altísimo de las facultades propias á los iniciadores de reformas trascendentales, se afiliaba entre los partidarios de los mayores y más odiosos abusos; porque así las quejas como los lamentos apenas si llegaban á los oídos del Monarca y de su favorito, árbitro de su señor; y como entrambos sonreían benévolos y agradecidos á las lisonjas de su mutuo adulator, y esto sólo acrecentara su importancia en gran manera, la muchedum-

bre de los cortesanos y de los nobles buscaba su apoyo y su proteccion con afan solícito y diligente servilismo, miéntras los hombres de ingenio y de saber acogian y saludaban con trasporte la elevacion de quien demostraba con su ejemplo que los hombres de saber y de ingenio comprendian mejor que los ignorantes laboriosos el arte de hacer fortuna.

Una vez se vió atajado, sin embargo, el curso de su prosperidad, debido acaso á que, á pesar de su talento, no pudo resistir sin experimentar una manera de vértigo los efectos de su elevacion y de su grandeza, faltándole á las veces aquel imperio sobre sí mismo, y aquella consumada prudencia que aún fueron más eficaces á su prosperidad que no su ingenio extraordinario. Pero, si Bacon no supo aborrecer, porque la naturaleza de su venganza como la de su gratitud fué siempre tibia y floja, existia un hombre respecto del cual experimentó en todo tiempo encono y odio tanto más fuerte cuanto más hubo de reprimirlo y disimularlo; que los insultos y las vejaciones que le habia inferido sir Eduardo Coke, cuando todavía era jóven el agraviado y trataba por todos los medios imaginables de darse á conocer y crearse clientela, ni podian olvidarse ni dejar de producir invencible resentimiento en el corazon más pacífico y ménos ocasionado á querellas. Al ser promovido Bacon al cargo de Guarda-sellos, Coke perdió el puesto que ocupaba en el Tribunal Supremo, á causa de la resistencia tan tenaz que opuso siempre á la voluntad del Monarca, pasando desde aquel punto la vida en completo alejamiento de los negocios; mas, como la oposicion que habia hecho Coke al Rey, ántes fué resultado de su mal carácter que de sus buenos principios, y que á pe-

sar de su obstinacion y aspereza carecia de verdadera dignidad y rectitud, no fundándose tampoco la obstinacion que mostró en motivos de virtud, no halló dentro de sí las fuerzas necesarias á resistir la desgracia, y en vez de someterse al infortunio prefirió reconciliarse con el favorito; quedando en breve cumplidos sus deseos, y en aptitud de merecer nuevos favores.

Así las cosas, como sir John Villiers, hermano de Buckingham, buscara una mujer rica para casarse, y Coke tuviere cuantioso caudal y una hija soltera, se convino por ambas partes en concertar el matrimonio bajo ciertas cláusulas que convenian por extremo al pretendiente y lo remediaban; mas lady Coke, la misma dama que veinte años ántes habia sido solicitada por Essex para Bacon, no vino en dar su consentimiento. De aquí se siguieron grandes disturbios domésticos, escenas de violencia y hasta escándalos; la madre arrebató la hija del hogar paterno y escapó con ella, y el padre se puso en seguimiento de los fugitivos, los alcanzó y recuperó su hija por fuerza. El Rey se hallaba entónces en Escocia y Buckingham con él, y en ausencia de ambos Bacon á la cabeza de los negocios en Inglaterra; y como aborrecia de todas veras á Coke, y además su prosperidad lo traia un tanto desvanecido, en un momento aciago determinó de intervenir en las disputas que traian revuelta y perturbada la casa de su enemigo. Se declaró en favor de lady Coke, y apoyó al fiscal del Tribunal Supremo en la sumaria que comenzó á instruir ante la Cámara Estrellada contra el proyectado matrimonio, siendo tal en su energía el lenguaje que empleó con este motivo en algunas cartas, que sirve á demostrar no sólo su extravío y falta de tacto y de prudencia en la ocasion, mas

tambien la ignorancia en que se hallaba del poder de Buckingham y del cambio que la posesion de ese mismo poder habia verificado en su carácter. Poco tardó en recibir una leccion inolvidable, pues cuando el favorito supo la intervencion que habia tomado en el negocio el lord Canciller, su resentimiento estalló con violencia extraordinaria, siendo más grande todavía el enojo de S. M., con lo cual comprendió Bacon sin tardanza su error y la magnitud de las consecuencias que podria tener. Pero si la fortuna lo alucinó un espacio, luégo al punto la vecindad del peligro le restituyó su natural y claro juicio, poniéndolo en posesion de sí mismo. Comenzó por pedir perdon humildemente de cuanto habia hecho, mandó al fiscal suspender las actuaciones contra Coke, manifestó á la esposa que nada más podia esperar de él, anunció á las dos familias que deseaba favorecer el casamiento, y despues de dar estas muestras de contricion, se aventuró á presentarse casa de Buckingham. El cual, como entendiera que aún no habia hecho lo bastante, ni humilládose quanto él queria el anciano que fué su amigo y bienhechor en otro tiempo, y que á la sazón era el funcionario más elevado del reino en el órden civil, y el literato más eminente del mundo, dicen que dos dias consecutivos lo tuvo esperando en una antecámara sin recibirlo, confundido con sus criados. No desistió Bacon por eso, ni llevó á mal el tratamiento, y con el gran sello de Inglaterra, insignia de su magistratura suprema, tomó asiento en un cofre y aguardó á que se abrieran para él las puertas del aposento. Al fin logró penetrar á la presencia de Buckingham, y arrojándose á sus plantas le besó las hebillas de los zapatos, diciendo que no se levantaria del suelo miéntras no lo perdonara.

Es posible que sir Anthony Weldon haya exagerado los detalles de la entrevista, refiriéndola tal y como la trascribimos nosotros; pero no lo es imaginar que una relacion tan circunstanciada, escrita por persona que afirma ser testigo presencial de los hechos, carezca por completo de fundamento, y ménos todavía cuando desgraciadamente no hay razon para dudar de su exactitud ni en el carácter del favorito, ni en el de Bacon, pues así en el uno como en el otro son creibles la insolencia y el servilismo que mostraron. Sea de esto lo que quiera, es lo cierto que hubo entre ambos personajes reconciliacion, humillante para el Canciller, y que su recuerdo no debió de borrarse nunca de la memoria de Bacon, pues ya no fué osado en ningun tiempo á contrariar á nadie que llevara el apellido de Williers, dominando y reprimiendo las pasiones que, por primera vez de su vida, le hicieron faltar á la prudencia. No paró aquí, sino que vino en reconciliarse tambien con Coke, siquiera fuese aparentemente, y aprovechó cuantas ocasiones se le presentaron de servirlo y complacerlo, evitando todo aquello que pudiera causarle molestia y despertara los instintos brutales de su enemigo de siempre.

Aparte de esto, y á no juzgar de la vida de Bacon sino por las apariencias mientras ejerció el oficio de canciller, fué muy envidiable, pues su ostentacion era grande, y la venerable casa paterna que habitaba en Lóndres rebosaba de lujo y magnificencia. En ella, denominada York-House, celebró el mes de Enero de 1620 su sexagésimo aniversario en compañía de numerosos amigos. Ya por entónces habia trocado Bacon su título de Guarda-sellos por el más elevado de Canciller, y Ben-Jonson, que acudió á la fiesta conmemorativa de que hablamos,

escribió á su intencion algunos versos que ciertamente pueden figurar entre los mejores que haya producido su musa un tanto ingrata y tosca. Todo parecia sonreirle, segun él mismo dice, casa de su padre: «el hogar, el vino y los hombres,» impresionando de tal modo la imaginacion del poeta el espectáculo que ofrecia el huésped ilustre de York-House, en el pleno goce de grandes riquezas, de poder, honores, actividad intelectual é inmensa fama literaria, despues de pasar una juventud exenta y libre de grandes adversidades, que fácil es darse cuenta del estado de su ánimo con solo recordar los tan conocidos versos siguientes en que lo expresó, diciendo:

«Gran canciller de Inglaterra, heredero predestinado del asiento de su padre desde la cuna en que blandamente se meció cuando niño, y á quien el destino colma de bienes y favores sin cuento con pródiga mano (1).»

Bacon tenía costumbre de retirarse á Gorham-bury siempre que sus ocupaciones políticas y judiciales le consentian algun reposo, y una vez allí, sólo pensaba en] las letras, y sólo le distraia de su estudio la jardinería, calificada por él mismo en uno de sus tan interesantes *Ensayos* de «placer purísimo entre los más puros placeres de los hombres.»

-
- (1) «England's high Chancellor, the destined heir,
In his soft cradle, to his father's chair,
Whose even thread the Fates spin round and full
Out of their choicest and their whitest wool» (*).

(*) Como verá el lector versado en la lengua inglesa, nuestra traduccion de los dos últimos versos es libre, por no consentiría literal la buena inteligencia en castellano del pensamiento de Ben-Jonson sin una extensa nota aclaratoria, que, por otra parte, no hace necesaria la importancia del texto.—N. del T.

Diez mil libras esterlinas gastó en Gorhambury para construir en su magnífico parque un retiro más apartado aún donde recogerse para huir de visitas importunas y consagrarse por completo á sus tareas literarias predilectas en compañía de algunos jóvenes distinguidos, y entre los cuales muy luégo advirtió las superiores facultades de Tomás Hobbes. No es probable, sin embargo, que Bacon apreciara perfectamente las circunstancias de su discípulo, ni ménos que previera la inmensa influencia, benéfica y nociva á un tiempo, que tan poderosa y sagaz inteligencia debia ejercer sobre las dos generaciones siguientes.

En el mes de Enero de 1621 llegó á su colmo la grandeza de Bacon, el cual publicó entónces el *Novum Organum*, libro extraordinario que produjo admiracion profunda é inusitada entre los hombres eminentes de la Europa. En su patria fué objeto de honores de índole muy diversa, pero no ménos apreciables á sus ojos, pues el Rey lo creó baron de Verulam, haciéndole merced algun tiempo despues del titulo de vizconde de Saint Albans á virtud de un decreto concebido en términos lisonjeros por extremo, suscribiendo el real despacho en calidad de testigo S. A. el príncipe de Gales, verificándose la ceremonia de investidura con gran pompa en Teobalds, y dignándose Buckingham ser uno de sus concurrentes. Sin embargo, la posteridad no ha estimado que los honores conferidos á Bacon por Jacobo I hayan sido parte á elevar la dignidad y la fama del más ilustre de los filósofos, y á esta causa debe de atribuirse que á pesar de la cédula real se haya negado á rebajar á Francisco Bacon á la categoría de baron de Verulam.

Pocas semanas despues pudo apreciarse de todo

en todo el valor de los bienes por cuya posesion manchó el Canciller su honra, sacrificó su independencia, burló las obligaciones más sagradas de amistad y gratitud, aduló á malvados, persiguió á inocentes, sobornó á jueces, dió tormento á encausados, despojó de lo suyo á ligantes, y empleó en miserables intrigas las facultades de la más poderosa inteligencia que haya existido en sér humano; que se acercaba repentina, incontrastable y aciaga la hora de su juicio con motivo de la reunion del Parlamento al cabo de seis años de silencio. En efecto, tres dias despues de la brillante ceremonia que tuvo lugar en Teobalds para titularlo, se abrieron las Cámaras.

La necesidad de dinero habia, como de costumbre, puesto al Rey en el caso de convocar su Parlamento; mas tambien es posible que si S. M. ó sus ministros hubieran sospechado siquiera el estado de los ánimos, ántes habrian intentado cuanto es imaginable ó soportádolo, que atreverse á comparecer en presencia de los procuradores de la nacion justamente ofeada. Empero ni el Rey ni aquellos comprendieron su época, pues, á decir verdad, casi todas las faltas políticas de Jacobo y de su hijo tan desdichado, provinieron de un error grande y lamentable; como que durante los cincuenta años que precedieron al Parlamento Largo, se verificó en la opinion pública un cambio extraordinario y gradual sin que ni los dos primeros reyes de la casa de Estuardo ni sus consejeros pudieran darse cuenta de la naturaleza y alcance de la evolucion realizada. Erales imposible no ver que la nacion se hallaba más descontenta de dia en dia y que cada nueva Cámara de los Comunes se tornaba más ingobernable que la precedente; lo que no podian ver

era que así el Gobierno como el pueblo, ántes tan identificados el uno con el otro, ya no se adaptaban; que al crecer y desarrollarse la nacion habia rebasado sus antiguas instituciones; que se sentia estrecha y molesta con ellas, como quien se ve forzado en la edad viril á vestir las ropas de su adolescencia; que á cada momento hacia esfuerzos por romper las ligaduras que la sujetaban, y que no pasaría mucho tiempo sin conseguirlo por completo. Este fenómeno tan alarmante, cuya existencia no podia negar ningun cortesano, se atribuia entonces á cuantas causas son imaginables, excepto á la verdadera. «Cuando mi primer Parlamento, decia Jacobo, era yó novicio; despues, en el segundo, eché de ver una nueva especie de animales conocida con el nombre de *empresarios*» (1), y así de los demas. Pero áun cuando en ocasion del tercer Parlamento ya no podia llamarse novicio el Rey, ni existia tampoco la especie de los *empresarios*, le causó más dificultades aquella Cámara que cuantas le produjeron juntos el primero y el segundo.

No bien se hubo reunido el Parlamento, comenzó la Cámara de los Comunes á discutir las quejas y agravios públicos con moderacion respetuosa y enérgica firmeza, dirigiéndo sus primeros ataques contra las odiadas patentes á cuya sombra Buckingham y sus deudos saqueaban y oprimian la nacion.

(1) «Dábase á la sazón en Inglaterra el nombre de *empresarios* (*undertakers*),» dice M. Guizot, anotando este pasaje de la vida de lord Bacon, en su correcta y concienzuda traduccion de los *Ensayos* de Macaulay (Paris, 1864, ed. Michel Levy fréres), «á una clase de políticos que pretendia merecer la confianza de la Corona y de la Cámara de los Comunes, y que alardeaba de ser intermediaria entre ambas partes, facilitando sus relaciones.»—N. del T.

El vigor desplegado por la Cámara en este negocio fué tan grande, que puso en zozobra y sobrecogió á la corte, y creyéndose Buckingham en peligro inminente, acudió ansioso en demanda de consejo á Williams, dean de Westminster, persona de mucha influencia en aquel tiempo, en razon á su amistad con el valido, á quien habia prestado servicios de cuenta en circunstancias difíciles y delicadas. Porque como deseara Buckingham ardientemente tomar por esposa á lady Catalina Manners, hija y heredera del conde de Rutland, y se opusieran á la realizacion de sus planes inconvenientes graves, y el Conde fuera duro de carácter y altivo en demasía, y la doncella católica, Williams intervino en las diferencias, y calmó al padre, y tranquilizó los escrúpulos piadosos de la pretendida, por el momento al ménos; recibiendo en pago de sus buenos oficios elevadas dignidades en la jerarquía eclesiástica, y hallándose á punto de ocupar en la estimacion de Buckingham el puesto que ántes correspondia por entero á Francis Bacon.

Williams era uno de esos hombres que son más prudentes y discretos para los otros que para sí mismos, y á causa de esto fué desgraciado en su vida política, por obra suya, pues carecia de buen juicio y de imperio sobre sí mismo en muchas coyunturas importantes. Mas el consejo que dió á Buckingham en aquella circunstancia demostró que no le faltaba teoría y práctica mundana, pues dijo sin rodeos al privado que debia de renunciar á la defensa de los monopolios, dar una embajada á su hermano sir Eduardo Villiers, que se hallaba muy comprometido en las operaciones de Mompesson, y abandonar los demas culpados á la justicia del Parlamento. Buckingham recibió el consejo con mues-

tras de gratitud, diciéndole que le habia quitado un gran peso del corazon; fueron luégo juntos á ver al Rey, á quien hallaron engolfado en plática con el príncipe Carlos, y despues de discutir extensamente todo el plan propuesto por el dean de Westminster, lo aprobaron hasta en sus menores detalles.

Las primeras víctimas que la corte abandonó á la venganza de la Cámara de los Comunes fueron sir Giles Mompesson y sir Francis Michell. Pero todavía trascurrió algun tiempo ántes de que Bacon comenzase á tener inquietudes de ningun género en órden á su persona; que su talento y su habilidad le habian conquistado grandisima influencia en la Cámara de los Comunes, á la cual pertenecia desde aquella legislatura; influencia que, dicho sea en honor de la verdad, hubiese adquirido en cualquiera otra corporacion por igual modo. Mas, áun cuando contaba en el Parlamento con muchos amigos personales y fervorosos admiradores, seis semanas despues de la reunion de las Cámaras estalló la tempestad.

Porque como hubiera designado la Cámara baja una comision encargada de inquirir el estado verdadero de la administracion de justicia, el 15 de Marzo, su presidente, sir Roberto Philips, diputado por Bath, manifestó que se habian descubierto grandes y trascendentales abusos. «La persona, decia, contra la cual se alegan estos hechos es el mismo lord Canciller, en quien la naturaleza y el arte han acumulado tan generosamente sus dones, que nada más puedo decir de él, no siendo capaz áun ni de alabarlo como merece.» A seguida, sir Roberto consignó los hechos imputados á Bacon, aunque con mucha mesura y parsimonia, resultando de su informe que un hombre llamado Aubrey tuvo pleitos

ante la Chancillería, y que, como las costas y gastos lo hubieran arruinado casi, y desesperádolo las demoras del tribunal en fallar, uno de los agentes del Canciller le hizo entender que si regalaba cien libras esterlinas á lord Bacon quedaría despachado sin más tardanza y en la medida de su deseo. El litigante requerido no tenía la cantidad pedida; pero un usurero lo proveyó de ella mediante prenda pretoria y enormes intereses, apresurándose á llevarla á York-House, recibéndola de su mano el Canciller, y asegurándole á seguida sus satélites que á virtud de aquel agasajo quedaria servido como deseaba. Pero, no obstante la promesa, Aubrey se vió defraudado en su dinero y esperanza, porque al cabo de muchas dilaciones se fallaron sus pleitos en contra suya «con circunstancias que aún hacían más triste su desgracia.»

No era este caso el único, pues mencionaba el informe que otro litigante, llamado Egerton, se quejó de haber tenido que hacer á la señoría del lord Bacon, á instancias de cierto sujeto, agente suyo, un regalo de cuatrocientas libras esterlinas, sin alcanzar por eso favor ni justicia. Las pruebas de ambas denuncias eran tan irrecusables, que todo cuanto se atrevieron á pedir sus mayores amigos, fué que la Cámara suspendiera su juicio y defriera el negocio á la Cámara de los Lores en forma no tan ofensiva como lo sería la de acusacion.

El 19 de Marzo envió el Rey un mensaje á la Cámara de los Comunes, en el cual expresaba el profundo pesar que había experimentado al tener noticia de que un personaje tan eminente como lo era el lord Canciller pudiera ser sospechoso de prevaricato; pero que, deseando el esclarecimiento de los hechos y en modo ninguno sustraer el culpado

á la justicia, proponia se instituyera un tribunal *sui generis*, compuesto de diez y ocho comisarios que podrian designarse de entre los individuos de ambas Cámaras, con encargo de examinar el asunto. Pero la Cámara de los Comunes, que no se hallaba dispuesta en modo alguno á reformar su sistema de procedimientos, celebró aquel mismo dia una conferencia con la de los Lores, y en ella quedó asentado y convenido el capítulo de cargos que habria de hacerse al Canciller. Bacon no asistió á la sesion; que, abatido y humillado, lleno de vergüenza y de remordimientos, y abandonado de aquellos en quienes puso neciamente su confianza, se habia encerrado en su cámara y apartándose de la vista de todos, llegando á ser tanto el abatimiento de su espíritu, que Buckingham, al visitarlo por encargo del Rey, «halló á S. S. muy enfermo y postrado.» Bacon no esperaba ni queria tampoco sobrevivir á su desgracia, segun reza una carta por extremo patética que dirigió el desdichado á los Pares el mismo dia de la conferencia, y durante muchos más guardó cama, negándose á recibir á cuantos acudian para consolarlo, y repitiendo sin cesar á sus criados que lo abandonaran y olvidaran, sin volver á pronunciar su nombre ni acordarse más de su persona. Entre tanto, cada dia iban descubriendo sus acusadores nuevas fechorías, llegando con esto en breve á veintitres los cargos que resultaban contra él. Los lores instruyeron el proceso con laudable actividad; y ya varios testigos habian comparecido en la barra de la Cámara, y una comision se ocupaba en recibir las declaraciones de otros, cuando interrumpió el Rey los trabajos, que adelantaban rápidamente, suspendiendo por tres semanas, el 26 de Marzo, las sesiones del Parlamento.

Con esta medida cobró Bacon alguna esperanza de remedio, y aprovechándose del interregno parlamentario con tanta más presteza cuanto más corto era, intentó ejercer presion decisiva en el ánimo apocado y feble del Rey, apelando á cuantos recursos sabia eficaces á dominarlo: el temor, la vanidad y el concepto exagerado que siempre tuvo de la rógia prerogativa. ¿Cometeria el Salomon del siglo la torpeza insigne de fomentar el espíritu invasor de los Parlamentos? El ungido del Señor, que sólo á Dios debía rendir cuenta de sus actos, ¿las daría en aquel negocio á una turbamulta indisciplinada? «Los que ahora combaten al Canciller, — exclamaba lord Bacon, — atacarán mañana las prerogativas de la corona. Soy la primera víctima; ¡quiera el cielo que tambien sea la última!» Pero en vano fueron su elocuencia y su pericia. Ni tampoco podia ser de otra manera, porque, á pesar de cuanto en contrario expresa Mr. Montagu, nos hallamos persuadidos de que no estaba la salvacion del Canciller en manos del Rey, sin recurrir á medidas perturbadoras de la paz y sosiego públicos, pues carecia la Corona de influencia en la Camara para obtener de los diputados sentencia absolutoria en crimen tan evidente. Por otra parte, disolver un Parlamento universalmente reconocido como el mejor de cuantos ha tenido Inglaterra, que procedia siempre liberal y respetuosamente con el soberano, y que gozaba de inmenso prestigio en la nacion, y disolverlo no más que para detener el curso de un proceso grave, pero ajustado á derecho constitucional, é instruido en averiguacion de la conducta observada en el ejercicio de su cargo por el primer magistrado del reino, habria parecido más escandaloso y absurdo que la más grave de cuantas faltas cometieron los Estuar-

dos y ocasionaron la ruina de su casa. Demas de esto, sobre ser la medida tan funesta para la fama de Bacon como la sentencia misma, hubiera hecho peligrar la estabilidad del trono. De aquí que S. M., conforme con el parecer de Williams, se negara cuerdatamente á empeñar una lucha muy aventurada, oponiéndose al torrente de opinion representada por la Cámara, sólo para librar de una sentencia legal á quien ya estaba condenado en la conciencia de todos y no era posible salvar de la deshonra; y de aquí tambien que aconsejara el Rey á Bacon la conveniencia de confesar sus delitos, ofreciéndole hacer cuanto pudiera para suavizar los rigores de la pena; conducta que indigna en gran manera y sin razon á Mr. Montagu, pues aún no siendo nosotros parciales de Jacobo, entendemos que, dadas las circunstancias, el Rey dió el mejor consejo posible.

El 17 de Abril se reunió de nuevo el Parlamento, y los lores volvieron á ocuparse de la informacion sin levantar mano; lo cual sabido de Bacon, dirigió una carta á los Pares por conducto del príncipe de Gales, que se dignó ser portador de ella, en la que con lenguaje respetuoso, hábil y patético declaraba su falta en términos generales y prudentes, confesándola y paliándola en lo posible. Pero los jueces no hallaron esto bastante; y como exigieran una declaracion circunstanciada y le remitieran copia de los cargos que resultaban contra él, cedió á la evidencia, y el 30 del mismo mes suscribió un papel conviniendo en la exactitud de todo, si bien haciendo algunas reservas de muy escasa importancia, y recomendándose á la conmiseracion de los jueces. «Despues de haber examinado maduramente, decia, los hechos aducidos en mí contra; despues de haber evocado las memorias de mi propia

conciencia, en la medida de lo humanamente posible, reconozco y confieso con ingenua franqueza que soy culpado de cohecho y que renuncio en absoluto á la defensa.»

En vista de lo cual manifestaron los lores que la confesion del Canciller les parecia sincera y completa, y enviaron á su domicilio una comision de su seno encargada de pedirle que se ratificara en ella. Los diputados, entre quienes iba Southampton, otro tiempo amigo de Bacon y del conde de Essex, desempeñaron su cometido con gran mesura y circunspeccion; que bien la merecia en verdad el ánsia y las congojas de tan superior inteligencia, y el abatimiento y ruina de nombre tan esclarecido como el de sir Francis. «Señores, dijo Bacon, el papel está escrito de mi mano y dictado de mi conciencia. Sólo debo añadir que tengais piedad del reo.» Cuando se hubieron retirado, se recogió á su cámara profundamente abatido. Al otro dia fueron á buscarlo el alguacil y el ugiar de la Cámara de los lores para conducirlo á Westminster-Hall, donde habia de leérsele la sentencia; pero como lo hallaran enfermo y en cama, se avinieron á dispensarlo de asistir á la terrible ceremonia. Nadie tampoco hubiera querido aumentar en aquellos momentos su amargura y su afrenta.

Severa fué la sentencia, sin embargo, y tanto más sin duda, cuanto que sabian los lores que no habria de cumplirse, pudiendo por lo mismo sus señorías mostrar á poca costa la inflexibilidad de su justicia y su odio al vicio. Bacon fué, pues, condenado á pagar una multa de cuatro millones de reales y á permanecer preso en la torre de Lóndres miéntras S. M. lo estimara conveniente, añadiéndose que no podria volver al ejercicio de ningun empleo ni car-

go público, ni á ocupar asiento en las Cámaras, ni á residir en la corte. De tan miserable y vergonzoso modo acabó la carrera de mundana sabiduría y no ménos mundana prosperidad emprendida por Francisco Bacon.

Pero, ni en este caso abandona Mr. Montagu á su héroe, pues entiende, sin duda, que los afectos de un editor deben ser tan arraigados y profundos como los que infundé Mr. Moore á los amantes en sus poemas, y no puede alcanzar ni explicarse la utilidad de la biografía «si no se ofrece idéntica siempre al lector, lo mismo en el placer que en la tristeza, en la prosperidad que en la miseria, en la gloria que en la vergüenza (1).» Acomodándose á este procedimiento, Mr. Montagu afirma sin empacho alguno que Bacon era inocente; que podia justificarse por completo; que cuando «confesaba ingenuamente su delito», y cuando, despues, se ratificaba de una manera solemne y en todas sus partes en la declaracion hecha, mentia de todo en todo, absteniéndose de probar su inocencia por no atreverse á desobedecer al Rey y al favorito que le obligaban, en su egoismo incalificable, á hacerse reo.

En primer lugar, no existe razon ni pretexto alguno que autorice á sospechar siquiera en Jacobo ni en el duque de Buckingham el pensamiento de impedir á Bacon la defensa de su causa. ¿Ni qué motivo tampoco hubieran podido tener uno y otro para obrar así? Mr. Montagu répite constantemente que ambos estaban interesados en sacrificar al Can-

(1)

.....if tis not the same

Through joy and through torment, through glory
(and shame.)

ciller; pero descuida consignar una diferencia esencial, porque si estaban interesados en sacrificar á Bacon suponiendo que fuera culpado, nó podían estarlo suponiendo que no lo fuera, en razon á que si Jacobo se hallaba poco dispuesto á correr aventuras por amparar á su Canciller contra el Parlamento, si el Canciller hubiera ténido probabilidades de alcanzar su absolucion persuadiendo á la Cámara de su inocencia, es indudable que tanto el Rey como Villiers se habrían regocijado grandemente. Y se habrían regocijado, no sólo por amistad á Bacon, sino por motivos interesados, pues ninguna victoria hubiera robustecido más al Gobierno que aquella. Pero Mr. Montagu, tomando el efecto por la causa, entiende que Bacon no probó su inocencia por haberlo abandonado la corte, siendo evidente que si no fué osada á darle apoyo se debió á que no podía justificarse, y que no estando en manos del Rey ni del favorito sustraerlo á la deshonra, no quisieron participar de su infamia.

Por otra parte, parécenos muy extraño que mister Montagu no haya comprendido que, al proponerse la vindicacion de lord Bacon, hace pesar sobre su defendido el más injurioso de cuantos cargos pudieran formularse contra él, imputando á su idolo una bajeza y depravacion aún más odiosa que sus propias prácticas corrompidas. Porque si á un juez prevaricador pueden quedarle todavía muchas buenas cualidades, al hombre que por deferencias á un magnate se confiesa solemnemente culpado de prevaricacion, siendo inocente, ya no le queda ninguna y aparece á los ojos de todos como un monstruo de servilismo y de impudencia. Bacon fué un hombre digno de respeto, lleno de merecimientos, bien educado, noble y sabio, eminente juriscon-

sulto y estadista, que había llegado á ocupar el puesto más principal en el mundo y envejecido en el servicio; y siendo esto así, como lo era, en efecto, ¿puedese racionalmente suponer que por deferencias y consideraciones se infriese á sí propio en su nombre y fama herida tan profunda é incurable? ¿Es posible imaginar siquiera un magistrado venerable, colmado de años y de honores, que comparezca en presencia de otros jueces, llorando y con muestras de sincero arrepentimiento para confesarse reo de ignominiosos delitos; que suscriba su declaración, testimonio de afrenta indestructible; que se someta resignado á la sentencia impuesta, que humillante y todo como ha de ser, estima justa, y que haga cuanto decimos en ocasion que puede probar, áun siendo acusado en forma, que su conducta es irreprochable? No, por cierto; que hasta la hipótesis en el caso presente la rechaza la razon. Pero suponiendo que así sea, ¿qué pensar del hombre, dado caso que merezca ser llamado así, á cuyos ojos tengan más importancia las mercedes y favores de los reyes y privados que su honra, ó á quien parezcan más temerosos los castigos que la infamia?

De nosotros diremos que no hemos pensado un sólo instante siquiera en atribuir tan vergonzoso defecto á lord Bacon, persuadidos como lo estamos de que, si renunció á la defensa, fué porque no pudo emplear ese medio para sincerarse; siendo por tanto, á nuestro parecer, inútil de todo punto la tentativa hecha por Mr. Montagu con el propósito de abogar por él.

Pero Mr. Montagu aduce dos argumentos: es el primero, que á la sazón se acostumbraba entre litigantes y jueces hacer y recibir obsequios, y que, por tanto, no era esto deshonesto; y el segundo, que

las dádivas no tenían en ese caso carácter corruptor.

Al efecto, y para mejor persuadir á sus lectores, Mr. Montagu aduce varios hechos en apoyo de su primera proposición. Y no pareciéndole bastante demostrar que en otro tiempo recibían ofrendas de los litigantes los jueces ingleses, enumera ejemplos análogos que ofrece la historia de las naciones extranjeras y de los tiempos antiguos, remontándose á las repúblicas griegas, y utilizando á su propósito hasta un verso de Homero y una frase de Plutarco; textos ambos que no pueden servirle de mucho, en nuestro concepto al ménos. Porque aquel oro de que trata Homero no estaba destinado á los jueces, sino depositado en sus manos para que con ellas lo dieran al litigante vencedor, y las gratificaciones que Pericles repartía entre los magistrados de los tribunales atenienses, no eran dádivas, sino, como lo declara Plutarco, emolumentos legales pagados del Erario público. Pero aún hay pasajes más concluyentes que no estos en la historia de Grecia, y los recordaremos á Mr. Montagu. Hesiodo, por ejemplo, vió, del propio modo que el desdichado Aubrey, fallarse un litigio en contra suya en la Chancillería de Asera, y olvidándose de los respetos debidos, se atrevió á calificar durísimamente á los sabios ministros del tribunal. A su vez, Plutarco y Diodoro transmitieron á la posteridad más remota el nombre respetable de Anyto, hijo de Anthémion, el primer reo que logró eludir cuantas garantías pudo imaginar la previsora prudencia de Solon, y corromper á todo un tribunal ateniense. Y por si esto no pareciera bastante á Mr. Montagu, si los anales de Grecia no fueran suficientes á suministrarle casos prácticos, acudiremos á los de Roma en obsequio suyo,

y empezaremos por reconocer que los dignos senadores que juzgaron á Verres, recibieron obsequios de más precio que York-House y Gorham-bury juntos, y que los caballeros y senadores no ménos dignos y honrados que se dejaron persuadir de la coartada de Clodio, merecieron pruebas más extraordinarias todavía del aprecio y de la gratitud del acusado. En una palabra: estamos dispuestos á conceder que así ántes, como durante la época de Bacon, fué usual y corriente que los magistrados recibieran regalos de quienes litigaban ante sus tribunales. Pero ¿esto puede alegarse por disculpa? En modo ninguno. Porque ni los robos de Caco y de Barrabás deben citarse para disculpar los de Turpin, ni la conducta de los dos hombres de Belial que causaron la muerte de Nabot con su falso testimonio, se ha mencionado jamás para excusar los perjurios de Oates y de Dangerfield. Mr. Montagu confunde lastimosamente dos cosas muy diversas que siempre debemos separar para poder formarnos idea exacta del carácter de los hombres que han vivido en tiempos y lugares diferentes de los nuestros. Pues si en una sociedad se califican de inocentes por la mayoría ciertos actos inmorales, podrá ese concepto servir de disculpa ciertamente al individuo que, perteneciendo á esa sociedad y profesando las ideas dominantes en ella, los comete; mas no será lícito en modo alguno justificar ni atenuar siquiera los actos tachados de inmoralidad, diciendo que muchos los ejecutan. Injusto sería, pues, calificar de cruel á San Luis porque persiguió á los herejes cuando la tolerancia se reputaba por pecado, y no ménos injusto también apellidar hipócrita y falso á John Newton, el amigo de Cooper, porque cuando las gentes más honradas y respetables consideraban

la trata de negros como tráfico inocente y hasta útil, fué á Guinea provisto de libros de rezo y de cordeles y esposas; pero no por eso habremos de disculpar á un ladrón, diciendo que hay muchos ejercitados en robar. Y del propio modo que no es posible censurar á quien no hace descubrimientos en punto á moral, ni halla malo aquello que á todos parece bueno, así es imposible justificar la conducta de quien pone por obra lo que cuantos lo rodean y hasta él mismo declaran pernicioso y malo, diciendo que muchos han hecho igual. Estas diferencias son tan evidentes y claras, que ni hubiéramos tratado de plantearlas á no ser por haberlas olvidado completamente Mr. Montagu.

Por lo demás, si en orden al caso concreto de que tratamos, Mr. Montagu probara que en la época de Bacon se consideraba generalmente como cosa bahlada aquello por lo cual fué castigado, desde luego habria ganado la causa que defiende. Pero no lo hace, y es imposible que así sea; porque si bien se cometian tales delitos, su comision se verificaba del propio modo que la de tantos otros, calificados entónces y ahora de igual manera, y producidos en todo tiempo de tentaciones invencibles; siendo tan frecuentes á la sazón cual siempre lo han sido el robo, la estafa, el perjurio y el adulterio. Y eran frecuentes y estaban generalizados, no porque ignorasen los delincuentes la práctica del bien, sino porque deseaban practicar el mal, á pesar de las leyes y de la opinion pública que los condenaban igualmente, y además porque cuando vivia lord Bacon, las leyes y la opinion pública reunidas no tenian tampoco la fuerza necesaria para poner coto á la rapacidad de los magistrados poderosos y destituidos de principios; y por último, eran frecuentes y se practica-

ban de idéntico modo que se ha hecho siempre, tratándose de crímenes y delitos cuya ganancia es grande, y remota ó poco temible la probabilidad de su castigo. Pero, con ser así, todo el mundo reconocía su gravedad y trascendencia, y cuán odiosos eran é imperdonables; y por tanto, aunque muchos se hicieran culpados de ellos, nadie se atrevió nunca en ningún caso á confesarlos y defenderlos públicamente.

Pudiéramos sin gran esfuerzo aducir pruebas innumerables de lo que decimos en orden al concepto que merecian entónces estas prácticas corruptoras; pero nos limitaremos á consignar el testimonio del venerable Hugh Latimer, cuyos sermones, predicados setenta años ántes del proceso de Bacon, abundan en violentas invectivas contra las prácticas de que se hizo culpado el Canciller, y que, al decir de Mr. Montagu, nadie consideró criminales hasta el día de su sentencia. Habria materia para llenar veinte páginas con las frases tan elocuentes y sencillas, justas y enérgicas que inspiró al prelado la inmoralidad de los jueces de su tiempo; mas no lo haremos sino de algunos párrafos, que dan la medida de todos los demas. «*Omnes diligunt munera*, dijo un día. Son esos hombres aficionadísimos á recibir dádivas corruptoras, y á ejercer por tanto el robo grandemente, dejándose comprar del rico, ya sea para sentenciar contra el pobre, ya para postergar el fallo de su causa. Y á esta manera de latrocinio dan ahora el nombre de amistosos presentes los malvados que lo ejercen. Fuerza es arañearles la máscara y llamarlos por su nombre: prevaricadores.» En otra ocasion decia: «Era Cambises un gran monarca, tan grande como lo es el nuestro, y tenia bajo su autoridad muchos diputa-

dos, presidentes y gobernadores. Y es el caso que había en su imperio un corruptor, un amigo de los ricos, un prevaricador, que todo lo daba por un presente, y que haciendo de su ministerio mercancia comerciaba con él de suerte que, cuando fuera pasado de esta vida, pudiera con razon decir su primogénito: «Bienaventurado el hijo cuyo padre mereció ir al infierno.» Pero los lamentos de la viuda y el llanto de los huérfanos llegaron á oídos de Cambises, y mandó desollar vivo al juez prevaricador, y luego hizo forrar con su piel las sillas de sus compañeros. Grande y magnífico ejemplo fué aquél, y grande idea la de cubrir con la piel de un juez prevaricador los asientos de los demas. ¡Plegue al cielo que presto veamos forrados de igual manera los sillones de los tribunales de justicia en Inglaterra!» «Estoy convencido, decia en otra circunstancia, que desear riquezas, recibir dádivas corruptoras y pervertir la justicia son la *scala inferni*, el camino recto del infierno, tan seguro y cierto, que si un magistrado me preguntara por él, yo se lo indicaria como el más llano, fácil y expedito. Primero, sea el juez avaro, y corrompa su corazon con el vicio, y luego acepte dádivas, prevarique y tuerza la vara de la justicia. Hé aquí la madre, y la hija, y la hija de la hija. La codicia es la madre, y ella engendra la prevaricacion, y ésta, á su vez, las sentencias inicuas. Y cuando el juez estuviera en posesion de todo esto, sólo le faltaria ya una cosa, una no más. la cuerda para ahorcarlo; sí, la cuerda para ahorcarlo, aunque fuera el presidente del Tribunal Supremo.» Y para concluir, no añadiremos más que una cita: «El que acepta, decia el honrado y venerable obispo, una fuente ó un jarro de plata como precio de su prevaricacion, imagina que su infamia

no se sabrá nunca; pero lo engaña su mal deseo, porque le diré que se sabe, que lo sé yo y que conmigo lo saben otros y otros más. Quien admite semejantes dádivas, no puede ser honrado, ni ménos buen juez, y miéntras haya en los tribunales de justicia de Inglaterra malhechores de este jaez, miéntras las sillas de sus estrados no se forren con el cuero de los prevaricadores, no me parece bien que los ingleses piensen en otra cosa, y ménos en danzas y fiestas. ¿Por ventura es necesario emplear esos manejos y hacer regalos cuando el juez cumple su deber fiel, digna y honradamente?»

No son estas palabras ciertamente las que hubiera empleado acaso en ocasion semejante un gran filósofo autor de fecundos descubrimientos en las ciencias morales y políticas, sino las de un hombre sencillo, hijo del pueblo, que simpatizaba con sus aspiraciones, que sentia sus mismas necesidades y que profesaba sus principios. Y como el animoso anciano descubria y exponia tan resueltamente los crímenes de aquellos que vestian la toga y ejercian la magistratura, el pueblo de Lóndres, que comprendia y apreciaba en toda su verdad las censuras del venerable prelado, lo aclamaba cuando iba por el Strand para predicar en Whitehall, y se disputaba la honra de tocar sus hábitos y de aclamarlo, diciendo: «Duro en ellos, padre Latimer;» siendo evidente, á juzgar por las palabras que acabamos de citar y por otros muchos pasajes que tenemos á la vista, todos de la misma época, que, mucho ántes de que Bacon naciera, reconocia y declaraba la opinion pública por actos vergonzosos é inmorales los de la prevaricacion y el cohecho; que hasta las clases más ínfimas de la sociedad penetraban el sentido de las palabras que servian á encubrir el

nombre verdadero de prácticas tan corrompidas, y que, aun entónces, la distincion que trata de establecer Mr. Montagu entre *finezas y dádivas corruptoras* pasaba por sutileza y superchería. Tal vez parezca exagerado lo dicho por Latimer en orden á los castigos que merecian los prevaricadores; pero basta que se atreviera el obispo á emplear tan duras palabras para persuadirse de que á la sazón se reputaban de tal modo perniciosos en la sociedad los magistrados que aceptaban regalos de los litigantes, que hasta teólogos venerables podian, sin faltar en modo alguno á la caridad cristiana, pedir públicamente á Dios que fueran descubiertos y condenados á insignes castigos.

Dice Mr. Montagu, con mucha razon ciertamente, que no debemos trasportar á otros tiempos las opiniones admitidas en el nuestro, sin advertir que á su vez comete un error más grave aún que aquel cuyo peligro señala, puesto que sin pruebas en apoyo de su afirmacion, y teniéndolas en contrario abundantes y categóricas, atribuye á los que vivian en los siglos pasados opiniones que nunca profesaron; pareciéndole todo más probable que la falta de honradez de Bacon. Tanto es así, que abrigamos el convencimiento de que si se hubieran descubierto papeles á virtud de los cuales se demostrara palmariamente que Bacon habia tenido participacion directa en el envenenamiento de sir Tomas Overbury, Mr. Montagu nos diria sin duda ninguna que á principios del siglo xvii á nadie parecía extraño, y ménos todavia criminal, poner arsénico en el caldo de los amigos, y que no debemos por ende condenar á sir Francis, sino al siglo desdichado en que vivió.

Pero ¿á qué recurrir á otras pruebas cuando el

procedimiento mismo incoado contra lord Bacon es la mejor de cuantas puedan aducirse? Porque al decirnos Mr. Montagu que no debemos juzgar los hechos de los tiempos pasados con el criterio de nuestra época, parece olvidar completamente que á su defendido lo acusaron, juzgaron y condenaron sus contemporáneos, los cuales debian saber á qué atenerse acerca de sus propias opiniones, y asimismo si era, en su concepto, criminal ó no en los jueces recibir regalos que influyeran en sus determinaciones. Mr. Montagu se queja con grande amargura de que inclinaran el ánimo de Bacon á renunciar á la defensa. Mas si la defensa de lord Bacon hubiera sido como la que se presenta en su favor en el libro de Mr. Montagu, entendemos que no merecía la pena de causar enojo al Parlamento con ella; porque los lores y los diputados no habian menester de que Bacon les dijera cuáles eran sus propios pensamientos, ni de que les anunciara que no consideraban ni reputaban por culpadas las prácticas de que lo acusaban. Y como la proposicion de Mr. Montagu puede reducirse á los términos siguientes, á saber: que los contemporáneos de Bacon dieron muestras de inusitado rigor, calificando de malo en él lo que hacian ellos mismos, lo cual habria sido, en efecto, duro y hasta improbable, se ocurre preguntar: Los diputados que lo acusaron de prevaricato, y los lores que lo condenaron á pagar una multa, á ser encarcelado y á perder su oficio, ¿ignoraban que la prevaricacion fuera delito? Y si todos los lores y diputados lo sabian, ¿lo ignoraba lord Bacon? A ménos de no sostener cualquiera de estos absurdos, parece imposible afirmar que Bacon cometiera sus crímenes inconscientemente.

Por otra parte, la pretension de que las Cámaras

se propusieron perder á lord Bacon, y de que se dieron prisa para condenarlo en virtud de acusaciones sin valor alguno á sus ojos, es inadmisibile de todo punto. Porque nadie se mostró dispuesto á tratarlo con dureza, y durante la sustanciacion del proceso no se advirtió en ninguno de los que intervinieron en él ni el menor síntoma de animosidad personal ni colectiva, en la una ni en la otra Cámara. Diremos más, añadiendo que, á nuestro parecer, no registra la historia de Inglaterra un proceso que honre tanto como el de Bacon á cuantos participaron en él, ya fuera en concepto de acusadores, ya en calidad de jueces, porque la dignidad, el decoro y la justicia, moderada, pero no enervada de la compasion, que demostraron en todos los detalles de la causa honrarian en gran modo á los hombres públicos más eminentes de nuestros días. Los acusadores, al propio tiempo que cumplieron su deber respecto de sus mandatarios, poniendo de manifesto los crímenes del Canciller, hablaron con admiracion de sus cualidades eminentes, y los lores, al condenarlo, alabaron la espontánea sinceridad de su confesion felicitándolo por ella, y evitándole la humillacion de parecer en la barra para oír la sentencia, siendo tan poderoso el contagio de buenos sentimientos que á todos invadia, que sir Eduardo Coke se condujo aquella vez, por la primera de su vida, cual persona de buena educacion. Nunca hubo criminal que tuviese acusadores más circunspectos, ni jueces más propicios que Bacon; y si á pesar de tan singular concurso de circunstancias fué condenado, débese atribuir á la imposibilidad de perdonarlo sin ofensa notoria de la justicia y del buen sentido.

Hace otro argumento Mr. Montagu, que consiste

en decir que si lord Bacon recibia obsequios, no por eso prevaricaba; pero es tan fútil como el anterior, y puede fácilmente impugnarlo el ménos experto de cuantos lean estas páginas. Demóstenes se ocupó de un caso análogo hace más de dos mil años, y ya hemos visto con cuanto desprecio trataba Latimer el asunto, diciendo: «Que les arranquen la máscara y los llamen por su nombre: prevaricadores.» Aun va más léjos Mr. Montagu, pues intenta con evidente mala fe hacer pasar á los ojos de sus lectores los presentes que Bacon recibia por cosa parecida á los emolumentos que satisfacian los litigantes á los magistrados de los tribunales franceses, sin advertir que estos tenian perfecto derecho al *pozo*, y que la ley fijaba la suma debida por sus derechos; práctica que podria ser mejor ó peor, pero que al cabo existia y era perfectamente legal. Pero ¿qué relacion hallaremos entre un sistema establecido y sancionado de la costumbre, y los regalos que Bacon recibia extralegales, encubiertamente, y cuya cifra se convenia en tratos secretos entre los litigantes y el magistrado?

Además, se nos antoja pueril la especie formulada por Mr. Montagu cuando dice que Bacon no podia tener la intencion de prevaricar, puesto que se valia para intermediarios de personas colocadas en posiciones elevadísimas, porque la historia de la generacion contemporánea suya está llena de maldades é infamias cometidas por gentes de mucha categoría, y es público y notorio que hombres de tanta cuenta como el agente de mayor importancia empleado por el lord Canciller en sus manejos, se mostraron dóciles instrumentos de Somerset, y envenenaron á Overbury.

«Pero, añade Mr. Montagu, estos presentes se ha-

cian de manera ostensible y con la mayor publicidad.» De haber sido así, el argumento en favor de Bacon serí. poderoso; mas no lo fué sino en un sólo caso, y co motivo de la resolución de un litigio entre el gremio de farmacéuticos y el de almaceneros de comestibles, circunstancia respecto de la cual insistió mucho el acusado, alegando que aquella vez admitió un agasajo públicamente, como prueba de que no cometió delito de prevaricación. ¿No es evidente que si hubiera recibido en igual forma todos los demas obsequios y dádivas que rezaba el capítulo de cargos lo habria hecho constar de igual manera para sincerarse? Pero la insistencia con que trata de la publicidad de un regalo demuestra suficientemente que todos los demas fueron ocultos. En el caso de los gremios procedió á cara descubierta porque su conducta fué honrada, y su cometido el de llevar á una transaccion amistosa las dos partes. Las cuales, como quedaron satisfechas y complacidas del acuerdo, se asociaron para ofrecerle un presente que le compensara del trabajo que por servirles se tomó. Puédese poner en duda la delicadeza del Canciller en este caso, y lícito sería tambien pensar si debió admitir ó no regalos con tal motivo un hombre de su calidad; pero no inferir de él la menor sospecha de prevaricación.

Desgraciadamente las circunstancias que tan eficaces son á demostrar su inocencia en esta ocasion, prueban su culpabilidad en todos los demas cargos. Porque si sólo una vez, como lo declaró él mismo, recibió regalos públicamente, lógico es inferir que las demas que rezaba la acusacion los admitió en secreto. Estudiando este caso particular, hallamos tambien que no se le presentó ninguno más en el trascurso de su vida oficial de poder aceptar agasa-

jos sin cometer prevaricacion; y siendo así, no hay que dudar de las razones que ciertamente tuvo para recibir de oculto cuantos le hicieron en otros casos parecidos. El mismo misterio con que los tomaba, ¿no demuestra cuán bien comprendía la magnitud de su falta en admitirlos?

Aun queda un argumento plausible aparentemente, pero fácil de refutar en absoluto. Dos litigantes llamados Egerton y Aubrey, hicieron cada cual por su parte regalos al Canciller, sin ganar por eso el pleito; victoria que se adjudicó á los contrarios, y por tanto, puédesse decir que no vendió á sus dádivas la justicia. «Sus acusadores se quejaban, escribe Mr. Montagu, no de que los obsequios hubieran influido mucho ni poco en favor de los donantes, sino de todo lo contrario, pues á pesar de ellos sentenció Bacon en favor de la parte contraria.»

Precisamente por este medio se descubre un sistema completo de corrupcion practicado en gran escala. Porque quien logra obtener sentencia favorable á su causa merced á cohecho, no se halla dispuesto en modo alguno á erigirse de su propio movimiento en acusador del juez. Ni tampoco puede ser de otra manera, estando satisfecho, careciendo, por ende, así de motivos de interes como de venganza para publicar los tratos habidos, y teniéndolos casi tan fundados y poderosos para ocultarlos cual su cómplice. Mas cuando un magistrado venal practica la corrupcion en grande, á la manera de Bacon, y tiene agentes en acecho para levantarle caza, ocurre, á las veces, que las dos partes tratan de sobornarlo, y que recibe dinero de litigantes cuya causa es tan notoriamente injusta que, no pudiendo hacer nada en su provecho, los condena,

creándose con esto mortales enemigos. Uno sólo que soborne y quede frustrado en su propósito hace más en daño del juez que ciento lográndolo.

El famoso proceso de los Goëzman prueba lo que decimos. Beaumarchais litigaba un negocio de cuenta en el Tribunal Supremo de Paris. Del magistrado M. Goëzman dependía el fallo más principalmente; y como hicieran entender á Beaumarchais que no sería empresa difícil atraerse la voluntad de su mujer haciéndole un regalo, éste la ofreció un bolsillo lleno de oro, que la dama consintió en aceptar. Es evidente que si la sentencia del Tribunal hubiera sido favorable al dadivoso, nadie habria sabido nunca la menor cosa; mas le fué contraria, y áun cuando le restituyó la Goëzman casi toda la suma recibida por ella, persuadida de que no ejercería venganza ni divulgaría en desagravio de no haber conseguido su deseo unos tratos tan deshonorosos para todos, es lo cierto que Beaumarchais, cuyo carácter no conocian, les hizo maldecir de allí á poco el día que pensaron burlar á un hombre de carácter tan vengativo y turbulento, tan osado y de tan peregrino ingenio, porque obligó al Tribunal á condenar á M. Goëzman, y á su mujer á buscar refugio en el claustro, recogiendo á un convento. Mientras no fué demasiado tarde para detenerse, la ira de Beaumarchais no conoció límites, ni le consintió tampoco advertir que solo podía perder á los Goëzman revelando hechos eficaces á perderlo á él. Otros ejemplos podrian citarse demas de este; pero nos parece inútil, bastando á nuestro propósito decir que no se hace necesario tener mucho conocimiento del corazon humano para persuadirse de que si se admitiera la doctrina de Mr. Montagu quedaria privada la sociedad del único medio con

que cuenta de poner al descubierto las prácticas viciosas de los malos jueces.

Pero volvamos á nuestra narracion. Apénas pronunciada la sentencia contra el Canciller, suavizó su cumplimiento la Corona. Dos dias no más permaneció preso en la torre de Lóndres, y al cabo de ellos quedó en libertad, retirándose á seguida con los suyos á Gorhambury. El Rey le perdonó la multa, lo autorizó más adelante á residir en la corte, y, por último, el año de 1624 lo indultó del resto de la pena, pudiendo por tanto volver á su asiento de la Cámara de los Lores, y siendo citado á este fin cuando se verificó la reunion del nuevo Parlamento. Pero los años, las enfermedades, y acaso tambien la vergüenza, le impidieron comparecer en él. No satisfecho todavía el Gobierno con tan señaladas muestras de benevolencia, y á pesar de que las rentas de lord Bacon no bajarían entónces de doce mil y quinientos duros anuales, segun Mr. Montagu, cifra superior á la de los ingresos de muchos magnates de la época, dicho sea de paso, y de todos modos bastante para vivir, no sólo cómoda y holgada, sino espléndidamente, le señaló una pension de mil y doscientas libras esterlinas. Por desgracia, lord Bacon gustaba mucho de la magnificencia, y nunca tuvo costumbre de ocuparse como debia de sus asuntos domésticos, no siendo fácil persuadirlo de la necesidad en que se hallaba de reducir los gastos de su casa, pues siempre quiso vivir con la grandeza y el lujo de los tiempos pasados en el poder y la prosperidad. «No quiero,» respondia, cuando afligido de acreedores le aconsejaban algunos amigos vender los bosques de Gorhambury; «no quiero despojarme de mis plumas.» Y viajaba con lujo tan inusitado de carrozas y servidumbre, que

habiéndose cruzado con él en el camino el príncipe Carlos, exclamó S. A.: «Estoy cada día más persuadido de que lord Bacon no irá en su vida pedestremente.» Esta ostentación y el abandono y olvido en que tenía sus intereses, pusieron muchas veces al ex-Canciller en sumo aprieto, y lo forzaron á desprenderse de York-House, teniendo entónces que apearse, cuando iba de vez en cuando á Londres, en su antiguo cuarto de Gray's Inn. También hubo de sufrir disgustos y molestias de diversa índole, y es evidente, pues así lo reza el testamento que otorgó al morir, que la conducta de su mujer le causaba mucha contrariedad y tormento.

Pero, cualesquiera que fuesen sus apuros pecuniarios y sus enojos conyugales, las grandes facultades de su inteligencia no sufrieron por eso menoscabo, y los elevados estudios á los cuales se consagró en medio de las ocupaciones de su ministerio y de las intrigas cortesanas, realzaron los postreros años de su vida de dignidad superior á la que habieran podido prestarle los títulos nobiliarios y el ejercicio del poder. Por esta causa Bacon siempre fué Bacon para todos, á pesar de la denuncia y acusación de sus delitos, de su culpabilidad reconocida, de la sentencia, de la ignominiosa expulsión que hubo de sufrir, así del palacio de su soberano como de las deliberaciones de los Iores sus colegas; de sus deudas, de su honor mancillado, del estrago de los años, de las penalidades y de los sufrimientos de toda especie. «Mi opinión respecto de lord Bacon, dice noblemente Ben Jonson, no tomó cuerpo y creció viéndolo en el ejercicio de los empleos y en el goce de los honores más elevados, sino admirándolo en la plenitud de su saber y su grandeza incomparables; y de tal modo me ha parecido siempre

así, á juzgar por sus obras, que lo he marcado por uno de los más sabios y grandes y más dignos de admiracion que hayan vivido desde hace siglos. Los dias de su adversidad siempre pedí á Dios que le diera fuerzas, persuadido de que la grandeza no podía faltarle »

Los servicios que Bacon prestó á las letras durante los cinco últimos años de su vida, tan agitada por tan diversos modos, acrecientan el dolor que sentimos considerando los años que perdió, segun las palabras de sir Tomás Bodley, «en estudios impropios de él.» Porque comenzó un digesto de las leyes de Inglaterra, una historia de su patria bajo los príncipes de la casa de Tudor, un cuerpo de historia natural y una novela filosófica; hizo á sus ensayos extensas y preciosas adiciones, y publicó el inapreciable tratado *De Augmentis scientiarum*, imprimiendo el sello de su ingenio peregrino aun á las bagatelas que le servian de pasatiempo en las horas de vagar ó de sufrimiento. Tanto es así, que la mejor coleccion epigramática que se conoce no es otra sino la dictada por él mismo, de memoria, sin recurrir á ningun libro, en ocasion de hallarse imposibilitado por sus males de consagrar su espíritu á estudios graves y profundos.

El gran apóstol de la filosofía experimental estaba destinado á ser su mártir tambien. Pues como le ocurriese que podía emplear ventajosamente la nieve para preservar de la putrefaccion las sustancias animales, quiso hacer el ensayo de su idea por sí mismo y sin más tardanza, yendo camino de Lóndres un dia de los más crudos de la primavera de 1626. En efecto, se apeó cerca de Highgate, entró en una cabaña de labriegos, compró una gallina y con sus manos la rellenó de nieve. Cuando más em-



peñado se hallaba en la operacion, se sintió sobrecogido de frio intenso y de tal modo enfermo, que ya no pudo volver á Gray's Inn, siendo necesario que sus criados lo llevaran casa del conde de Arundel, su grande amigo, que poseia una finca en el lugar, y recibéndolo con muestras de respetuosa cortesía los servidores del prócer, que lo atendieron y cuidaron esmeradamente mientras duró su enfermedad. Al cabo de una semana escasa de padecer, espiró allí lord Bacon, al despuntar del sol del dia de Pascua del año 1626. Segun parece, conservó hasta los postreros instantes el ejercicio de sus poderosas facultades, sin olvidar la gallina, causa de su muerte, pues en la postrera carta de su mano, escrita en ocasion que no podia ni sostener la pluma con los dedos, como así lo dijo, consignó que el ensayo de la nieve habia «salido á maravilla.»

Parécenos haber expuesto suficientemente nuestra opinion acerca del carácter moral de tan grande hombre. Si hubiera vivido lord Bacon todos los años de su vida en apartado retiro consagrado al estudio de las letras, probablemente habria merecido fama no sólo de ilustre filósofo, sino de dignísima persona; pero ni sus principios ni su inteligencia fueron cual debian para inspirar confianza, tratándose de resistir grandes tentaciones y de arrostrar graves peligros. Tanto es cierto lo que decimos, que algunas breves palabras suyas consignadas en su testamento expresan esto mismo con singular energía y dignidad y elocuencia extraordinarias, pues deja entrever en ellas tristemente la conviccion de que sus acciones fueron tales que no le dieron derecho alguno al aprecio de sus testigos, si bien añade con altiva confianza que sus escritos

le habian conquistado elevadísimo y firme asiento entre los bienhechores de la humanidad. Así, al ménos, se desprende, á nuestro parecer, de sus propias razones, tantas veces citadas, y que nos atreveremos á reproducir literalmente ahora. «En cuanto á mi nombre y fama, dijo, los fio á los discursos caritativos de los hombres, á los pueblos extranjeros y á los siglos por venir (1).»

Legítima era su confianza y fundada, porque desde su muerte hasta la hora presente ha ido su fama en aumento, siendo indudable que su nombre se pronunciará con respeto los siglos más remotos en los confines más apartados del mundo.

Lo que caracteriza principalmente la filosofía de lord Bacon es que se propuso fines diversos de los que pretendieron sus predecesores. Así lo entendia él mismo, diciendo: «Finis scientiarum à nemine adhuc bene positus est (2);» «omnium gravissimus error in deviatione ab ultimo doctrinarum fine consistit (3);» «nec ipsa meta, adhuc ulli, quod sciam, mortalium posita est et defixa (4).» Y cuanto más cuidadosamente se examinan sus obras, con más evidencia se advierte que en esto consistia la clave de su sistema, y que si se valia de medios diferentes de los empleados por otros filósofos, era porque se proponia fines de todo en todo diferentes de los suyos.

Pero se preguntará: ¿qué fines se proponia Bacon? «El fruto,» contestaremos, valiéndonos de su

(1) Las palabras textuales de lord Bacon dicen: «For my name and memory, I leave it to men's charitable speeches, and to foreign nations, and to the next age.»—N. del T.

(2) *Novum Organum*, lib. I, Aph. 81.

(3) *De Augmentis*, lib. I.

(4) *Cogitata et Visa*.

propia enérgica palabra, porque deseaba multiplicar los goces humanos, suavizando los trabajos y penalidades. Quería «consolar la especie humana (1);» quería «commodis humanis inservire (2);» quería «efficaciter operari ad sublevanda humanæ vitæ incommoda (3);» quería «dotare vitam humanam novis inventis et copiis (4),» y quería, finalmente, «genus humanum novis operibus et potestatibus continuo dotare (5).» Tales fueron los objetos que persiguió en todas sus investigaciones científicas, ya se ocupara de filosofía natural, de legislación, de política ó de moral.

Dos palabras explican la doctrina de lord Bacon: utilidad y progreso. La filosofía de los antiguos desdeñaba ser útil y se daba por satisfecha permaneciendo estacionaria; como que sólo se preocupaba de teorías de perfeccion moral de tanta sublimidad que debían permanecer eternamente en tal estado, de tentativas para resolver enigmas insolubles y de predicaciones enderezadas á recomendar ciertos estados del alma imposibles de conseguir; pues no siendo lícito á la filosofía de los antiguos rebajarse al humilde oficio de contribuir al bienestar de la especie humana, todas las escuelas lo reputaban por degradante, y algunas lo condenaban por inmoral. Cierta es que una ocasion, Posidonio, escritor muy distinguido del siglo de Ciceron y de César, olvidó estos preceptos hasta el punto de enumerar entre los beneficios de más humilde naturaleza que debía la humanidad á la filosofía el descubrimiento del

(1) *Advancement of Learning*, lib. I.

(2) *De Augustis*, lib. VII, cap. I.

(3) *Ibid.*, lib. II, cap. II.

(4) *Novum Organum*, lib. I, Aph. 81.

(5) *Cogitata et Visa*.

principio arquitectónico de las bóvedas, y la introducción del uso de los metales; pero no lo es ménos que su alabanza fué calificada de afrentosa para la ciencia, y ésta vindicada del agravio más principalmente por Séneca (1); el cual lo rechazó manifestando que nada tenía que ver la filosofía con el arte de enseñar á hacer bóvedas ni de usar de los metales, toda vez que los verdaderos filósofos no han de preocuparse nunca de lo uno ni de lo otro. Porque es filosofía aquella que nos enseña á ser independientes de la sustancia material y de las invenciones mecánicas, y es sabio aquel que vive segun la ley de la primera naturaleza, y que en vez de afanarse por acrecentar el bien físico de su especie, se duele de no vivir en la edad de oro, cuándo no tenía la raza humana otros vestidos que la protegieran del frio sino las pieles de animales salvajes, ni otras moradas sino las cavernas. De aquí que imputar á estos hombres participacion en el descubrimiento ó perfeccionamiento de útiles de labranza, de medios de comunicacion, de industrias ó de comodidades más ó ménos relacionadas con la vida material, es hacerles notoria injuria. «En mis tiempos, continúa Séneca, se han hecho invenciones de esta índole, por ejemplo, ventanas transparentes, tubos para distribuir el calor entre las diversas partes de un edificio, y una manera de escritura tan perfeccionada, que quien la posee puede seguir la palabra del orador por rápida que sea; mas todo ello es indigno de la filosofía, cuyo asiento se halla en elevadísimas regiones, y propio solamente de viles esclavos; que aquella no ha de preocuparse de enseñar á los hombres á servirse de

(1) Séneca, *Epist.* 90.

sus manos para ningún fin, siendo el único propósito de sus lecciones formar sus almas. *Non est, inquam, instrumentorum ad usus necessarios opifex.*» Si suprimiéramos el *non*, sería esta sentencia definición exacta de la filosofía de Bacon, y tendría mucha semejanza con algunas frases del *Novum Organum*. «Presto llegará el día en que nos digan, prorumpe Séneca, que cualquier zapatero es filósofo.» De nosotros diremos á nuestra vez que si nos pusieran en el caso de escoger entre un zapatero cualquiera y el autor de los tres libros sobre la cólera, sin vacilar optaríamos por el primero; porque si bien es peor dejarse llevar de la cólera que mojarse los piés, los zapatos han evitado esta molestia y daño á millones de hombres, mientras que toda la filosofía de Séneca no habrá tal vez impedido á nadie un solo arrebató de ira.

No sin oponer mucha resistencia viene Séneca en que los filósofos hayan podido prestar atención á cosas eficaces de suyo al desarrollo de lo que las almas vulgares considerarían benéfico á la humanidad, y trata de justificar á Demócrito del cargo vergonzoso de haber construido la primera bóveda, y á Anacársis de la ignominia de ser autor del primer torno de alfarero, reconociendo, mal de su grado, que pueden suceder estas cosas «del propio modo que puede también ocurrir que un filósofo sea muy ágil en la carrera, sin que por eso deba decirse que llegó el primero á la meta, ó inventó una máquina, en su cualidad de filósofo.» Ciertamente que no, siendo más propio del oficio de filósofo declamar en favor de la pobreza, y prestar al propio tiempo diez millones de duros á intereses usurarios; componer epigramas acerca de los peligros del lujo en jardines de prodigiosa magnificencia; perorar mucho y

magistralmente sobre la libertad, y humillarse á presencia de los insolentes y viles libertos de un tirano; y celebrar la sublime belleza de la virtud con la misma pluma que se acaba de redactar la defensa del asesinato perpetrado por un mal hijo en la persona de su madre.

Después de haber leído las hipócritas declamaciones de tan baja filosofía, neciamente orgullosa de su propia inutilidad, satisface repasar las lecciones del gran maestro inglés, y tanto, que nos sentimos dispuestos casi á perdonarle cuantas faltas cometió en vida, leyendo en aquellas las siguientes palabras que rebosan de nobleza y encanto: «Ego certe, ut de me ipso, quod res est, loquar, et in iis quæ nunc edo, et in iis quæ in posterum meditor, dignitatem ingenii et nominis mei, si qua sit, sæpius sciens et volens projicio, dum commodis humanis inserviam; quique architectus fortasse in philosophia et scientiis esse debeam, etiam operarius, et bajulus, et quidvis demum fio, cum haud pauca quæ omnino fieri necesse sit, alii autem ob innatam superbiam subterfugiant, ipse sustineam et exsequar (1).» En efecto, esa *filantropía* que, como él mismo declara en una de sus cartas más notables escritas durante su juventud, se hallaba «de tal modo arraigada en su espíritu que nada podía desprenderla de él;» esa majestuosa humildad; ese convencimiento de que todo cuanto, por insignificante que sea, pueda ser causa de placer ó dolor á la más humilde criatura, es digno de llamar la atención del hombre más sabio, constituyen el sublime carácter y la esencia de la filosofía de lord Bacon; carácter y esencia que hallamos en todas

(1) *De Augmentis*, lib. VII, cap. I.

sus obras sobre física, legislación y moral, persuadiéndonos de que todas las demás particularidades de su sistema se derivan directa y casi necesariamente de esta particularidad.

El espíritu que anima el pasaje de Séneca citado ántes, ha sido el inspirador de la filosofía antigua desde los tiempos de Sócrates, y ha prevalecido en inteligencias con las cuales no es posible comparar ni por un momento la de Séneca; porque así predomina en los diálogos de Platon, como se advierte de muy perceptible manera en muchas partes de las obras de Aristóteles, y que al decir de Bacon débese de atribuir en gran modo á la influencia de Sócrates la propagacion y ascendiente de la idea; que nunca estimó el gran filósofo inglés como suceso feliz la revolucion verificada por Sócrates en la filosofía, y sostuvo constantemente que los primeros pensadores de la Grecia, y en particular Demócrito, aventajaron, á pesar de todo, á sus más renombrados sucesores (1).

Porque si juzgamos del árbol que plantó Sócrates, y cultivó Platon, por sus hojas y sus flores, fuerza será decir que ninguno le iguala en hermosura; mas si nos valemos para examinarlo de la ciencia práctica de Bacon, y lo juzgamos por sus frutos, acaso modifiquemos nuestras ideas, pensando de él ménos favorablemente. Ni tampoco puede ser de otra manera si hacemos la suma de todas las verdades útiles que debemos á esa filosofía. Pues si hallamos en ella pruebas abundantísimas de que habia entre quienes la cultivaban hombres dotados de clara y

(1) *Novum Organum*, lib. I, Aph. 71, 79. *De Augmentis*, lib. III, cap. IV. De principiis atque originibus. *Cogitato et Visa*, Redargutio philosophiarum.

superior inteligencia, y en sus escritos modelos incomparables del arte de la dialéctica y de la retórica, reconociendo la utilidad de las controversias de los antiguos en tanto cuanto servian á ejercitar las facultades de los antagonistas, punto de vista bajo el cual no hay controversia, por insignificante que sea, cuya utilidad no se demuestre, cuando le pedimos algo más, algo que aumente el bienestar ó disminuya el sufrimiento de la raza humana, hemos de confesar con Bacon que tan decantada filosofía no es eficaz sino á facilitar las disputas, que no fué viña ni olivar, sino espeso bosque trabado de jaras y espinos, de donde los extraviados volvian siempre con hambre y el cuerpo cubierto de innumerables rasguños (1).

Dispuestos estamos á reconocer que algunos de aquellos que predicaron y enseñaron tan estéril sabiduría tienen su asiento entre los hombres más ilustres que hayan existido, y por tanto, si convenimos en la justicia del fallo pronunciado por Bacon, lo hacemos con igual sentimiento que Dante al conocer la suerte aciaga de los paganos ilustres condenados al primer círculo del infierno, cuando dijo:

Gran duol mi prese al cuor quando lo'ntesi.
 Peroच्che gente di molto valore
 Conobbi che'n quel limbo eran sospesi.

Y esta misma grande admiracion que sentimos por los filósofos eminentes de los tiempos antiguos nos obliga más á decir que hicieron sistemáticamente mal uso de sus facultades. ¿Cómo, si no, ingenios tan esclarecidos hubieran hecho tan poco en

(1) *Novum Organum*, lib. 1, Aph. 75.

bien de la humanidad? Porque del propio modo que un andarín desarrolla tanta fuerza muscular haciendo ejercicio en uno de esos aparatos llamados tornos disciplinarios como marchando á campo travieso, y que miéntras en este caso su vigor lo lleva siempre adelante, en el otro no gana una pulgada de terreno; tambien así la filosofía de los antiguos, aparato de controversias interminables, y por decirlo así giratorias, era torno disciplinario de la inteligencia y máquina para ejercitar las fuerzas, no vehículo de progresos. Por tal manera, siempre que consideramos las doctrinas de la Academia y del Pórtico, aún en medio de la espléndida magnificencia de que las reviste la frase incomparable de Ciceron, sentimos impulsos de repetir las palabras del desapacible centurion de Persio, diciendo: «*Cur quis non prandeat hoc est?*» En efecto, durante siglos emplearon los hombres más ilustres del mundo civilizado su ingenio, su lengua y su pluma en preguntarse unos á otros cuyo era el bien supremo; si el dolor era un mal; si es el destino regulador de todo; si debemos estar ciertos de algo; si podemos estar ciertos de que no lo estamos de cosa ninguna; si el sabio puede ser desgraciado; si somos igualmente reprobables cuantas veces nos apartamos del sendero de la virtud; siendo evidente que una filosofía preocupada de asuntos tales y parecidos no era progresiva en modo ninguno. Podia, sí, aguzar y fortificar el ingenio de los que á ella se consagraban, ventaja que ofrecian tambien las discusiones de los liliputienses ortodoxos y de los blefusucidianos heréticos en orden á las dos extremidades de un huevo; pero nó añadir la partija más insignificante al dominio de la ciencia. Con ella, el ingenio humano marcaba el compas en

vez de marchar, y trabajaba tanto como hubiera necesitado para ponerse en movimiento y adelantar sin dar un paso ni salir del mismo sitio. No habia verdades acumuladas, verdades hereditarias adquiridas por medio del trabajo de una generacion y legadas á otra generacion para ser trasmitidas con las creces y aumentos debidos á otras sucesivas; en tiempo de Séneca se hallaba la filosofía en el mismo punto que en tiempo de Ciceron, y en la época de Favorino aún permanecia estacionaria; las mismas sectas luchaban siempre con los mismos insuficientes argumentos sobre los mismos interminables asuntos; nadie carecia de habilidad, de actividad y de celo; abundaban los indicios de cultura intelectual, pero faltaba la cosecha; como que despues de labrar mucho la tierra, y de escardarla, y de hacer la siega y la trilla, sólo habia en las trojes cizaña y rastrojo.

Los antiguos filósofos no tenian las ciencias naturales en poca estima; pero no las cultivaban con el fin de acrecentar el poder del hombre y mejorar su condicion. Y como el contagio de la esterilidad se habia extendido de las especulaciones sobre la ética á las especulaciones sobre la física, si bien Séneca escribió mucho acerca de la filosofía natural é hizo valer la importancia de su estudio, no fué porque propendiese á calmar el sufrimiento, á multiplicar los goces de la vida, á extender el imperio del hombre sobre el mundo material, sino lisa y llanamente porque aspiraba en todo á elevar el alma sobre las preocupaciones vulgares, á separarla del cuerpo y á sutilizar en la solucion de problemas intrincados (1). No se consideraba, pues, la filosofía

(1) Séneca. *Nat. quæst. præf.*, lib. III.

natural sino como gimnasia del espíritu, y siendo sólo auxiliar del arte de la controversia, nada útil pudo producir.

Hubo una secta que, á nuestro parecer, habria debido, por absurdas y peligrosas que fueran algunas de sus doctrinas, ser excluida del anatema universal lanzado por Bacon sobre todas las escuelas de la sabiduría de los antiguos. Nos referimos á los epicúreos que, derivando el bien y el mal del placer y del dolor físicos, hubieran procedido en consecuencia consagrándose á mejorar su propia condicion física y la de sus vecinos; mas no pensó en ello ninguno de los sectarios, persuadidos como lo estaban, segun dice su gran poeta, de que ya no podian realizarse más progresos en las artes que procuran bienestar y recreo á la vida.

Ad victum quæ flagitat usus
Omnia jam ferme mortalibus esse parata.

Este desaliento y esta propension á extasiarse contemplando las obras de lo pasado y á persuadirse de que ya no sería posible producir nada más, caracteriza y distingue á todas las escuelas que precedieron á la escuela del fruto y del progreso; porque, por profunda que fuera bajo muchos aspectos la línea divisoria entre los epicúreos y los estóicos, unos y otros parecen haber estado perfectamente conformes en cuanto á despreciar las investigaciones, tanto más vulgares, cuanto más útiles y prácticas. Y como la filosofía de ambas sectas consistia en bachillerías y declamaciones insustanciales, enfáticas y quimeristas, y durante siglos enteros no hicieron otra cosa sino repetir sus respectivos gritos de guerra: «Virtud y Placer,» acabando por averiguarse que si poco habian aumentado los epicú-

reos el caudal del placer, ménos habian hecho aún los estóicos por el de la virtud, nos parece que no en el pedestal de la estatua de Epicuro, sino en el de la de Bacon debieran esculpirse aquellos versos tan hermosos que dicen:

O tenebris tantis tam clarum extollere lumen
Qui primus potuisti, illustrans commoda vitæ.

En el siglo v había vencido el cristianismo al paganismo, pero quedando contaminado de su lepra, y simultáneamente corrompida y victoriosa su Iglesia, pasando á su culto los ritos del Panteon, y á su creencia las sutilezas de la Academia; que, como dice Bacon, la funesta fusion entre la nueva fe y la antigua filosofía se verificó en un dia desgraciado, á pesar de la pompa, solemnidad y magnificencia que rodearon el suceso (1). Cuestiones diferentes de las que preocuparon el ingenioso espíritu de Pyroho y de Carneades, pero tan sutiles, interminables y estériles como ellas, absorbieron las facultades y la volubilidad de los Griegos; y cuando la ciencia comenzó á reflorcer en Occidente, idénticas puerilidades embargaron el espíritu penetrante y vigoroso de los filósofos escolásticos, los cuales tambien sembraron vientos y recogieron tempestades. Y como todavia se reputaba por indigno de hombres ilustres trabajar en la grande obra de mejorar la condicion de la especie humana, los que lo intentaban se veian despreciados cual viles esclavos si sus propósitos eran fáciles de comprender, y si no, corrían peligro de ir á la hoguera, donde morian quemados cual si fueran brujos.

Nada será más eficaz á demostrar cuán extra-

(1) *Cogitata et Visa.*

viado se hallaba el humano espíritu en aquella sazón, que la historia de los dos acontecimientos más considerables que se verificaron durante la Edad Media: las invenciones de la pólvora y de la imprenta. Porque con ser por todo extremo famosas, así las fechas como los nombres de sus autores se ignoran completamente, y esto proviene no de que los hombres fueran entonces tan groseros é ignorantes que no pudieran apreciar la superioridad intelectual, pues el inventor de la pólvora era, á lo que se creé, contemporáneo de Petrarca y de Boccacio, y el de la imprenta positivamente de Nicolás V, de Cosme de Médicis y de una multitud de sabios ilustres; sino de que el humano espíritu conservaba todavía los mismos resabios que hacia dos mil años, y de aquí la dificultad de que Jorge de Trebisonda y Marsilio Ficino se persuadieran de que más habia hecho por la humanidad el inventor de la imprenta que no ellos y que los escritores de la antigüedad cuyos sectarios entusiastas eran.

Al cabo llegó el momento en que debía sucumbir la filosofía estéril que por espacio de tantos siglos absorbió las facultades de los hombres eminentes; y despues de transformarse de diversos modos, de mezclarse á creencias várias, de sobrevivir á revoluciones en las cuales perecieron imperios, religiones, lenguas y razas, al ser expulsada de sus últimos baluartes, se refugió en el claustro de la Iglesia que habia perseguido, y á la manera de los demonios audaces del poeta, tomó asiento «al lado del de Dios, osando arrostrar con sus tinieblas los resplandores de la luz divina (1).» Palabras y nada

(1)

..... «next the seat of God,
And with its darkness dared affront his light.»

más que palabras, hé ahí el fruto recogido al cabo de sesenta generaciones de sabios famosísimos: pero estaban contados los días de tan infecunda exuberancia.

Muchas causas predisponían el espíritu público á un gran cambio, no influyendo poco para destruir el respeto ciego á la autoridad, que había prevalecido cuando Aristóteles reinaba con imperio absoluto, el estudio de mucha diversidad de autores antiguos, sin que por eso nos atrevamos á sostener que dieron buena dirección á las investigaciones filosóficas. El advenimiento de la secta de los platónicos florentinos, á la cual pertenecían algunos de los más claros ingenios del siglo xv, no careció tampoco de importancia. Pues si la mera sustitución de la filosofía académica por la filosofía peripatética no hubiera sido en verdad de gran provecho en sí, mucho se ganaba sólo con el hecho de romper serviles tradiciones, y de tener varios tiranos entre quienes escoger; que del «choque de tan opuestas servidumbres, como advierte oportunamente Gibbon, brotaría una chispa de libertad.»

Muchas otras causas podríamos enumerar como determinantes de la gran reforma filosófica; pero todas ceden á la gran reforma religiosa, á la cual se debe principalmente. Porque habiendo sido tan íntima la liga entre la escuela y el Vaticano por espacio de siglos, los que rechazaban la dominación del Pontífice no podían continuar reconociendo tampoco autoridad en la escuela, y trataban por tanto con desprecio la filosofía peripatética, y hablaban de Aristóteles cual si hubiera sido responsable de los dogmas de Santo Tomás de Aquino. «Nulla apud Lutheranos philosophiam esse in pretio,» era el cargo que constantemente repetían á los cismáticos.

los defensores de la Iglesia de Roma, y que muchos jefes del protestantismo estimaban en tanto como el mayor de los elogios que pudieran hacerles. Pocos textos habia, en efecto, más citados de los reformadores que aquel de San Pablo en el cual recomendaba mucho á los Colossianos «no dejarse nunca seducir de la filosofía,» llegando Lutero hasta el extremo de afirmar, muy á los principios de su carrera, que no era posible ser al propio tiempo discípulo de la escuela de Aristóteles y de la de Jesucristo; lenguaje que asimismo emplearon Zwinglio, Bucer, Pedro el Mártir y Calvino, y con cuyo espíritu se identificaron de tal modo algunas universidades escocesas, que rechazaron el sistema de Aristóteles para seguir el de Ramus. Por tal modo, ántes de nacer Bacon, ya estaba quebrantado hasta sus cimientos el imperio de la filosofía escolástica, echándose de ver por todas partes en el mundo intelectual muestras evidentes de un estado de anarquía parecido al que suele suceder en el mundo político á la caída de los gobiernos tradicionales y profundamente arraigados; y era que la antigüedad, la prescripción y la grandeza de los nombres ya no ponian miedo á ninguno, ni existia la raza que habia reinado durante tantos siglos, y que los pretendientes se preparaban á reñir grandes batallas por la posesion del trono vacante.

La primera consecuencia de aquella revolucion trascendental fué, como lo advierte Bacon, imprimir exagerada importancia por cierto tiempo á las galas del estilo exclusivamente; que la nueva raza de literatos, los Ascham y los Buchanan, familiarizados con las obras más admirables del siglo de Augusto, miraban desdeñosamente la fraseología revesada, seca y bárbara de los filósofos disputado-

res, y ántes atendian á la forma de los escritos que no á su fondo, logrando por tal modo reformar la latinidad, sin pretender reformar la filosofía en ningún caso.

Entónces apareció Bacon, siendo inexacto decir, como ya se ha hecho con insistencia por algunos, que fuera el primero en rebelarse contra la filosofía de Aristóteles, reina del mundo y en la plenitud de su poder. Porque, y ya hemos demostrado esto anteriormente, la autoridad de la filosofía aristotélica estaba herida de muerte mucho tiempo ántes de que naciera Bacon, razon por la cual algunos pensadores, entre quienes Ramus era el más conocido, intentaron fundar nuevas sectas. Si dudas quedaran en órden al estado de la opinion pública en tiempo de Lutero, las palabras tan claras y enérgicas de que se vale Bacon para caracterizarlo las disiparian. «Accedebat, dice, odium et contemptus, illis ipsis temporibus ortus erga scholasticos.» Y más adelante añade: «Scholasticorum doctrina despectui prorsus haberi cœpit tanquam aspera et barbara (1).» En cuanto al papel que representó Bacon en aquel cambio, ántes fué de Bonaparte que no de Robespierre. Habíase derribado y destruido el órden antiguo de cosas, y si bien unos cuantos fanáticos retrógrados conservaban con fidelidad extremada el recuerdo de la pasada monarquía y trabajaban en favor de la restauracion, no pensaba así la mayor parte, la cual, empero, aunque libre y emancipada, ni sabía cuyo rumbo tomar, ni tenia jefe capaz de dirigirla.

El jefe se presentó al fin. La filosofía que profe-

(1) Léense estos párrafos en el primer libro del *De Augmentibus*.

saba era nueva de todo en todo, y difería de la de aquellos maestros más renombrados de la antigüedad, no sólo en el método, sino en el fin, siendo este el bien de la humanidad en el sentido que siempre atribuyó y habrá de atribuir á la palabra *bien* la especie humana. «Meditor, dice Bacon, instauratiorem philosophiæ ejusmodi quæ nihil inanis aut abstracti habeat, quæque vitæ humanæ conditiones in melius provehat (1).»

Nada tan eficaz en nuestro concepto á demostrar la diferencia entre la filosofía de Bacon y la de sus predecesores, como la comparacion de sus ideas en ciertos puntos importantes con las de Platon; y damos á éste la preferencia convencidos de que contribuyó cual ninguno á señalar á los pensadores el rumbo que debian seguir hasta que les imprimió nuevo impulso en direccion diametralmente contraria el filósofo inglés.

Y en efecto, digno es de observar cómo apreciaban de diverso modo varones tan eminentes la importancia de los ramos de la ciencia, por ejemplo, la aritmética. Porque después de reconocer de pasada, y acaso con ligereza, la ventaja de poder contar y calcular en las transacciones usuales y corrientes de la vida, trata Platon de aquello que constituye á su parecer la más importante utilidad de los números, diciendo que el estudio de sus propiedades familiariza el espíritu con la contemplacion de la verdad pura, y lo eleva positivamente sobre el nivel del mundo material; pero no lo recomienda el sabio á sus discípulos, para fines comerciales, sino para enseñarlos á distraer el ánimo del espectáculo mudable siempre del mundo material,

(1) *Redargutio Philosopharum.*

fiándolo en la esencia inmutable de las cosas (1).

Bacon, por el contrario, tanto más apreciaba esta rama de la ciencia, cuanto era más grande la utilidad que reportaba al mundo material tan despreciado de Platon; y hablando desdeñosamente de la aritmética mística de los últimos platónicos, deplora la predisposición de los hombres á emplear en asuntos de mera curiosidad facultades que deberian aplicarse á cuestiones útiles y prácticas, y encarece á los aritméticos que abandonen tales naderías y trabajen para combinar expresiones cómodas que puedan aplicarse provechosamente á las investigaciones físicas (2).

Las mismas razones que obligaban á Platon á recomendar el estudio de la aritmética, influian su ánimo en favor del de las matemáticas. Y si la muchedumbre de los geómetras no lo comprendia, era, segun él, porque sólo se preocupaba de lo práctico, ignorando que los verdaderos fines de la ciencia no son otros sino elevar los hombres al conocimiento de la verdad abstracta, esencial y eterna (3). A dar crédito á Plutarco, Platon extremaba de tal modo sus convicciones en la materia y hallaba tan degradante para la geometría verla empleada en fines de vulgar utilidad, que habiendo inventado Arquitas, con el auxilio de las matemáticas, ciertas máquinas de fuerza extraordinaria (4), el filósofo le manifestó su desagrado, diciéndole que rebajaba un nobilísimo ejercicio intelectual em-

(1) *República* de Platon, lib. vii.

(2) *De Augmentis*, libro III, cap. VI.

(3) *República* de Platon, lib. vii.

(4) Plutarco. *Sympos.* VIII y *Vida de Marcelo*. Aulo Gellio y Diógenes Laerte mencionan asimismo las máquinas de Arquitas.

pleándolo en aquello, y asimilándolo por tal modo á los oficios más viles; que no debía servir á las necesidades materiales de la humanidad la geometría, concluía Platon, sino á disciplinar el espíritu; prevaleciendo tanto estas ideas, que, al decir de Plutarco, se reputó por indigna de filósofos la ciencia de la mecánica.

Más tarde Arquímedes imitó y aventajó á Arquitas; y como tampoco Arquímedes pudo emanciparse de las ideas generalmente admitidas á la sazón, no sin grandísimo esfuerzo descendió á las veces del ideal teórico á la práctica, y no sin avergonzarse casi de sus propias invenciones, tan admiradas entonces de los pueblos enemigos, hablaba de ellas siempre con desden, como de cosa baladí, que podía tomarse por diversion y esparcimiento del ánimo, cuando el matemático había consagrado la suma de su ciencia y de su estudio á sus fines más principales y elevados.

En esto diferían esencialmente las ideas de Bacon de las profesadas por los filósofos antiguos, pues tanto más le agradaba la geometría, cuanto era más aplicable al objeto que tanto despreciaba Platon, mereciendo consignarse que fueron arraigándose y subiendo de punto estas convicciones en el ánimo de Bacon á medida que avanzaba en años. Pues si cuando en 1605 escribió sus dos libros acerca del *Progreso de la ciencia*, insistiendo mucho en orden á las ventajas que reporta la humanidad de las matemáticas mixtas, reconoció al propio tiempo que los saludables efectos producidos sobre la inteligencia por el estudio de las matemáticas, aunque sólo fueran ventajas colaterales, «no eran ménos importantes y dignos de ser tenidos en cuenta que sus fines principales y propios,» veinte años despues, al

publicar el *De Augmentibus*, que no es otra cosa sino el tratado sobre los *Progresos de la ciencia*, muy corregido y aumentado, como quiera que sus ideas se hubieran reformado ya para entónces de manera sensible, hizo cambios de la mayor importancia en la parte referente á las matemáticas, censurando en términos duros las exageradas pretensiones de los matemáticos, «delicias et fastum mathematicorum;» y considerando el bienestar de la humanidad como fin de la ciencia (1), dijo que la matemática no podía tener derecho á mayores prerogativas que á las de auxiliar ó dependiente de las otras ciencias. «La ciencia matemática es sierva de la filosofía natural, expuso; fuerza es que permanezca en su lugar correspondiente, y no alcanzo, añadió, por qué tuvo la osadía de pretender colocarse más alta que su señora.» Predijo, y su predicción hubiera hecho estremecer á Platon, que cuantos más descubrimientos se hicieran en las ciencias físicas, más ramas existirían de matemáticas mixtas, y no escribió una sola palabra respecto de las ventajas colaterales cuya importancia le parecia tan grande veinte años ántes; omision que no puede atribuirse á olvido, porque tenía el anterior tratado delante de los ojos al escribir el nuevo, y suprimió de su propio movimiento cuanto contenía favorable al estudio de las matemáticas puras, reemplazándolo con mordaces sarcasmos en contra de los sectarios apasionados de su estudio.

A nuestro parecer, esta conducta de Bacon se explica sólo recordando que, con el trascurso del tiempo, se aficionó, acaso de una manera exagerada, el filósofo, á las investigaciones que tienden direc-

(1) Usui et commodis hominum consulimus.

tamente á mejorar la condicion de la humanidad, menospreciando, acaso de igual modo tambien, las que no dan ningun resultado práctico, y que temia valerse de palabras eficaces á inducir los hombres ilustrados á emplear en pensamientos únicamente útiles al espíritu del pensador uno solo de los instantes que habria podido utilizar extendiendo los limites del imperio humano sobre la materia (1). Si Bacon incurrió en error al proceder así, debemos declarar el suyo, en nuestro concepto, preferible al contrario de Platon, pues una filosofía que pone tanto empeño en ser estéril para no caer en vulgaridad, así es absurda é irritante como la conducta de las matronas romanas que, para no perder la esbeltez del talle, tomaban abortivos.

Pasemos á la astronomía, ciencia cuyo estudio recomendaba Platon á sus discípulos por razones muy diferentes de las admitidas entónces. «Clasificaremos la astronomía, dijo Sócrates, entre los asuntos dignos de estudio?—Tal pienso, le contestó su amigo, el jóven Glauco, pues el conocimiento de las estaciones, de los meses y de los años, así es útil para la guerra, como para la agricultura y la navegacion.—Cáusame risa ciertamente, replicó Sócrates, veros tan temeroso de que os acusen algun dia de recomendar estudios inútiles (2);» y luégo se puso á explicarle, con palabras tan sublimes que, al decir de Ciceron, Júpiter mismo no las habria tenido mejores si hubiese hablado el griego, cómo la astronomía es ajena de todo punto al acrecentamiento del bienestar ordinario de la vida, y

(1) Compárense los pasajes relativos á las matemáticas en el segundo libro del *Progreso de la ciencia* y en el *De Augustis*, lib. III, cap. VI.

(2) *Rep.* de Platon, lib. VII.

eficaz sólo como auxiliar del alma para contribuir á elevarla á la contemplacion de aquellas cosas que sólo el espíritu puro puede concebir. Sócrates considera de poca importancia el conocimiento exacto de los cuerpos celestes y de sus evoluciones; y los aspectos que presenta el cielo durante la noche y le prestan hermosura no son, á su parecer, sino á manera de figuras geométricas trazadas en la arena, meros ejemplos y puntos de apoyo para los espíritus débiles, siendo necesario ir más léjos, y abandonarlos por tanto, hasta llegar al punto de una astronomía tan independiente de las estrellas visibles como lo es la verdad geométrica de las líneas de una figura mal trazada. Esta es, con muy corta diferencia, la astronomía que Bacon comparaba con el toro de Prometeo (1), de piel reluciente y proporciones correctas, pero relleno de paja; muy agradable á la vista, mas sin sustancia ninguna nutritiva. Y se quejaba de que la astronomía hubiera sido separada de la filosofía natural, una de cuyas ramas principales era, para caer bajo el dominio de las matemáticas; «porque, decia, el mundo há menester de otra diferente astronomía, de la *astronomia viva*, de una astronomía que dé á conocer la naturaleza, influencia y movimiento de los cuerpos celestes, tales cuales son en realidad (2).»

Platon no daba mucha importancia tampoco á la más útil y hermosa de las invenciones humanas, cual es la del alfabeto, persuadido como lo estaba probablemente de que la práctica de las letras ejer-

(1) *De Augmentis*, lib. III, cap. IV.

(2) «Quæ substantiam et motum et influxum cælestium, prout re vera sunt, proponat.» Compárense estas palabras con las de Platon, cuando dice: «τὰ δ' ἐν τῷ οὐρανῷ ἑάσομεν.»

cia en el espíritu la misma influencia que las andaderas ó el corcho en el cuerpo cuando aprendemos á echar el paso ó á nadar, pues, según él, así las andaderas como el corcho acaban por ser indispensables á los que usan de una ú otra cosa, y ambas son ocasionadas á inutilizar primero los esfuerzos más vigorosos, haciéndolos imposibles luego. Creía que las facultades del humano espíritu se habrían desarrollado mucho mejor sin este apoyo ilusorio, porque faltándoles habrían tenido que ejercitar la inteligencia y la memoria, y apoderarse por completo de la verdad á fuerza de meditar profunda y asiduamente. No así cuando se trasmite al papel mucha ciencia, pues entonces se atesora poca en la memoria. «Ni tampoco es posible otra cosa, prosigue Platon; porque como los hombres se hallan ciertos de hallar en un instante cuantas noticias y datos necesitan, no se preocupan de retener nada, siendo injusto por esta causa decir ahora que saben más ó ménos, pues las apariencias demuestran lo que desmiente la realidad.» Estas opiniones las puso Platon en boca de un rey de Egipto (1); pero es evidente que asimismo eran las suyas personales, como lo entiende también Quintiliano (2), por hallarse perfectamente relacionadas con todo su sistema filosófico.

Las miras de Bacon eran muy diferentes, como puede suponerse (3), pues dice que las facultades de la memoria no son eficaces al progreso de las ciencias útiles sin el auxilio de la escritura; y si bien reconoce que la memoria suele alcanzar desarrollo tan extraordinario que realiza verdaderos prodios

(1) Platon, *Phaedrus*.

(2) Quintiliano, *xi*.

(3) *De Augmentis*, lib. v, cap. v.

gios, les da muy poca importancia, siendo tales las tendencias de su espíritu, que no se halla dispuesto en modo ninguno á entusiasmarse por los grandes ingenios cuando no son prácticamente útiles á la humanidad; y en cuanto á los esfuerzos prodigiosos de la memoria, los considera de igual modo que los equilibrios de los volatines ó los escamoteos de los prestigiadores; como que «son, dice, operaciones de igual naturaleza: la una patente abuso de las fuerzas intelectuales, y la otra de las físicas; y si ambas pueden causarnos sorpresa y asombro, ninguna tendrá jamás derecho á la menor muestra de respeto.»

Platon consideraba la medicina como ciencia de muy dudosa importancia (1), y si no hizo ninguna objecion al uso de remedios enérgicos para curar las enfermedades agudas ó los males causados por accidentes, siempre mostró la mayor indiferencia respecto del arte que resiste y lucha con el lento estrago de las dolencias crónicas, que restituye la salud á los cuerpos achacosos, y que prolonga la existencia cuando ya el espíritu parece hallarse á punto de abandonar la materia; que la vida disputada por tal modo á la destruccion con los esfuerzos científicos, no le parecia sino muerte. «Bien está, decia, que se tolere el ejercicio de la medicina, para que, merced á ella, puedan curarse las indisposiciones pasajeras de los hombres bien constituidos; mas en cuanto á los que no se hallan en este caso, lo mejor será dejarlos morir sin remedio; porque son inútiles é impropios, así para la guerra y para la magistratura, como para el gobierno de sus asuntos particulares y domésticos; para las investigaciones científicas, como para los estudios

(1) *República de Platon, lib. III.*

profundos y asiduos, pues cuando tratan de aplicarse á cualquiera ejercicio intelectual un tanto fuerte, no pueden, y acusan entónces á la filosofía, en vez de culpar de todo á la propia debilidad; razon por la cual lo más cuerdo en ellos será morir.» A mayor abundamiento y para mejor persuadir, cita Platon en apoyo de su doctrina ciertas autoridades mitológicas, y hace presente á sus discípulos que, segun Homero, los hijos de Esculapio no curaban nunca sino dolencias externas.

En todo era diferente de esta la filosofía de Bacon, pues entre las ciencias, la que más le importaba era la que, al decir de Platon, no podia tolerarse nunca en los Estados bien regidos. Y como no entraba en las miras de Bacon tornar perfectos á los hombres, sino hacer más llevadera y agradable la vida de los hombres imperfectos, la benéfica influencia de su filosofía era semejante á la de nuestro Padre celestial, que así da sol y lluvia á los buenos como á los malos, y así, miéntras creía Platon que habia sido hecho el hombre para la filosofía, creía Bacon á su vez que la filosofía se habia hecho para el hombre, y hecho para llegar á un fin determinado, el cual era disminuir en la medida de lo posible los sufrimientos de millones de individuos que ni son ni pueden ser filósofos, y aumentar la suma de sus goces. La escuela inglesa de filosofía era sobrado humana para conceder que debiera tratarse como á *caput lupinum* al pobre valetudinario que se complace y se recrea tomando el sol en su sitial los dias serenos del invierno, y comiendo tranquilo y metódico á sus horas, y oyendo leer los cuentos de la reina de Navarra. por más que le duela en seguida la cabeza si recorre una página del *Timeo*; y por lo que hace á Bacon, no habria

creído nunca impropio de filósofos inventar sitios perfeccionados, descubrir el modo de hacer ménos desagradables las medicinas al enfermo, procurarle alimentos sabrosos y sanos y almohadas y cojines en que descansara su cuerpo dolorido, y todo esto sin abrigar la más remota esperanza de que pudiera nunca el espíritu del inválido elevarse á la contemplacion ideal de lo bueno y de lo bello; que del propio modo que adujo Platon las leyendas religiosas de la Grecia para justificar su indiferencia y su desprecio hácia los misterios de la medicina, Bacon volvió por la dignidad del arte de curar invocando el ejemplo de Jesucristo y recordando al mundo que no desdeñó el médico inmortal de las almas ser también médico de los cuerpos (1).

Si de la medicina pasamos á la legislacion, hallaremos las mismas diferencias entre los sistemas de uno y otro eminente filósofo. Platon, al comenzar su *Diálogo sobre las leyes*, asienta como principio fundamental que no es otro su objeto sino hacer á los hombres virtuosos, siendo inútil que hagamos resaltar las conclusiones tan extravagantes á que conduce su premisa. En cambio, Bacon, que se hallaba persuadido de la influencia poderosa de la virtud de los hombres en el bienestar y felicidad de las sociedades á que pertenecen, y asimismo sabia cuánto pueden y cuánto no pueden hacer los legisladores para estimular los pueblos á la práctica del bien, profesa principios y expone ideas acerca de los fines de la legislacion y de los medios más conducentes de conseguirlos que siempre nos han parecido felicísimos, aún entre los más felices pensamientos del mismo género que abundan tanto en

(1) *De Augmentis*, lib. iv, cap. II.

sus escritos, porque dice: «Finis et scopus quem leges intueri atque ad quem jussiones et sanctiones suas dirigere debent, non alius est quam ut cives feliciter degant. Id fiet si pietate et religione recte instituti, moribus honesti, armis adversus hostes externos tuti, legum auxilio adversus seditiones et privatas injurias muniti, imperio et magistratibus obsequentes, copiis et opibus locupletes et florentes fuerint (1).» Como se ve, no es otro el fin de las leyes sino el bienestar del pueblo, y los medios de conseguirlo, proveerlo de buena educacion moral y religiosa y de todo cuanto sea necesario á defenderlo de los enemigos exteriores, al sostenimiento del órden interior, y al establecimiento de un sistema judicial, rentístico y comercial tan eficaz que facilite el modo de acumular rápidamente las riquezas y de disfrutarlas en perfecta seguridad.

Hasta bajo el aspecto de la forma que debe darse á las leyes existe una diferencia notable de opinion entre el filósofo griego y el inglés. Platon creia que los preámbulos eran indispensables; Bacon los reputaba perjudiciales; ambos eran consecuentes: Platon, que consideraba el progreso moral del pueblo como fin de la legislacion, pretendia que si las leyes mandan y amenazan sin persuadir la inteligencia ni obligar la voluntad, son leyes necesariamente imperfectas; que no basta impedir la comision de los delitos y evitar la reincidencia, y que la obediencia más meritoria es aquella que rinde á la razon el espíritu ilustrado y á los preceptos de la virtud el corazón virtuoso; de aquí su convencimiento de que haciendo preceder las leyes de ciertas exhortaciones elocuentes y patéticas, pudieran

(1) *De Augustis*, lib. VIII, cap. III, Aph. 5.

éstas en parte suplir á los castigos: Bacon, que no alimentaba ilusiones y esperanzas tan románticas, y conocia los inconvenientes prácticos de la conducta recomendada de Platon, «neque nobis, decia, prologi legum qui inepti olim habiti sunt, et leges introducunt disputantes non jubentes, utique placeant, si priscos mores ferre possemus... Quantum fieri potest prologi evitentur, et lex incipiat a jussione (1).»

Terian los dos varones eminentes que acabamos de comparar, el propósito de hacer populares sus sistemas respectivos por medio de la novela filosófica; pero ambos dejaron incompleta su obra. De no ser así, de haber vivido Platon lo bastante para dar de mano al *Critias*, el paralelo entre tan hermosa fábula y la *Nueva Atlántida* nos habria proporcionado acaso ejemplos aún más notables que todos los expuestos y más eficaces á demostrar su discordancia. Pues no hay duda de que si el griego hubiera visto establecer en su república una institucion semejante á la casa de Salomon, habria retrocedido con espanto, y dispuesto sin más tardanza la destruccion de las perfumerías, cervecerías y boticas, y el destierro inmediato de todos los preceptores y maestros del colegio.

Resumiendo, puédesse decir que si el fin de la filosofía de Platon fué hacer del hombre un dios, el de la de Bacon fué proporcionarle cuanto pudiera necesitar humanamente, aspirando el primero á elevarnos por sobre el nivel de las necesidades vulgares, y el segundo á ocurrir á ellas, y siendo por tanto nobilísimo el objetivo de Platon, pero realizable y práctico el de Bacon. El arco del filósofo

(1) *De Augmentis*, lib. VIII, cap. III., Aph. 69.

griego era bueno; mas, á la manera del Alcestes de Virgilio, apuntaba siempre á las estrellas, perdiéndose sus flechas en la inmensidad del espacio, no por falta de impulso, sino en razon á la distancia del blanco, bien que trazando rastro luminoso en la esfera celeste.

•Volans liquidis in nubibus arsit arundo
Signavitque viam flammis, tenuisque, recessit
Consumta in ventos.▪

Bacon puso los ojos en un objeto terrestre, no distante del arco, y su flecha fué á dar en medio del blanco. La filosofia de Platon comienza y acaba con palabras sublimes, á decir verdad, y dignas y propias y cual podian esperarse de la más clara inteligencia humana, dueña y señora y árbitra de la lengua más hermosa de todas. La filosofia de Bacon comienza con observaciones y acaba con artes prácticas.

Jactábanse los antiguos filósofos de atraerse con la eficacia de su doctrina el humano espíritu, elevándolo á un grado superior de virtud y de sabiduría; pero á esto queda reducido el único bien práctico que hayan aspirado á realizar los maestros de aquel entónces; y á decir verdad, si lo hubieran conseguido, merecerian ciertamente mayores alabanzas que si hubiesen descubierto medicinas saludables, ó inventado máquinas poderosas; mas no aconteció así, pues nada consiguieron en aquellas materias por efecto de las cuales pretendian labrar la dicha humana, y que les hicieron abandonar sus intereses materiales: prometieron lo impracticable, despreciaron lo práctico, llenaron el mundo de palabras sonoras y de luengas barbas, y luégo lo dejaron tan ignorante y pervertido como lo hallaron.

Porque la menor cantidad de bien positivo es de más precio que la mayor promesa por espléndida que sea, si es irrealizable: vale más una fanega de tierra en el condado de Middlesex que toda una provincia en Utopía, y una máquina de vapor, que el sabio de los estoicos, á pesar de su grandeza; que máquinas de vapor las hay prestando utilísimo servicio, y el sabio de los estoicos está por ver todavía. Aquella filosofía que logre hacer al hombre capaz de sentirse perfectamente feliz, al propio tiempo que sufra terribles dolores, valdrá más que otra eficaz sólo á calmar el dolor; pero bien sabemos que si existen remedios para calmar el dolor, no ha existido ningun sabio que se hallase contento doliéndole las muelas; y así tambien la filosofía que destruyera en su gérmen la concupiscencia, seria mejor que la filosofía inspiradora de leyes enderezadas á la defensa de la sociedad; mas, si es posible hacer leyes eficaces á este fin, no sabemos de ningun filósofo que haya descubierto el modo de acabar con la concupiscencia. Ni podia ser tampoco de otra suerte, siendo estos sabios iguales ó peores que sus contemporáneos bajo el punto de vista de la moralidad, pues segun el testimonio de sus amigos lo propio que de sus enemigos, conforme á las confesiones de Epicteto y de Séneca, como á las bur-las de Luciano y á las acerbis invectivas de Juvenal, es evidente que aquellos profesores de virtud poseian todos los vicios del comun de las gentes, aumentados del vicio de la hipocresía. En cambio, las personas á quienes se antoje que los fines de Bacon carecen de la elevacion y grandeza propias de los antiguos, no podrán negar que, ya fueran sublimes ó vulgares, se realizaron, y asimismo, que cada año que transcurre acrecienta el caudal de lo

que Bacon llamaba *el fruto*, y que hace la humanidad notables progresos en la senda trazada por él. ¿Se vió nunca progreso análogo entre los antiguos filósofos? ¿No dejaron el mundo como lo hallaron al cabo de ochocientos años de polémicas y declamaciones? Y no solamente nos hallamos persuadidos de esto, sino de que, aun entre los mismos filósofos, en vez de progresivo adelantamiento se advierte progresiva decadencia; porque la prolongada chochez de platónicos y estoicos vino luego á extremarse con miserables supersticiones que Demócrito y Anaxágoras hubieran rechazado despreciativamente. Y así como los esfuerzos laboriosos para pronunciar palabras nos deleitan ó interesan en los niños y nos disgustan y apenan en los ancianos paralíticos, así tambien las extrañas ficciones mitológicas que nos seducen y encantan cuando las vemos balbucear en la cuna por la poesía griega, nos mueven á lástima y á tedio en los labios de la caduca filosofía. Sabemos que los fusiles, los relojes, los anteojos, los cuchillos y tantas otras cosas son mejores al presente que lo fueron en tiempo de nuestros padres, y mejores en aquella época que lo habían sido en otras anteriores, y procediendo á virtud de este razonamiento, nos sentimos inclinados á creer que cuando un sistema filosófico que se vanagloriaba de purificar y elevar las almas, descuidando para mejor alcanzar estos fines la mezquina y baja tarea de ocurrir á los progresos materiales, imperó por espacio de siglos, hubo de conseguir progresos morales de grandísima importancia. Pero ¿aconteció así realmente? Estúdiense las escuelas de tan profunda sabiduría cuatro siglos ántes y cuatro despues de la era cristiana; compárense los discípulos de ambas épocas, y hágase un

paralelo entre Platon y Libanio, entre Pericles y Juliano, y entónces se verá si aquella filosofía que se jactaba de ser inútil, excepto para un fin determinado, pudo alcanzarlo nunca.

Supongamos un espacio solamente que al cerrarse las escuelas de Atenas hubiera requerido Justiniano á los últimos sabios que frecuentaban todavía el Pórtico y vagaban alrededor de los plátanos para que resumieran sus títulos y merecimientos á la consideracion pública, diciéndoles: «He aquí que han transcurrido diez siglos desde el dia en que Sócrates confundió en esta ciudad famosa por tantos títulos á Protágoras é Hippiás; y como durante ellos un número considerable de los hombres más ilustres de cada generacion ha hecho los mayores esfuerzos para perfeccionar la filosofía que predicais, la cual ha sido protegida magníficamente de personajes poderosos, y sus maestros estimados y reverenciados del público, y apoderándose su doctrina de toda la sávia y vigor del humano espíritu, os pregunto: ¿qué ha hecho? ¿Cúya es la verdad bienhechora enseñada por ella y que sin su auxilio no hubiéramos podido conocer? ¿Nos ha hecho capaces de realizar lo que sin ella no habríamos sido igualmente capaces de poner en ejecucion?» Preguntas son las apuntadas que hubiesen puesto en mucha perplejidad á Simplicio é Isidoro. En cambio, preguntéase á un discípulo de Bacon qué ha hecho por la humanidad la nueva filosofía, como se llamaba en tiempo de Carlos II, y contestará sin tardanza: «Ha prolongado la vida, mitigado el dolor, curado las enfermedades, aumentado la fecundidad de la tierra, protegido al navegante, provisto de nuevas armas al guerrero, echado sobre precipicios temerosos y anchos rios puentes de forma desconocida

en tiempo de nuestros padres, apoderándose de rayo, iluminado la noche, aumentado la vista humana, multiplicado la fuerza muscular, acelerado los movimientos, acortado las distancias, facilitado las relaciones, la correspondencia, los buenos oficios, el despacho de los negocios, permitido al hombre sumergirse sin riesgo en las profundidades del mar, y remontarse como las águilas á inmensas alturas, y penetrar en las entrañas de la tierra, y cruzar los continentes y surcar los mares en carruajes y barcos movidos con rapidez extraordinaria sin caballos ni velas. Y esto, áun siendo ya mucho, no es sino parte de sus primeros frutos; porque la llamada nueva filosofía ni descansa, ni cree llegar á la meta nunca, ni ménos á la perfeccion; y como su ley es el progreso, el punto que ayer fué apenas perceptible en los horizontes de la ciencia, hoy será su objetivo y mañana su punto de partida.»

Mas por grandes y variadas que fueran las facultades de Bacon, debe principalmente su extensa y duradera celebridad á la circunstancia de que todas ellas recibieron impulso del buen sentido. Su amor á lo útil, áun siendo la utilidad vulgar, su generosa y fuerte simpatía por las nociones populares del bien y del mal, y su franqueza en declararlas constituyen el secreto de su influencia; que no hubo en su filosofía jerga trapacera ni fantasías, ni poseyó unguentos prodigiosos para componer los huesos rotos, ni pomposas teorías *de finibus*, ni argumentos ocasionados á enloquecer á la humanidad. Sabía que los hombres, y los filósofos igualmente que los demas, aman la vida, la salud, el bienestar, la honra, la seguridad y el trato de sus amigos, y que temen la muerte, las enfermedades, el sufrimiento, la pobreza, la deshonra, el peligro y la separacion

de aquellos á quienes aman, y asimismo que la religion acaba raras veces con estos naturales afectos y movimientos, si bien suele regularlos y moderarlos, estando persuadido de que no debia despojarse de ellos á la humanidad, y en cuanto á destruirlos por medio de frases como las de Séneca, ó de silogismos como los de Chrysippe, ni siquiera pudo pensar en tamaño absurdo inteligencia tan superior cual lo era la suya ciertamente, alcanzándosele aún ménos todavía la ventaja que resultara de cambiar las cosas de nombre á no ser posible mudar su esencia, negando que la tortura, la gota, el hambre y la ceguera fueran males, y llamándolos ἀποπροήγμενα, y sosteniendo que la salud, la seguridad y la abundancia no fueran bienes, y dándoles el nombre de ἀδιάφορα, porque acerca de todas estas materias ni era estoico, ni epicúreo, ni académico, sino lo que académicos, epicúreos y estoicos hubieran denominado ἰδιώτης, es decir, un hombre vulgar. Precisamente á causa de esto forma época en la historia el nombre de Bacon, pues como ahondó profundamente para echar los cimientos, y que para establecer sólidamente sus principios, descendió á las partes inferiores pero inmutables de la naturaleza humana, pudo levantar mucho el edificio, y el monumento construido por él adquirió tan gigantescas proporciones, que permanece firme y derecho todavía en su inmutable poder.

Reflexionando acerca de esto, hemos pensado algunas veces que podria escribirse una novela muy entretenida, cuyos principales personajes fueran un discípulo de Epitecto y otro de Bacon. Los haríamos viajar juntos, y llegar así á un pueblo invadido de la viruela, en el cual se vieran discurrir por las calles madres desesperadas llorando la pérdida de

Los hijos, en las casas enfermos y moribundos, y en todas partes muestras repetidas y evidentes de duelo y consternación. El estoico arenga la muchedumbre y le asegura que la viruela no es un mal, y que para el sabio las enfermedades, la deformidad, la muerte y la pérdida de sus deudos no son desgracias. El discípulo de Bacon saca una lanceta de su cartera y se pone á vacunar. Siguen viajando, y cerca de una hullera encuentran restos de una cuadrilla de trabajadores que les hablan aterrados de la reciente catástrofe ocurrida en el fondo de la mina. Es el caso, que acaba de tener lugar una explosión de gas, que han muerto muchos compañeros abrasados y que los supervivientes no se atreven á penetrar en las galerías. El estoico les dice para tranquilizarlos que el accidente no pasa de ser un ἀποπροήγμενον; pero el discípulo de Bacon, que no sabría tal vez emplear palabra de tanta sonoridad, se da por satisfecho inventando una lámpara para el caso. Más adelante, orillas del mar, encuentran un hombre desesperado: su barco acaba de naufragar, y en él traía un cargamento de valor inestimable, pasando con esto en un instante de la opulencia á la miseria. El estoico lo exhorta á despreciar la riqueza, á no buscar la felicidad en aquello que reside fuera de su sér, y para mejor persuadirlo le repite íntegro el capítulo de Epicteto πρὸς τοὺς τὴν ἀπορίαν δεδοικότας; entre tanto, el discípulo de Bacon construye una campana de buzo, y se sirve de ella para sumergirse, buscar los objetos más preciosos de la carga y subirlos á la playa, remediando así en la medida de lo posible aquel siniestro. Fácil sería multiplicar los ejemplos eficaces á establecer la diferencia entre la filosofía de las espinas y la filosofía de los frutos, entre la filo-

sofia de las palabras y la filosofía de las obras.

No ha faltado quien acuse á Bacon de ponderar la importancia de las ciencias que contribuyen al bienestar físico del hombre, no curándose mucho de la filosofía moral, y, en efecto, es innegable que quien lea el *Novum Organum* y el *De Augmentis*, sin conocer las circunstancias bajo cuya influencia fueron escritas ambas obras, puede hallar en ellas pasajes que justifiquen el cargo. Pero, no obstante, aún cuando es positivo que Bacon cometió grandes errores, y que su obra histórica y sus ensayos prueban la falta de solidez, siquiera teórica, de las opiniones del autor en punto á moralidad política, tenía sobrado talento é ilustracion para comprender cuánto depende nuestro bienestar de la buena disciplina y sujecion de nuestras almas; que no estaba poblado únicamente de hombres sensuales y malhechores, y lleno de ruedas hidráulicas, locomotoras y telares, el mundo de sus pensamientos, como parecen imaginarlo algunas personas, pues habria sostenido en caso necesario con entereza digna del mismo Zenon que todos los goces materiales inventados del ingenio y de la actividad de cien generaciones no pueden proporcionar la felicidad al hombre cuyo espíritu sea esclavo de la tirania de los vicios, de la envidia, de la mala voluntad ó del miedo. Pues si á las veces parecia dar importancia muy exclusiva en todo á las artes que acrecientan el número de goces materiales, consistia en que fueron estas injustamente despreciadas, y reputadas ántes por indignas de la atencion de quien hubiera recibido educacion liberal. «Cogitavit, dice Bacon hablando de sí mismo, eam esse opinionem sive æstimationem humidam et damnosam, minui nempe majestatem mentis humanæ, si in experimentis et

rebus particularibus, sensui subjectis, et in materia terminatis, diu ac multum versetur: præsertim cum hujusmodi res ad inquirendum laboriosæ, ad meditandum ignobiles, ad discendum asperæ, ad practicam illiberales, numero infinitæ, at subtilitate pusillæ videri soleant, et ob hujusmodi condiciones, gloriæ artium minus sint accomodatæ (1);» opinion que le parecia «omnia in familia humana turbasse.» Y como era sin duda esto lo que tornó á los filósofos negligentes respecto de nuestras artes de más grande utilidad y susceptibles de trascendentales progresos, dejándolas abandonadas á los carpinteros, albañiles, tejedores, herreros y boticarios, se hacía menester reivindicar su dignidad, volver por ellas, ponerlas de manifiesto de modo conveniente y decir que, pues influyen mucho en la felicidad y bienestar humano, son merecedoras de ocupar y preocupar las inteligencias superiores. Y como además, sólo valiéndose Bacon de los ejemplos que le suministraban esas artes, podía fácilmente divulgar sus principios y hacer fácil su inteligencia, y sólo á virtud de su progreso demostrar la importancia de su doctrina rápida y decisivamente, inculcándola en las inteligencias vulgares, procedió como los generales aguerridos y prácticos, que debilitan su línea de batalla para fortificar aquel punto más amenazado y combatido del enemigo, y de cuya posesion parece depender la suerte de la batalla. No obstante de ser así, Bacon afirma con verdad en el *Novum*

(1) *Cogitata et Visa*. La frase *opinio humida* sorprende rá tal vez á los lectores no acostumbrados al estilo de Bacon; pero alude con ella á la máxima del nebuloso Heráclito que dice: *La luz seca es la mejor*. Bacon entendia por luz seca la del espíritu libre de los vapores de la pasión, del interes ó de las preocupaciones.

Organum, que así es moral como natural su filosofía, y que áun cuando busca sus ejemplos en la ciencia física, los principios que sirven á explicar esos ejemplos tan aplicables son á las investigaciones morales y políticas como á las investigaciones acerca de la naturaleza del calor y de la vegetacion (1).

Bacon trató con repetición puntos de moral, y empleó en su estudio el ingenio que anima todo su sistema, dejándonos multitud de observaciones prácticas admirables acerca del asunto designado por él con el nombre singular de Geórgicas del espíritu, esto es, del cultivo intelectual que tiene por objeto producir y desarrollar buenas aptitudes; y decía con esta ocasión que acaso no faltara quien le hiciera cargos por haber empleado su actividad especulativa en orden á verdades tan triviales y de tan poco momento que sus predecesores ni áun pensaron en ellas; pero les rogaba tuvieran en memoria que habia dicho desde el principio que se preocuparía en sus investigaciones, no de lo extraordinario y sorprendente, sino de lo útil y verdadero, no de las ilusiones engañosas de la fantasía, sino de las realidades humildes y prácticas (2).

Consecuente, pues, con este principio, no se preocupó nuestro filósofo de redactar largas tiradas en tono declamatorio sobre la conveniencia de las cosas, la suficiencia de la virtud y la dignidad de la naturaleza humana, ni empleó nunca las sonoras uaderias merced á las cuales pretendia consolarse Bolingbroke en el ostracismo, y Ciceron despues de haber perdido á Tulia; que las sutilezas casuísticas

(1) *Novum Organum*, lib. I. Aph. 127

(2) *De Augmentis*, lib. VII, cap. I.

que tanto llamaban la atención de los ingenios más claros de aquel entonces ninguna influencia ejercían en su ánimo. Bacon se abrió paso desdeñosamente por entre los doctores que, andando el tiempo, comparó Escobar con las cuatro bestias y con los veinticuatro ancianos del Apocalipsis, diciendo: *Inanes plerumque evadunt et fuitiles* (1); no se propuso en modo alguno resolver los enigmas que habían puesto en cuidado á centenares de generaciones y que seguirán siendo causa de inquietud para otras tantas; no habló de los fundamentos de la obligación moral, ni del libre albedrío; ni se mostró jamás dispuesto á emplear su inteligencia en trabajos parecidos á los de los condenados al Tártaro de los Griegos, esto es, á mover eternamente la misma rueda en torno del mismo eje, á suspirar eternamente por frutos eternamente ilusorios y engañosos, á echar eternamente agua en toneles eternamente desfondados, ó á recorrer el mismo camino eternamente, impulsando una piedra que retrocede sin cesar; sino que alentaba y estimulaba á sus discípulos á consagrar las facultades del espíritu á investigaciones de un orden muy diverso, esto es, á considerar la ciencia moral como ciencia práctica, como ciencia que tenía por objeto curar las enfermedades y perturbaciones del espíritu, y que no podía perfeccionarse sino á virtud de método análogo al que ha perfeccionado la medicina y la cirugía. Pues decía que los filósofos moralistas debían poner resueltamente manos á la obra para descubrir cuáles fueran los resultados prácticos obtenidos sobre el carácter de los hombres con los diversos modos de educación, con ciertos y determina-

(1) *De Augmentis*, lib. VII, cap. II.

dos hábitos, con el estudio de ciertos libros, con la sociedad y el trato de gentes, la emulacion y la imitacion; medio, segun él, eficaz y propio de averiguar cómo sería el procedimiento más acertado para conservar y restablecer la salud del alma (1).

Era Bacon en teología lo propio que en filosofía natural y moral. Creía sinceramente, así es al ménos nuestro íntimo convencimiento, en la divina autoridad de la revelacion cristiana, y de tal modo, que nada es posible hallar en sus obras, ni en ninguna otra, más elocuente y patético que ciertos párrafos escritos de su mano bajo la influencia del fervor religioso. Gustábale demostrar que tenía el cristianismo poder de realizar mucho de aquello que los filósofos no acertaban sino á prometer, y de representarlo como vínculo de caridad, freno de malas pasiones, consuelo de afligidos, apoyo de menesterosos y débiles, y esperanza de moribundos; mas no lo preocupaba mucho la controversia en orden á cuestiones teológicas. Escribiendo acerca del gobierno de la Iglesia, dió muestras, en la medida de lo que creyó posible, de hallarse animado de caridad y tolerancia; y sin curarse de homousianos, homoinsianos, monoteistas y nestorianos, vivió tranquilo en medio de la general sobreexcitacion que agitaba entónces la Europa, y aún más todavía la Inglaterra, por efecto de las disputas teológicas; como que á pesar de hallarse colocado en lo más recio de la lucha, y de ocupar un cargo público de importancia en ocasion del sínodo de Dordrecht, y de haber oido hablar hasta la saciedad de la eleccion, de la reprobacion y de la perseverancia final, no recordamos haber leído en sus obras una sola línea de cuyo

(1) *De Augmentis*, lib. VII, cap. III.

sentido pueda inferirse que fué calvinista ó arminiano; pues mientras resonaba el mundo con el estruendo de una filosofía y de una teología ganosas de sutilezas y disputas, la escuela de Bacon, del propio modo que Alworthy entre Square y Thwackum, guardaba tranquila neutralidad, despreciativa y benévola juntamente, dándose por satisfecha con acrecentar el caudal del bien positivo y práctico, y abandonando á otros el ejercicio de la estéril locuacidad.

Nos hemos detenido largo espacio en orden al objeto de la filosofía de Bacon, porque de su carácter distintivo y propio se desprenden necesariamente todos los demas de ella, y añadiremos ántes de proseguir que casi ninguno de cuantos se han propuesto el mismo fin se ha valido de idénticos medios, únicos de conseguirlo.

Pero cuando se habla de Bacon se cree generalmente que inventó nuevos métodos para llegar al conocimiento de la verdad, el de induccion, vg., y que descubrió algun error en el modo de razonar por silogismo, tan en boga en épocas anteriores á la suya; creencia casi tan discreta como aquella de las gentes que imaginaban en la edad media que Virgilio era brujo de mucha cuenta; y si bien las personas ilustradas rechazan tales absurdos, sus nociones de lo que realmente hizo el filósofo inglés acerca de la materia no son puntuales sino equivocadas.

Porque su método de induccion lo han practicado todas las criaturas humanas desde el principio del mundo, así el labriego ignorante, como el muchacho más torpe, y hasta el niño de pecho, siendo aquel en cuya virtud el campesino conoce que sembrando cebada no cosechará trigo, y el muchacho

sabe que los días nublados son propicios á la pesca de truchas, y el niño de pecho busca el seno de su madre ó de su nodriza, y nunca el de su padre.

Y no sólo es inexacto que Bacon inventara el método de induccion, sino que tampoco es cierto que fuera el primero en analizarlo de una manera puntual y en explicar sus ventajas. Pues mucho tiempo ántes de que Bacon viniese al mundo, habia demostrado Aristóteles cuán absurdo era suponer que pudieran en ningun caso conducir los silogismos al descubrimiento de nuevos principios, probando que la induccion era el único método eficaz para llegar á ellos; y á mayor abundamiento hizo breve y rápida, pero clara y precisamente, la historia del modo y orden de la induccion.

Léjos está de nuestro ánimo atribuir grande importancia bajo el punto de vista práctico al análisis del método de induccion que inserta Bacon en el segundo libro del *Novum Organum*, porque si bien es ciertamente análisis correcto y circunstanciado, lo es de aquello que todos hacemos cada día, y de lo que seguimos haciendo hasta en sueños. Por ejemplo, un hombre cualquiera se siente indispuerto, y aunque jamás haya oido hablar de lord Bacon, sigue de su propio movimiento y rigurosamente las reglas consignadas en el segundo libro del *Novum Organum*, y adquiere por tal modo la certidumbre de que la causa de todo su mal está en unos pastelillos que comió. «Comí, dice, pastelillos, lunes y miércoles, y he tenido una indigestion que no me ha dejado descansar en toda la noche.» Esta es la *comparentia ad intellectum instantiarum convenientium*. «No los comí martes ni viernes, y me fué perfectamente;» *comparentia instantiarum in proximo quæ natura data privantur*. «Apénas si comí

pastelillos el domingo, y me sentí algo indispuerto; pero el día de Pascua no comí otra cosa, y á poco más, me muero;» *comparentia instantiarum secundum magis et minus*. «No es posible que sea el aguardiente que bebí al comerlos la causa de mi mal, porque lo bebo hace muchos años diariamente y nunca me molesta;» *rejectio naturarum*. Luégo pasa el enfermo á lo que Bacon llama *vindimiatio*, y la conclusion es que los pastelillos no le sientan.

Sin que sea nuestro propósito poner en duda el arte, la delicadeza y la exactitud de la teoría contenida en el segundo libro del *Novum Organum*, entendemos que lord Bacon exageró mucho su conveniencia y utilidad. Pues á nuestro parecer, los procedimientos de induccion, como tantos otros sistemas, no tienen más probabilidades de aplicarse bien porque conozcan los hombres la manera de hacer uso de ellos, y así, vg., Guillermo Tell no habria ciertamente apuntado mejor á la manzana, por saber que su flecha describiria una parabola bajo el influjo de la atraccion terrestre; ni el capitán Barclay hubiera sido más capaz de hacer á pié mil millas en mil horas, por conocer el sitio y nombre de cada músculo de las piernas; ni el estudio de la gramática produce la menor alteracion en la manera de hablar de las personas bien educadas y que se tratan con sus iguales; ni emplean los hombres con más oportunidad las figuras retóricas porque sepan cúa es metonimia y cúa es sinécdoque. ¡Cuántas veces no usan la ironía las gentes más groseras sin sospecharlo siquiera y sin advertir de consiguiente que la ironía es uno de los cuatro principales tropos! Los jueces más hábiles y experimentados no han creído nunca en la eficacia de los antiguos sistemas de retórica para formar los oradores.

«Ego hanc vim intelligo, dice Ciceron, esse in præceptis omnibus, non ut ea secuti oratores eloquentiæ laudem sint adepti, sed quæ sua sponte homines eloquentes facerent, ea quosdam observasse, atque id egisse; sic esse non eloquentiam ex artificio, sed artificium ex eloquentiam natum;» y por lo que á nosotros respecta, diremos que somos en orden al estudio de la lógica del mismo parecer que Marco Tulio respecto del estudio de la retórica. Porque los hombres de buen sentido hacen á cada momento silogismos en *celarent* y en *cesare* sin darse cuenta de ello, y áun cuando acaso no sepan qué cosa es una *ignoratio elenchi*, sin dificultad la exponen siempre que la encuentran, lo cual les acontece casi todas las veces que tropiezan en su camino con un reverendo maestro en artes procedente de las aulas de Oxford. Pero si admirable resulta el *Organum* de Aristóteles, considerado como esfuerzo intelectual, tanto más quedamos persuadidos de que la ciencia teórica de la lógica no enseña á los hombres á razonar bien, cuanto más comparamos individuos con individuos, escuelas con escuelas, pueblos con pueblos y generaciones con generaciones.

Lo propio que hizo Aristóteles por el procedimiento silogístico, hizo Bacon por via de induccion en el segundo libro del *Novum Organum*, esto es, analizar bien; mas áun cuando sus reglas son perfectamente justas, no son necesarias, porque son producto de nuestra práctica constante y personal.

Sin embargo, áun cuando todo el mundo observa el procedimiento expuesto en el segundo libro del *Novum Organum*, unos lo emplean bien y otros mal, induciendo á éstos al error y á aquéllos á la verdad; llevando á Franklin al descubrimiento de la naturaleza del rayo, y á millares de individuos menes-

terosos de la claridad de ingenio de Fránclyn á creer en el magnetismo animal. Pero no aconteció así porque Franklin se sirvió del sistema expuesto por Bacon, y de otro sistema los burlados de Mesmer, pues así pueden hallarse las *comparentiæ* como las *rejectiones* de que ya hemos dado varios ejemplos en las inducciones más falsas. Cuentan de un magistrado de gran notoriedad, que vivía en tiempo de nuestros abuelos, el cual solía explicar de sobremesa la teoría singularísima de que procedían los progresos del jacobinismo de la costumbre de usar tres nombres, citando en apoyo de su tésis, de una parte á Carlos Jaime Fox, Ricardo Brinsley Sheridan, John Horne Tooke, John Philpot Curran, Samuel Taylor Coleridge y Teobaldo Wolfe Tone, los cuales eran *instantiæ convenientes*, y de otra, ejemplos *absentia in proximo*, como William Pitt, John Scott, William Windham, Samuel Horsley, Enrique Dundas y Edmundo Burke, y hasta hubiera podido añadir ejemplos *secundum magis et minus*. Porque si la costumbre de dar tres nombres á los niños se ha generalizado de algun tiempo á esta parte, tambien ha hecho progresos el jacobinismo. Y como la costumbre se halla más extendida en América que no en Inglaterra; por eso en América existe la república y en Inglaterra la monarquía. Las *rejectiones* son evidentes: Burke y Teobaldo Wolfe Tone fueron irlandeses; luego la cualidad de irlandés no es causa del jacobinismo: Horsley y Horne Tooke fueron eclesiásticos; luego la cualidad de eclesiástico no es causa del jacobinismo: Fox y Windham fueron alumnos de Oxford; luego la educacion recibida en Oxford no es causa del jacobinismo: Pitt y Horne Tooke cursaron en Cambridge; luego las lecciones de esta Universidad no son tampoco causa del jaco-

binismo; y razonando así por induccion, llegaba nuestro magistrado á lo que Bacon llamaba la *Vendimia*, y concluia que la causa del jacobinismo es el usar tres nombres.

Hé ahí una induccion que corresponde con el análisis de Bacon y cuya conclusion es monstruosamente absurda. ¿En qué difiere la indicada de aquella cuya conclusion es demostrar con el sol la causa de la luz del dia y de la oscuridad de la noche? Pues resulta la diferencia evidentemente, no de la naturaleza, sino del número de los ejemplos; es decir, no de aquella parte del método cuyas reglas da Bacon, sino de una circunstancia en orden á la cual no es posible dar regla ninguna exacta; porque si el ilustre autor de la teoría sobre el jacobinismo hubiera extremado algo más las comparaciones, su sistema se habria destruido, bastando á esto los nombres de Tomás Paine y de William Windham Grenville.

En nuestro concepto, pues, la diferencia entre una induccion justa y otra falsa no proviene de que el autor de la induccion exacta emplea el procedimiento analizado en el segundo libro del *Novum Organum*, y de que el autor de la induccion falsa se vale de otro procedimiento diferente, sino de que, haciendo uso ambos de idéntica fórmula, uno la emplea con torpeza ó negligencia, y otro con paciencia, sagacidad, atencion y buen juicio. Y como los preceptos carecen de virtud para tornar á los hombres sesudos, y aún ménos todavía sagaces, en vano es recomendarles que se defiendan de sus preocupaciones y se abstengan de dar crédito á los hechos que se fundan en pruebas de dudosa solidez, así como que se satisfagan con series limitadas y escasas de aquellos, y que aparten de su ánimo la *ídola*

que tan admirablemente ha descrito Bacon, siendo estas reglas demasiado generales para producir resultados de grande utilidad práctica. Porque la cuestion se reduce á saber ¿qué cosa es preocupacion? ¿Hasta qué momento la incredulidad con que oimos exponer una teoría nueva es discreta y saludable incredulidad? ¿Cuándo se torna en *idolum specus* la obstinacion injustificada de quien es demasiado escéptico? ¿En qué consiste una prueba de dudosa solidez? ¿En qué una serie limitada y escasa de hechos? ¿Son necesarios diez, cincuenta ó ciento? ¿Al cabo de cuántos meses de haber plantado sus tiendas orillas del Océano adquirieron el convencimiento los primeros pobladores de la tierra de la influencia de la luna en el flujo y reflujo de las aguas? ¿Al cabo de cuántos ensayos adquirió Jenner el convencimiento de creer que habia descubierto un preservativo contra la viruela? Puntos son estos á los cuales convendria poder dar respuesta categórica y precisa; mas, por desgracia, se hacen muchas preguntas que no la tienen satisfactoria y concluyente nunca.

De aquí que si creemos posible fijar y establecer reglas exactas, como lo ha hecho Bacon, para el uso de aquella parte del método de induccion que todos los hombres emplean igualmente, tambien creemos que áun siendo exactas no son necesarias, toda vez que cuanto nos recomiendan es la práctica de lo que hacemos sin su advertimiento. Demas de esto, se nos antoja imposible asentar reglas precisas para el uso de aquella parte del método de induccion que aplican de tan diverso modo el maestro de filosofía experimental y la vieja supersticiosa.

De aquí tambien que á nuestro parecer Bacon incurriera en error respecto del caso. Porque, atribui-

yendo á sus reglas un valor que no tenian ciertamente, llegó á decir que si se adoptaba su método de hacer descubrimientos, el grado de fuerza ó de penetracion de las inteligencias tendria muy poca importancia, que todos los entendimientos quedarian al mismo nivel, y que su filosofía era como el compas ó la regla, instrumentos niveladores por excelencia, que facilitan á todos, sean quienes fueren, el modo de trazar líneas y círculos más exactos que sin su auxilio pudieran hacerlo peritísimos dibujantes (1); lo cual se nos antoja despropósito tan grande cual hubiera podido serlo el de Lindley Murray anunciando al público que cuantos estudiaran la lengua inglesa por su gramática, escribirían como Dryden; ó el del arzobispo de Dublin, diciendo á los lectores de su *Lógica*, que llegarían á razonar como Chillingworth, y á los de su *Retórica*, que hablarían como Burke. Nadie duda ya hoy día de que Bacon se equivocó de todo en todo en esta materia, y más principalmente reflexionando que su filosofía florece desde hace doscientos años sin haber logrado en tan largo período de tiempo la prometida nivelacion, y teniendo en memoria que ahora es, del propio modo que ántes, inconmensurable la distancia que separa al hombre de talento del necio, distancia que sólo puede calcularse con probabilidad de acierto cuando uno y otro se ocupan en investigaciones que reclaman el uso constante de la induccion.

Mas no porque sea en nuestro concepto el ingenioso análisis que dejó lord Bacon del método de induccion obra de poca utilidad, ni haya sido él inventor del método, ni siquiera el primero en

(1) *Novum Organum*, Præf. et lib. I, Aph. 122.

analizarlo correctamente, áun cuando lo analizara con más prolijidad que ninguno de cuantos lo precedieron, ni ménos el primero en demostrar que fuera el sistema de induccion el único eficaz y propio al descubrimiento de nuevas verdades, desconocemos que fué quien abrió nuevos horizontes á la inteligencia de los filósofos, hasta entónces preocupados de disputas retóricas, mostrándoles el camino de nuevas y útiles verdades, y que por tal manera dió al método de induccion importancia y grandeza que ántes no tuvo; que si Bacon no descubrió el camino, ni lo recorrió, ni levantó su primer plano, fué, sí, el primero que llamó la atencion de las gentes sobre una mina de prodigiosa riqueza situada en él, completamente olvidada é inaccesible por toda otra senda; debiéndosele, además, y á sus indicaciones, el haberse transformado en carretera frecuentada de muchos é ilustres viajeros lo que otro tiempo fué sólo tierra hollada de vian-dantes.

Aquello que real y verdaderamente le pertenecia en su sistema era el fin propuesto, y una vez hallado, no habia posibilidad, en nuestro concepto, de cometer error acerca de los medios de alcanzarlo. Si otros que no él se hubieran propuesto idénticos fines, tenemos el convencimiento de que habrian empleado igual método que lord Bacon. Dificil, si no imposible, habria sido persuadir á Séneca de que inventar linternas de seguridad fuera ocupacion digna de filósofos, y no ménos dificil, si no imposible, reducir á Santo Tomás de Aquino á renunciar á los silogismos para fabricar pólvora; y, sin embargo, ni Séneca hubiera dudado un punto de que sólo a virtud de una serie de ensayos podia inventarse la linterna de seguridad, ni el de Aquino imaginado

nunca que su *barbara* y su *baralipton* pudieran facilitarle los medios de precisar las partes que deben entrar de salitre y carbono en cada libra de pólvora, porque ni el buen sentido ni Aristóteles le hubieran permitido creer tamaño absurdo.

Impulsando los hombres al descubrimiento de nuevas verdades, Bacon los estimuló á emplear el método de induccion, único, al decir de los antiguos filósofos y aún de los escolásticos, eficaz á facilitar su acceso, é impulsándolos por este camino, les dió motivo para servirse cuidadosa y útilmente del método. Fueron sus antepasados en la ciencia, segun sus propias palabras, no intérpretes, sino precursores de la naturaleza, y se dieron por satisfechos con los primeros principios á que llegaron valiéndose de las inducciones más triviales y leves. Y aconteció así, á nuestro parecer, porque su filosofía carecia de fin práctico, y porque no era sino ejercicio del espíritu. Pues si el hombre que se propone inventar máquinas ó medicinas tiene poderosas razones para observar con paciencia y exactitud y para intentar sucesivos experimentos, aquél que sólo busca temas para discutir ó declamar, como carece de ellos, se da por satisfecho con premisas basadas en las más ligeras é insuficientes hipótesis ó inducciones. Así procedieron los escolásticos, los cuales argumentaron á las veces con singular ingenio sobre sus insignificantes premisas; y como su objeto no era sino «assensum subjugare, non res (1)» (vencer en la controversia, no en la naturaleza), se mostraron consecuentes, porque pudieron dar tantas muestras de habilidad lógica razonando acerca de falsas como de verda-

(1) *Novum Organum*, lib. I. Aph. 29.

deras premisas; pero los discípulos de la nueva filosofía, que aspiraban á descubrir verdades útiles, habrían evidentemente fracasado en su tentativa dándose por satisfechos con teorías basadas en inducciones superficiales.

Observa lord Bacon en su *De Augmentis* (1), que cuando permaneció estacionaria la filosofía progresaron las artes mecánicas. Y, en efecto, sucedió así, porque no se daban por satisfechos los artesanos con procedimientos de induccion tan poco exactos como aquellos que bastaban á los filósofos. Y los filósofos se daban por satisfechos más fácil y prontamente que los artesanos, porque los fines de aquéllos estaban limitados á crear palabras y los de éstos dirigidos á crear cosas; que si las inducciones exactas no son indispensables para hacer buenos silogismos, sí lo son para hacer bien los zapatos. De aquí que siempre hayan sido los artesanos, en la medida de su vocacion humilde y útil, intérpretes, no precursores, de la naturaleza, y de aquí tambien que al despuntar de una filosofía cuyos fines no eran otros sino es realizar en grande lo que hacía el artesano en pequeño, extendiendo el poder humano y ocurriendo á sus necesidades, la verdad de las premisas, que carece de importancia en la lógica, se tornase asunto de la mayor gravedad, quedando reemplazada la induccion feble que satisfizo en otro tiempo á los sabios con otra induccion exacta, puntual y satisfactoria.

Puédese, á nuestro parecer, resumir lo que hizo Bacon en pro de la filosofía inductiva, diciendo que como los fines que se propusieron los filósofos precursores suyos eran tales que podian alcanzarse sin

(1) Lib. I.

exacta induccion, no emplearon el método cuidadosamente; y que, como Bacon excitó á los hombres á perseguir fines imposibles de alcanzar de otra manera que por la induccion exacta, fué necesario emplear en consecuencia el método cuidadosamente. No creemos que se haya exagerado nunca la importancia de los servicios prestados por lord Bacon á la filosofía inductiva; pero sí que no se ha comprendido bien siempre su naturaleza, ni áun por él mismo, pues el gran servicio que prestó á la sociedad no consistió tanto en suministrar reglas á los filósofos para emplear bien el método de induccion, como en darles motivo para emplearlo debidamente.

Y como es privilegio de inteligencias superiores la facultad que tienen de imprimir al humano espíritu aquellos rumbos en los cuales persevera durante siglos, no estará demas examinar ahora cuál fué la constitucion moral é intelectual que permitió á Bacon ejercer tan omnimoda influencia en todo el mundo.

Habia en Bacon (hablamos de Bacon filósofo, no de Bacon legislador y político) una mezcla singular de audacia y de prudencia. Pues las promesas que hizo á la humanidad podrian parecer á los lectores superficiales, semejantes á las hipérboles que puso un gran poeta dramático en boca de un conquistador oriental embriagado de sus pasiones y de su gloria, diciendo: «Habrà carros más ligeros que el aire; los haré inventar, y tú serás el mensajero que los preceda montado en un caballo de diamante movido con ruedas de oro, no sé cómo todavía (1).»

(1) «He shall have chariots easier than air,
Which I will have invented; and thysel

Pero Bacon realizó sus ofertas, y en realidad Fletcher no hubiera osado prometer por boca de Arbaees, ni áun en su más violento acceso de vanidad, la décima parte de lo que supo cumplir la filosofía de Bacon.

En nuestro sentir, el temperamento filosófico puede muy bien describirse con cuatro palabras: mucha esperanza y poca fe; predisposición á creer en la posibilidad de que todo se realice, por extraordinario que sea, y dificultad en persuadirse de que se haya realizado algo extraordinario. Bajo ambos aspectos era perfecta la inteligencia de Bacon, siendo á un tiempo mismo el Mammon y el Surly de Ben-Jonson, pues ni Sir Epicuro tuvo visiones más deslumbradoras y gigantescas, ni Surly analizó las pruebas con incredulidad más penetrante y sagaz.

Pero á esta cualidad particular del temperamento de Bacon se agregaba una cualidad particular de su inteligencia, y por tal modo, á grande minuciosidad de observacion unia más amplitud de comprension que hasta entónces tuvo ninguna otra criatura humana. El ingenio sutil y poco extenso de la Bruyère no poseia tacto más delicado que la inmensa inteligencia de Bacon, y sus *Ensayos* demuestran superabundantemente que no se oscurecian los más pequeños detalles en la disposicion de una casa, de un jardín ó de una comparsa de máscaras al hombre superior que abarcaba con su espíritu extraordinario todo el mundo científico; que su ingenio era como la tienda que dió Paribanou al

That art the messenger shall ride before him,
On a horse cut out of an entire diamond,
That shall be made to go with golden wheels,
I know not how yet.*

príncipe Ahmed: cerrada, cual diminuto parasol, y abierta bastante á guarecer á su sombra los ejércitos innumerables de los más poderosos sultanes.

Acaso haya podido alguno igualar á Bacon, aunque no aventajarlo, en sutileza de observación; mas en cuanto á grandeza de espíritu, es único y sin segundo, porque desde su altura contemplaba el universo intelectual como el Arcángel desde los cielos la nueva creación, «abarcándola toda, (obra fácil á quien se hallaba muy por sobre la bóveda inmensa y lóbrega de la noche,) desde la punta oriental de Libra hasta la estrella de blancos copos que lleva á Andrómeda á los mares Atlánticos, más allá del último confin del horizonte (1).»

Tanto difería el saber de Bacon del de los demás hombres, cuanto el globo terrestre del atlas que contiene una parte del mundo en cada hoja. Los pueblos y los caminos de Inglaterra, Francia y Alemania, por ejemplo, están mejor indicados en el atlas que no en el globo; pero mientras vemos la Inglaterra no vemos la Francia, y mientras tenemos la Francia delante de los ojos no vemos la Alemania. Podemos tomar el atlas para conocer la posición relativa y la distancia de York y de Bristol, ó de Viena y de Pesh; mas de nada nos sirve si tratamos de averiguar la posición relativa y la distancia de París y la Martinica ó de Lóndres y el Canadá. En el globo no hallaremos todas las ciudades inmediata-

(1) «Round he surveyed,—and well might, where he stood

So high above the circling canopy
Of night's extended shade,—from eastern point
Of Libra, to the fleecy star which bears
Andromeda far off Atlantic seas
Beyond the horizon.»

mente vecinas á la nuestra; pero sí la extension y la posicion relativa de todos los reinos de la tierra. «Mis dominios, decia Bacon á su tio lord Burleigh, cuando áun no contaba más de treinta años, se extienden á todas las ciencias;» lenguaje que habria parecido, no ya en boca de cualquiera otro jóven, sino de cualquiera otro hombre, por extremo presuntuoso. Pero si bien es cierto que han existido centenares de matemáticos, de astrónomos, de químicos, de físicos, de botánicos y de mineralogistas mejores que lo fué Bacon, y que ninguno consultará sus obras para estudiar una ciencia determinada, como tampoco ninguno consultará la esfera para conocer detalles topográficos de una determinada comarca, no lo es ménos que el arte que vulgarizó fué el de inventar artes, y que la ciencia en la cual aventajó y se sobrepuso á todos los hombres fué la de las mutuas relaciones de todas las ramas de la ciencia.

El modo que tenía Bacon de comunicar sus ideas era propio de él y único, pues sin recurrir á las estériles disputas que tanto habia censurado en sus predecesores, realizó una gran revolucion intelectual contra las preocupaciones, y tan no recordamos un sólo pasaje de sus obras filosóficas que ofrezca el carácter de la controversia, que todas ellas hubieran podido revestir la forma que adoptó en la intitulada *Cogitata et visa*, á saber: «Franciscus Baconus sic cogitavit,» es decir: Hé aquí las ideas que me han ocurrido; entendedlas, y despues, tomadlas ó dejadlas.

Borgia decia de la famosa expedicion de Carlos VIII que los franceses conquistaron la Italia con tiza, no con hierro, porque todas las proezas militares que hubieron de realizar para enseñorearse

de sus ciudades se redujeron á señalar las puertas de las casas donde querian alojarse. Bacon gustaba de repetir estas palabras y de aplicarlas á las victorias de su propio ingenio (1), pues decia que su filosofia llegaba como huésped y no como enemiga, siendo recibida sin dificultad de cuantas inteligencias tenian las condiciones necesarias. En todo lo cual procedia juiciosa y discretísimamente: primero, porque, como el mismo lo expresa, la diferencia entre su escuela y las demas era tan fundamental que apenas quedaba un terreno comun ocasionado á reñir batallas de controversia; y, segundo, porque su espíritu eminentemente observador y no ménos extenso y ameno carecia de las condiciones naturales y adquiridas indispensables para los combates dialécticos.

Si Bacon no armaba su filosofia con la espada de la lógica, la exornaba profusamente con las galas más lujosas de la retórica, de tal modo que, aun cuando á las veces lléva impreso el sello del mal gusto propio de su siglo, la elocuencia que demostró en toda ocasion habria bastado ciertamente á darle fama literaria. Su talento era maravilloso para condensar las ideas y facilitar su trasmision, y en punto á ingenio y discurso, si por estas cosas entendemos la facultad de percibir analogias entre asuntos que parecen no tenerla, puede asegurarse que no conoció rival ni en Cowley, ni siquiera en el autor de *Hudibras*. Porque, á decir verdad, tanto poseia esta cualidad, que más parecia poseido y enfermo de ella, y realizaba en su virtud esfuerzos tan admirables, prodigiosos y casi tan absurdos cuando se dejaba llevar de ella sin resistencia, como

(1) *Novum Organum*, lib. 1., Aph. 35, et alibi.

en la *Sapientia Veterum* y al final del segundo libro del *De Augmentis*, que, leyéndolos, nos producen igual sorpresa que las mayores maravillas de los juglares, y que no sin esfuerzo nos persuadimos de que no fué brujo, ni encantador, ni endemoniado.

Arranques eran estos á los cuales se dejaba llevar á veces sin más objeto que deslumbrar y distraer á sus lectores, porque solía sucederle cuando se hallaba engolfado en graves y profundas disquisiciones sentirse como arrebatado del espíritu, y á pesar de sus poderosas facultades, impelido á cometer absurdos en los cuales no habria incurrido ciertamente un hombre vulgar. Aduciremos en corroboracion de lo expuesto una prueba, que acaso sea la más notable de cuantas nos ocurren á la memoria. En el tercer libro del *De Augmentis* dice, por ejemplo, que hay ciertos principios comunes á varias ciencias, sin ser particulares á ninguna, y despues de mencionar en su nomenclatura con el nombre de *philosophia prima* la parte de esta ciencia que se ocupa del caso, enumera algunos de los principios familiares, por decirlo así, á la *philosophia prima*, siendo uno de ellos el siguiente: Las enfermedades contagiosas se comunican con más facilidad en el período de su desarrollo que cuando han llegado á su paroxismo. «Así es la verdad, dice Bacon, en medicina, y así es tambien la verdad en moral, porque harto vemos que no son tan peligrosos para la moralidad pública los malos ejemplos que dan los hombres perversos, como los de aquellos en los cuales no ha extinguido todavía el vicio todas las virtudes.» Luégo dice que una disonancia musical que se resuelve en una consonancia es agradable al oído, y que acontece lo propio en los afectos. En otro lugar escribe que, bajo el punto de vista físico, la energía con que obra un

principio se aumenta las más de las veces en razon de la antiperistasis del opuesto, y que así acontece en las luchas de los partidos. Pero nos ocurre que si la *philosophia prima* consiste toda ella en descubrir símiles ingeniosos y brillantes á la manera de los enunciados, el *Lalla-Rookh* de M. Moore será sin duda ninguna la obra filosófica más grande y de mayor importancia de cuantas ha producido el siglo XIX hasta la hora presente. Los símiles que dejamos trascritos son ingeniosos y felices; mas tambien nos ha parecido siempre un hecho singularísimo en la historia de las letras que quien tuvo el ingenio de Bacon los reputara de otra suerte, y estimara el descubrimiento de analogías como las indicadas cual si fuera parte importante de la filosofía.

Lo cierto es que su inteligencia se hallaba maravillosamente dispuesta siempre á descubrir analogías de toda especie, y que, como muchos hombres eminentes que podrian citarse, mostrábase á las veces incapaz de distinguir entre las analogías racionales y las fantásticas, entre las que constituyen argumentos y las que no son sino meros arabescos; analogías como las que puso de relieve con tanta pericia y habilidad el obispo Butler entre la religion natural y la revelada, ó las que descubrió Addison entre los dioses griegos esculpidos por Fidias y los reyes ingleses pintados por Kneller; defecto de juicio que ha dado lugar á las más extrañas fantasías políticas. Sir William Temple, por ejemplo, dedujo una teoría del gobierno de las propiedades de la pirámide, y todo el sistema económico de Mr. Southey está basado en el fenómeno de la evaporación y de la lluvia. Pero aún ha producido esta mal empleada sutileza resultados más estravagantes al aplicarse á la teología, porque desde Irineo y Orí-

genes hasta nuestros días no ha pasado una sola generación sin que grandes teólogos se hayan permitido hacer absurdos comentarios sobre la Escritura, únicamente por ser incapaces de distinguir las analogías propias de las analogías metafóricas, para expresarnos en el lenguaje de la escuela (1). Merece notarse á este propósito que Bacon mismo aludió al expresado género de error cuando trató de la *ídola specus*, y que lo hizo en términos tales que sirven á demostrar el convencimiento que tenía de su inclinación á incurrir en él. Es vicio—dice—de sutilizadores dar demasiada importancia á las semejanzas fútiles, y añade que cuando se abandonan con exceso á él propenden los hombres á perseguir las sombras ántes que las realidades (2).

Sin embargo, nos place que la imaginación de Bacon haya sido tan exuberante, porque, dejando aparte los goces que nos procura, la consagra casi siempre nuestro filósofo á esclarecer verdades oscurecidas, á dar formas seductoras á verdades de poco atractivo por sí mismas y á fijar en el ánimo verdades que, sin ella, sólo habrían producido impresión pasajera.

La facultad poética era poderosa en la inteligencia de Bacon, mas no tanto que usurpara, como á veces le acontecía con el ingenio, el lugar de la razón para esclavizar al hombre. Nunca hubo imaginación más fuerte y más completamente subyugada que la suya, pues no se puso en movimiento una sola vez ni se detuvo que no fuese á impulsos del

(1) Véanse acerca del caso las interesantes observaciones del obispo Berkeley en el *Minute philosopher*. Diálogo IV.

(2) *Novum Organum*, lib. I, Aph. 35.

buen sentido. Pero aunque familiarizada con tan perfecta obediencia, la de Bacon dió grandes y repetidas muestras de vigor. Porque si bien es cierto, en realidad, que pasó mucha parte de su vida vagando por los espacios imaginarios, en medio de cosas tan singulares y extrañas cual son las descritas en las *Mil y una noches* ó en los libros de caballería, con cuyos cuerpos hicieron el Cura y el Barbero auto de fe casa de D. Quijote, visitando edificios más suntuosos que el palacio de Aladin, contemplando fuentes más maravillosas que la del agua de oro de Parizades, admirando medios de transporte más rápidos todavía que el hipógrifo de Ruggiero y armas aún más temibles que la lanza de Astolfo, y medicinas más eficaces y prontas que el bálsamo de Fierabrás; no es ménos cierto que no había nada en sus imaginaciones que pudiera reputarse por quimérico y que no sancionara la razon fria. Y como sabía que todos los secretos, que al decir de las ficciones poéticas están escritos en los libros de los encantadores y nigrománticos, carecen de valor si se comparan con los secretos portentosos que real y verdaderamente registra el libro de la naturaleza (libro que al cabo llegarán los hombres á leer); y que todas las maravillas realizadas por medio de talismanes son cosa baladí, comparadas con las que pueden esperarse razonablemente del fruto de la filosofía, y que si sus palabras penetraban en el entendimiento de los hombres producirían efectos muy superiores á cuanto la superstición ha podido atribuir jamás á los encantamientos de Merlin y de Miguel Scot, gustábale dar rienda suelta en este terreno á la imaginación, y forjarse mundos tal cual serían cuando hubiera su filosofía, según sus nobles palabras, «ensanchado el imperio

dei humano espíritu.» (1) Podríamos aducir otros muchos ejemplos, mas nos limitaremos á citar el principal, cual es la descripción de la casa de Salomon en la *Nueva Atlántida*. Porque aún cuando la mayor parte de los contemporáneos de lord Bacon hubieran considerado probablemente pasaje tan notable como ingeniosa novela, rival de las aventuras de Simbad ó del baron de Münchhausen, y que aún en nuestros dias no pocos serian del mismo parecer, es lo cierto que no será posible hallar en ninguna composicion humana párrafos más penetrados de serena y profunda sabiduría. Pues el atrevimiento y la originalidad de la ficcion á que nos referimos son ménos maravillosos todavía que lo es el criterio sagaz y delicado con el cual excluyó Bacon cuidadosamente de su largo catálogo de prodigios todo cuanto pudiera ser tenido por absurdo é inaccesible á la magia incontrastable de la induccion y del tiempo. Alguna parte, y no la ménos extraordinaria por cierto, de tan gloriosa profecía se ha cumplido al pié de la letra, y estamos persuadidos de que toda ella, en su espíritu al ménos, va realizándose lenta, pero seguramente, cada dia y á nuestra vista.

Una de las circunstancias más singulares y notables de la historia del ingenio de Bacon es, sin duda, el órden y el modo en que se desarrollaron sus facultades. Porque primero apareció el fruto y estuvo perenne hasta el fin, y las flores brotaron despues del fruto. Generalmente acontece que el desarrollo de la imaginacion es al del criterio lo que el desarrollo de una niña al de un niño; y como la imaginacion llega más presto á la perfeccion de su

(1) *New Atlantis*.

hermosura, poder y fecundidad, del propio modo que madura primero, tambien primero se marchita, quedando pálida y mustia las más de las veces antes de que las facultades austeras, por decirlo así, hayan alcanzado madurez, y agostada y seca cuando todavia esas aptitudes conservan la plenitud de su fuerza. Raro es que la imaginacion y el criterio crezcan juntamente, y aún lo es más que se desarrolle primero éste que no aquélla; no obstante, así parece haber sucedido en el caso de Bacon, porque su adolescencia y su juventud fueron, á lo que dicen, tranquilas por extremo, y algunos autores afirman que concibió su plan gigantesco de reforma filosófica cuando no contaba todavia quince años; mas, de todos modos, es lo cierto que concibió esta idea en su juventud, y que observaba con tanta vigilancia, y meditaba con tanta profundidad, y juzgaba con tanta sangre fria cuando produjo su primera obra, como al fin de su larga carrera. Sin embargo, como elocuencia, dulzura, riqueza de imágenes y amenidad de estilo, aventajan con exceso sus postreros escritos á los de su juventud, ofreciendo bajo este aspecto la historia de su ingenio cierta semejanza con la del de Burke, cuyo tratado *De lo sublime y de lo bello*, con ser obra inspirada de asunto tal que los metafísicos más frios apenas hubieran podido bosquejarla sin hacer uso del estilo florido, es la más desprovista de adornos de cuantas produjo su talento. Veinticinco años tenia Burke á la sazón; y cuando á los cuarenta escribió los *Pensamientos sobre las causas del malestar presente*, su criterio se hallaba en la plenitud de su fuerza, estando todavia su elocuencia muy á los principios de su espléndida aurora: á los cincuenta, era su retórica tan rica cuanto podia serlo sin quebrantar las

leyes del buen gusto; y á los setenta, esto es, á su muerte, su exuberancia rayaba casi en la exageracion. Siendo mozo, describió las emociones que le causaban las montañas y las cascadas, las obras maestras del arte, y el rostro agraciado y las formas mórbidas de las mujeres, con estilo digno de una informacion parlamentaria; siendo viejo, discutió siempre los tratados y las tarifas comerciales con lenguaje digno de la mejor novela, en fuerza de su animacion y colorido. Se antoja singular que así el tratado *De lo sublime y de lo bello* como la *Carta á un lord* sean productos del mismo ingenio; pero aún lo parecé más si se considera que aquel se publicó en la juventud y esta en la vejez de Burke.

Dicho esto, daremos una breve muestra de los dos estilos de Bacon. En 1597 se expresaba así: «Los hábiles desprecian el estudio; los ingénuos lo admiran, y los discretos lo aprovechan y utilizan; porque no enseña el estudio por sí mismo para qué sirve, siendo esta una ciencia extraña de todo en todo al estudio, y que sólo se adquiere merced á la observacion. No leais para contradecir ni para creer, sino para examinar y profundizar, pues hay libros que sólo deben gustarse y otros tragarse, por decirlo así, y muy pocos ser mascados y digeridos. La lectura nutre el espíritu, la discusion lo despierta y anima, y el hábito de escribir lo hace exacto. Si el hombre no escribe mucho, necesita mucha memoria; si discute poco, mucho ingenio; si lee ménos, mucho aplomo para fingir que sabe lo que ignora. La historia hace á los hombres discretos; la poesía, ingeniosos; las matemáticas, sutiles; la filosofía natural, profundos; la moral, severos, y la retórica y la lógica, prontos á la controversia.»

Es innegable que todo este párrafo es de aquellos

que deben *mascarse* y *digerirse*, y no creemos que Tucídides mismo haya logrado nunca encerrar tantos pensamientos en tan pocas palabras.

Pero si bien es cierto que no escribió lord Bacon nada superior á la cita precedente, ni más verdadero y profundo en las adiciones que hizo con el tiempo á sus *Ensayos*, como quiera que su estilo se tornaba cada día más culto y rico, el párrafo transcrito á continuación y publicado por primera vez en 1623 demostrará el cambio en toda su extensión.

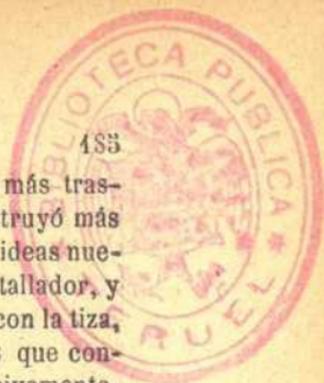
«La prosperidad, dijo, es el patrimonio del Antiguo Testamento, y la adversidad el patrimonio del Nuevo, que contiene la prueba más grande y la señal más patente del favor de Dios. Pero con ser así, aun en el Antiguo Testamento, si prestamos atención al arpa de David, percibiremos tantas notas lúgubres como cánticos de alegría, y si consideramos fijamente la obra del pincel divino, advertiremos que antes se ha complacido el Espíritu Santo en describir las aflicciones de Job que las venturas de Salomón. Y pues tan llena de temores y penas está la dicha como de consuelos y esperanzas la malaventura, con más placer miramos en las labores de aguja y en las tapicerías un asunto alegre sobre fondo triste, que un asunto melancólico y sombrío sobre fondo despejado y brillante; que así puede juzgarse en este caso del placer del corazón por el de los ojos, como del de los ojos por el del corazón. La virtud es ciertamente cual los perfumes preciosos, que son más penetrantes cuando, reducidos á menudo polvo, se les quema; así la prosperidad pone más de manifiesto el vicio, y la desgracia la virtud.»

Bacon es más principalmente conocido por sus *Ensayos*, que no por el *Novum Organum* y el *De*

Augmentis, obras famosas, de las cuales se habla mucho, aunque sin leerlas, y que si en efecto han ejercido extraordinaria influencia en las opiniones de la humanidad, se debe, no á ellas mismas directamente, sino á sus agentes intermediarios, que impulsando y poniendo en movimiento los espíritus, agitaron, impulsaron y movieron el mundo. Sólo en los *Ensayos* se puso la inteligencia de Bacon en contacto inmediato con la inteligencia de la generalidad, abriendo en ellos una escuela pública, y hablando á los hombres, en lenguaje comprensible á todos, acerca de asuntos que á todos interesan. Y como facilitó por tal modo á los que hubieran tenido que creer en sus merecimientos bajo de su palabra los medios de juzgarlo por sí mismos, y la muchedumbre de los lectores conoce desde hace algunas generaciones á quien trató con habilidad tan consumada los asuntos que le son familiares, bien puede suponersele merecedor y digno de todos los elogios que le prodigan los discípulos de su escuela íntima.

Sin la menor idea de mermar el mérito de la obra tan admirable intitulada *De Augmentis*, diremos que, á nuestro parecer, la más importante de lord Bacon es el primer libro del *Novum Organum*, porque se hallan reunidos en ella en grado eminente de perfeccion los rasgos principales de su ingenio extraordinario; como que muchos de sus aforismos, y particularmente aquellos en los cuales da ciertos ejemplos de la *ídola*, denotan una sutileza de observacion que ningun otro autor ha podido aventajar. Todas las partes del libro rebosan de ingenio; pero de un ingenio que no vela y encubre la verdad en fuerza de arabescos, sino que, conservando la pureza de sus líneas, las realza y adorna; y aunque ningun tra-

tado produjo hasta entónces revolucion más trascendental en el modo de pensar, ni destruyó más preocupaciones, ni tampoco implantó más ideas nuevas, es lo cierto que no lo hubo ménos batallador, y que se presentó en el palenque y venció con la tiza, no con la espada, pues las proposiciones que contiene van penetrando en el espíritu sucesivamente, unas en pos de otras, y siendo acogidas en él, no como invasoras, sino como amigos esperados, y que siendo desconocidos ántes de llegar, se hacen familiares á seguida y amables. Aun es más admirable todavía que bajo este aspecto la obra indicada, bajo el punto de vista de la capacidad inmensa que demuestra en toda ella su autor, el cual, sin hacer el menor esfuerzo, abarca en su conjunto los dominios de la ciencia, lo pasado, lo presente y lo porvenir, y los errores de dos mil años, y los signos venturosos y llenos de halagüeñas promesas de la época actual, y las risueñas y tentadoras esperanzas de los siglos venideros. Cowley, que fué de los más ardientes y entusiastas y discretos sectarios de la nueva filosofía, comparó, en uno de sus más hermosos poemas, á Bacon con Moisés en el monte Pisgah, y así, en efecto, nos aparece en el primer libro del *Novum Organum*, donde vemos al gran legislador contemplando desde su altura solitaria una inmensa extension; detras de sí un desierto de moventes y estériles arenas y de aguas amargas, en el cual han vivido generaciones sucesivas, caminando siempre sin adelantar nunca, y trabajando y afanándose sin recoger cosecha, ni llegar á construir ciudades permanentes, y delante de sí fértiles llanuras, la tierra de promision, manando miel y leche. Y miéntras que la muchedumbre reunida al pié de la montaña no alcanza sino la estéril inmen-



sidad de aquel desierto en el cual vagó errante tanto tiempo, desierto cerrado por todas partes de los horizontes y cuya monótona tristeza sólo interrumpe acaso engañadores espejismos, él recrea la vista desde la posición elevada en que se halla establecido sobre comarcas de imponderable belleza, y sigue el curso de ríos caudalosos que llevan con sus aguas la fertilidad á las vegas y á los prados, y pasan por bajo de los puentes de grandes y populosas y magníficas ciudades, y funda establecimientos y hace puertos, y reparte cual si fueran partijas de una herencia los ricos territorios comprendidos entre Dan y Beerseba.

Ingrata y penosa tarea es abandonar el exámen de la filosofía de Bacon para volver á considerar su vida; mas no obstante, sólo por este medio es posible apreciar toda la magnitud de sus facultades. Abandonó las aulas en ocasión que ingresaba en ellas la mayor parte de los jóvenes, y cuando era todavía casi niño se vió empeñado en graves asuntos diplomáticos. Luégo se propuso estudiar un gran sistema técnico de legislación, elevándose al cabo de sucesivos empleos á la posición más encumbrada de su carrera. Participó al propio tiempo activamente en las discusiones de la Cámara, é hizo la corte con asidua perseverancia y habilidad extraordinaria en toda ocasión á cuantos pudieran serle útiles; frecuentó de igual modo la buena sociedad, y observó atenta y cuidadosamente así los caracteres como las modas; y por tal manera ninguno tuvo vida más agitada que Bacon de los diez y seis á los sesenta años, ni más derecho á ser clasificado en primera línea entre las personas bien relacionadas con los grandes de su siglo. Asentar las bases de una filosofía novísima, é imprimir al espíritu de

los pensadores nuevos rumbos, fué para él distraccion del ocio y ocupacion de los momentos que le dejaron libre la Cámara de los Lores y el Consejo. Pero si con esto se acrecienta el entusiasmo y la admiracion que sentimos por él, en igual medida sube de punto el dolor que nos causa ver un tan esclarecido ingenio como el suyo caer en faltas indignas del hombre honrado, no porque desconociera el buen camino, pues se propuso seguirlo en su primera juventud, diciendo que «si sus ambiciones intelectuales eran inmensas, sus ambiciones políticas eran moderadas por extremo.» Si los deseos políticos de lord Bacon se hubieran ajustado siempre al programa que se trazó en los primeros tiempos de su vida, ya que no el Moisés, habria sido el Josué de la filosofía, realizando mucha parte de sus magníficas predicciones, conduciendo á sus discípulos, no hasta las lindes de la tierra prometida, sino hasta el corazon de ella, designando el botín de cada uno y participando de él, y dejando á la posteridad, no solamente un nombre ilustre, grande y famoso, sino tambien inmaculado y puro. La humanidad, entónces, habria respetado y estimado al propio tiempo á su esclarecido bienhechor, y no experimentaria ciertamente, como le acontece ahora, cada vez que lo recuerda, opuestos impulsos de menosprecio y de admiracion, de odio y de gratitud. De haber sido así, no deplorariamos ver acumuladas tantas y tantas pruebas de la pequeñez y egoismo de un corazon cuya benevolencia fué tan universal que confundió en amoroso abrazo todas las razas, todas las edades y todas las religiones; no sentiríamos cubrirse de vergüenza nuestras mejillas, considerando la mala fe del adorador más ferviente de la verdad especulativa, y el servilismo abyecto y

despreciable del más esforzado y atrevido campeón de la libertad intelectual; no hubiéramos visto tampoco al mismo individuo ya el primero en la vanguardia, ya el último en la retaguardia de su generación; ni tendríamos necesidad forzosa de reconocer paladinamente que quien fué primero en clasificar la legislación como ciencia, fué asimismo uno de los últimos ingleses que recurrieron á la tortura, y que quien primero indujo á los filósofos á consagrar su talento á la interpretación de la naturaleza, fué asimismo de los últimos ingleses que vendieron la justicia; y por tal manera, después de haber estudiado la vida de lord Bacon empleada tranquila, honrada y útilmente toda ella «en asiduas observaciones, en conclusiones lógicas, y en descubrimientos bienhechores (1),» daríamos de mano á nuestra obra muy de otra suerte que lo hacemos, apartando con repugnancia los ojos del abigarrado espectáculo que ofrece la confusa mezcla de tanta grandeza y de tanta pequeñez, de tanta gloria y de tanta infamia.

(1) «.. in industrious observation, grounded conclusions, and profitable inventions and discoveries.» *Carta de Bacon á lord Burleigh.*

BURLEIGH Y SU ÉPOCA.

Memoirs of the Life and Administration of the Right Honourable William Cecil, Lord Burleigh, secretary of State in the Reign of King Edward the Sixth, and lord High Treasurer of England in the Reign of Queen Elizabeth, containing an Historical view of the times in which he lived, and of the many eminent and illustrious persons with whom he was connected; with extracts from his private and official correspondence and other papers, now first published from the originals. By the Reverend EDWARD NARES, D. D., Regius Professor of Modern History in the University of Oxford. 3 vols, 4.º—London, 1828—32 ().*

I.

La obra del Dr. Nares, que tenemos delante y cuyo título trascribimos íntegro á la cabeza de estas líneas, nos ha producido la misma sorpresa que al capitán Lemuel Gulliver, al desembarcar en Brobdingnac, ver espigas de trigo tamañas como encinas, dedales como cubos y jilgueros como pavos. Porque, á decir verdad, el libro todo y cada una de las partes que lo componen revisten proporciones gigantescas: el título contiene tanta lectura como

(*) El presente ensayo pareció el mes de Abril de 1832.—N. del T.

un prólogo, la introducción como un libro, y el libro como una biblioteca, no siendo posible resumir los méritos de tan enorme cantidad de papel, sino es diciendo que consta de dos mil páginas en cuarto mayor, de letra menuda, que mide mil quinientas pulgadas cúbicas y que pesa sesenta libras inglesas. Acaso en tiempos anteriores al diluvio libros tamaños se reputarian por Hilpa y Shalum (1) lecturas de solaz y entretenimiento; no así en los nuestros, cuando la vida humana se halla encerrada en límites tan estrechos que no pasa de los setenta años; siendo por tanto demasía desafortada de parte de un autor pretender siquiera que consagremos á estudiar sus elucubraciones espacio relativamente largo, de relativamente corta existencia. Pues comparado el trabajo y la molestia de leer la obra del Dr. Nares con las mayores penalidades de los presidiarios ó de los negros africanos en los ingenios, se antojan éstas descanso y recreo.

Cuentan de un criminal italiano, á quien dejaron libre la eleccion de su castigo, entre ir á galeras ó leer á Guicciardini, que prefirió al remo el historiador; pero es fama que la relacion de la guerra de Pisa triunfó de sus propósitos, y que, dando entónces de lado á los libros, de su propio movimiento se hizo galeote. Mas á pesar de esto, y de que no es Guicciardini, si se considera, escritor ameno y agradable, comparado con el doctor Nares aparece nuevo Herodoto. Pero no es sólo en volúmen, sino en peso específico tambien en lo que las *Memorias* que nos ocupan exceden á toda otra produccion hu-

(1) Personajes de una novelita de Addison, publicada en el *Spectator* bajo el título de *Amores de Hilpa y de Shalum*.

mana, pues acerca de cada punto escribe triple que cualquiera otro, logrando que sea cada página suya más enojosa que tres de otro cualquiera, y que merced á repeticiones interminables, á episodios que ninguna relacion tienen con la accion general, á citas de libros que pueden hallarse hasta en gabinetes de lectura, y á reflexiones y consideraciones que, cuando por casualidad son justas y razonables, ninguna novedad ofrecen y se ocurririan á todo el mundo, adquiera la obra proporciones enormes. La verdad más trivial necesita para ser expuesta, desarrollada y defendida por él, más aparato y más lujo de palabras que otro escritor emplearia en sostener la mayor paradoja; y como no tiene idea siquiera de las reglas de la perspectiva histórica, sus cuadros carecen de primero y segundo término, viéndose así en ellos que las guerras de Carlos V en Alemania y las turbulencias de Escocia se describen tan circunstanciada y prolijamente como en la vida del Emperador por Robertson ó en la historia de Knox por Mac-Crie. Injusto sería negar que haya hecho el doctor Nares grandes investigaciones con mucha perseverancia; mas tambien dariamos señalada muestra de parcialidad no diciendo que carece por completo de las condiciones necesarias á poner en órden los materiales recogidos por él, y que mejor habria hecho para el caso dejándolos descansar en donde se hallaban.

II.

Pero ni los hechos descubiertos de la sagacidad del doctor Nares, ni los argumentos que aduce serán parte á reformar en nada esencial, á nuestro parecer, la opinion que ya tienen formada de su héroe quienes leen la historia con aprovechamiento. Porque clasificar á lord Burleigh entre los grandes hombres no es posible, habiendo sido siempre por naturaleza y por costumbre de aquellos que se dejan llevar de la corriente, no de los que encauzan y dirigen y cambian con el esfuerzo de su ingenio y de su energía la faz de los imperios. Pero si ninguna palabra ni obra suya de cuantas se recuerdan indica elevacion moral ó intelectual, en cambio fueron sus facultades eminentemente prácticas, ya que no brillantes, y sus principios ni más ni ménos rígidos que los de sus amigos y rivales, ya que no inflexibles. Era de carácter frío, de juicio sano, de grande aplicacion, y sobre todo de los que no apartan el pensamiento un sólo instante de su medro y conveniencia personal, negocio importantísimo y á su parecer el primero de todos. Gustábanle mucho las burlas cuando jóven; mas no por ellas mismas solamente, si que tambien por el partido y las ventajas que sacaba de las bufonadas. Recuerda su biógrafo con este motivo que, hallándose en Gray's Inn cursando derecho, jugó y perdió cuanto poseia, incluso los muebles de su cuarto y hasta sus libros. Vivía pared por medio con el ganancioso, y llegada que fué la noche, por un ventanillo que comunicaba las dos estancias, ahuecando la voz, comenzó á proferir tantas y tales y tan temerosas

amenazas de castigos eternos en la otra vida que ya fuera realmente por miedo de merecerlos, ya porque las voces de Roberto despertaran sentimientos más generosos en su alma, ya porque quisiera dormir tranquilamente, prometió restituir lo ganado, y así lo hizo muy de mañana al otro día, con muestras de hallarse arrepentido y propósito de no volver á jugar. «Muchas otras cosas, dice un cronista de lord Burleigh, le oí contar tan festivas como esta; pero su extension no me consiente reproducirlas.» Roberto Cecil conservó hasta el fin de su vida grande aficion á las bromas, y Bacon da tambien testimonio de ello citando algunas de las mejores; pero demuestran más malicia que generosidad, y fueron dirigidas principalmente á exigir dinero y á justificar y razonar el cuidado que ponía en librarlo de asechanzas. Fuerza será decir tambien que así era prolijo y celoso de los intereses públicos como de los suyos propios, y que tan absurdo sería exagerar las virtudes y excelencias de su carácter moral, como representarlo avaro, malo y corrompido. Por lo demas, Burleigh no abandonó nunca un amigo sino cuando se hizo muy molesto sostenerlo; perseveró en el protestantismo, mientras no vió ventaja en ser católico; recomendó la política tolerante á su reina y señora, siempre que pudo hacerlo sin aventurarse á perder su gracia; no mandó al tormento sino las personas de quienes creyó poder conseguir por obra del martirio útiles declaraciones, y fué tan moderado en sus deseos que sólo textó trescientas fincas rústicas, pudiendo haber dejado á sus herederos infinitas más, como dice muy bien su fiel servidor y cronista, «si hubiera tomado dinero del Tesoro para sus necesidades y uso particular á la manera de tantos otros tesoreros.»

III.

Del propio modo era Burleigh que su precursor en la cancillería, el marqués de Winchester, flexible como el sauce, no enhiesto y rígido como el cedro. Dióse primero á conocer defendiendo la supremacía de Enrique VIII, y despues medró con el auxilio y la proteccion del duque de Somerset, hallando más tarde la fórmula para no caer al propio tiempo que su padrino, y de representar importante papel en la administracion del duque de Northumberland en vez de quedar sepultado entre las ruinas de la anterior. Con este motivo, dice y repite el doctor Nares que la conducta de Cecil no es censurable, pues continuó en las mejores relaciones con Cromwell, argumento que no logra persuadirnos; que nosotros, á semejanza del sastre de Falstaff, necesitamos fiadores de más responsabilidad que Bardolph para sir John (1).

La conducta de Cecil en la infame intriga tramada en torno del lecho mortuario de Eduardo VI se contrajo á evitar, primero el descontento del duque de Northumberland, y despues el de la reina Maria; y como experimentaba cierta repugnancia en firmar el acta en cuya virtud se mudaba el orden de la sucesion, y temia tambien las violencias de Dudley, árbitro del palacio real, buscó el medio de conciliar ambos extremos, y de satisfacer su conciencia y su cordura, suscribiendo, segun sus propias palabras, como testigo, no como parte. Fuera difícil dar cuenta de la pericia y habilidad demostradas

(1) Personajes del *Enrique IV* de Shakspeare.

en esta crisis tan azarosa por Cecil en términos más apropiados que lo hace Fuller, diciendo: «Firmó su mano como secretario de Estado; mas lo resistió su corazón, y aún se opuso resueltamente á ello, cediendo, al fin, á la grandeza de Northumberland en tiempos tales que se ahogaba quien no iba con la corriente. Pero del propio modo, añade, que á pesar de dirigirse los planetas del Este al Oeste impulsados del *primum mobile*, tienen otro movimiento contrario y propio, que los lleva del Oeste al Este, así también hacía entónces Cecil esfuerzos en direccion opuesta á las corrientes de la corte, y se afanaba para que prevalecieran sus buenos propósitos sobre las ambiciones del Duque.»

Ocasion fué aquella de mucho peligro, y acaso la más aventurada de la vida de Cecil, porque si en las restantes hubo siempre un refugio y á él se acogió, no así en la indicada, escueta de suyo y sin arrimo, y tal que ni podia permanecer indiferente, ni inclinarse hácia ningun lado sin exponerse á temerosas contingencias. Así lo comprendió el sagaz político, y se preparó á todas las eventualidades, enviando el peculio y la plata labrada que poseía fuera de Londres, otorgando testamento y presentándose armado en todas partes y dispuesto á rechazar la fuerza con la fuerza, ó al ménos á vender cara su vida. Pero su mejor defensa no consistia en el acero, sino en su sagacidad y su imperio sobre sí mismo, y por tanto, al acabar la odiosa y absurda conjura en la cual participó, mal de su grado, con la ruina de sus autores, como necesariamente debia de concluir, él supo desasirse á tiempo y sin ruido, logrando así servir, unos en pos de otros, al rey Enrique y los duques de Somerset y de Northumberland, y prosperar bajo el amparo de la reina María.

IV.

No aspiraba Cecil á la corona del martirio, y de consiguiente confesaba y cumplía con la Iglesia en Wimbledon, y tenía capellan á mesa y mantel para la mejor direccion de sus negocios espirituales. El doctor Nares, cuya simplicidad aventaja con exceso la de cuantos casuistas conocemos, defiende á su héroe, afirmando que no hacía esto por superstición, sino lisa y llanamente por hipocresía. «Es innegable, dice, que se *conformó* (1) hasta cierto punto; mas tambien estamos persuadidos de que durante reinado tan azaroso cual fué todo el de María, no perdió nunca la esperanza de otra revolucion favorable al protestantismo.» Más adelante añade que «Cecil no fué nunca movido de propósitos idolátricos á misa.» Nadie, que sepamos al ménos, ha formulado jamás este cargo á lord Burleigh, pues si de algo se le acusa es precisamente de no haber tenido intenciones de idolatría, y por lo que á nosotros respecta no lo hubiéramos censurado tampoco si hubiese ido á la iglesia de Wimbledon animado del espíritu católico para orar sincera y devotamente al pié de los altares. Parecerá extraño, por tanto, que quien trata en diversos lugares de su obra con severa justicia de la casuística de los Jesuitas, y con admiracion no ménos justa de las cartas incomparables de Pascal, adopte y siga en toda su latitud la jesuitica doctrina de la direccion de las intenciones.

(1) Con la palabra *conformist* designan los ingleses al sometido á la Iglesia que sostiene el Estado en su país.—N. del T.

No censuramos á Cecil por no haber querido ir á la hoguera; pero sí diremos que la mancha indeleble impresa en su memoria proviene de que cuando fué poderoso y ejerció en las esferas del Gobierno influjo extraordinario, sacrificó sin escrúpulo la vida de otros hombres á diferencias de opinion por las cuales nada quiso exponer nunca. El Dr. Nares alega para disculpar á Burleigh de haberse *conformado* durante la época de María con las ceremonias de la Iglesia católica, la suposicion de que tal vez fuera de igual modo de pensar en orden al caso que los protestantes alemanes llamados adiaforistas, y que reputaban los ritos de Roma cosa indiferente. Melancthon opinaba como ellos, y segun el Doctor, áun fué más léjos todavía que lord Burleigh, sin merecer censuras por ello. No sólo como disculpa, sino como justificacion completa de Cecil, aceptaríamos lo expuesto si hubiera sido adiaforista el Canciller para bien de los demas, al propio tiempo que suyo; pero si son los ritos católicos de tan escasa importancia que pueda el buen protestante observarlos por egoismo y atendiendo sólo á su seguridad personal, ¿será justo, ni siquiera humano, ahorcar ó descuartizar al católico que los practica por cumplir con su deber? Cuestiones son estas secundarias; mas entónces se tornaron principalísimas, y fueron negocio de vida ó muerte; y precisamente cuando Cecil se hallaba en la plenitud del favor, el Parlamento votó una ley en cuya virtud debian aplicarse iguales castigos que á los reos de lesa majestad á los que hicieran por conviccion aquello mismo que hizo él por cobardía.

V.

Al comenzar el reinado de María recibió Cecil una comision no muy conforme con el carácter del protestante celoso, y fué la de acompañar al legado del Papa, cardenal Pole, de Bruselas á Lóndres. Pero si la mayor parte de las personas de ideas templadas, y que daban más importancia que á los puntos controvertidos entre las Iglesias al reposo y tranquilidad del reino, ponian toda su esperanza en la sabiduría y prudencia del buen Cardenal, por lo que á Cecil respecta cultivó con mucho esmero su amistad para sacar grandes medros y adelantos personales de su proteccion.

No obstante, la mejor y más eficaz y valiosa proteccion la debió Cecil durante la época desdichada de la reina María á su propia prudencia y á su carácter; prudencia que lo tuvo siempre vigilante y prevenido, y carácter que nada fué parte á exaltar en ningun caso, y por tal modo, miéntras no dió pretexto siquiera para que los católicos lo atacaran, conservó el afecto y la buena voluntad de aquellos austeros protestantes que ántes consintieron en expatriarse que no en retractarse; se adhirió á la causa de la heredera perseguida del trono, y adquirió derechos á su gratitud y confianza, sin dejar por eso de recibir señaladas muestras de favor por parte de María; y aunque se puso en la Cámara de los Comunes al frente del partido contrario á la corte, fué su lenguaje tan circunspecto y mesurado siempre, que al ser reducidos á prision muchos de los que obraban de concierto con él, su persona quedó á salvo.

Murió al fin María; le sucedió Isabel, y con esto Cecil llegó al colmo de los honores sin más tardanza; prestó juramento como consejero privado y secretario del despacho en manos de la nueva soberana cuando todavía estaba en la prision de Hatfield, y continuó sirviéndola durante cuarenta años consecutivos en los empleos más principales; lo cual no es de extrañar teniendo en cuenta que reunia las condiciones necesarias de carácter para estacionarse y vegetar largo tiempo en las esferas del poder. Porque Cecil pertenecía bajo este aspecto á la clase de los Pelham, de los Walpole y de los Liverpool, no á la de los Saint-John, de los Carteret, de los Chatham y de los Canning; y de no haber sido así, de haber sido emprendedor, animoso y original, no hubiera podido conservar las riendas en la mano y acaso tampoco la cabeza sobre los hombros, pues en el mismo Gobierno, siendo reina Isabel, no quedaba espacio para ella y un Richelieu, que la hija orgullosa y altanera de Enrique VIII habia menester de un ministro moderado, circunspecto, flexible, hábil en el manejo de los negocios, y apto, prudente y discreto en el consejo, pero sin aspiraciones á imponer su opinion ni ambicion de mando. Y como Cecil reunia todas estas circunstancias, nada fué nunca eficaz á quebrantar ni mermar la confianza que inspiró siempre á su Reina y señora, viéndose por tanto que ni las intrigas cortesanas mejor urdidas, ni la influencia de Leicester y de Essex, cuya galanura y talento impresionaron la imaginacion y acaso los sentidos de la mujer, pudieron nunca privar de su valimiento al Tesorero. Bien es cierto que á veces lo trataba con dureza en momentos de mal humor; mas lo es así mismo que se complacia honrándolo y distinguién-

dolo; que con él no era, según su costumbre, avara de riquezas y dignidades; que por él infringió la rigurosa y absurda etiqueta de su tiempo, y de la cual no prescindía con ninguno, y que mientras aquellos personajes á quienes dirigía la palabra ó miraba siquiera se prosternaban á sus piés, para Burleigh había licencia de sentarse, y de esta suerte asistía el anciano ministro, que sólo era de nacimiento hidalgo del condado de Lincoln, á las audiencias en que los altivos descendientes de los Fitzalan y de los Vere, hablaban puestos casi de hinojos. Después de sobrevivir á todos los coadjutores y rivales de su juventud, murió colmado de días y de mercedés. Isabel lo visitó en su postrera enfermedad, consolándolo con palabras llenas de afecto, y el poder que había ejercido pasó sin gran menoscabo de sus manos á las de su hijo, educado en su escuela y digno discípulo de tal maestro.

VI.

La vida de Burleigh abarca una de las épocas más importantes de la historia del mundo, y da la medida exacta del tiempo en que la casa de Austria ejerció indisputable superioridad y aspiró á la dominación universal; como que Carlos V ciñó la corona del imperio el año del nacimiento de Burleigh, pasando de esta vida el célebre ministro de la reina de Inglaterra también el mismo año en que los grandiosos designios que trajeron perturbada la Europa cerca de un siglo, quedaron sepultados en el féretro del rígido y adusto Felipe II.

La vida de Burleigh abarca de igual modo la época en que se verificó una revolución moral impor-

tantísima, cuyas consecuencias se hicieron sentir no sólo en los gabinetes de los príncipes, sino hasta en los hogares de la mitad del mundo cristiano, pues nació cuando comenzaba el gran cisma religioso, y vivió lo bastante para verlo consumado, y trazada entre la Europa protestante y la católica una línea divisoria que ha sufrido pocas y leves modificaciones despues de su muerte.

VII.

El único acontecimiento de los tiempos modernos que pueda ser comparado con la Reforma, es la Revolución francesa, ó, para expresarnos más puntualmente, la gran revolución entre las tendencias y aspiraciones políticas que tuvo lugar el siglo xviii en casi todos los pueblos del mundo civilizado, y que alcanzó en Francia su triunfo más espléndido y famoso. Ambos memorables sucesos deben considerarse como rebeliones de la razón humana contra castas determinadas, siendo el primero lucha de los seglares contra el clero para conquistar la libertad intelectual, y el segundo del pueblo contra la nobleza para conquistar la libertad política. En ambos casos, el espíritu innovador se vió empujado, por decirlo así, á la guerra, por las clases mismas á las cuales debia dar tan tremendo golpe: Federico II, Catalina, José II y los magnates franceses protegieron la filosofía que se hizo formidable á su amparo y luégo amenazó derribar todos los tronos y aristocracias de la Europa; y la pasión veheméntísima que se advertia en todas partes á fines del siglo xv y principios del xvi hácia los estudios liberales, se vió estimulada por los jefes de la misma Iglesia que

tan mal parada quedaria despues por consecuencia de los estudios liberales. En ambos casos fué tan violenta la explosion producida de las nuevas ideas, que puso miedo y apartó de ellas á muchos de sus ántes celosísimos propagadores; como que la violencia del partido democrático en Francia hizo de Alfieri un cortesano y de Burke un *tory*; y la violencia del cisma de Lutero tornó á Erasmo en defensor de los abusos y á Tomás Moro en perseguidor. En una y en otra circunstancia, la convulsion que dispó inveterados errores, conmovió hasta sus cimientos los principios en que descansa la sociedad; el humano espíritu se apartó del camino que debía seguir; hubo un espacio durante el cual pareció que la moralidad y el orden perecerian juntamente con las preocupaciones que fueron sus íntimas compañeras por tanto tiempo; cometieronse horrendas é innumerables crueldades; quedó confiscada en Europa una masa enorme de propiedad; todas las naciones dieron asilo á la muchedumbre de los emigrados, y los hombres inquietos y atrabiliarios, de parciales celosos pasaron á ser exaltados propagandistas y fanáticos apóstoles. Y del propio modo que las agitaciones políticas del siglo xviii produjeron los Jacobinos, las agitaciones religiosas del siglo xvi dieron el sér á los Anabaptistas; y así como los partidarios de Robespierre cometieron robos y asesinatos en nombre de la libertad, de la igualdad y de la fraternidad, los discípulos de Kniperdoling robaron tambien y asesinaron en nombre de la libertad cristiana. El patriotismo apénas si existia ya en mucha parte de Europa; las antiguas máximas de política exterior habian cedido á otras nuevas; fronteras morales, por decirlo así, reemplazaban las materiales; los pueblos contendian y luchaban

con nuevas armas, tan formidables que no era eficaz á resistirlas ningun baluarte por inexpugnable que lo hubiera hecho el arte ó la naturaleza; con armas tales, que á su vista se abrian y apartaban las aguas dejando enjuto el paso como el Jordan, y las murallas se desplomaban como las de Jericó, aconteciendo que los generales de mar y tierra contesaban á veces, como el ángel guerrero de Milton, que no podian rechazar la invasion de las ideas con obstáculos materiales (1). Europa estaba dividida del propio modo que Grecia en la época descrita por Tucídides; y la lucha empeñada, no era, como en los tiempos ordinarios, de pueblo á pueblo, de nacion á nacion, de Estado á Estado, sino entre bandos que se hallaban en todas partes frente á frente, vencedores en una parte, vencidos en otra, opresores y oprimidos; pero guerreando siempre. abierta ó secretamente, y sosteniendo la lucha en el seno de todas las sociedades. Los hombres no se preguntaban si eran compatriotas, sino si eran correligionarios, y el espíritu de partido exaltaba de tal modo los ánimos, que parecia justificar y hasta consagrar ciertos actos reputados en toda otra ocasión por infames traiciones; como que á virtud de él no se avergonzaban los emigrados franceses de llevar á Paris los húsares austriacos y prusianos, ni los demócratas irlandeses ó italianos de servir al Directorio frances contra el Gobierno de su patria. Lo propio aconteció el siglo xvi, pues entónces los bandos teológicos, de igual suerte que los bandos políticos en la época revolucionaria, dejaron en suspenso todas las animosidades y pasiones y celos

(1)

*To exclude
Spiritual substance with corporeal bar.*

nacionales, viéndose por tanto que los Ligueros llamaron á los españoles, y los Hugonotes á los ingleses para que invadieran la Francia, su patria común.

VIII.

Léjos está de nuestro ánimo atenuar ó paliar los crímenes y excesos producidos el siglo pasado por el espíritu democrático; pero cuando vemos que hombres celosísimos por la religion protestante representan la Revolucion francesa como radical y esencialmente mala en virtud de sus crímenes y excesos, no podemos ménos de recordar que sus antepasados no consiguieron redimirse de la servidumbre espiritual sino en virtud «de plagas, signos, milagros y guerras;» que así en la Reforma como en la Revolucion francesa los hombres que se levantaron contra la tiranía religiosa ó política se hallaban profundamente penetrados de los vicios y males que la tiranía engendra; y que libelos tan escandalosos como los de Hébert, mascaradas tan absurdas como las de Anacarsis Klootz, y crímenes tan bárbaros como los de Marat, han manchado la historia del protestantismo. Pero si la Reforma es suceso pasado mucho há; si las llamaradas del volcan se han extinguido; si los desastres causados por la erupcion ya no se recuerdan; si las lindes que derribó al desbordar se han restablecido; si los campos assolados por su lava se han fecundizado con ella, y, despues de trasformar amenos y frondosos jardines en desiertos, ha convertido los eriales y los páramos en paraísos donde toda fecundidad tiene su asiento, la segunda erupcion no ha terminado, sus

cenizas quemán todavía nuestras plantas, y la lluvia de fuego continúa en diferentes direcciones; mas la experiencia nos da derecho á creer que, cual la primera fecundizará lo mismo que devasta. Tanto es así, que ya se advierten manifiestas señales de prosperidad en las regiones que más sufrieron del estrago, y con esto los hechos presentes confirman las palabras de la historia. Porque cuanto más atendemos á sus enseñanzas, cuanto más nos fijamos en las lecciones de los siglos pasados y las comparamos á los signos que se advierten al presente, más sentimos dilatarse y abrirse nuestro corazón á la esperanza en los futuros destinos de la humanidad.

IX.

La historia de la Reforma en Inglaterra está llena de problemas extraordinarios, siendo el más extraño el contraste singular que ofrece la fuerza inmensa del Gobierno y la debilidad de los partidos religiosos. Porque durante los doce ó trece años que siguieron á la muerte del rey Enrique VIII cambió tres veces de religion el Estado; instituyéndose alternativa y sucesivamente por Eduardo el protestantismo, la Iglesia católica por María y el protestantismo de nuevo por Isabel. Aún hay más. Pues como entónces Iglesia establecida fuera equivalente de Iglesia perseguida, Eduardo persiguió á los católicos; á los protestantes, María; Isabel de nuevo á los católicos, y el padre de los tres á unos y á otros al propio tiempo, enviando al cadalso al hereje que negaba la presencia real y al traidor que negaba la supremacía régia. Nada hubo en Inglaterra parecido

á la furiosa y sangrienta oposicion que cada una de las facciones religiosas hizo en Francia sucesivamente al Gobierno; como que no tuvieron los ingleses ni Coligny, ni Mayenne, ni Montcontour, ni Ivry; ni tampoco ninguna ciudad de Inglaterra arrostró el hambre y los rigores de un asedio por la doctrina reformista con el valor de la Rochella, ni por la católica con el valor de Paris; ni una ni otra colectividad formó en Inglaterra una Liga, ni exigió abjuraciones de su monarca, ni ménos recabó ser tolerada por el soberano que no la era propicio. Despues, los protestantes ingleses, al cabo de algunos años de dominacion, cayeron sin lucha bajo el yugo de María; y á su vez los católicos, á pesar de haber reconquistado su antigua supremacia y abusado de ella, se sometieron pacientemente á la tiranía de Isabel. Ni protestantes ni católicos concibieron, ni ménos se empeñaron en planes de resistencia vastos y bien organizados, quedando todo reducido á motines, tumultos y desórdenes sofocados al nacer, y á conjuraciones tramadas por muy escaso número de hombres; que no más hicieron en sus mayores empresas los afiliados á uno y otro bando para reconquistar el más sagrado de los derechos del hombre, usurpado por la tiranía más odiosa.

X.

La explicacion que se da generalmente de este fenómeno es sencilla, mas no satisfactoria, pues dicen que aconteció así por efecto de hallarse á la sazón en la plenitud de su fuerza política el poder de la Corona; lo cual, en nuestro sentir, nada explica ni re-

suelve, ni ofrece tampoco novedad, siendo moda introducida [por Hume describir la monarquía inglesa en el siglo xvi como absoluta. Pues si bajo este aspecto puede aparecer á observadores superficiales, no así á quien estudie la historia con atención y detenimiento. Porque si bien es cierto que Isabel empleaba con sus Parlamentos un lenguaje tan altanero é imperioso como el que pudiera usar el Gran Turco dirigiéndose á su Consejo; que castigaba severamente á los individuos de la Cámara de los Comunes que á su parecer discutian con sobrada libertad; que asumía el poder legislativo; que así encarcelaba y retenia largo tiempo aprisionados á sus vasallos sin sujetarlos á formación de causa, como se valia del tormento, á pesar de las leyes de Inglaterra, para obtener revelaciones; que no podia ser mayor el predominio de la Cámara Estrellada y de la Comision eclesiástica; que las disputas políticas y religiosas ofrecian gran dificultad, cuando no peligro; que se halló limitado por algun tiempo el número de prensas de imprimir; que ninguno podia publicar nada sin licencia, y que las obras habian de someterse á la censura del primado ó del obispo de Lóndres; que los autores de papeles ofensivos á la corte morian como Penry ó eran mutilados como Stubbs; que los *desconformes* sufrían severísimos castigos; que la Reina prescribia exactamente las reglas de la fe y de la disciplina, y que quien se apartaba de ellas en cualquier sentido que fuera, incurria en penas rigurosas; si bien fué así aquel Gobierno, tambien lo es que la inmensa mayoría de sus súbditos lo amaba; que durante las terribles luchas del siglo xvi ambos bandos enemigos hablaron de la época de Isabel como de la edad de oro; y que la memoria de la gran Reina cuyos despojos descansan

siglos há en la capilla de Enrique VII, es todavía objeto de veneracion y cariño para el pueblo inglés.

La explicacion de esto consiste, á nuestro parecer, en que la esencia del gobierno de los Tudors era popular, si bien su forma revestia todos los caracteres del despotismo, pues á primera vista se antoja que las prerogativas de Isabel no desmerecian de las de Luis XIV, que sus Parlamentos fueron tan obsequiosos como los del monarca frances, y que el *warrant* (1) de la una equivalia en sus efectos á las *lettres de cachet* (2) del otro. Pero si la extravagancia de los elogios que prodigaban á la Reina sus cortesanos, alabando sus prendas personales é intelectuales, excedian las adulaciones de Boileau y de Molière, y si Luis se hubiera ruborizado al recibir muestras de obediencia y sumision tan ostensibles de parte de sus palaciegos de Versalles y Marly como exigia la orgullosa inglesa de cuantos se le acercaban, el poder de Luis XIV descansaba en el ejército, y el de Isabel en el pueblo únicamente. De aquí que cuando lo califican algunos de absoluto lo hagan sin advertir en qué consistia ni qué lo constituia en realidad, pues no constaba de otras partes sino de la obediencia voluntaria de sus vasallos, de su fidelidad á la persona y oficio de la Reina, de su respeto hácia la familia tan ilustre de sus antepasados, y del convencimiento universal de la seguridad que gozaban bajo su gobierno. Hé aquí la única fuerza de que disponia la reina Isabel para poner en ejecucion sus decretos, resistir á los enemigos exteriores y vencer y sofocar las conjuras intestinas. Tanto es así, que no habia barrio de Lón-

(1) Autorizacion especial.

(2) Orden reservada.

dres que no hubiera podido rendir al puñado de guardias que tenía la casa real; y que si monarcas enemigos amenazaban con invasiones, ó magnates ambiciosos se levantaban en actitud rebelde, todos los medios de resistencia del Soberano estaban limitados á las milicias de su capital y al ejército de sus condados, á los burgueses y á los terratenientes de Inglaterra, mandados por comerciantes y propietarios del país.

Por esta causa, cuando tuvo noticia el Gobierno de los grandes preparativos que hacía Felipe II para invadir á Inglaterra, la primera persona á la cual pensó dirigirse en demanda de auxilios fué al alcalde de Lóndres, rogándole manifestase los subsidios con que la ciudad sería servida de ocurrir á la defensa del reino contra los españoles. Congregados los concejales, acordaron preguntar á su vez qué deseaba S. M. y en qué forma, y habiéndose contestado que quince navíos y cinco mil hombres, después de madura deliberación rogó «respetuosamente la municipalidad que aceptara la Reina en testimonio de amor y lealtad treinta navíos tripulados y pertrechados de todo lo necesario y diez mil hombres.»

XI.

Un pueblo que daba tan señalada muestra de adhesión al soberano, y tan alto ejemplo de patriotismo, no podía ser mal gobernado impunemente. Por eso los ingleses del siglo XVI constituían un pueblo libre, y si carecían de las apariencias de la libertad, la poseían realmente; no tenían tan buena ley fundamental como nuestros contemporáneos,

pero sí para usar de la suya la fuerza y la energía debidas, que bastan, sin necesidad de Constituciones, á refrenar los desmanes del Gobierno, y sin las cuales la mejor Constitucion es tan inútil como los edictos para preservar los pueblos de la inmoralidad y el vicio. Cierto es que los Parlamentos se convocaban raras veces, que no eran tratados con mucho respeto, y que se infringia con harta frecuencia el Código fundamental; mas tambien lo es que poseia la nacion, contra los Gobiernos sistemáticamente malos, garantías más eficaces que puede ser en ningun caso la hoja de pergamino donde se lee la firma del Monarca y el sello donde campean las armas reales.

XII.

Es en política error muy frecuente confundir el fin con los medios de realizarlo. De aquí que muchos entiendan bastante á producir buenos gobiernos la posesion de Constituciones, cartas, peticiones y declaraciones de derechos, asambleas representativas y colegios electorales, sin advertir que todas estas cosas por sí, aun cuando se hallen organizadas á maravilla, son como si no fueran, allí donde los ciudadanos carecen de las virtudes cívicas necesarias á velar por su mantenimiento y de los medios indispensables á su defensa; que los electores se reunirán en vano cuando la necesidad los reduce al estado de siervos del propietario, ó el fanatismo los entrega sujetos y esclavos al clero, y las Cámaras representativas se congregarán inútilmente á ménos que no tengan á su disposicion fuerzas materiales bastantes para recurrir á ellas en

demanda de auxilio siempre que sea preciso para proteger sus deliberaciones y hacer eficaces sus acuerdos. Pero si las leyes carecen de virtudes mágicas y sobrenaturales; si no surten efectos parecidos á los de la lámpara maravillosa de Aladin ó de la manzana del príncipe Achmet; si las influencias perniciosas, la ignorancia y el encono de las facciones enemigas pueden hacer ineficaces é inútiles las mejores Constituciones, la inteligencia, la sobriedad, el trabajo, la libertad moral, y la union estrecha de los ciudadanos pueden, á su vez, remediar, subsanar y suplir en gran medida los defectos é inconvenientes de la peor de todas ellas. Tanto es así, que un pueblo cuya educacion y costumbres son tales, que sus hijos logran elevarse siempre y en todas partes por sobre las razas y gentes con quienes viven, y esto de una manera tan inevitable como sube á la superficie del agua el aceite; un pueblo que tanto imperio ejerce sobre sí mismo que los más violentos excesos de sus revoluciones revisten el carácter de procedimientos jurídicos y la solemnidad de ceremonias religiosas; un pueblo cuyo espíritu de altivez y cuya bravura expresa enérgicamente la divisa que rodea su escudo, y que ha sabido durante siglos enteros de lucha defender su independencia contra los ataques de vecinos más ricos y poderosos que no él; un pueblo que reúne circunstancias tan excepcionales no puede ser vejado y oprimido largo tiempo, y cualquiera que sea su gobierno, de cualquier modo que se halle constituido, cualesquiera que sean sus tendencias, necesaria y forzosamente habrá de respetar sus aspiraciones y de temer su descontento. Bueno será y conveniente y deseable que pueda ese pueblo ejercer directa influencia en la gestion de los negocios

públicos, y que dé a conocer sus propósitos y el espíritu que lo anima por medios constitucionales; pero aunque así no fuera, siempre sabrá influir en ellos directa ó indirectamente, por medios constitucionales ó no; estará mejor gobernado ciertamente con buena que con mala Constitución; pero estará mejor con la peor que otras naciones con la más perfecta que pueda imaginarse. Si ahora hiciéramos un estudio y clasificación general de las Constituciones, veríamos que la de Escocia es acaso la peor de las más malas de la Europa cristiana, y sin embargo, no están mal gobernados los escoceses, por la sencillísima razón de que no lo consentirían en ningún caso.

En algunas monarquías del Oriente, en el Afghánistan, por ejemplo, aun cuando no exista cosa que puedan los publicistas europeos calificar de Constitución, gobierna el soberano generalmente conforme á ciertas reglas establecidas, y su sanción consiste en que todos los afghanos las aprueban y en que todos son soldados.

La monarquía inglesa fué de igual modo el siglo xvi. Llámase hoy absoluta porque los Tudors guardaban pocos miramientos con las instituciones que nosotros acostumbramos á considerar como única traba eficaz á contener los desmanes del poder arbitrario de los monarcas, y los ingleses de nuestros días apenas pueden concebir y explicarse cómo tendría el pueblo garantías verdaderas de buen gobierno estando sujeto á reyes que imponían *benevolences*, y que trataban á la Cámara de los Comunes cual hubieran podido hacerlo con una tralla de perros. Y esto consiste en que no advierten que si entónces eran flojas y febles las trabas legales, las naturales eran fuertes y resistentes, y el poder

real tenía un valladar infranqueable casi en la certidumbre de que si abusaba de la paciencia de los súbditos oprimiéndolos, éstos podrían rebelarse, y su rebelion ser irresistible. Y así era, en efecto, porque cuando una parte del pueblo inglés se hallaba descontenta por motivo grave, en vez de presentar al monarca exposiciones reverentes, de celebrar asambleas más ó ménos numerosas, de tomar acuerdos, de suscribir memoriales ni de hacer pactos, se levantaban en armas, y si el rey no tenía la popularidad necesaria en el país para encontrar otra muchedumbre armada que oponer á la rebelde, no le quedaba más recurso sino esperar la renovacion de las horribles y aterradoras escenas de Pomfret y Berkeley, careciendo de tropas regulares y permanentes, armadas, disciplinadas y aguerridas, cuya superioridad fuese parte á intimidar y vencer las falanges de la milicia popular, animosas y bravas y obedientes á la voz de sus jefes.

XIII.

Dícese que los Tudors fueron absolutos como los Césares, y á la verdad que nada es más inexacto, ni se hizo nunca más desdichada comparacion, pues su gobierno fué precisamente lo contrario del de Augusto y de sus sucesores. Los Césares gobernaban de una manera despótica por medio de grandes ejércitos permanentes, si bien lo hacian bajo la modesta forma de Constituciones republicanas; y por tanto, aunque tomaban el nombre de ciudadanos, y se confundian con ellos sin etiqueta en las ceremonias y solemnidades, y teóricamente no eran sino magistrados electivos de una república, y en vez de

atribuirse facultades, atribuciones y poder absolutos demostraban mucho respeto al Senado, de cuya venerable corporacion eran mandatarios, y en cuyas deliberaciones tomaban parte, y llegaban hasta el caso de presentarse como abogados ante los tribunales de justicia; podian tambien segura é impunemente cometer los mayores desmanes y desafueros, ejecutar actos de barbarie y rapacidad cruentos é inicuos miéntras las legiones permanecian fieles y sometidas á su obediencia. No así los Tudors, que con los atributos, dictados y fórmulas de la supremacia monárquica, sólo eran en realidad magistrados del pueblo, y que careciendo de los medios necesarios á sostenerse contra la opinion pública, se hallaban siempre menesterosos de aura popular, solicitándola, mereciéndola y obteniéndola, pues sólo á virtud de ella vigorizaban y fortalecian su poder y su prestigio. Otorgaba la nacion á los Tudors el derecho de gozar de la pompa y grandeza personal inherentes al ejercicio de la realeza en su grado máximo, que es el absoluto, de hacerse adorar con genuflexiones y acatamientos orientales, y de disponer á su capricho de la libertad y áun de la vida de sus ministros y cortesanos; mas en cambio de la tiranía que podian ejercer en Whitehall, debian ser padres amorosos y bienhechores de la nacion inglesa, siendo su situacion respecto de sus vasallos tan semejante á la en que se hallan los déspotas guerreros respecto de sus tropas, que así hubiera sido peligroso para los reyes de aquel tiempo abrumar bajo el peso de los impuestos á sus súbditos, como para Neron no pagar puntualmente á sus pretorianos la soldada. Los que rodeaban de cerca la persona real y jugaban el juego aventurado de las intrigas y ambiciones corrian riesgos terribles: Buckingham, Crom-

well, Surrey, Seymour de Sudeley, Somerset, Northumberland, Suffolk, Norfolk y Essex murieron en cadalso; mas, por regla general, los hidalgos de provincia cazaban, y los comerciantes se ocupaban en sus negocios tranquila y pacíficamente; como que el mismo Enrique VIII, cuya crueldad igualó á la de Domiciano, aventajándolo en talento político, al propio tiempo que se bañó en la sangre de sus mujeres, fué favorito de los zapateros remendones.

Cierto es que los Tudors cometieron actos enormes de tiranía; pero en sus relaciones con el pueblo ni eran ni podían ser tiranos impunemente. Porque si la nación les perdonaba fácilmente algunos excesos en gracia del orgullo que sentía por ellos al contemplarlos tan altivos, bizarros y magníficos, como su tolerancia tenía límites, no bien se aventuraba el Gobierno á tomar ciertas medidas reputadas de opresoras por el pueblo, luego lo ponía éste sin tardanza en la necesidad de mudar de conducta. Cuando, por ejemplo, Enrique VIII trató de levantar un empréstito forzoso de cuantía desusada y por medios de rigor desacostumbrados también, la oposición que halló en el país fué tal que, con ser violento é imperioso el carácter del Rey, le infundió temor. El pueblo—refieren las historias—decía que aquello «era peor que las contribuciones de Francia, y que la Inglaterra sería por tal modo esclava, no libre;» y como el condado de Suffolk se levantara en armas, Enrique cedió cuerdamente; que de no hacerlo así, la resistencia se habría tornado en rebelión general. A fines del reinado de Isabel se sintió el pueblo gravemente oprimido de los monopolios, y la Reina, con toda su altivez y sus bríos, cedió también, temerosa de una guerra civil, y otorgó al pueblo con admirable sagacidad

todo cuanto le pedia cuando aún estaba en sus manos conceder digna y graciosamente aquello mismo que más tarde acaso hubiera tenido que dar por fuerza.

XIV.

No es, por tanto, creible que un pueblo en cuyas manos se hallaba el remedio de sus males con el freno de sus reyes hubiera sufrido que uno de ellos le impusiera una religion rechazada universalmente de la masa general del país, y así, tan absurdo sería suponer que teniendo la nacion fe sincera en el protestantismo y apego á él, pudiera María derribarlo y restablecer el catolicismo, como suponer que si la nacion hubiese mostrado celo por su antigua religion, derribara Isabel el catolicismo, restaurando el imperio del protestantismo; siendo la única verdad del caso que los ingleses no se hallaban dispuestos á empeñar la lucha ni en favor de las nuevas ni de las antiguas doctrinas. Porque si mostró el país mucho entusiasmo y mucho calor cuando pareció probable que María declarase nulas y sin valor ninguno las donaciones de bienes eclesiásticos hechos por su padre, ó que sacrificara los intereses de Inglaterra á Felipe II, su marido, hacía quien sentia un amor y una ternura que tan poco merecia, muy luégo reconoció la Reina cuán insensato era devolver sus haciendas á las abadías, y que sus vasallos no consentirian nunca en serlo del monarca español, cediendo ella de grado ó por fuerza, en cambio, como dió infinitamente ménos importancia la nacion á la existencia ó no existencia del protestantismo que á los derechos adquiridos de pro-

piedad y que á la independencia de la corona de Inglaterra, hizo su voluntad y estableció el culto católico y persiguió á los que no querian conformarse con él; que á la sazón el pueblo inglés no entendia que las diferencias entre dos Iglesias rivales merecieran la pena de luchar por ellas. Habia, es cierto, un partido protestante y otro católico animados de celo; pero ambos eran, á nuestro parecer, muy débiles, tanto, que acaso unidos no constituyeran al morir María la vigésima parte de la nacion, fluctuando las diez y nueve restantes entre las dos corrientes opuestas de tal modo, que no se hallaban dispuestas á correr la menor aventura peligrosa para ver triunfante á ninguna de las facciones rivales.

Carecemos de datos exactos y precisos que nos permitan comparar con exactitud la fuerza efectiva de cada bando. Mr. Butler afirma que al advenimiento de Jacobo I se hallaban en mayoría los católicos; pero esto no pasa de ser un aserto infundado y cuya falsedad se demuestra fácilmente con irrecusables testimonios. El Dr. Lingard cree que al mediar el reinado de Isabel la mitad de la nacion inglesa era católica; Rushton, que cuando Isabel ocupó el trono habia las dos terceras partes de católicos y sólo una de protestantes, y Hallam, el más juicioso é imparcial de los historiadores ingleses, que, por el contrario, las dos terceras partes constaban de protestantes y sólo una de católicos. Por lo que á nosotros respecta, diremos que nos parece increíble, siendo los protestantes dos contra uno, que hubieran soportado el gobierno de María, lo mismo que siendo los católicos dos contra uno el de Isabel, pues no alcanzamos cómo un soberano que carece de ejército permanente, y cuyo poder descansa en

la voluntad de sus vasallos, logra sin grave peligro perseguir por espacio de muchos años la religion profesada por la mayoría del pueblo. Es cierto que los protestantes se rebelaron contra María y los católicos contra Isabel; pero estas mismas sublevaciones demuestran claramente la debilidad é insignificancia de los dos partidos, pues en ambos casos la nacion se puso de parte del Gobierno, quedando á seguida sometidos y castigados los insurrectos; que así los caballeros del condado de Kent, que tomaron las armas contra María en nombre de las doctrinas reformistas, como los grandes condados del Norte, que desplegaron la bandera de las Cinco llagas contra Isabel, no parecieron á los ojos de la generalidad de sus conciudadanos sino facciosos perturbadores de la paz y sosiego público.

La memoria del cardenal Bentivoglio acerca del estado de las ideas religiosas en Inglaterra, y que merece por más de un concepto fijar la atencion, tratándose del caso declara que los católicos celosos constituian la trigésima parte del pueblo, y estimaba en las cuatro quintas el de las gentes que se harian católicas sin el menor escrúpulo al establecerse el catolicismo en el país. A nuestro parecer, este cálculo se acerca mucho á la verdad, y abrigamos el íntimo convencimiento de que los partidarios resueltos y celosos de una ú otra creencia, prontos al sacrificio y á la lucha, eran muy pocos. Porque si los católicos y protestantes contaban con algunos campeones atrevidos y mártires animosos, la nacion estaba tan incierta y vacilante, así en sus afectos como en sus opiniones, que se dejaba llevar de las corrientes gubernamentales y apoyaba indistintamente al Monarca, ya fuera reformista ó católico, contra uno ú otro bando. No que-

remos decir con esto que los ingleses de aquella generacion carecieran de ideas religiosas, pues creian en las doctrinas que son comunes á las teologías católica y protestante, sino que aún no habian formado juicio respecto de los puntos que se litigaban entre ambas iglesias; hallándose todos en situacion análoga á la de aquellos habitantes de la frontera descritos por sir Walter Scott con tanto ingenio, los cuales «cogian las vacas que mataban para mantenerse lo mismo en tierras de Inglaterra que de Escocia (1),» y que habian sido «condenados en rebeldia nueve veces por el rey de Inglaterra y otras tantas por la reina de Escocia (2);» como que así eran protestantes á veces como católicos, como protestantes ó católicos á medias.

XV.

Siglos hacia en verdad que no eran los ingleses fervorosos católicos: Juan Wickliffe, el primero y acaso el más grande reformador, agitó profundamente la opinion pública el siglo xiv; por entónces tambien debilitó en muchas partes de la Europa el respeto hácia la persona y autoridad del Romano Pontífice un cisma escandaloso que surgió en el seno de la Iglesia católica, y es sabido que cien años ántes de Lutero existia en Inglaterra numerosísimo partido que deseaba resueltamente un cambio religioso tan profundo y radical por lo mé-

(1) «Who sought the beeves that mader their broth
In England and Scotland both.»

(2) «Nine times outlawed had been
By England's king and Scotland's queen.»

nos como el verificado despues por Enrique VIII. La Cámara de los Comunes propuso en tiempo de Enrique IV la confiscacion de los bienes del clero, más completa y violenta todavía que la consumada por Tomás Cromwell, y aún cuando fracasó en la tentativa, logró, sin embargo, despojar al clero de algunos de sus más grandes privilegios. Las conquistas de Enrique V distrajeron la atencion del país de las reformas interiores; el concilio de Constancia remedió los escándalos más graves ocurridos en la Iglesia, y el prestigio y autoridad de tan venerable Asamblea sostuvo al pontificado vacilante; siguióse una reaccion; pero es indudable que subsistirian aún de secreto en Inglaterra algunos Lollards, y que muchas personas que no concretaban todavía objeciones á la doctrina católica, se sentirian heridas considerando cuán grandes eran el poder y la riqueza de sus ministros; y al comenzar el reinado de Enrique VIII, la invasion habia hecho tales progresos, que, como surgiera un conflicto entre los tribunales de justicia y el clero, perdiendo éste, un obispo dijo que las preocupaciones y los odios populares contra los ministros de la religion católica eran tan grandes, que ya ningun eclesiástico podia esperar justicia de jueces seculares, los cuales, añadía, en su mala voluntad á la Iglesia, cegaban al extremo de que si Abel hubiera sido clérigo lo habrian declarado reo de la muerte de Cain. Así se hallaban los ánimos en Inglaterra meses ántes de haber comenzado á predicar Martin Lutero en Wittemberg contra las indulgencias.

La Reforma, pues, no encontró á los ingleses fervorosos católicos, ni tampoco hizo de ellos protestantes exaltados, por efecto de la manera como se verificó en su patria la propaganda reformista. La

cual no tuvo en Inglaterra por agentes y directores hombres parecidos al sajón bullicioso que se propuso ir á Worms áun cuando hubiera de luchar allí á brazo partido con tantos diablos como tejas habia en toda la ciudad, ni al bizarro suizo que recibió la muerte miéntras oraba devotamente á la cabeza de las falanges de sus compatriotas en Zurich, ni predicadores cuya influencia recordara la de Calvino en Ginebra ó la de Knox en Escocia. La revolucion religiosa comenzó sin sacudimientos en Inglaterra, y áun cuando hubiera podido revestir otro carácter con el tiempo, como se identificó el gobierno con ella muy á sus principios y se puso á su frente, le fué fácil dominarla, dirigirla, encauzarla y hasta detenerla en ciertos casos.

XVI.

No faltará quien halle muy extraño que pudiera Enrique VIII sostenerse tanto tiempo en una posición intermedia equidistante de católicos y reformistas; mas si esto hubiera sido en efecto extraordinario suponiendo que la nacion constara solamente de católicos ó de reformistas decididos, no lo es si se advierte que la inmensa mayoría del país no era lo uno ni lo otro, y que se hallaba del propio modo que su soberano, equidistante de ambas religiones; siendo por tanto la conducta del Rey en el caso concreto á que nos referimos, y que algunos califican de caprichosa é inconsecuente hasta el exceso, mucho más agradable y simpática tal vez á la generalidad de sus vasallos que hubiera podido serlo una política inspirada en tendencias análogas á las de Eduardo VI ó de María; que hasta fines del

reinado de Isabel se halló el pueblo en situación de ánimo bastante parecida á la que Maquiavelo atribuye á los habitantes del Imperio romano en la transición del paganismo al cristianismo: *Sendo la maggiore parte di loro incerti a quale Dio dovessero ricorrere*. Pero si la nación era, en general, favorable á la supremacía del Monarca, la política de Roma la disgustaba, la intervencion de un sacerdote extranjero en sus asuntos nacionales la ofendía en su independencia, y aún más que todo, la indignaron y pusieron fuera de sí la bula pontificia en cuya virtud se despojaba del trono á la reina Isabel, las conjuras tramadas contra su vida, la usurpacion de sus derechos por Maria Estuardo y la enemiga constante de Felipe II. Recordaba con esto el pueblo atemorizado las crueldades de Bonner, y se inclinaba resueltamente al planteamiento del nuevo sistema. Pero si el uso de la lengua nacional en las oraciones y oficios de la Iglesia protestante y la comunión bajo las dos especies les placian, no por eso se olvidaban de las primeras lecciones de la infancia, recibidas en el seno del hogar doméstico y de boca del clero católico; como que por espacio de largos años hablaron con muestras de profundo respeto de las antiguas ceremonias, y que mucha parte de la pasada teología persistió hasta el fin en los espíritus penetrados de ella desde la infancia.

XVII.

La literatura dramática de la época suministra la prueba más concluyente de la confusión que en aquel tiempo existía en las ideas religiosas del pueblo inglés; y como no hay autor que se atreva en nin-

gun caso á llevar á la escena ideas impopulares, puédesse afirmar que las opiniones y tendencias que inspiran este género de literatura son siempre un eco fiel de las opiniones y tendencias contemporáneas.

Aplicando esta regla general al caso particular que nos ocupa, y estudiando los autores dramáticos más afamados y populares del siglo de Isabel, hallamos que tratan los asuntos religiosos de modo singularísimo, pues cuando hablan de las doctrinas fundamentales del cristianismo, si bien lo hacen con respeto, no es como católicos ni protestantes, sino como personas que fluctúan entre ambos sistemas, ó más bien, que se han formado un sistema con las doctrinas de una y otra religion. Parecen tener veneracion hácia ciertos dogmas y ciertas ceremonias católicas, guardan misterioso respeto al celibato eclesiástico, asunto que se tornó con el tiempo en tema obligado de chanzas y burlas licenciosas, y casi todos los frailes que sacan á la escena son varones respetables y santos. Nada contienen sus comedias parecido á las groseras y soeces bufonías contra la religion católica y sus ministros que fueron de moda en los autores dos generaciones despues para complacer las pasiones de la muchedumbre; nada parecido á fray Forgaid ni á fray Domingo (1) en los personajes representados por los grandes poetas de la época; la escena final de *El Caballero de Malta* hubiera podido escribirse por un católico fervoroso; Massinger demuestra singular aficion á los sacerdotes católicos, llegando hasta el punto de crear un tipo de jesuita por extremo interesante y virtuoso; Ford, en aquella produccion

(1) Personajes de obras dramáticas de la Restauracion.

que, á pesar de sus bellezas, no queremos nombrar, adjudica honroso papel al fraile, y en cuanto á Shakspeare, harto conocida es su parcialidad por el clero para que sea necesario demostrarla. En *Hamlet*, además, se lamenta la Sombra de haber muerto sin recibir la Extremauncion, y á pesar del artículo que condena la doctrina del purgatorio, dice que pasará en las llamas el tiempo necesario á expiar sus pecados (1); conceptos que durante la época de Carlos II habrían producido en el teatro tempestades de gritos y silbidos, porque ni eran de verdadero y celoso protestante, ni para ser oídos de protestantes verdaderos y celosos. Sin embargo, el autor de *El rey Juan* y de *Enrique VIII* no era partidario de la supremacía pontificia.

Sólo tiene, á nuestro parecer, una explicacion el fenómeno que ofrecen la historia y el teatro de aquel tiempo, á saber, que la religion de los ingleses era inerte como la del pueblo establecido por los asirios en Samaria, de quienes dice el segundo libro de los Reyes «que temian al Eterno, pero servian sus imágenes;» como la de los cristianos judaizantes, que mezclaban las ceremonias y las doctrinas de la Sinagoga y de la Iglesia; como la de los indios mejicanos, que por espacio de muchas generaciones despues de sometidos á los españoles, adoraban los ídolos grotescos del culto de Moctezuma y de Guatimocin juntamente con las imágenes católicas.

Y no estaba sólo el pueblo al pensar así, pues la reina Isabel entendia las cosas de igual modo. En

(1) «Confined to fast in fires,
Fill the foul crimes, done in his days of nature,
Are burnt and purged away.»

su capilla particular veíase un crucifijo rodeado de cirios encendidos, y hablaba siempre con tan visible repugnancia y tan señaladas muestras de disgusto del casamiento de los eclesiásticos, que «no sin horror, decia el arzobispo Parker, he oido brotar de su dulce naturaleza y de su conciencia ilustrada y cristiana palabras como las que habitualmente proferia cuando hablaba de la santa institucion y mandamiento de Dios relativo al matrimonio.» Burleigh logró recabar de ella que tolerase los casamientos de los clérigos; mas, aunque vino en ello, fué de tal modo, que los hijos nacidos de estos maridajes bajo su reinado no pudieron considerarse legitimos hasta el advenimiento de Jacobo I, que regularizó su situacion.

XVIII.

Lo que constituyó, como ya hemos dicho, la mancha más indeleble del carácter de lord Burleigh, constituye también la mancha más indeleble de la reina Isabel. Pues siendo adiaforista, conformándose sin escrúpulo á las prácticas del catolicismo cuando así le parecia ó convenia, y habiendo conservado hasta el fin de su vida grande aficion á mucha parte de las doctrinas y ceremonias de la Iglesia romana, la persiguió crueísimamente, con mayor crueldad y ensañamiento que á los protestantes su hermana María. Y decimos con mayor crueldad, porque María tuvo al ménos la excusa del fanatismo, pues todo cuanto hacia por su religion estaba dispuesta siempre á padecerlo por ella; como que supo perseverar en su ley, purificándose en el crisol del sufrimiento y de la desgracia, y que se hallaba tan convencida

de la excelencia y necesidad de su doctrina para salvarse, que condenaba sus vasallos herejes al fuego, no por inhumanidad, sino por espíritu de místico proselitismo. Pero Isabel no tenía el mismo pretexto, siendo protestante á medias y constando á todos sus alardes de sincero y completo catolicismo á veces; que si puede hallarse disculpa, siquiera sea triste, para las matanzas del Piamonte y los autos de fe de España, nada es lícito decir en defensa de quien fué adiaforista é intolerante al propio tiempo.

Pero si la gran Reina, de quien los ingleses conservan todavía tan grato recuerdo, y cuya memoria respetan en tan alto grado, hubiera poseído las virtudes y amplitud de miras necesarias para seguir los principios que More, más sabio en teoría que no en práctica, profesó bajo el reinado de su padre, y á los cuales ajustaba su conducta entónces el buen canciller L'Hôpital, ¡cuán diferente no habria sido el curso de los sucesos, y por tanto el aspecto de la historia durante los doscientos cincuenta años siguientes á su muerte! Porque brindó á Isabel su destino, á no dudarlo, con la ocasion más propicia que haya tenido nunca un soberano para establecer en sus Estados la libertad de conciencia sin limitaciones ni restricciones de ningun género, sin peligro para su gobierno y sin escándalo de ninguna fraccion considerable de sus vasallos; como que se hallaba el país dispuesto á profesar una ú otra de ambas religiones, y preparado á tolerar las dos. Pero desgraciadamente para la gloria de su nombre y para la paz pública, Isabel adoptó una política cuyos efectos hacen pasar al pueblo inglés todavía rudos sufrimientos. El yugo de la Iglesia establecida pesó de tal modo sobre la nacion, que se hizo

imposible soportarlo. Entónces vino la reaccion, seguida de otra reaccion á poco tiempo; á la tiranía de la Iglesia establecida sucedió la lucha tumultuosa de las sectas, embravecidas y furiosas, agitadas de pasiones violentísimas, agresivas por extremo y ebrias de libertad; al conflicto de las sectas sucedió de nuevo la cruel dominacion de una Iglesia opresora, hasta que luégo la opresion revistió carácter más benigno, y se abolieron las leyes penales protectoras de la Iglesia establecida; pero dejando las exclusiones y las incapacidades, las cuales, despues de haber engendrado terrible malestar; despues de haber hecho imposible la accion del Gobierno, cualquiera que fuese, en parte del reino; despues de haber puesto al Estado al borde del abismo, se proscribieron en nuestros dias; pero dejando á su vez huellas tan profundas de su paso, que aún habrán de durar larga serie de años. Triste es pensar, en efecto, con cuánta facilidad hubiera podido Isabel poner todas las sectas bajo la proteccion de las leyes y del trono, colocando á su patria, en lo tocante á los derechos de la conciencia, en la misma situacion que se halla hoy, al cabo de los sufrimientos, persecuciones, conjuras, revueltas y asesinatos juridicos de diez generaciones.

XIX.

Esta es la mancha indeleble del reinado de Isabel; la cual fué, no obstante, una mujer superior y excepcional, y de cuantos soberanos han ejercido en apariencia el poder absoluto, recibiendo su fuerza del amor y confianza de sus vasallos, ella es el

primero y más ilustre. No ha faltado quien, para excusar el mal gobierno de los sucesores de Isabel, haya dicho que no hicieron otra cosa sino seguir su ejemplo, y que podían encontrarse no pocos precedentes en los sucesos de su reinado para perseguir á los Puritanos, para imponer y percibir contribuciones sin el beneplácito de la Cámara de los Comunes, para encarcelar por largo tiempo á los ciudadanos sin someterlos á los tribunales de justicia, para restringir la libertad de las discusiones parlamentarias, etc.; pero si bien esto es así, no puede servir de disculpa en modo alguno á sus sucesores, por la sencillísima razon de que lo eran. Pues la reina Isabel gobernaba una generacion y ellos otra, siendo tan grande la diferencia entre ambas, cual puede ser la que separa el carácter y las condiciones de dos pueblos distintos; y no es por cierto imitando las medidas particulares que adoptó Isabel, sino conformándose á los grandes principios generales de su gobierno, como hubieran podido sus sucesores aprender el arte difícil de manejar súbditos indómitos. Si en vez de buscar en la historia de Isabel ejemplos que parecieran justificar la mutilacion de Prynne ó la prision de Eliot, hubieran los Estuardos tratado de investigar cuyas fueron las reglas á las cuales acomodó su conducta en sus relaciones con el pueblo que gobernaba, muy luégo habrían advertido cuánto difería de la política observada por la gran Reina la suya propia, cuando á los ojos de observadores superficiales parecieran ambas más conformes y acordes. Porque á pesar de su altivez, de su dureza, de sus procederes injustos á veces y crueles con los individuos ó las colectividades de poca importancia, evitaba ó suprimia prontamente cuantas medidas pudieran ser eficaces á

enajenarle las simpatías de la masa general del país. Pero si Cárlos I se hubiera encontrado en lugar de ella los momentos en que la nación entera clamaba contra los monopolios, habría desatendido todas las quejas, disuelto el Parlamento y encarcelado sus individuos más populares; habría prometido, sí, algo, vaga y capciosamente, á cambio de subsidios, y llegada la ocasion de cumplir su palabra hubiera disuelto de nuevo el Parlamento y encarcelado los jefes de la oposicion: con esto habria subido de punto el malestar del país y agitádose más y más los ánimos, y la nueva Cámara héchose más intransigente que las anteriores; entónces el tirano hubiera consentido en cuanto le pidieran, ratificando solemnemente la supresion de los monopolios, por ejemplo, y seis meses despues de recibir la paga de la concesion habria otorgado por docenas otros nuevos más opresivos y vejatorios que los abolidos. Esta fué la política funesta que llevó como por la mano al heredero de tantos reyes, ídolo del pueblo en su juventud, tras medrosas y terribles vicisitudes, al extremo aciago y luctuoso de perder libertad, corona y vida juntamente!

Isabel, por el contrario, ántes de que la Cámara de los Comunes pudiera dirigirse á ella, presentia las palabras que habria de pronunciar en nombre de la patria, y, por tanto, su respuesta era pronta, y con ser generosa siempre al otorgar, concediendo más de lo que le pedian, daba sin demora, lo cual aumentaba el precio de la merced y empeñaba más la gratitud de quien la recibia. No trataba á la nación como á bando enemigo, como á partido cuyos intereses fueran contrarios á los suyos, como á colectividad á la cual debiera escatimar los beneficios cuanto le fuera posible y abrumar bajo el peso de

los impuestos; no vendia tampoco las mercedes, las hac'as, y una vez otorgadas, no las retiraba; y las dispensaba con tanta franqueza, efusion de corazon, majestad y maternal ternura, que áun siendo escasa la dádiva, se antojaba cumplida y grande. Así pareció á los atrevidos caballeros que acudieron del campo á Westminster llenos de resentimientos, al ser objeto de ellas, recibíendolas con lágrimas de alegría y gritando entusiasmados: *¡Dios salve á la Reina!* Carlos I cedió la mitad de las prerogativas de la Corona á la Cámara de los Comunes, y la Cámara contestó dirigiéndole un Memorial de agravios (the Grand Remonstrance).

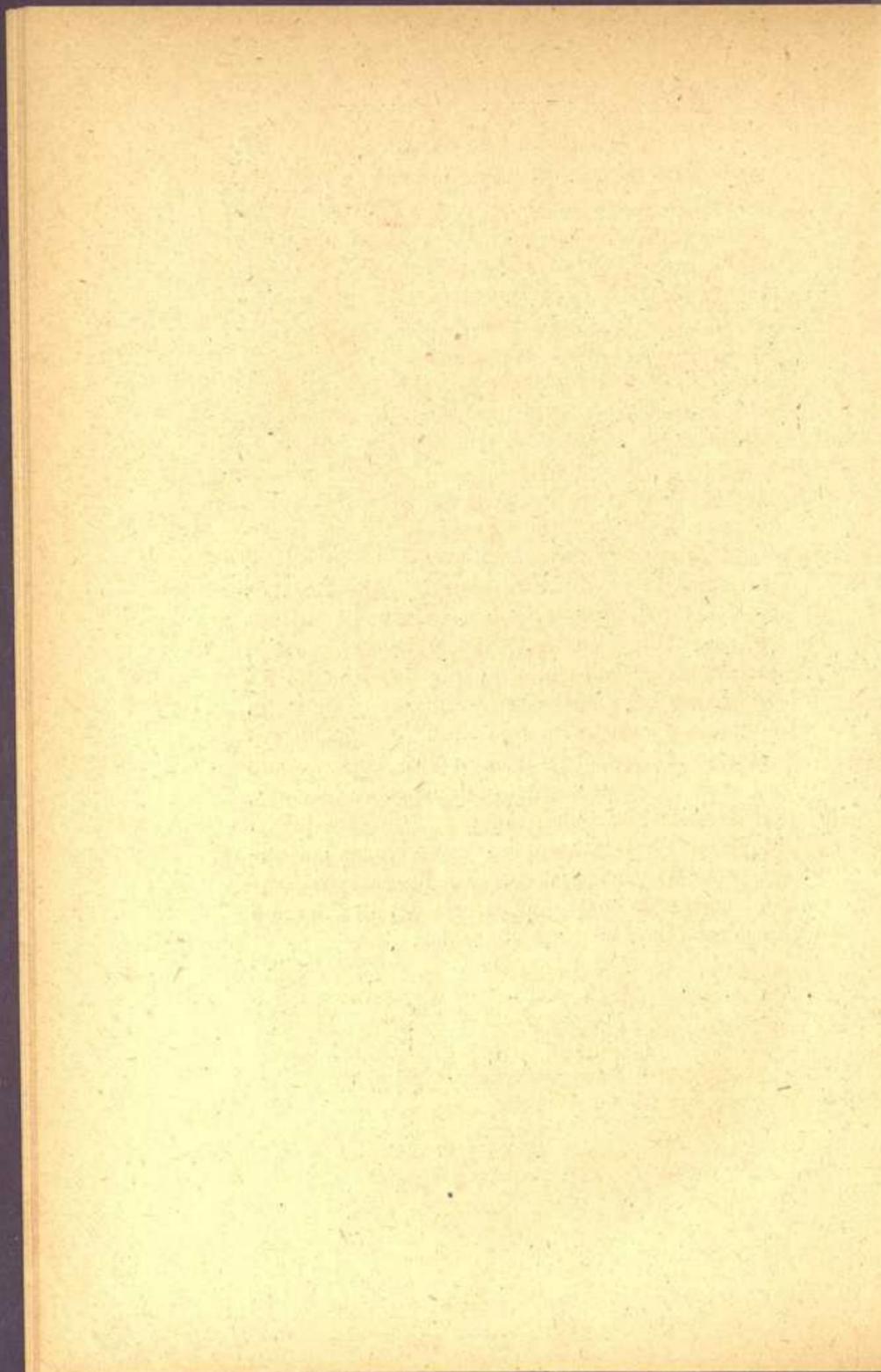
XX.

Nos habíamos propuesto decir algunas palabras acerca del grupo de ilustraciones cuyo centro era Isabel, de «los altivos varones, de las damas resplandecientes de galas y hermosura, y de los hombres de Estado, ancianos venerables de luenga barba (1),» que vió en sueños el último de los bardos de lo alto del Snowdon, rodeando á manera de aureola el trono de la Reina-Virgen (2); nos habíamos propuesto decir algo del discreto Walsingham, de Oxford el atrevido, del ameno Sackville y de Sydney, el perfecto caballero; queríamos hablar de Essex, ornamento de la corte, tipo de guerreros, dechado de hidalguía, Mecenas generoso del talento, á quien

(1) «Many a baron bold,
And gorgeous dames, and statesmen old
In bearded majesty.»

(2) Los ingleses designan con el epíteto de *Reina-Virgen* á Isabel porque nunca fué casada.—N. del T.

sus mismas grandes virtudes, su valor, su ingenio peregrino, la gracia de su reina y señora, el amor de sus compatriotas, todo, en fin, cuanto puede ser eficaz á la elevacion y engrandecimiento de los hombres, llevaron á morir prematura y vergonzosamente; queríamos hablar de Raleigh, guerrero, marino, sabio, cortesano, poeta, orador, historiador y filósofo, á quien imaginamos ya revistando la guardia real, ya dando caza á galeones españoles, ya pronunciando discursos en la Cámara de los Comunes, ya recitando alguna de sus tiernas y delicadas canciones amorosas acaso demasiado cerca de los oídos de cierta dama de la Reina, ya meditando sobre el *Talmud* ó colacionando á Polibio y Tito Libio; queríamos tambien decir algo de la literatura de aquella época brillante, y más todavía de los dos hombres incomparables, príncipe de los poetas el uno, de los filósofos el otro, que hicieron del siglo de Isabel era más ilustre y famosa en la historia del humano espíritu que lo fueron los siglos de Pericles, de Augusto y de Leon X; pero, como asunto tan vasto exige más espacio del que ahora tenemos, damos aquí punto á nuestra tarea, temerosos de que adquiera el presente ensayo proporciones tan extraordinarias que sean respecto de los ensayos usuales y corrientes lo que la historia del Dr. Nares á todas las demas historias conocidas.



DRYDEN.

*Poetical works of JOHN DRYDEN, 2 vols in 8.° London, 1836.**

Corresponde á Dryden por aclamacion el puesto más preferente y principal entre los poetas ingleses de segundo orden; y en verdad que su asiento es envidiable todavía, teniendo en cuenta el orden de las precedencias, quiénes son los primeros, y cuyos timbres ostentan en el libro de oro de la aristocracia intelectual. Y por si acaso esto no fuera bastante, la fama entiende, además, que si hubo algunos pocos que lo aventajaron en ingenio, ninguno ejerció influencia superior á la suya, ni tan extensa y duradera tampoco en el modo de pensar y escribir de los ingleses; como que su vida comprende un período importantísimo en el cual tuvo lugar trascendental revolucion en el buen gusto literario de sus compatriotas, y que representó en ella el papel de Cromwell. En efecto, así fué, y colocándose Dryden sin escrúpulos á la cabeza del movimiento hasta en sus mayores extravíos y licencias, consiguió dominarlo, encauzarlo y dirigirlo comple-

* El presente estudio vió la luz pública en la *Revista de Edimburgo* del mes de Enero de 1828.—N. del T.

tamente, y á fuerza de señalarse por su audacia entre los más temerarios, y por su temeridad entre los más rebeldes, se alzó, al fin, con la soberanía y quedó reconocido. Por tal modo, el que comenzó su carrera cometiendo los más insensatos excesos, la dió término en tranquila posesion de su poder, despues de promulgar nuevo código y de fundar nueva dinastía.

Puédese, no obstante, decir de Dryden, como de la mayor parte de aquellos hombres que se han distinguido en las letras ó en la política, que la línea de conducta seguida por él, y los resultados obtenidos, ántes fueron obra de las circunstancias en que se halló, que de sus cualidades personales. Pues hartó saben los que leen la historia con inteligencia cuánta es la falsedad contenida en los panegíricos é invectivas que atribuyen á ciertos individuos las grandes revoluciones morales ó intelectuales, la subversion de los sistemas establecidos y el nuevo carácter que toman los siglos; porque las diferencias entre los hombres no son tan grandes como lo entiende supersticiosa muchedumbre, siendo lo cierto solamente que los mismos afectos y pasiones que daban por resultado en la Roma pagana la apotheosis de un emperador popular, son los que han movido á los hombres en todo tiempo á fomentar ilusiones que sean eficaces á ponerlos en el caso de adorar alguna cosa. Y así como á virtud de una ley de asociacion de cuyo influjo no se libran completamente nunca ni las personas de mejor criterio, el dolor predispone al odio y al amor la dicha, áun cuando no puedan atribuirse la felicidad ni el sufrimiento á determinado individuo, y acontece por tanto que los enfermos desahogan su mal humor hasta en los mismos que los asisten y contemplan, y

que los hombres venturosos hasta con sus enemigos suelen ser magnánimos y apacibles; de igual manera el entusiasmo que produce á los pueblos el espectáculo de los grandes acontecimientos los predispone á forjar ídolos á quienes atribuirlos cuando no los hallan ya creados en la medida de su necesidad de adoracion. Así han caído grandes naciones en ciertas absurdas idolatrías dignas del Egipto, rindiendo culto á leños del calibre de Sacheverell y á reptiles de la especie de Wilkes; y así es también como pueden prosternarse delante de ciertas divinidades que recibieron de sus manos la traza que tanto mueve y excita su propia veneracion, y que habrían permanecido informes sin su discurso é industria, concluyendo por persuadirse de que son ellos las criaturas de lo mismo que crearon. Pero no son los hombres, por más esfuerzo que hagan, los artífices de su siglo, sino este quien los amolda y les imprime su carácter. Cierto es que los grandes ingenios influyen sobre la sociedad que los ha hecho tales cual son; mas con esto su obra se reduce á devolver aquello mismo que recibieron, adicionado de los intereses. Los protestantes alaban á Bacon y censuran á Santo Tomás de Aquino; pero si los hiciéramos cambiar de puesto, Bacon hubiera podido ser el Doctor angélico, el discípulo más sutil acaso que produjera la filosofía de Aristóteles, y el dominico sacar las ciencias de la casa de servidumbre. Si Lutero hubiera nacido el siglo x, no habría hecho la Reforma, y si no hubiera nacido, es evidente que se habría verificado el siglo xvi un gran cisma en la Iglesia. En tiempo de Luis XIV Voltaire hubiera sido probablemente celoso jansenista como la mayoría de los literatos de la época, y representado importantísimo papel entre los defensores de la gracia

eficaz, y atacado de una manera muy acerba la moral relajada de los jesuitas y los desrazonables acuerdos de la Sorbona. Si Pascal hubiera entrado en la carrera literaria en tiempos de más general ilustracion y cuando fueron los abusos más evidentes, cuando Dubois Iscariote deshonoraba la Iglesia, y las orgías de Canillac afrentaban la corte, y la nacion francesa era víctima de los escamoteos de Law; si hubiera vivido bastante para ver una dinastía de mujerzuelas, un erario exhausto, un ejército temible sólo para quienes debiera proteger, y un clero que profesaba por religion la intolerancia, es posible que Pascal hubiese participado de las preocupaciones absurdas contra la monarquía y el cristianismo que concibieron todos los hombres de talento que á la sazón se hallaban en Francia, y que la sátira que redujo á la nada los sofismas de Escobar, la elocuencia que defendió tan calurosamente á las religiosas de Port-Royal, y la entereza que no doblegó en ningun caso el poder pontificio, habrian sido eficaces á elevarlo al rango de patriarca en la Iglesia filosófica. Se discutió mucho y por largo tiempo para inquirir si la honra de haber inventado el sistema de las fluxiones corresponde á Newton ó á Leibnitz, y el resultado ha sido saber que ambos hicieron el descubrimiento simultáneamente, lo cual, si bien se examina, en el estado que se hallaban las matemáticas entónces, nada tiene de extraño, pues en virtud de ellas, á no existir ninguno de estos grandes hombres, cualquiera otro sabio hubiese descubierto sus principios al cabo de algunos años. La teoría de la renta, que admiten al presente todos los economistas, fué planteada, ó, mejor dicho, revelada simultáneamente por dos publicistas que nunca tuvieron comercio de ideas; pero como quiera que

los especuladores se preocupaban hacia tiempo del asunto sin vagar, la menor circunstancia hubiera sido causa de su descubrimiento en plazo no lejano. Lo propio acontece, á nuestro parecer, con todos los descubrimientos que han enriquecido el caudal del saber humano; pues sin Copérnico, hubiéramos poseido su sistema; sin Cristóbal Colon, se habria descubierto la América, y sin Locke nos hallaríamos en posesion de la teoría del origen de las ideas en la inteligencia: que la sociedad, del propio modo que la tierra tiene montes y valles y llanuras inmensas, tiene grandes hombres y medianos, y muchedumbres; mas las desigualdades de la inteligencia, lo mismo que las desigualdades de la superficie del globo, influyen tan poco en proporcion de la masa, que puede hacerse abstraccion de todas ellas al calcular sus grandes revoluciones. Y así como las partes más elevadas de nuestro planeta reciben los rayos del sol cuando todavía no ha parecido en el horizonte, así las inteligencias superiores descubren la verdad ántes de ser evidente á la multitud; quedando reducida toda su obra no más que á ser los primeros en recoger y reflejar la luz que, sin su auxilio, se habria hecho visible un momento despues á la generalidad.

Puédese tambien decir lo propio de las bellas artes; porque las leyes á las cuales obedecen así el progreso como la decadencia de la poesía, de la pintura y de la escultura, funcionan con la misma regularidad que las que rigen el curso de las estaciones y su vuelta, y los períodos de abundancia y de miseria, y así, los que parecen dirigir el espíritu público y el buen gusto no son generalmente sino sus precursores en el rumbo que toma de su propio movimiento. Y pues no podrian ser bien com-

prendidos los méritos y los defectos de Dryden sin persuadirse debidamente de las leyes indicadas, expondremos ahora cómo las percibe nuestro entendimiento, empezando por decir que los tiempos que produjeron las obras maestras de la imaginación no han sido aquellos inspirados del mejor gusto y regidos de sus pragmáticas, cual si las facultades creadoras y las críticas no pudieran conseguir juntamente su más alto grado de perfección; fenómeno cuya causa es fácil, en nuestro concepto, de señalar.

Del propio modo que quien sabe desmontar una máquina y conoce perfectamente cada rueda y resorte y sus aplicaciones puede, mejor que quien ignora la mecánica, construir un aparato de igual fuerza, en todos los ramos de las ciencias morales ó físicas que consienten análisis exactos puédesse combinar desde el punto que se puede disolver. Mas el análisis á que la crítica puede someter la poesía es incompleto de necesidad, en razon á existir en ella un elemento que no lo resiste y que escapa siempre á sus investigaciones, siendo precisamente aquel que constituye su esencia y á virtud del cual la poesía es poesía. Porque si el lector discreto descubre fácilmente las imágenes forzadas en las descripciones de la naturaleza, nunca logra explicar el arte de quien, valiéndose de pocas palabras, evoca lugares, por ejemplo, á sus ojos con tanta verdad y exactitud, que luégo los conoce cual si hubiera pasado su infancia en ellos; misterio tanto más inexplicable, cuanto que aquello mismo descrito por otro, aunque se valga de los mismos materiales, del mismo follaje, y de las mismas aguas y flores; aunque no cometa la más leve inexactitud, ni diga cosa ninguna superflua, ni omita nada necesario al conjunto de la

descripción, ningún efecto produce, como no sea el que pudiera causar la lectura del anuncio de una casa de campo, vg., puesta de venta, con jardín poblado de árboles y plantas, y fuentes, y lagos, y cenadores, y vistas deliciosas.

Pongamos otro ejemplo. El lector más superficial de Shakspeare comprende los grandes rasgos del carácter de Hotspur, su valor extraordinario, su amor á la gloria, su natural desdeñoso, altivo y bizarro, y la facilidad con que se dejaba llevar de sus caprichos sin preocuparse de las susceptibilidades que pudiera herir ni de las enemigas que pudiera provocar. Pero como la crítica no pasa de ahí, resulta que algo falta en la pintura, pues con todas estas circunstancias y cuantas logre descubrir el observador más prolijo y concienzudo para inscribirlas en el catálogo de las cualidades y defectos de Hotspur, puede reunir las el hombre sin ser por eso un Hotspur; y así es, en verdad, porque cuanto hemos dicho de él se acomoda perfectamente á Falconbridge, y sin embargo, la mayor parte de los discursos de Hotspur sentarian mal en su boca. Lo cual nada tiene de extraño, y acontece á cada paso en la vida, pues hallamos siempre grandes contrastes en personas que describiríamos casi de idéntico modo si hubiéramos de hacerlo, costándonos en ese caso grandísimo esfuerzo indicar siquiera diferencia entre unas y otras, siendo empero evidente que nos producen muy diversas impresiones, y que no alcanzamos á explicarnos que aquéllos hablen y se muevan como éstos y viceversa. Supongamos que un naturalista quisiera describir un animal, un puerco-espín, por ejemplo, á quienes nunca lo hubieran visto: el puerco-espín, diría, es un mamífero del orden de los Glirianos, tiene bigotes, mide dos piés

de largo, trae cuatro dedos en cada pata delantera y cinco en las traseras, dos incisivos salientes en cada mandíbula y ocho muelas, y su cuerpo está cubierto de cerdas y púas. Dicho esto, ¿quién de sus oyentes se habría formado idea exacta del puerco-espin? ¿Habría dos entre ellos que lo imaginaran de igual modo? De todas suertes no hay dudar en un punto, y es en cuanto á que podría existir infinita variedad de animales con los mismos caracteres indicados, y sin la menor semejanza entre ellos. Ahora bien, lo que á un verdadero puerco-espin es la descripción del naturalista, son á la pintura y la poesía las observaciones de la crítica, la cual no logrará reconstituir de una manera perfecta lo que descompone imperfectamente; siendo por tanto tan imposible producir un Macbeth ó un Oteló, invirtiendo procedimientos de análisis, incompletos al punto que acaba de verse, como al anatomista reconstruir un hombre y animarlo con los despojos de una sala de disección. Y esto es así, porque en ambos casos escapa el principio vital á los instrumentos más sutiles, y se desvanece no bien se toca el punto en que reside; siendo por esta causa los poemas cuyos autores todo lo fian al talento crítico, catálogos de virtudes y defectos en lugar de imágenes de la realidad, y los caracteres que trazan, alegorías, y los tipos que presentan, virtudes cardinales ó pecados mortales, no seres humanos virtuosos ó corrompidos; como que quien las lea creerá encontrarse rodeado de los personajes del *Viaje del Peregrino*, de Bunyan.

Dícese generalmente que no basta el discernimiento crítico para formar poetas; y aunque no se dice con tanta claridad por qué les impide serlo, á nuestro parecer estriba todo en que la poesía exige

convicción y no crítica. Pues los que sienten más profundamente la poesía, y mejor transmiten al papel aquello que les dicta, son los que olvidan que sea obra de arte y que hacen de sus cuadros, como de las realidades que representan, motivo de sus lágrimas ó de sus alegrías, de su indignación ó de su benevolencia, no de estudios periciales sobre la materia; los que se hallan bajo el influjo de la ilusión de tal manera que no se fijan en el genio que la produce; los que se preocupan tanto de la suerte de Ulises en la caverna de Polifemo que no atienden al juego de palabras sobre *Utiis*, y los que olvidan á Shakspeare mientras lloran y maldicen con el rey Lear. Pero si sólo persuadiendo al público de las creaciones de su imaginación es como el hombre se hace poeta; sólo tratando estas creaciones como fantasías, y analizándolas en la medida de lo posible para restituirlas á sus elementos, es como se hace crítico, advirtiendo que tan luego percibe á virtud de esto el talento del artista, desaparece por completo el encanto.

Bastan á nuestro parecer las consideraciones expuestas para explicar los errores en que han caído los más claros ingenios al proponerse fijar reglas generales para la composición ó pronunciar juicios sobre las obras de otros. Pues no teniendo costumbre de analizar lo que sienten, síguese de aquí que relacionan constantemente sus impresiones con causas que no pueden haberlas producido, y cuando disfrutan leyendo un libro, no consideran que acaso aquel placer sea efecto de las ideas que haya evocado en ellos una palabra insignificante al tocar el primer eslabón de una cadena de pensamientos que sólo está en su propio espíritu y que tal vez han supuesto en el autor de las bellezas que admiran.

Cervantes, por ejemplo, encanta con su novela inmortal del *Quijote* á cuantos tienen la dicha de leerla; no hay en Europa quien no se deleite repasando sus capítulos, áun en las peores traducciones, y que no conozca la triste figura del andante caballero y la cara mofletuda de Sancho; y los críticos más expertos y descontentadizos se admiran de la extraordinaria perfeccion de un arte que, sin faltar á los respetos debidos en ningun caso, logra mover á risa constante con la mayor de las calamidades humanas; y no ménos se sorprenden de la maestría, delicadeza y soltura de pincel de quien supo hacer por todo extremo risible un tipo sin menoscabar su mérito, su dignidad y su caballería. Mas al propio tiempo hay en el *Quijote* algunas disertaciones acerca de los principios del arte poético y dramático, que con ser la parte más laboriosa y esmeradamente trabajada de la obra, son de tan escasa importancia, que acaso no merecerian en nuestros dias ver la luz pública en la seccion literaria de un periódico político.

Los lectores de la *Divina Comedia* no pueden ménos de quedar sorprendidos con las muestras de respeto que da el Dante á ciertos escritores que no le igualaban ciertamente; pues ni áun se atreve á levantar los ojos delante de Brunetto, cuyas obras completas valen ménos que el más inferior de sus cien cantos, ni es osado á colocarse al nivel del enfático Stacio, ni su admiracion por Virgilio merece otro nombre sino el de idolatría completa y absoluta. Despues de todo, si se tratara de la diction elegante, armoniosa y espléndida del poeta romano, nada tendria de extraño; pero es lo cierto que ántes ensalza y aplaude como autoridad en órden á todas las cuestiones filosóficas la *Eneida*, que no á título

de obra de imaginacion, porque considera los pasajes más usuales del poeta cual si fueran profundísimos oráculos é insondables arcanos, pareciéndole su guía océano de ciencia y foco intensísimo de luz. Pero si Dante califica de esta suerte á Virgilio, los italianos del siglo xiv calificaron á Dante de igual modo; y áun cuando estaban orgullosos de él, lo alababan en toda ocasion, acuñaban medallas con su efigie, se disputaban la honra de guardar sus cenizas y retribuian maestros para explicar sus obras; aquello que les admiraba no era ciertamente la imaginacion poderosa que dió el sér á nuevos mundos, y familiarizó con sus espectáculos, sus magnificencias y hasta con sus más leves rumores los ojos y los oidos del espíritu; ni hablaban casi de aquellas creaciones terribles ó seductoras que comentan los críticos modernos con singular complacencia: Farinata, erguida, tranquila y altiva en su lecho de fuego eterno; Sordello, reposado y silencioso cual soñoliento leon, ó Beatriz, la de celestial sonrisa; sino que celebraban en el gran poeta los fragmentos de historia y de literatura, su lógica y su teología, su fisica tan absurda y su metafisica más absurda todavía, todo, en fin, excepto lo admirable y verdaderamente digno de alabanza. Y como el loco de la fábula que destruyó su casa buscando el tesoro que vió en sueños escondido bajo los cimientos, desmenuzaban una de las obras más ilustres y famosas del ingenio humano para descubrir tesoros de ciencia que suponian ocultos en ella, no existiendo sino en sus insensatas imaginaciones. Nada eran los pasajes de mayor belleza, nada las magnificencias del estilo y las descripciones incomparables de Dante, miéntras no se hubieran pulverizado, por decirlo así, ó contrahecho hasta el pun-

to de hacerles expresar monstruosas ó bárbaras alegorías; y todo, los sermones acerca del destino y el libre albedrío; ó las ridículas teorías astronómicas en que se pierde, reservando para unas y otras cosas los aplausos que habrían debido tributar á los versos terribles que revelan los misterios de la torre del hambre, ó que sirven para narrar la trunca historia tan luctuosa de aquel amor culpado y vehemente.

No decimos con esto que los contemporáneos de Dante hayan leído indiferentes la historia de Ugolino dirigiéndose á tientas por entre los cuerpos demacrados de sus hijos, ni la de Francesca estremeciéndose al contacto de tímido beso y dejando caer de las manos el libro fatal, sino que sintiéndolas más fuertemente que nosotros, las admiraban ménos, acaso por esto mismo; pues los progresos de un pueblo que pasa de la barbarie á la civilización, producen cambios parecidos á los que se verifican en el progreso de un individuo que pasa de la infancia á la edad madura. ¿Quién no recuerda con melancolía su primera lectura de *Robinson Crusoe*? Entónces no estábamos en el caso de apreciar el talento del autor, ó mejor dicho, poco nos importaba que tuviera el libro autor ó no, y nos parecía que *Robinson* era inferior á ciertas rapsodias de Macpherson sobre Foldath el ceñudo, y Striadona la del blanco seno; ahora, en cambio, no estimamos á Fingal y á Temora sino como ejemplos de la facilidad con que puede acreditarse una historia y de lo poco que necesita un libro á las veces para ser popular, pero formamos mejor concepto de la obra de Daniel Defoe; reconocemos la mano maestra del autor en mil detalles que ántes pasaban inadvertidos, pero al propio tiempo que comprendemos ma-

por y percibimos el mérito de la narracion, nos interesa ménos. Ni tampoco podia ser de otra suerte, porque los tiempos aquellos en que se nos antojaban realidades las contenidas en el *Robinson*, cuando inspirados de su lectura querfamos poner en ejecucion sus lecciones, haciendo carretas y sillas, y perforando cuevas, y labrando cabañas en el jardin de la casa paterna, ya no volverán para nosotros. Así son las leyes de la naturaleza humana, en cuya virtud á medida que va madurando el juicio, la imaginacion se debilita, flaquea y empobrece: que no es posible gozar al mismo tiempo del perfume de las flores primaverales y de la sazón de los frutos del estío y del otoño; del placer que ocasionan las investigaciones exactas y de los amables errores é ilusiones; ni asistir simultáneamente á la comedia desde las butacas y los bastidores; ni participar en las obras de magia de las mismas impresiones que los concurrentes del patio si vemos la maniobra del telar y oimos las voces del tramo-yista.

Y á este propósito nos parece que desarrolla tan completamente nuestra proposicion el capítulo en el cual Fielding describe las impresiones de Partridge en el teatro, que no podemos prescindir de su concurso, citando lo más sustancial de él.

«Partridge, dice, creyó tanto en el actor Garrick cuanto habia dudado de Jones, y asistiendo á la representacion del *Hamlet*, se puso á temblar de tal suerte que sus rodillas daban una contra otra. Y como Jones le preguntara qué tenía, y si era miedo del guerrero que veia en la escena, Partridge le contestó:—Bien comprendo ahora que todo pasa como deciais; no tengo miedo de nada, ni hay tampoco motivo para ello, siendo comedia no más; y

áun cuando fuera ese que vemos verdadero fantasma, está tan lejos de mí y hay tanta gente á mi alrededor, que no creo pudiese hacer mucho daño; pero tambien me parece que si tuviera yo miedo, no sería el único en tenerlo.—Vamos, repuso Jones, dí la verdad; eres un cobarde y tienes miedo.—Llamadme como queráis; pero si ese hombrecillo que está en las tablas no teme nada, os aseguro que no he visto nunca á nadie con miedo... Y dicho esto, Partridge seguía mirando la escena de hito en hito, sin quitar los ojos del fantasma y de Hamlet, reflejando en su fisonomía todos los movimientos que se sucedían en la del Príncipe... Concluido el espectáculo, Jones le preguntó cuál de los actores prefería.—El Rey, sin duda ninguna, le contestó, con muestras de mal humor y un tanto incómodo de la pregunta.—En verdad, Mr. Partridge, dijo entonces Mrs. Miller, que no teneis el mismo parecer que los demas; pues todo el mundo está conforme en que á Hamlet lo representa el mejor actor que se haya visto nunca en la escena.—¡El mejor actor ese! prorumpió Partridge, sonriendo de una manera despreciativa. ¡Yo representaría como él! Y luego, prosiguió, en esa escena, ó como la llameis, entre él y su madre, precisamente cuando me digisteis que lo hacía tan bien, no hay hombre de corazón á quien le haya tocado una madre semejante que no haga lo mismo. Burlaos de mí, señora, si os place, cuanto queráis; pero si no he visto hasta ahora comedias en Lóndres, las he visto en mi pueblo, y sé apreciar lo que hace el Rey, pronunciando todas las palabras correctamente y en voz más alta que el otro, comprendiéndose desde luego que representa.»

En este bellissimo pasaje, Partridge aparece crítico

detestable del arte trágico; pero los que se burlan de él demuestran ser aún más insensibles todavía é incapaces de apreciar los talentos que él no comprende, pues si admira lo malo, también se conmueve al llegar á las escenas importantes; y como la manera de representar de Garrick lo impresiona realmente y lo perturba, lo cree inferior al cómico enfático y pretencioso que hace de rey. Esto mismo acontece siempre allí donde los espectadores entienden el teatro á la manera de Partridge, no siendo posible que los actores representen á la perfeccion ciertos papeles sin exponerse á ser silbados y á recibir una lluvia de proyectiles además. Lo propio aconteció é iguales efectos produjo en la imaginacion ardiente y creadora de los espectadores griegos el arte dramático en su infancia: como que refieren las historias cuán grande indignacion les produjo y cuánto reprocharon á Esquilo las terribles emociones que les causaron sus Furias. Herodoto dice que cuando Phrynicho puso en escena su tragedia de la ruina de Mileto, lo condenaron á mil dracmas de multa en castigo de haber atormentado á los espectadores con una obra tan patética; y considerándolo no como grande artista, sino como criminal autor de su martirio, cuando salieron de aquella pesadilla tan horrible lo trataron cual hubieran podido hacerlo con un mensajero de malas nuevas forjadas de su fantasia. Y esto mismo acontece también á los niños cuando se les acerca quien trae puesta una máscara medrosa, porque los asusta de tal modo que, aún cuando le hayan visto colocársela, como quiera que su imaginacion es más fuerte que su razon, piden á gritos que se despoje de aquello que les infunde miedo. Así haríamos también los hombres si el sufrimiento y el horror que

nos causan las obras de imaginacion fuera tan intenso que llegase á ser insoportable; mas no acontece así porque tales emociones son comparativamente tan débiles y flojas en nosotros, que muy raras veces nos turban el apetito y el sueño, dejándonos siempre la presencia de ánimo necesaria para remontar á sus causas y apreciar el talento de quien las produce; y apartando, entónces, el ánimo de las escenas ó de las imágenes que nos han conmovido y hecho verter lágrimas para fijarlo en el arte que las escogió y combinó tan hábilmente, con los aplausos que tributamos á nuestra propia penetracion y sensibilidad, nos consolamos de la flaqueza demostrada.

Sin embargo, áun cuando creemos que sea eficaz el progreso de los pueblos á desarrollar las facultades de la razon á expensas de la imaginacion, la regla ofrece tambien excepciones aparentes; y decimos aparentes, porque no estamos persuadidos de que sean reales y verdaderas. Pues si bien se razonaba mejor en tiempo de Isabel, por ejemplo, que no en tiempo de Egbert, y era mejor la poesia, débese distinguir entre la poesia facultad del espíritu y la poesia obra de esa misma facultad; que en este último caso, no sólo depende la perfeccion de la poesia de la virtud imaginativa, mas tambien de los instrumentos de que se vale; siendo, por tanto, posible que haga progresos la poesia en cierto modo y hasta cierto punto, miéntras la facultad poética pierde su fuerza: como que nunca guarda proporcion la vitalidad de la obra producida con la del original que se agita en el alma del autor, segun vemos demostrado en la pintura y escultura más principalmente. Porque quien se propusiera esculpir una estatua sin saber manejar el cincel ni haber estudiado la anatomía del cuerpo humano, áun cuando tuviera

el ingenio de Canova, produciria una figura con mucho inferior al mascarón de proa más grotesco y groseramente trazado: Rafael mismo, si hubiera emprendido un cuadro sin estar iniciado en los misterios del arte, sólo habria conseguido manchar el lienzo de mala manera; cosa, dicho sea de paso, que le acontecia en sus primeros tiempos, si hemos de dar crédito á los inteligentes. Y no obstante, ¿podrá esto atribuirse á defecto de imaginacion en el gran artista? ¿Quién dudará de la infinita muchedumbre de séres hermosos que poblaría el mundo ideal de su juventud? ¿Quién será capaz tampoco de atribuir á un cambio sobrevenido en la constitucion de su espíritu la diferencia esencialísima que se advierte al primér golpe de vista entre sus primeros ensayos tan torpes y su admirable *Transfiguracion*? Así en la poesía como en la pintura y la escultura, la imitacion necesita conocer bien aquello que quiere imitar y ser experta en la parte mecánica del arte; y como el talento no es eficaz á proveer de vocabularios, ni enseña tampoco cómo son las palabras que mejor y más exactamente pueden expresar las ideas y hacerlas comprensibles á los otros con mayor perfeccion, todo el talento imaginable será en vano para trasformar en gran poeta descriptivo á quien lo posea, mientras no haya contemplado el aspecto de la naturaleza y dándose cuenta de él, ni en grande autor dramático, mientras no haya experimentado y observado mucho la influencia de las pasiones en el corazón humano: siendo por tanto necesarios la experiencia y el trabajo, no para vigorizar y robustecer la imaginacion, que tanto es más poderosa cuanto es el hombre ménos capaz de razonamiento, como acontece con los salvajes, los niños, los locos y los soñadores,

sino para facilitar al artista los medios de transmitir al público sus propias emociones en el modo y forma ocasionados á producir efecto.

La imagacion ejerce despótica influencia en los siglos de barbarie, porque la percepcion de lo ideal es en ellos tan viva que triunfa de todas las pasiones del alma y de todas las sensaciones del cuerpo. En el principio, el fantasma surge y queda envuelto en impenetrable misterio, á la manera de tesoro escondido, de poesia sin palabras, de cuadro de invisible pintura, de música silenciosa, de sueño cuyas penas y alegrías sólo existen para el soñador, de amargura intensa, profunda y oculta, inadvertida de todos excepto del corazon que la padece; de alegría gozada no más de aquel que la siente. Y como los medios de comunicarse las ideas son aún groseros é imperfectos entre los hombres, anchos y profundos abismos separan á unos de otros los espíritus. Las artes de imitacion no existen todavía ó se hallan en estado primitivo; pero las acciones de los hombres bastan á demostrar que la facultad generadora de ellas está ya enferma: no inspira todavía el genio del artista; pero ya es distraccion del día, terror de la noche y manantial inagotable de supersticiones absurdas: como que trasforma las nubes en personajes gigantes y los mugidos del viento en lamentaciones doloridas de seres errantes é invisibles que pueblan el espacio; y la fe que inspira es más completa y absoluta que la fe que pudiera producir la evidencia, y es tan fuerte como la suministrada por nuestras propias sensaciones. ¡Cómo, si no, el árabe asaeteado en la batalla, y próximo á espirar, veia moribundo la virginal sonrisa de la huri de ojos negros y rasgados que lo llamaba con su pañuelo verde para llevarlo al paraíso, y el guer-

rero escandinavo reia en las ansias de la muerte, pensando en el hidromel de Walhalla!

Las primeras obras de la imaginacion son febles y groseras, como ya dijimos, no por defecto de talento, sino de materiales, pues Fidiás mismo nada hubiera podido hacer con un tronco de árbol y una espina de pescado, ni Homero tampoco á ser su lengua la de Nueva-Holanda.

Empero, imperfectos y rústicos como son necesariamente los primeros ensayos producen inmenso efecto, supliendo la vivacidad de impresiones de quien los escucha y ve todo aquello que les falta. ¿Quién no ha visto extasiarse de alegría á una niña de seis años con su muñeca cuando del juguete hace la inocente criatura su amiga y compañera inseparable, y la mima, y la contempla, y la viste, hablándole siempre? ¿No proporcionan á los hombres los ángeles cincelados por Chantrey, con ser maravillas de arte, la mitad del entusiasmo que á la cándida niña la tosca muñeca de dos pesetas regalo de su madre! Lo propio acontece con los salvajes, á quienes conmueven y agitan y admiran más las groseras composiciones de sus bardos que á los pueblos civilizados las obras maestras de los grandes poetas.

Con el tiempo se pulimentan y perfeccionan los instrumentos que la imaginacion emplea, y áun cuando los hombres no tienen más imaginacion entónces que tuvieron sus rudos antepasados, sino mucha ménos, á nuestro parecer, las obras de imaginacion que producen valen mas; y á contar de ese instante y por cierto espacio se compensa cumplidamente la merma de las facultades poéticas con la reforma de todos los medios que reclaman esas mismas facultades, llegando en ese punto la hora

del reinado efímero de la perfección sublime, pasado el cual y á virtud de causas invencibles empieza la decadencia de la poesía. Porque los progresos del lenguaje que le fueron favorables al principio, se tornan funestos para ella, y léjos de compensar el empobrecimiento de la imaginación, parecen precipitar su decadencia y ponerla más de relieve; habiendo acontecido con esto lo propio que al aventurero de las *Mil y una noches* con el unguento maravilloso, pues si al ponerlo sobre uno de sus ojos luego al punto vió todas las riquezas ocultas en las entrañas de la tierra, cuando, creyendo ver más, lo puso también sobre el otro párpado, quedó ciego instantáneamente. Así fué para los ojos del cuerpo el elixir encantado, como es para los del espíritu el progreso del idioma, que comienza por evocar un mundo de ilusiones prodigiosas, y cuando se hace rico y alcanza la plenitud de su fuerza destruye y acaba por completo la facultad de ver con el alma.

Y como á medida que se desarrolla y progresa el humano espíritu los signos que sirvieron otro tiempo á suscitar imágenes vivas llegan á sustituirlas de todo en todo, los hombres civilizados piensan como trafican, no cual lo hacian en lo antiguo en especie, sino á virtud de una moneda legal y corriente. Las ciencias se desarrollan y prosperan en esos casos rápidamente y como ellas la crítica; mas no la poesía en el sentido elevado de la palabra, que decae y desaparece poco á poco, llegando con esto la decrepitud de las bellas artes y su segunda infancia, tan débil como la primera, pero sin aquellas esperanzas que la hermozeaban. Entónces son los tiempos de la poesía crítica, de la poesía llamada así por atención y comedimiento, de la poesía que ántes

viene á ser producto de la memoria, del discernimiento y del ingenio que no de la imaginacion; poesia cuyo mérito reconocemos en gran número de casos, sin discutir con los que dan á sus obras más importancia que á los grandes poemas de otras épocas posteriores, sosteniendo solamente que pertenecen á otro género de composiciones y que son producto de otra facultad.

Conforta el ánimo pensar que progresa esta escuela de poesia critica juntamente con la ciencia, cuyo nombre lleva, y que la critica, del propio modo que las demas ciencias, sigue su camino hácia la perfeccion; comprendiéndose mejor los principios á medida que se multiplican los experimentos.

En algunos paises, en Inglaterra, por ejemplo, ha mediado un intervalo entre la caida de la escuela creadora y el advenimiento de la escuela critica; período en el cual cayó la imaginacion en la decrepitud, estando todavía el buen gusto en la infancia; interregno revolucionario que, como todos los de su especie, fué abundantísimo en extravagancias de todo género.

Pero si el buen gusto prevalece á seguida sobre las exageraciones y amaneramientos inseparables de semejante situacion y modo de ser; como la critica no es todavía lo que debe, sino incompleta, confunde lo accidental y lo esencial, y deduce teorías generales de los hechos aislados. Véase, si no, qué sucedió en Francia y en Inglaterra, donde se ocuparon otro tiempo los literatos en averiguar cuántas horas debia durar la accion de un drama ó comedia, y cuántas comparaciones cabian en el primer libro de un poema épico, y si una obra que tiene principio y fin no podria prescindir de medio, y otras muchas cosas más tan pueriles como las

apuntadas. En casos tales, revelan los poetas la estrechez de miras y debilidad consecuentes á la crítica que los ha formado; y si su timidez les preserva de incurrir en absurdos de cuenta, sacrifican en cambio y sin cesar la naturaleza y la razon á las leyes arbitrarias del gusto, cometiendo á cada paso faltas gravísimas por sí mismas, en su deseo de no incurrir en ninguna de las prohibidas por el código ridículo á que se sujetan. No decimos con esto que les fueran superiores sus antepasados; pero áun siéndoles inferiores, y en punto á crítica más principalmente, les aventajaban en aquello que no dependia de la crítica, como ya hemos procurado demostrarlo, escribiendo bien y juzgando mal.

Con el tiempo logran formarse los hombres idea más razonable y espaciosa de la literatura; el análisis de la poesía, que no puede seguir siendo siempre imperfecto, se acerca más y más á la verdad; se aprecia en su justo valor el mérito de los modelos admirables de la antigüedad; no se tasan en más de lo que valen las frias producciones de cierta época posterior; aparecen imitaciones agradables é ingeniosas de los grandes maestros; en parte, renace la poesía, pudiendo decirse de esta su resurreccion lo propio que del veranillo de San Miguel, el cual, tras larga serie de dias desapacibles y malos, nos recuerda los esplendores del mes de Junio; y se recoge segunda cosecha, entónces, aunque inferior á la primera por no consentirla igual el cansancio del suelo. Así es como en nuestros dias Monti consiguió imitar con éxito y aplauso el estilo de Dante, y algunos autores ingleses recordar la inspiracion del reinado de Isabel; pero ni la Italia producirá otro *Inferno*, ni la Inglaterra otro *Hamlet*. La belleza de las imitaciones modernas, con ser mucha, nos causa

efecto parecido al de las flores dispuestas artísticamente y colocadas en jarrones y tibores sobre las mesas de una sala, y que contemplándolas, nos trasportan del lugar en que las vemos á los apartados retiros silenciosos donde abrieron sus capullos con exuberancia natural, llenas de aquella lozania, color y vida que no tienen ya en medio de la magnificencia y grandeza artificial que las rodea. Y si nos fuera lícito emplear otra imágen que aún expresara mejor nuestro pensamiento, la tomaríamos tambien de labios de la reina Scheherazada, y compararíamos el suceso de los escritores de la escuela dicha con el de los artifices que recibieron encargo de acabar la ventana incompleta del palacio de Aladin; porque despues de haberse puesto en ejecucion cuanto el arte y la riqueza combinados pueden hacer de más prodigioso; despues de saquear palacios y bazares para descubrir piedras preciosas, y despues de apurar ingenio, habilidad y perseverancia en su colocacion, todos los esfuerzos humanos fueron nada para producir algo comparable siquiera con las maravillas y portentos que un espíritu superior realizó en el espacio de una sola noche.

La historia de todas las literaturas que conocemos confirma, en nuestro sentir, los principios que acabamos de sentar. En Grecia vemos la escuela de la imaginacion degenerar poco á poco en escuela crítica: Sófocles sucede á Esquilo y á Píndaro; Eurípides á Sófocles, y á Eurípides los versificadores alejandrinos, entre los cuales solamente Teócrito nos dejó producciones dignas de leerse. Pero aquellas maravillas tan prodigiosas y grotescas del teatro antiguo, tan ricas de colores brillantes, pobladas de tanta muchedumbre de séres fantásticos, animadas de música suave y melodiosa y de las risota-

das de los duendecillos, desaparecieron para siempre. Las obras más selectas del teatro moderno las conocemos solamente por medio de buenas traducciones latinas; pero si, á juzgar de ellas y de las palabras de los críticos antiguos, es evidente que los originales rebosaban de gracia, elegancia, ingenio y buenos sentimientos, no lo es ménos que ya no palpita en ellos el poder creador; y que si Julio César pudo llamar con razon á Terencio *medio* Menandro, hartó probó con esto que Menandro no valia la cuarta parte que Aristófanes.

La literatura romana fué continuacion de la griega; y como los discipulos partieron del punto á que habian llegado los maestros con el esfuerzo de generaciones sucesivas, puede muy bien decirse que les faltó completamente casi el período de invencion original; como que los únicos poetas latinos cuyos escritos demuestran imaginacion vigorosa son Lucrecio y Catulo, y que no ha producido nada superior á sus mejores pasajes el siglo todo de Augusto.

En Francia, un bufon famoso demostró más talento que la corte de Ninon de Lenclos y de Mad. Geofrin, y aunque parezca extraño, débese decir que sus sucesores literatos han sido tan circunspectos y fastidiosos como maestros de ceremonias.

En España é Italia sufrió la poesía igual trasformacion; pero en ninguna parte fué tan rápida y completa como en Inglaterra, donde los mismos que aplaudieron en su infancia la primera representacion de la *Tempestad*, pudieron leer ántes de ser viejos los primeros poemas de Prior y de Addison; cambio que debia, en nuestro concepto, verificarse más tarde ó más temprano; pero cuyo desenlace y carácter precipitaron y modificaron los sucesos po-

Iticos de la época, y más principalmente dos circunstancias: la prohibicion de los espectáculos teatrales durante la República, y la Restauracion de los Estuardos.

Hemos dicho ántes que las facultades críticas y las poéticas son, no solamente diversas, mas incompatibles casi, y añadiremos ahora que prueba la exactitud de nuestra observacion el estado de la literatura inglesa durante los reinados de Isabel y de Jacobo I, por haber sido entónces cuando parecieron las obras de imaginacion más extraordinarias que se hayan conocido en el mundo y ser al propio tiempo el gusto nacional de lo peor que pueda imaginarse; constituyendo lo que á la sazón se reputaba por buen estilo juegos de palabras, antite-sis repetidas sin ninguna oposicion verdadera entre los pensamientos expresados con ellas, alegorias forzadas, alusiones pedantescas, en una palabra, cuanto es afectado y ridículo en el fondo y en la forma, pues en el foro, en la cátedra y en el consejo se abusaba de los *concetti* al punto de aventajar á los pastores poetastros de las academias italianas, y que hasta el mismo Rey los hacía desde el trono. Pero si podemos consolarnos pensando que S. M. era necio, en cambio nuestra tristeza se acrecienta, recordando que tambien jugaba del vocablo el gran canciller, cuando ejercia este oficio lord Bacon. Excusado nos parece hablar de Sidney y de la legion de los *eufuistas*, pues hasta el mismo Shakspeare, poeta eminentísimo, el mayor de cuantos han existido, incurre en idéntico defecto cada vez que intenta extremar la elegancia de su estilo. Pues si cuando se abandona y deja llevar de los impulsos naturales de su imaginacion, son sus producciones no sólo quanto hay de más bello, encantador y su-

blime, sino de más perfecto, siempre que lo secundan sus facultades críticas se coloca sin poderlo evitar al nivel de Cowley, haciendo mal aquello que Cowley hacía bien; como que todo cuanto hay en sus obras de poco valor es así con arte y de propósito deliberado, y cuanto hay de sublime producido cuando no se preocupa de inquirir si es ó no bueno siquiera; lo que hace que, al modo de los ángeles de Milton, «sólo forzado descende, y áun así difícilmente,» por ser su tendencia natural remontar el vuelo á incommensurable altura y batir sus alas en la inmensidad. Shakspeare nos recuerda cada vez que da con su estilo en los abismos del culteranismo á los caciques americanos que poseían tesoros inagotables de los metales á que dan nombre de preciosos las sociedades civilizadas, y cuyo valor desconocían tan completamente, que á trueque de una sarta de cuentas de cristal llevada de Europa, ó de cascabeles, ofrecían riquezas de más valía que la corona imperial de poderoso monarca.

Hemos procurado demostrar que las artes de imitación desmerecen á medida que van extendiéndose los conocimientos, y que la razon humana crece y se desarrolla; y así sucede por regla general, pues se advierte, que miéntras el espíritu de la poesía decae y se postra en las clases ilustradas de la sociedad, las grandes obras de la imaginacion que aparecen en los tiempos esencialmente consagrados á la crítica, siendo escasas en número, son producto exclusivo, con muy contadas excepciones, de hombres incultos. Así vemos en aquellas épocas en las cuales los ingleses de calidad traducían novelas francesas y las universidades de Inglaterra celebraban el natalicio de los príncipes en versos poblados de faunos y tritones, que un calderero predicador pro-

ducia el *Viaje del Cristiano* y un labriego las *Aventuras de Tam O'Shanter*, admirando con su libro á una generacion que reputaba por grandes poetas á Hayley y á Beattie. Pero si los últimos años de Isabel habia decaido ya mucho el arte poética usual y de moda en Inglaterra, quedándole sólo vestigios de la inspiracion primera, y todavía estaba libre y suelta de reglas y preceptos, el culteranismo habia invadido los madrigales y sonetos, como que los *concetti* ridículos y los versos sin melodía de Donne constituian, en tiempo de Jacobo I, el modelo favorito de los escritores de Whitehall y del Temple. Mas áun cuando la literatura cortesana estuviera en decadencia, como la literatura popular se hallaba en su mayor grado de apogeo y recogidas en el teatro las musas, á pesar de que quienes lo frecuentaban no tuvieran aficiones más puras y delicadas que lo eran las de los magnates que sólo sabian admirar las pependencias amorosas barnizadas de metafísica, conservaban en cambio vigorosa y lozana la imaginacion, y equivocándose mucho en sus apreciaciones, nunca incurria en error su instinto tratándose de reir ó de llorar. La peste que infestaba la poesía lirica ó didáctica, sólo de una manera leve invadia el drama y á grandes intervalos, y así, mientras las personas cultas, instruidas y elegantes comparaban los ojos de las hermosas con los focos de dos lentes, las lágrimas con globos terráqueos, la modestia con los entimemas, las ausencias con los compases de espera, y los amores no correspondidos con parientes en vigésimo grado que piensan en heredar lo que no está para ellos, la Julieta de Shakspeare, apoyada en el balcon, y Miranda, sonriendo delante del tablero, atraian cada noche una multitud de espectadores tan buenos y tan

sencillos como los amos del *Ralpho de Fletcher*, y que, una vez de vuelta en sus casas, lloraban y gemían en la cama sin cesar hasta quedar dormidos.

Ningun género de ficciones nos seduce tanto como el drama inglés antiguo, porque hasta sus producciones de ménos importancia reúnen cualidades que no hallamos en ninguna otra manifestacion de la poesía, siendo como son, en efecto, el espejo más terso que se haya puesto nunca enfrente de la realidad. Pues si las creaciones de los grandes autores dramáticos de Atenas producen el efecto de relieves magistrales, concebidos de poderosa imaginacion y ejecutados con el arte más esquisito, personificando ideas de una majestad y belleza inefable, son frias, pálidas, rígidas, sin vida en la mirada, y todos sus adornos como todos sus personajes, sus galanes enamorados y sus tiranos, sus bacantes y sus furias, tienen la frialdad marmórea y las apariencias de muerte. A su vez la mayor parte de los tipos del teatro frances parecen figuras de cera, pintadas de colorete y con el pelo rizado, y con actitudes tan forzadas, con mirada tan fija y sin expresion, que ni por un solo instante ilusionan al espectador. Sólo en el drama inglés hallamos la entonacion, el calor, la morbidez y la realidad de la pintura, y esto nos facilita el conocimiento del alma de sus héroes, del propio modo que conocemos la fisonomía de los personajes retratados por *Van-Dyck*.

Consiste la superioridad de las obras del teatro inglés en dos rasgos distintivos principalmente, que los críticos de la escuela francesa consideran como defectos, á saber: en la mezcla de la tragedia y de la comedia, y en el tiempo y espacio en que se desarrolla la accion, pues si lo primero es indispensable

para que sea el drama copia fiel de un mundo en el cual los que rien y los que lloran se hallan en contacto incesantemente, y los sucesos que se suceden ofrecen un aspecto grave y otro burlesco, lo segundo nos facilita el conocimiento íntimo de los personajes con quienes no podríamos familiarizarnos en las pocas horas en cuyo círculo de hierro encierra las reglas de las unidades al poeta. Sin embargo, bajo este aspecto las obras de Shakspeare son milagros de arte, porque vemos en ellas cómo desarrollan gradualmente los caracteres sus más secretos repliegues bajo el imperio de las circunstancias en el curso de obras que pueden leerse en ménos de tres horas: el joven violento y arrebatado tornarse, por ejemplo, político y guerrero; el filántropo, cortés y pródigo, desatento, ágrío y despreciador del prójimo; el tirano hacerse moralista y pensador á fuerza de aflicciones y sufrimientos; el veterano, el caudillo famoso por su valor, su sangre fría, su sagacidad y su imperio sobre sí mismo, sucumbir en la lucha empeñada entre su amor, invencible como la muerte, y sus celos, inexorables como el sepulcro; y el hombre noble y bizarro descender de una manera lenta y gradual hasta los últimos límites de la perversidad humana, pudiendo seguir paso á paso en él los progresos del mal desde los primeros destellos de ambiciones desaforadas é ilegítimas, hasta la cínica melancolía de los escrúpulos impenitentes. Y á pesar de ser así, á pesar de adquirir rápido desarrollo los caracteres en las obras de Shakspeare, no se advierte una sola transición violenta en ellas, como ni tampoco la falta ni la sobra del menor detalle, pues por grandes que sean los cambios y por estrechos que sean los límites en los cuales se verifican, no más nos extrañan y sorprenden que la impercepti-

ble alteracion de las fisonomías que nos son familiares y estamos viendo á todas horas; siendo, por tanto, parecido el arte mágico del ilustre poeta inglés al de aquel derviche de quien habla el *Spectator*, y que logró condensar todos los acontecimientos de siete años en el instante único que tuvo el Rey la cabeza bajo el agua.

Bueno será decir que las obras dramáticas producidas entónces por aquellos que no se hallaban dotados de superior ingenio, las de Johnson, por ejemplo, valian infinitamente más que las mejores de imaginacion en las otras ramas del arte. De aquí que si bien comprendemos la decadencia necesaria de la poesía en Inglaterra por efecto de las causas expuestas anteriormente, nos hallamos tambien persuadidos de que hubiera logrado morir mejor á no precipitar su decadencia las agresiones exteriores, manteniendo en actividad el drama las facultades del ingenio, hasta ser reemplazado en cierto modo del buen gusto, para no dejar intervalo casi entre la época de invencion sublime y la de imitacion agradable; como que las obras de Shakspeare, cuyo mérito no se apreció con alguna exactitud antes de mediar el siglo XVIII, habrian podido ser declaradas modelos perfectos en el arte la segunda mitad del XVII, y tener por tal manera los grandes ingenios de la época de Isabel, del propio modo que el autor del *Hamlet*, por sucesores inmediatos casi una generacion de poetas muy semejante á la que honra la literatura inglesa en nuestros dias (1).

Pero los puritanos ahuyentaron la imaginacion del asilo en que se habia refugiado últimamente, prohibiendo las representaciones teatrales y maldiciendo

(1) 1828.

en masa la raza entera de los autores dramáticos como enemiga de la religion y de la moral; y si bien es cierto que pueden hallarse máximas é ideas muy censurables en los autores que condenaban los puritanos, es discutible cuando ménos si adoptaron el mejor medio de contener el mal. De nosotros diremos que dudamos de su eficacia, y áun ellos mismos debieran dudar tambien, cuando vieron al mal espíritu expulsado volver al cabo de algunos años á su antigua vivienda en compañía de otros siete peores que no él.

Con la ruina del drama reinó sin competencia la escuela de poesía, por decirlo así, al uso; escuela sin verdad en el modo de sentir ni armonía en la versificacion, falta del poder que tuvo en los tiempos anteriores y de la correccion que alcanzaria en los porvenir; pues la suma de sus títulos y merecimientos estaba reducida sólo á poseer cierta viciada inteligencia y disposicion y cierta enfermiza facilidad para descubrir semejanzas y analogías entre objetos heterogéneos en apariencia. Suckling habia muerto; Milton estaba embebecido en las controversias políticas y religiosas; y si Waller diferia de la escuela de Cowley era para ser peor que sus discípulos, pues con ménos poesía que todos ellos tenia ménos ingenio ciertamente, no siendo más agradable la flojedad y languidez de sus versos que la sequedad y aspereza de los otros. Sólo Denham hacfa presentir la aurora de mejor manera de escribir.

Mas, por abatida que se hallara la poesía inglesa durante la guerra civil y el protectorado, áun debia de caer en mayor miseria; que hasta entónces habia sido original, permaneciendo geográfica y espiritualmente insulares, por decirlo así, los ingleses, por haberse verificado sus revoluciones literaria

como las políticas sin la menor intervencion extranjera. Si hubiera proseguido este modo de ser, pre-
valeciendo los mismos saludables principios de razonamiento que á la sazón se aplicaban con éxito felicísimo á todas las ramas de la filosofía, es indudable que habria sido eficaz á establecer un código de crítica más pensado y discreto, pues comenzaban á descubrirse ya los primeros síntomas de importante progreso, y la prosa estaba suelta y libre de aquellos retruécanos estrafalarios que desfiguraron la mayor parte de las composiciones en verso; trasformacion á la cual contribuyó por mucho la correspondencia diplomática y las discusiones parlamentarias de aquella época tan perturbada, siendo necesario entónces, cuando predominaba la prensa y la tribuna, escribir y hablar de modo inteligible y práctico. Acaso los absurdos de los puritanos ejercieron mayor influencia todavía, porque cuando se hallaba extendido universalmente casi el estilo detestable que tanto desfigura las producciones de Hall y de lord Bacon, apareció la traduccion de la Biblia, obra maravillosa que bastaria por sí á demostrar la hermosura y vigor de la lengua inglesa si llegasen á faltar los demas monumentos de su literatura, pues el respeto de los traductores al original no les consintió añadir los adornos usuales entónces y corrientes. Bien será decir que la parte principal de este trabajo era de una época ya pasada; mas de todas maneras, es indudable que si el uso familiar que hacian los puritanos de las palabras de la Escritura fué ridiculo, dió buenos resultados, siendo afectación que hizo desaparecer otra infinitamente más desagradable.

Pero si la poesía sublime se halla exenta de las reglas á que se ajusta el estilo de la composicion en

prosa, no acontece lo propio con la otra manera de poesta que le sucede, y por tanto en algunos años el buen sentido y el buen gusto que desarraigaron la inspida afectacion, así de las obras de moral como de política, tambien habrian producido una reforma parecida en las odas y sonetos á seguir las cosas su curso natural. En efecto, estaba relajada ya la doctrina de los sectarios victoriosos; y como nunca es ascética la religion dominante, comenzaba el Gobierno á cerrar los ojos á las representaciones dramáticas, y con esto á crecer de nuevo la influencia de Shakspeare. Pero se acercaban dias muy tristes para la literatura inglesa, que habia de sufrir el yugo de la dominacion extranjera. Carlos volvía rodeado de los compañeros de su largo destierro para regir los destinos de un pueblo que, ó no debió expulsarlo en ningun caso, ó en ningun caso tampoco abrirle las puertas de la patria. Los años pasados en el extranjero lo habian hecho en cierto modo impropio para gobernar á ingleses; como que vió en Francia humillada la magistratura rebelde, y triunfante de toda oposicion la régia prerogativa, con estar ejercida por un eclesiástico italiano en nombre de un niño; espectáculo que naturalmente habia de ser muy del agrado de quien sabía por dolorosa experiencia cuán funestas fueron las oposiciones parlamentarias á su familia. La única buena cualidad que lo adornaba era la cortesía, cuya importancia le hicieron comprender los ultrajes de los escoceses, y en cuyo ejercicio brillaba secundado de su natural apático y feble, y cediendo al influjo que la elegancia de las maneras francesas ejercia en su ánimo. Y como con las máximas políticas y las costumbres sociales de su pueblo favorito adoptó tambien los gustos literarios,

una vez en el trono los puso en moda, protegiéndolos directamente; pero aún más á efecto de la política despreciable que hizo de Inglaterra durante algun tiempo la postrera de las naciones, elevando á Luis XIV al más alto grado de poder y gloria en que hasta entónces se hubiera visto ningun monarca frances.

Para lisonjear á Cárlos se introdujo el verso en las obras dramáticas del teatro inglés, y por tal manera el drama, que á la sazón iba saliendo del abatimiento en que se hallaba, recibió un golpe mortal de necesidad en todo tiempo. Pues se amalgamaron entónces ó lucharon dos estilos, ambos deplorables, indígena el uno, de importacion extranjera el otro; y como el modo ampuloso, hinchado y vacío de la nueva escuela se confundía con los ingeniosos absurdos de la antigua, la mezcla dió por resultado una cosa nunca vista y que no volverá tampoco á verse, á nuestro parecer; una cosa que hace bueno lo más detestable de los tiempos anteriores, imposible de parodiar, y que, aún imitándola irónicamente, se lisonjea sin quererlo; cosa, en fin, de la cual es muestra la tragedia de Bayes: como que las palabras de lord Dorset á Eduardo Howard hubieran podido aplicarse á todos sus contemporáneos, cuando le dijo: «Al modo que los buzos expertos en el oficio bajan al fondo más prontamente que los torpes ó que no saben, así en esa manera de escribir sin pensar, tú aventajas á todos en lo de caer más bajo que ninguno.»

No deberán incluirse, para proceder en justicia en este memorial de agravios, ciertos hombres de la buena sociedad que al propio tiempo eran ilustrados, entre los cuales Dorset figura en primera línea, pues aún cuando no fueran ciertamente gran-

des poetas, ni siquiera buenos versificadores, sus escritos tenían sentido, y á las veces ingenio tambien. Pero nada es tan eficaz á demostrar el estado abyecto en que habia caído la literatura entónces como la superioridad inmensa de los versos escritos negligentemente por algunas personas de calidad, cuando los comparamos con las producciones más atildadas de casi todos los autores de profesion; siendo el gusto reinante tan detestable, que la fortuna de un autor se hallaba en proporcion inversa de sus trabajos y de su afan de perfeccionarse. Exceptuaremos tambien á Butler de la regla general, porque tuvo tanto ingenio y cultura como Cowley, porque supo utilizarlos, cosa que nunca logró hacer éste, y porque poseyó además perfectamente la lengua inglesa, distinguiéndose de sus contemporáneos en la manera de escribir familiar y sencilla. Nada diremos de Gondibert, sino es que lo juzgue quien haya podido leer algo suyo. Pero la poesía, expulsada de los palacios, de los teatros y de los colegios, halló asilo en la oscura vivienda en donde habitaba el varon eminente, anacronismo de su siglo y guardador celoso de la integridad y pureza de un ingenio y carácter dignos de mejores tiempos, en medio de la desgracia, de la miseria, del sufrimiento y de la ceguera.

Pero si todo lo que se refiere á Milton tiene algo de maravilloso, nada lo es tanto en verdad como la composicion del primero y más grande poema épico de los tiempos modernos en la plenitud de un siglo tan aciago para la poesia, cual fué ciertamente aquel en que se produjo; poema cuyo mérito acaso sea necesario atribuir en parte á la ceguera misma del autor. Pues como la imaginacion tanto es más activa cuanto más apartada se halla del mundo exte-

rior, razón por la cual en el sueño son perfectas sus ilusiones y producen el efecto de realidades, y en la oscuridad ve siempre más claro que á la luz, siendo frecuente que los artistas ántes de reproducir de memoria una imágen cierran los ojos para recordar más distintamente sus rasgos y su expresión, nos inclinamos á creer que la enfermedad de Milton pudo ser eficazísima á preservar su ingenio de las influencias de una época tan desfavorable. Así y todo, no alcanzaron las obras de Milton al principio sino muy poca celebridad; que hubo de pagar el poeta eminente con el menosprecio de sus contemporáneos la culpa de su mérito indisputable, no siendo admirada su obra universalmente sino cuando escritores ínfimos en comparación suya consiguieron, á fuerza de concesiones obsequiosas al gusto público, alcanzar bastante influencia sobre él para reformarlo.

Fué Dryden el más principal de todos ellos, habiéndose distinguido desde el primer día entre la multitud de autores que acudieron á ser cortesanos de la restauración de Carlos II, escribiendo en honor suyo todo género de composiciones á cual más ampulosa y absurda. Ninguno ejerció más influencia sobre su época, siendo la razón de esto natural y sencilla, pues consistió en que ninguno tampoco se dejó influir más de ella. Dryden fué acaso el principal de los poetas que llamamos críticos, y su vida literaria reprodujo en pequeña escala el movimiento y la historia de su escuela, con la torpeza, las extravagancias y los extravíos de su juventud, y el decoro, la gracia y el buen sentido y la discreción de la plenitud de su madurez; como que su imaginación permaneció aletargada y torpe hasta el momento en que la sacó de aquella manera de sopor

su buen juicio: pudiendo decirse que comenzó con frases vacías de sentido y comparaciones forzadas, y adquirió poco á poco la energía del satírico, la gravedad del moralista y los trasportes del poeta lírico; y que además se observa en sus obras toda la revolución verificada por la literatura inglesa desde Cowley hasta Scott.

Consta de dos partes la vida de Dryden; y áun cuando separa las fronteras comunes de ambos períodos un espacio discutible, puédesse perfectamente trazar la línea divisoria con mucha exactitud, inclinándonos á señalar con la fecha de 1678 la de un gran cambio verificado en la manera del poeta. Porque si la época precedente vieron la luz pública varios panegíricos cortesanos, fruto de su ingenio, su *Annus mirabilis*, la mayor parte de sus obras dramáticas, y, en una palabra, todas sus tragedias en verso, los mejores dramas de Dryden pertenecen á la época siguiente: *Todo por el amor*, *El fraile español* y *Sebastian*, las sátiras, las traducciones, los poemas dramáticos y las odas.

Nada queremos decir de las pequeñas composiciones en verso que hizo para dedicarlas á los caxilleres y á las damas ilustres, porque, á nuestro parecer, la ventaja más señalada que puedan reportar las bellas artes de la difusión de los conocimientos consiste, á no dudarlo, en hacer innecesario é inútil de todo punto el patrocinio de los individuos. No faltan, sin embargo, escritores que suelen echar de ménos los tiempos de la protección; pero solamente los adocenados deben dolerse de la falta de nuevos Mecenas en épocas de ilustración general. Porque si éstos son necesarios bajo el imperio de la ignorancia, cuando diez mil lectores aguardan impacientes la publicación de un libro, basta y áun so-

bra para recompensar generosamente al autor la contribucion de cada uno. Pero si la literatura es lujo permitido sólo á determinado número de personas, quien lea deberá pagar cara su aficion. La emperatriz Catalina, por ejemplo, cuando queria un poema épico, tenía que pagar sueldo con que viviera el poeta, del propio modo que quien quiere chuletas de ternera en lugar apartado y de pocos vecinos habrá de comprar la res entera; lo cual no sucede nunca siendo muchos los consumidores. Y como las gentes que pagan caro la satisfaccion de su gusto esperan siempre hallar algo en ella que satisfaga tambien su vanidad, la lisonja toma proporciones indignas, y en fuerza de usarla se produce inevitablemente casi, el mal gusto, pues su lenguaje no consta sino de lugares comunes hiperbólicos, desagradables por la vulgaridad y la extravagancia; no habiendo escuela, diremos de paso, en que más pronto se aprenda y más fácilmente á rebasar de la moderacion y á extralimitarse, ni escritores más propensos á recurrir á la hipérbole para todo que quienes contraen la costumbre de reputarla por agradable y necesaria para un caso determinado y concreto. No deberá, pues, parecer extraño que los primeros panegíricos de Dryden sean confusa mezcla de servilismo y de afectacion enfática; pero, si bien rebosan de las frases hinchadas que pusieron á la moda sus predecesores, su estilo y su versificacion aventajan con exceso á cuanto produjeron aquellos.

El *Annus mirabilis* da muestra de mucha riqueza de lenguaje y de conocimiento exacto del ritmo propio al verso heróico; pero su mérito no va más allá; razon por la cual no sólo carece de títulos al nombre de poesia, sino que se antoja ser obra de

quien nunca podría ser poeta en la verdadera acepción de la palabra. Las comparaciones ampulosas y afectadas abundan en ella, y con ser muchas y del peor gusto, constituyen la mejor parte del poema, tal vez por igual motivo que un campo cubierto de malezas y de abrojos ofrece un aspecto más agradable á la vista que no inmensa y árida llanura; pero ni una sola estancia de las contenidas en tan larga composición revela inventiva, pareciendo ántes construcción artística que no creación de la fantasía.

Pondremos un ejemplo favorable á Dryden, toda vez que Johnson elogia los versos que vamos á citar. Dice el poeta, describiendo el combate naval con los holandeses:

«Una granada penetra entónces en el cargamento, y los géneros con que trafican y enriquecen los enemigos, se desparraman en todas direcciones transformados en armas mortíferas contra ellos, cayendo los unos heridos de fragmentos de porcelanas preciosas, los otros abrasados en las perfumadas llamas de la especería.»

El deber del poeta en el caso que nos ocupa es colocar al lector, en la medida de lo posible, en el caso de las víctimas ó de los espectadores del desastre, y cumpliéndolo, su relación habrá de causar sensaciones y movimientos semejantes á los que produciría el suceso mismo. Pero ¿acontece así en la ocasión presente? ¿A quién se le ocurre nunca pensar en un combate naval en el mérito de la porcelana que, al quebrarse y saltar en pedazos, contusione ó hiera ó mate al marinero, ni en el perfume de las llamas que lo quemen? Pues no á virtud de un acto de la imaginación eficaz á evocar repentinamente conmovedor espectáculo á los ojos del es-

píritu, sino, al contrario, por consecuencia de laboriosas meditaciones, revolviendo el asunto en todos sentidos, y siguiendo los hechos hasta sus consecuencias más remotas, es como logra el narrador introducir en la descripción cosas tan extrañas como estas. Cierto es que Homero emplea epítetos continuamente que no se hallan bien apropiados al momento en que habla. Pues Aquiles tiene siempre ligeros los piés, áun cuando esté sentado, y Ulises, áun cuando nada sostenga es siempre sustentáculo, y todas las lanzas proyectan largas sombras, y todos los toros ostentan cuernos de magnitud extraordinaria, y todas las mujeres lucen alto y mórbido seno. Lo propio acontecía con las antiguas canciones y baladas; pues en ellas es siempre amarillo el oro y alegres las mujeres, aunque ni una cosa ni otra tengan nada que ver con el asunto de los versos. Pero estos adjetivos son adiciones usuales y corrientes, y se diluyen, por decirlo así, desapareciendo en los sustantivos á que pertenecen, siendo el color que añaden á la idea tan débil de suyo que no altera su efecto, lo cual no acontece ciertamente, por ser el caso muy diverso, en el pasaje de Dryden citado ántes. Porque *preciosas y perfumadas* atraen por completo la atención de quien lee y borran instantáneamente del ánimo la idea de la batalla. Resumiendo: el *Annus mirabilis* nos recuerda lo peor de Lucano, el combate naval en el golfo de Marsella, por ejemplo; y no deberá quedar exento de la censura que merece todo el poema, sino la descripción de las dos escuadras durante la noche.

Acaso por haber formado su juicio sobre Dryden con la lectura de este libro, dijo Milton que no era poeta sino buen versificador. Razon tuvo, de ser así; pues por lo demas, y como ya lo hemos ex-

puesto anteriormente, fué uno de esos escritores en quienes la edad de la imaginacion sigue á la de la observacion y de la reflexion en vez de precederlas.

Las obras dramáticas de Dryden, principalmente las rimadas, ofrecen vasto campo al estudio de los que desean conocer la enfermiza constitucion del drama, pues ni era capaz de representar con verdad los personajes, ni tenía tampoco el talento más inferior aún de formar caracteres combinando los elementos á que puede reducirse, por los medios imperfectos de nuestra razon, la naturaleza humana; que sus hombres ni son buenas personificaciones, ni ofrecen un conjunto armónico de cualidades y circunstancias. Cierto es que á las veces se apodera de un rasgo muy característico y pronunciado del individuo que se propone representar; pero en esos casos nos ofrece su caricatura no su retrato, en razon á que sólo una particularidad esencial ó accesoria resalta en su pintura, quedando todo lo demas tan descuidado, como en el marqués de Granby, á quien nadie reconoceria sino fuera por la calva, ó en Wilkes, de quien sólo reprodujo los feos ojos; y cuenta que citamos con estas muestras las mejores del repertorio de Dryden; que los más de sus cuadros parecen haberse compuesto con el propósito de no imitar cosa ninguna, como acontece á los tapices de Turquía, cuyos tejidos y labores son tan absurdos é inverosímiles que nunca semejan nada de cuanto hay en el cielo, ni en la tierra, ni en las aguas.

Dryden practica principalmente la última de estas maneras en las tragedias y la primera en las comedias, resultando, por lo tanto, tan despreciables y odiosos sus caracteres cómicos, que si los tipos de

Etherege (1) y de Vanbrugh (2) lo son de maldad y perversion, y aún peores los de Smollet, nada es parecido á los Celadones, Wildbloods, Woodalls y Rhodophils de nuestro autor; porque sus vicios resaltan de tal modo á fuerza de orgullo, dureza é impudencia, que nada puede serles comparado: sus amores son semejantes á los apetitos de los animales, y sus amistades á la complicidad de los pícaros; y las damas que figuran en ellos parecen creadas expresamente para ser dignas compañeras de tales canallas: y si bien es cierto que cuando insultan á sus padres y los engañan no abusan de la licencia que tienen para estos casos, de tiempo inmemorial, las heroínas, en cambio hacen fullerías jugando á las cartas, abren con ganzúas las arcas de hierro, apostrofán á sus rivales en lenguaje de plazuela, y provocan á los hombres con palabras deshonestas; y cuenta que no son los personajes de ambos sexos de Dryden lacayos y mujercillas, Mascarilles y Né-rines, sino los héroes y heroínas principales, que aparecen como representantes de la buena sociedad, que se casan al llegar al quinto acto y que viven luégo en paz y en gracia de Dios. Nada es parte á compensar los vicios de estas gentes, ni con una sola cualidad contraria, ni con las apariencias de ella, ni siquiera con un espontáneo y honrado arranque de odio sincero y de afán de venganza; pues el caos de sensualidad, bajeza é infamia revelado por Dryden es un antro donde no existe ni por asomo la verdad, ni los sentimientos humanos, ni la

(1) George Etherege, dramático inglés de mediados del siglo xvii.—N. del T.

(2) Militari autor dramático y arquitecto del siglo xvii. N. del T.

idea más remota del pudor, y que toda persona bien nacida y de buenos instintos. condenada á vivir en él trocaria ciertamente, pudiendo hacerlo, por la compañía de los demonios de Milton.

En cambio, cuando penetramos en la region de la tragedia, Dryden ofrece notabilísima novedad, y tanto abunda en buenos sentimientos que Metastasio mismo, con ser este su terreno, queda eclipsado, y Scuderi vencido, pues nos enseña una colección de seres nunca vistos, cuya conducta no podemos atribuir á ningun motivo, y cuya idiosincrasia es tal que se nos hace tan incomprensible y tan inexplicable como si se tratara de un sexto sentido. Acabamos de separarnos de una generacion de criaturas cuyo amor es tan delicado y tierno como las aficiones culinarias de los gastrónomos, y trabajamos conocimiento con otra generacion cuyo amor consiste sólo en emociones desinteresadas y puras, en una fidelidad que raya en los limites de la obediencia pasiva, en una manera de religion *quietista*, y que se sostiene por su propia virtud en el aire sin el apoyo de ninguna esperanza ni temor; como que no vemos en ella otra cosa sino despotismo impotente y sacrificios sin compensaciones.

Expondremos algunos ejemplos. En la tragedia titulada *Aurengzeb*, Arimanto, gobernador de Agra, queda cautivo de las gracias de su prisionera Indamora; la cual, no satisfecha con rechazar desdenosamente sus declaraciones amorosas, le dice que hará uso de su poder sobre él, rindiéndolo y sometiéndolo por su esclavo. Amenázala, entónces, Arimanto, y ella le responde: «Tu cólera, como tu amor, me son indiferentes; lo que quiero de ti es sumision, al punto de que te plazca cuanto fuere de mi agrado; y como sé lo que puedo para doblegar-

te, no dejaré de hacerlo. Precisamente tú eres el hombre que yo necesitaba.» No fué vana su amenaza; que de allí á poco Indamora trajo una carta escrita de su mano para el rival de Arimanto, y mostrándola sin empacho á su celoso pretendiente, le pidió que la leyera, le dijese cómo le parecían sus ternezas, y la llevara luégo él mismo á su destino. Tan descomedido empeño, eficaz á justificar la resistencia de Arimanto, le arranca estas palabras: «Deja que rompa ese papel, y no consientas que sea yo, cual Belerofonte, portador de mi propia sentencia.» Pero la dama le da la siguiente incomparable respuesta: «Bien puedes romperla si te place; pero no será cortés hacerlo, pues me obligarías en ese caso á escribirla de nuevo. Si sabes que más tarde ó más temprano acabarás por obedecer, ¿á qué luchar en vano contra el destino ahora?» El pobre de Arimanto parece al cabo convenir con la ingrata Indamora en que tiene razon; y despues de recitar un parlamento sobre la fatalidad y el libre albedrío, sale de la escena mensajero de la carta.

En el *Emperador de las Indias*, Moctezuma ofrece una guirnalda en prenda de su amor á la hermosa Almería, y le propone tomarla por esposa y compartirla con ella el trono. Pero hé ahí que le contesta: «Recibo la guirnalda, no como presente de vuestras manos, sino como agasajo debido á mis merecimientos y hermosura. La corona que me ofrecéis compartir conmigo no lá quiero, que teniéndoos por mi esclavo, ántes sería humillacion para mí que no encumbramiento.» Para corresponder el Emperador amor tan fino, consiente sin dificultad en hacer morir á dos de sus hijos y á un bienhechor á quien profesa mucha gratitud.

Lindaraja, en la *Conquista de Granada*, empieza el

mismo tono altanero respecto de Abdelmelec. Pues cuando su amante le da quejas por las sonrisas tan dulces que otorga siempre á su rival, la morisca le responde: «¿Acaso he renunciado á mi libertad y á mi poder completamente para que os creais dueño de mis menores acciones?»—«Al darme vuestro amor, le contesta su galán, me habeis dado con él ese derecho.»—«Tal vez; pero bien será deciros que si os hice tanto favor, como sólo de mi capricho depende revocarlo, desde ahora mismo quedais sin él.»—«Os odiaré de muerte y esta será mi última visita.»—«Hacedlo si podeis, que no seré yo quien ceda.»

No es nuestro ánimo criticar estos pasajes porque se falta en ellos á las conveniencias históricas y trasportan á Méjico y á Agra modos de ser que no han existido nunca, ni aún fingidos, excepto entre los caballeros europeos; que no hacemos objeciones á lo convencional, y poco nos hace al caso, por tanto, ver puritanos en Iliria y puertos de mar en Bohemia. Lo esencial es que los personajes sean cual deben ser; lo accesorio y de poca importancia el fondo del cuadro. Decia sir Joshua Reynolds, que las cortinas y colgaduras en los cuadros de historia no deben ser de terciopelo, brocado ni algodón, sino lisa y llanamente trapeados; y, á nuestro parecer, el mismo principio debería de aplicarse á la poesía y á la novela, cuyo primer objeto ha de ser la verdad de los caracteres, y el segundo la de los tiempos y lugares; como que no quisiéramos en modo alguno ver en nuestros dias á un escritor eminente olvidarse de la naturaleza humana para contraer su atención á los detalles del moviliario, del tocador ó de la cocina del personaje que nos presentara.

Entiéndase bien que no censuramos á Dryden por haber creado personajes moros é indios que no lo son, ni por haberlos representado de una manera impropia de las costumbres orientales ó americanas, sino por no haberlos creado verdaderos, que vivan y sientan como sienten y viven los séres humanos, y por haber representado al amor de una manera que no existe ni ha existido nunca. Demas de esto, las emociones todas de sus héroes son del propio modo que su amor, y sus cualidades, su valor, su generosidad y su orgullo gigantes tambien y extraordinarias; y como, por otra parte, la justicia y la prudencia son virtudes que sólo pueden existir con la moderacion, y que cambian de naturaleza y de nombre desde el momento que se las exagera, puédese decir que Dryden, con dar excesivamente aquello que no daría en la medida exacta, niega del todo á sus favoritos la prudencia y la justicia; siendo, por tanto, los tiranos y los malvados que crea personajes idénticos en el fondo á los héroes de su invencion, sólo que retocados de algunas pinceladas parecidas á las que trocaron la honrada fisonomía de sir Roger de Coverley en cara de adusto morisco, porque, á pesar de su mal gesto y de su traza no nada tranquilizadora, se descubre y reconoce fácilmente cûya fué al principio.

Pero en las tragicomedias es donde más nos llaman la atencion estos dislates de Dryden, pues nos presenta en ellas revueltas y confundidas dos maneras de hombres, buenos y malos, ó, mejor dicho, ángeles y demonios, ofreciéndonos en espectáculo en cada escena séres licenciosos, soeces, torpes, egoistas, que no hablan nunca palabra de verdad, sin pudor ni vergüenza, y condenados, acaso en castigo de su infamia y de sus vicios, á no hablar

sino en prosa. Mas no bien trabamos conocimiento con los que hablan en verso, nos damos cuenta de que todos ellos son tales, que los Cathos y Madelons de Molière se habrian complacido en su trato, y que Oroondate les hubiera parecido frio amante y Clelia descomedida coqueta.

Y como Dryden no sabia dar interes á sus obras por aquellos medios que constituyen el mérito propio y especial del drama, necesitaba recurrir á otros expedientes para suplirlo en lo posible, siendo los más usuales en él las intrigas, disfraces, *quid pro quos*, diálogos descosidos, inesperados rescates, misterios maravillosos y extraordinarias revelaciones, no faltándole ingenio á las veces, merced á lo cual, por lo ménos, conseguia que fuesen muy amenas.

El mérito de sus tragedias lo fió Dryden, no sin falta de razon hasta cierto punto, al de la frase y metro propios de él, siendo esta probablemente la causa de que adoptase con tanto afan en un principio y abandonase con tanta pena más tarde la costumbre de redactar las obras dramáticas en versos rimados. Pues aquello que no es natural sino forzado, lo parece ménos bajo esta forma ritmica que cuando el poeta se vale de otras más parecidas á la conversacion usual; y como Dryden no tuvo nunca rivales en el arte de hacer el verso hêroico, de ahí su natural inclinacion á ellos. Pero si nos parece inútil insistir en órden á los inconvenientes de una moda tan desacreditada hoy dia, bien será observar que áun cuando Dryden careciera del género de talento que tanto luce con el verso libre, y fuera sin duda ninguna quien mejor haya escrito el verso rimado en lengua inglesa, es lo cierto que aquellas de sus obras reputadas por las mejores de su repertorio

desde el punto mismo que aparecieron en la escena están en verso libre. Nos parece que nada puede ser más decisivo en favor del verso suelto.

Es indudable que hasta las peores tragedias de Dryden escritas en rima contienen bellísimas descripciones y magníficos trozos de retórica; mas aunque olvidemos que son obras dramáticas, y pasemos por sobre las inverosimilitudes propias del género, considerándolas sólo bajo el punto de vista del lenguaje, hallamos en ellas á cada paso párrafos ofensivos del buen gusto; costando mucho trabajo persuadirse de que un autor haya podido escribirlos y tolerarlos el auditorio, en vista del contraste que ofrece tan extraño la violencia insensata de la forma con la fría vulgaridad del pensamiento. El autor echaba la culpa de todo al público, y añadía en su descargo personal que cuándo produjo aquellas obras le parecieron suficientemente malas para caer en gracia; defensa, suponiendo que lo fuera, impropia de un hombre de talento, pues Otway agradaba mucho sin caer en el defecto de las declamaciones exageradas, y á Dryden le hubiera sucedido lo propio á poseer las facultades de Otway; siendo lo cierto del caso que siempre tuvo tendencias á exagerar; que cedió algo su defecto á influjo de la reflexion y del tiempo; pero que nunca desapareció enteramente, advirtiéndose hasta en aquellos de sus escritos destinados á satisfacer otras aficiones que no las de grosera muchedumbre congregada en el teatro.

No faltan críticos indulgentes que han estimado este defecto por muestra de talento, calificando la profusion de riqueza extraordinaria y el desórden de vigor exuberante. Mas, por lo que hace á nosotros, entendemos que ántes parecen tales vicios

oropeles de pobreza vana ó espasmos y convulsiones producidos de la debilidad. Pues Dryden no tenía ciertamente más imaginacion que Homero, Dante ó Milton, los cuales no cometieron nunca faltas como las suyas; ni frase tampoco más opulenta y magnífica que la de Esaías ó Esquilo, cuya manera grandilocuente así se parece á la de Almanzor ó de Maximino, como el músculo vigoroso bajo los tejidos á la hinchazon de un tumor; que si el uno indica fuerza y salud, el otro es síntoma de achaques y de anemia. Shakspeare no declama por hábito, y cuando lo hace, no es porque lo arrastre la imaginacion, sino porque á virtud de esto quiera espolearla cada vez que su espíritu decae, aconteciéndole lo propio que á Eurípides, de quien decian los antiguos que parecia en casos tales un leon azotándose las ancas con la cola para excitar su bravura y su fiereza. Pero lo que sucedia raras veces á Shakspeare al sentir cansancio en sus facultades, era en Dryden constante por efecto de habitual imposibilidad, hallándose, por tanto, en el caso de su colega Lee, el cual, si tuvo buen criterio para juzgar y corazon para sentir y extasiarse contemplando la sublime audacia de los grandes poetas de la época precedente, careció de la prudencia necesaria para evitar luchas, competencias y comparaciones con ellos, persuadiéndose muy tarde ya de que aquel género pertenecia como tantas otras cosas á tiempos pasados, diferentes de los suyos, que requeria facultades que no las propias de él, y que perseverando en la pretension de imitarlo consumia en desesperadas tentativas el talento que, á ser empleado en obras distintas, siguiendo rumbo diverso, le habria conducido á ocupar un alto asiento en la república de las letras. Mas de idéntico modo que se ha visto

á ciertos profetas trapaceros en Francia perseguir la inspiracion remedando los espasmos, desmayos y convulsiones que les parecian sintomáticos de ella, así Dryden se proponia tambien lograr accesos de furia poética, entregándose al entusiasmo ficticio, sin conseguir, no obstante, otra cosa despues de los mayores esfuerzos, sino desfigurarse á vueltas de retoques y perfiles interminables.

Horacio compara ingeniosamente los que imitaban á Píndaro en su tiempo con el jóven inexperto que intentó lanzarse á volar por el espacio con alas de cera, y cayó luégo tan lastimosa y tristemente; peligro este de que le preservó su admirable buen sentido, inclinándolo siempre á cultivar aquel estilo cuya perfeccion se hallaba en sus manos y podia conseguir sin esfuerzo extraordinario y sin peligro de caer desplomado en los abismos. Pero Dryden no se conocia tan bien; y como veia que los poetas renombrados de todos los tiempos alcanzaron sus mayores triunfos precisamente por traspasar las lindes ya establecidas, y que no cayeron, sin embargo, acaso á virtud de inexplicable prodigio, cuando parecian vacilantes en los límites de lo absurdo, los imitó, sin advertir que aquellos genios fueron guiados y sostenidos de un poder misterioso que le faltaba, y que no escribian sino al dictado de su imaginacion, hallando eco en la de los demas, miéntras él por el contrario tomaba la pluma para buscar á fuerza de reflexiones y de argumentos la mejor manera de forjarse un frenesi razonado y una exaltacion deliberada y artificial.

Recordamos á este propósito que repasando cierta vez las estampas de un magnífico ejemplar del *Fausto*, atrajo principalmente nuestra vista la que representa el mágico y el demonio tentador á todo

el correr de sus caballos, porque va el diablo con tanto abandono y descuido, á pesar de la carrera casi desenfadada del bruto que monta, cual pudiera estarlo sentado en ancho y cómodo sitio, antojándose imposible desde luego que se sostenga en esa postura de no hallarse protegido de su naturaleza sobrehumana contra todo peligro. Fausto, por el contrario, se tiene como jinete consumado y con todas las reglas del arte de la equitación. Así acontece á los poetas de primer orden, que pueden escribir impunemente como Mefistófeles correr á caballo; mas Dryden, á pesar de ser depositario de algunos grandes secretos de los espíritus superiores, de hallarse revestido de alguna parte de su poder, y de comunicar en algun modo con ellos, como era de otra raza, sólo cometiendo un acto de locura podía emprender siquiera lo que sus modelos ejecutaban sin peligro ninguno, habiendo menester de mucho caudal de ciencia crítica y de buen gusto para suplir á lo que le faltaba.

Pondremos algunos ejemplos. Nada más bello que la descripción de Héctor frente al baluarte de los Griegos al final del libro xu de la *Ilíada*:

«Héctor á lo interior del alto muro
saltó gozoso, y á la negra noche
su aspecto semejava, y relucia
en hórrido esplendor el fino bronce
de la armadura, y en la fuerte mano
dos ástiles blandia. Y á su encuentro
aunque hubiera salido el más valiente,
nadie, á no ser un Dios, le detuviera;
que ambos sus ojos en furor ardian.
Y vuelto al escuadron, á sus guerreros
aguijó á penetrar dentro del muro;
y á su voz obedientes le asaltaron
unos, y por las puertas en torrentes
otros se derramaban; y los Griegos

á sus naves huían, y el tumulto
se siguió en todas partes clamoroso.» (1)

¡Qué frases tan atrevidas y qué pintorescas, no obstante, y significativas! Parece, leyéndolas, que vemos á Héctor erguirse vigoroso y fuerte, llevando en la frente las sombras de la noche, y en los ojos el rayo, y en las manos el venablo, y el ancho pecho cubierto de armadura reluciente; y luégo, la irrupcion enemiga invadiéndolo todo por puertas y caballetes, y la fugitiva muchedumbre; y como lo vemos, para nosotros vale por la realidad. En cambio Dryden, al describir en Maximino un suceso parecido, y proponerse llegar á la sublimidad, dice: «Lucha el guerrero con un bosque de lanzas, y se iergue, como Capaneo, retando á Júpiter, y á impulsos de su brazo siega la cerviz de los más bizarros con su fuerte y ancha espada, hasta que al cabo, viéndolo el Destino, palidece, y temeroso de que gane la ciudad, vuelve las hojas de su libro de bronce y graba en ellas nuevos augurios ó corrige aquellos cuyo error se ha comprobado.»

Recordemos tambien las bellísimas imágenes que abundan en las canciones de las hadas de la *Tempestad* y del *Sueño de una noche de verano*: Ariel, por ejemplo, caballero en el murciélago, á través del crepúsculo, ó libando el cáliz de las flores con las abejas, y las acompañantas de Titania echando las arañas del lecho de la reina! No sin razon decia Dryden: «La magia de Shakspeare es inimitable, y sólo él puede penetrar en el círculo encantado.» En efecto, así era, y Dryden, que lo decia, hubiese procedido con mucha cordura no pisando los umbra-

(1) Los versos que anteceden están tomados de la traducción castellana de Gomez Hermosilla.—N. del T.

les del reino misterioso de Shakspeare, siquiera por temor de merecer el castigo reservado en legendarias tradiciones á los que tal cosa hicieran movidos de temeraria presuncion. Hé aquí ahora un fragmento de la cancion de las hadas de Dryden: «Risueñas y alegres partimos del Oriente, bañadas en las ondas de luz del arco Iris, y nos elevamos á incommensurable altura, remontando el vuelo por entre los rayos de la pálida luna sostenidas del viento, y despues de posarnos un espacio, leves y tenues como el vapor del rocío condensado, en los suaves y blandos contornos de blanca nube, medrosas de caer desde allí sobre la tierra, nos deslizamos en las estrellas errantes por el éter cual si resbalásemos por la tersa superficie de un lago, y llegamos á este planeta trasformadas en sutilísima lluvia de amor.» Parécenos bastante la muestra para juzgar del estilo de Dryden, y cuenta que, áun siendo como es, sus mismos defectos se antojan en el caso presente bajo el mejor aspecto; que quien se proponga conocer lo peor de él puede leer los discursos de Maximino moribundo, y compararlos con las últimas escenas de Oteló y del rey Lear.

Si Dryden hubiera muerto ántes de concluir la primera de las dos épocas en que á nuestro parecer se divide su existencia literaria, la reputacion que habria dejado no seria superior á la de Lee ó de Davenant; pues lo hubieran conocido sus colegas futuros y hablado de él como de quien pasó la vida empleando en asuntos que no consiguió dominar nunca, las facultades intelectuales que, bien dirigidas á los fines de su aptitud, habrian sido eficaces á elevarlo al rango más principal en la república de las letras, y asimismo hubiesen añadido que si su diction y su ritmo fueron á las veces de mérito so-

bresaliente, quedaron oscurecidas todas sus obras en fuerza del dudoso gusto que las preside y de las negligencias y groseros errores que las desmerecen; bien que acaso hubieran recordado con elogio algunos de sus prólogos y epílogos, cosas ambas en las cuales mostró siempre las aptitudes y el talento que hicieron de él, andando el tiempo, el primero de los poetas satíricos de la época moderna.

Pero durante la segunda parte de su vida fué apartándose poco á poco del teatro; escribió dramas muy de tarde en tarde; renunció al metro en las tragedias; cambió de estilo, despojándolo hasta cierto punto de ampulosidad; reformó los caracteres, haciéndolos ménos exagerados; y si no llegó á producir obras en las cuales apareciese fielmente representada la naturaleza humana, dejó de animar con vivos colores las monstruosas quimeras que tanto abundan en las composiciones de su primera época. Solemos hallar en las obras dramáticas de Dryden rasgos dignos de los mejores tiempos del teatro inglés; pero como el estilo del drama debe cambiar con los cambios de personas y de situaciones, por eso los verdaderos dramáticos varían la manera de escribir, adaptándola siempre á la diversidad de los casos; mas el autor que sólo sobresale y brilla en una manera, no parecerá bien ni bueno, sino en los momentos y circunstancias en que su estilo se adapte á la situación, aconteciéndole lo propio que á las agujas de un reloj parado, las cuales sin necesidad de movimiento indicarán la hora dos veces al día tan exactamente como el mejor cronómetro. Algunas ocasiones, por ejemplo, hallamos en Dryden ciertas escenas de tan solemne discusión que un retórico habria podido escribirlas del propio modo que los mejores poetas trágicos. Cita-

remos en prueba de esto el discurso de Sempronio en *Caton*, el cual no desmerece ciertamente de una obra de Shakspeare; pero cuando se levanta la sesión, y caemos en la cuenta de que damas y galanes, el héroe y el malvado, todos, en una palabra, pronuncian discursos en el mismo estilo, entónces comprendemos la diferencia que media entre los hombres capaces de escribir dramas y los que sólo saben escribir discursos. Del propio modo, el ingenio y el talento descriptivo y el narrativo pueden pasar momentáneamente por númen dramático. Dryden, vg., razonaba en verso de admirable manera; pero lo sabía, y se preciaba de ello, y con justicia lo censuraron á causa de haber abusado de su talento, pues los guerreros, lo mismo que las princesas forjadas de su fantasía, tenían la pasión de disputar sobre asuntos de casuística sentimental de manera tan alambicada y sutil, que hubiesen hecho las delicias de las cortes de amor, y á las veces tambien iban más lejos remontando más el vuelo, como que unos y otras solian empeñarse en laberínticas especulaciones acerca de la idea filosófica de la necesidad y origen del mal.

Sin embargo, como en ciertas ocasiones era de absoluta necesidad este género de talento, entónces Dryden se hallaba en su centro. Tanto es así, que la totalidad de sus mejores escenas pertenece al modo indicado, pasando todas entre hombres solos, pues los héroes de Dryden, como tantos otros caballeros, no pueden hablar nunca formalmente si hay señoras delante. Ni tampoco á su parecer podrian desarrollarse las escenas indicadas de otra manera, tratándose nada ménos en ellas que de mostrar el imperio de la razon sobre la violencia de las pasiones. Los interlocutores son dos: uno par-

cial y apasionado, y otro prudente, tranquilo y lleno de nobleza y buen sentido. Trabada la disputa, el personaje discreto va tomando ascendiente sobre su contrincante; primero, excitándolo á fuerza de invectivas; despues, imponiéndose con su calma; luégo, persuadiéndolo con sus razonamientos, y por último, dejándolo reducido y tranquilo. Tales son las escenas entre Troilo y Héctor, Antonio y Ventidio, y Sebastian y Dorax, y tan superiores en su género, que ni Shakspeare mismo ha producido cosa parecida como no sea la disputa entre Bruto y Casio, que vale por sí sola más que las tres obras citadas de Dryden.

Algunos años ántes de su muerte, renunció Dryden completamente á escribir para el teatro, imprimiendo á sus facultades nuevo rumbo con éxito brillante y decisivo. Pues como el buen gusto hubiera despertado en él la facultad creadora, no pudiendo ya llegar al primer rango en la poesía, pretendió y obtuvo el asiento más principal en el segundo; que su imaginacion, al modo de las alas del avestruz, inútiles para remontar el vuelo, pero eficacísimas auxiliares en la carrera, si cuando queria elevarse á ciertas sublimidades no le servia sino á ponerlo en ridiculo, cuando se mantenía quedo en más modestas regiones aventajaba sin esfuerzo á todos sus rivales.

Pero si las facultades naturales y adquiridas de Dryden conspiraban todas á que fuese fundador de buena escuela de poesía crítica, como quiera que llevó acaso las reformas demasiado léjos para su tiempo, cuando pasó él de esta vida y faltó su apoyo, retrogradó la literatura inglesa, necesitándose cerca de un siglo para reponerla en el punto mismo en que la dejó al morir. Y si su constitucion intelec-

tual, sólida y sana, su instruccion más extensa que no profunda, su ingenio igual por lo ménos al de los discípulos más aventajados de Donne, y su elocuencia tranquila, solemne y autorizada, no pudieron ser eficaces á evitarle vergonzosas humillaciones siempre que pretendió igualarse á Shakspeare, si lo fueron en gran modo para que aventajase á Boileau. Pues sabía manejar la lengua inglesa de tan admirable manera, que con él se perdió en su patria el secreto de la clásica diction poética y del arte de producir grandes efectos por medio de palabras y frases familiares; llegando á ignorarse tan de todo en todo el siglo siguiente, cual aconteció con el arte de pintar sobre cristal, en que los antiguos tanto florecieron, supliendo mezquina y pobremente á tanta belleza los mosaicos laboriosos de imitadores como Mason y Gray. Demas de esto, puédesse decir que fué Dryden el primer escritor que tuvo habilidad para introducir el vocabulario científico en versos naturales y agradables, con tanto éxito cual su contemporáneo Gibbons realizaba la empresa igualmente difícil de tallar las flores más delicadas en un pedazo de madera, cediendo bajo su pluma y tornándose suaves y armoniosas las partes más duras y ásperas y desapacibles de la lengua inglesa. Del propio modo en su versificacion campea el primer modelo de la regularidad y exactitud, á las cuales dió tanta importancia la siguiente generacion, y uno de los últimos ejemplos de belleza, soltura y variedad en las pausas y cadencia del verso; debiéndose añadir que sus tragedias rimadas, por desprovistas que se hallasen de mérito en sí mismas, le sirvieron al ménos como al músico esas palabras que sólo tienen ritmo, y carecen por completo de sentido, llamadas *monstruos* en jerga de bastidores,

para enseñarle cuántos recursos de armonía pueden contener los alejandrinos. Y como por otra parte los nuevos asuntos á que consagró su ingenio tampoco dejaban mucho espacio al énfasis, y su gusto se había depurado, renunció á este su defecto capital.

Ya hemos dicho que Dryden poseía en grado superior el talento de razonar en verso, y añadiremos ahora que le fué singularmente útil. Porque si no es siempre sana su lógica, ni da muestras de ser muy entendido en las materias teológicas y políticas que trata en verso, y sus argumentos carecen á veces de fuerza y valor, la manera que tiene de plantearlos y desarrollarlos excede á los mayores elogios. Pues razona siempre ingeniosa y correctamente y en estilo trasparente y claro cuando está en vena, enlazando las proposiciones por manera felicísima, y exponiendo las objeciones de tal modo que reciban de lleno el fuego de la réplica; las perfrasis que reemplazan las expresiones técnicas son exactas y precisas, y los ejemplos están bien escogidos para exornar y explicar al propio tiempo el discurso, y los emplea con fortuna sin igual para dar atractivo y sazón á lo vulgar é insípido y luz á la oscuridad.

Era grande su fe literaria y, por decirlo así, rayana del latitudinarismo, no por falta de sagacidad, sino por sobra de cierta predisposición natural á satisfacerse fácilmente; y como tenía viveza de ingenio para descubrir con prontitud el más leve destello de talento, mostrábase indulgente hasta con las irregularidades groseras si aparecían acompañadas de él. Pues cuando le ocurría decir una frase dura, lo hacía con fines pasajeros y del momento, para sostener su opinion ó para molestar á un rival; pero nunca se vió crítico más experto y hábil que

fuera ménos soberbio, ni que se hallara tampoco ménos contagiado de vanidad ni de orgullo; porque gustaba de los antiguos poetas, principalmente de Shakspeare; admiraba el ingenio de que abusaron Donne y Cowley; hacia justicia á Milton en medio de la indiferencia general de sus compatriotas, y ponía por las nubes los primeros versos de Addison; y considerando siempre las cosas de una manera optimista, no sólo admiraba la extravagancia en gracia del caudal de invencion que suponía y disculpaba el énfasis en gracia del ingenio, sino que hasta toleraba la trivialidad en gracia de la correccion si la tenía.

Probablemente á este modo de ser ántes que á razones ménos respetables, como deja entrever Johnson, debe de atribuirse la exageracion extraordinaria que afea los panegiricos de Dryden. Porque si bien ningun escritor extremó tanto la lisonja en las dedicatorias, no fué así, en nuestro sentir, por interesado servilismo, sino por desahogar su espíritu, singularmente predispuesto á los arranques de admiracion, á suavizar y atenuar el vicio, y á enaltecer y magnificar la virtud y los merecimientos. Pero el más adulator de sus proemios fué aquel en que dedicó *El estado de inocencia* á María de Módena, respecto del cual dice Johnson que no comprende cómo su autor, despues de haberlo escrito, no sintió asco de sí mismo, sin advertir acaso que en el cuerpo de la misma obra se contiene un elogio de Milton, cuya lectura debia producir extraordinario desagrado en la corte del rey Carlos II, elogio tanto más irritante á la sazón, cuanto que muchos años despues, y cuando comenzaban á prevalecer los principios *whigs* y la faz de las cosas habia cambiado mucho, sólo porque se citaba el nombre del

autor del *Paraiso perdido* en una losa sepulcral dedicada á la memoria de John Philips, Sprat se negó á consentirla en Westminster, manifestando que no toleraria se mancharan las paredes de su iglesia con el nombre de un republicano. Pero si Dryden era devoto de la corte por inclinacion y por principios, nada podia ser eficaz á reducirlo al silencio tratándose de su entusiasmo por el genio. De aquí que no estemos dispuestos á juzgarlo severamente cuando advertimos que la misma natural inclinacion que lo movió á declarar su entusiasmo tan espontáneo y generoso á la memoria de un poeta detestado de sus protectores, le inspiró las más singulares y extrañas extravagancias contemplando el retrato de una princesa celebre por su hermosura, sus modales y la gracia encantadora de su persona.

Mas si era bueno el natural de Dryden, no es así la bondad de los grandes hombres, porque donde quiera que hallamos la elevacion de carácter la vemos asociada en cierta medida y en cierto modo á una dosis más ó ménos considerable de amor propio, de vanidad y de aspereza, siendo sólo las novelas y las losas sepulcrales los lugares en que descubrimos rasgos propios de personas que fueron indulgentes en vida con el prójimo y rígidas é inexorables consigo mismas. Pero de todas maneras, es lo cierto que, áun siendo amable y bueno el carácter de Dryden, no debemos clasificarlo entre los héroes cuyas excelencias se consignan en estilo romanesco ó lapidario, pues si gratificaba liberal y pródigamente con su caridad á todo el mundo, comenzaba por aplicársela á sí propio en gran medida. No le faltaba buen gusto, á decir verdad, y sus obras de crítica son indudablemente y sin género alguno de duda superiores á cuanto hasta entónces

hubiera parecido en Inglaterra; pero como ántes las destinaba en su concepto á servir de alabanzas de sus poesías, que no á exposicion de principios generales, hizo los mayores esfuerzos por deslumbrar al lector con sofismas que á él no engañaban ciertamente, siendo sus discursos de abogado, no de juez, y á las veces de abogado defensor de mala causa. Sin embargo, áun en los casos aquellos en los cuales fija y establece Dryden las pragmáticas del arte de una manera errónea, demuestra cuán bien las comprende, sólo que como siempre pecaba contra sus convicciones, tenía la esperanza de que se le perdonaran sus malas obras á virtud de las buenas, sin que por eso hiciera tampoco nunca la menor cosa para corregir y mejorar lo bien ejecutado, al contrario de los hombres superiores que generalmente no se hallan satisfechos jamás de sus mejores producciones. Y bien será decir á seguida que no era su ideal de perfeccion imposible de alcanzar, ni tan elevado y sublime que su contemplacion continua lo perturbara, pues nunca percibió su espíritu esos espejismos de inaccesible belleza que suelen ver con el alma los artistas, y que los suspenden y arrebatan, persiguiéndolos constantemente sin alcanzarlos nunca. Las negligencias de otros no le causaban mal efecto, y esta su benevolencia la extendia sin reparo á sus propias obras; aconteciendo que como no era cuidadoso y ántes gustaba del brillo que no del esmero, la mayor parte de sus composiciones ofrecen el espectáculo de una manera de magnificencia semejante á la de ciertos boyardos rusos que van cubiertos de diamantes y de insectos, y que traen sucia la camisa y pieles de inestimable valor. Pero áun cuando el tiempo y la reflexion hicieron desaparecer en gran parte de sus poe-

mas los defectos propios del culteranismo, persistió hasta el fin en ser desaliñado, y si al término de su carrera le acontecía incurrir en ménos descuido, consistía esto únicamente en que la práctica de la composición le había dado la facilidad necesaria para evitar en cierto modo el peligro. Así y todo, hallamos en sus mejores producciones rimas irregulares, dísticos con el añadido de un tercer verso, intruso destructor de la armonía; hemistiquios eternos y alejandrinos de catorce y diez y seis sílabas.

Tales son las faltas y las bellezas que hallamos esparcidas profusamente por las últimas obras de Dryden; méritos y defectos de estilo y facultades naturales y adquiridas de que dan más completa y exacta idea su *Labrador y la Pantera* que ninguna otra de sus obras, por ser este poema didáctico muy superior á la *Religio Laici*; que su parte satírica y sobre todo el retrato de Burnet no son en nada inferiores á los principales pasajes del *Absalon* y *Aquitofel*, y contiene arranques de ternura que nos conmueven y agitan en fuerza de naturalidad y efusión, recordándonos las mejores escenas de sus tragedias. Mas aún cuando es elevado el tono de sus versos y guarda perfecta relación con el asunto en todo, y la riqueza de lenguaje parece ilimitada, el descuido en la trama de la intriga y las innumerables inconsecuencias que comete merman el placer que proporcionan tan múltiples y varias perfecciones.

Al escribir Dryden el *Absalon* y *Aquitofel* dió en un filon rico y nuevo que supo explotar con éxito extraordinario. Pues los antiguos satíricos, como vasallos de gobiernos despóticos, hubieron de renunciar á los asuntos políticos, contrayéndose á las flaquezas y miserias de la vida privada; y aunque á

las veces solian hacer blanco de sus burlas á los hombres públicos, para esto era necesario que ya estuvieran enterrados,

Quorum Flaminia tegitur cinis atque Latina.

Así es como Juvenal inmortalizó á los senadores obsequiosos que se reunieron para deliberar en órden á lo que debería de hacerse con el famoso rodaballo. Su cuarta sátira nos recuerda el gran poema político de Dryden; pero bien será decir que no la escribió hasta despues de la caída de Domiciano, y que le falta ese sabor especial propio y exclusivo de la invectiva contemporánea, pues la cólera de Juvenal esperó tan largo tiempo á tener salida, que al fin pareció rancia y pasada. Boileau tenía las mismas trabas; pero aunque no fuese así, no se hallaba en condiciones de luchar con el inglés, el cual se aprovechó de todas las ventajas que le daba la índole del asunto para perfeccionar la obra, cuya ejecucion casi es perfecta. Y en tanto que Horacio y Boileau no convienen por su estilo sino á temas ligeros, habiendo sido escaso el éxito del frances al proponerse traducir en verso los razonamientos teológicos de las *Lettres provinciales*; que parece fria la tersura de Pope y pálido el fuego de Perseo, y raro encontrar en versificación grandilocuente y en combinaciones ingeniosas la expresion y la vida de sentimientos profundos, Dryden y Juvenal se nos presentan con calor y brillo, habiendo logrado entrambos grandes autores satíricos comunicar el fuego de sus emociones á las materias más rebeldes y frias, inflamando sus obras en una llama que devora y deslumbra. No sin pena, en verdad, pensamos al llegar á este punto en el partido que adoptó Dryden como escritor en las polémicas de su tiem-



po, porque si habia corrupcion, desórden y locura en ambos campos, de una parte se hallaba la libertad y de otra la tiranía. Empero no insistiremos acerca del particular, pues del propio modo que los soldados ingleses y los franceses suspendieron un espacio la batalla en Talavera para beber del agua cristalina que corria por un arroyo medianero de ambos ejércitos, y que los enemigos apagaban la sed juntos sin temerse ni atacarse, nosotros preferimos convidar á nuestros adversarios políticos á que reconforten y calmen el espíritu con nosotros en el manantial de los placeres intelectuales, que debe servir para refrigerio de los combatientes de ambos bandos, á enturbiarlo á fuerza de invectivas y de recriminaciones acerbas.

Macflecnoe no cede al *Absalon* y *Aquitofel* en mérito, sino en la eleccion del asunto, pues en cuanto á la ejecucion acaso le sea superior. Pero la obra más hermosa y acabada de Dryden es la última que produjo, titulada *Oda á Santa Cecilia*, monumento de la poesía de segundo orden, digno por todos conceptos de figurar despues de los grandes modelos, y que nos recuerda el tercer caballo de Aquiles, de raza mortal, pero que seguia, no obstante, á los divinos (1). Comparando esta oda con las insul-

(1) El auriga
obedeció á su voz, y diligente
unció bajo del yugo á Janto y Balio,
que en correr á los vientos igualaban,
del Zéfiro nacidos y la Harpia
Podarga, que del mar en la ribera
pació descuidada cuando vista
por el Zéfiro fué. Juntó con ellos
al ligero Pedaso, que de Teba,
la ciudad de Etion, Aquiles trujo
cuando fué por su brazo conquistada;

sas declamaciones de las tragedias heroicas, púedese medir y calcular el progreso realizado por Dryden, advirtiéndose desde luégo que ya no gustaba de competir con los ingenios de un órden superior, sino que se mantenía discretamente á cierta distancia de la pendiente que conduce al énfasis y á la sonora vacuidad, sin aventurar jamás palabra que no expresara con exactitud una idea clara y distinta. Ya no advertimos en sus versos las *tinieblas visibles* que ántes los envolvian, y que solamente pueden emplear con éxito los poetas de primer órden; todo en su estilo es claro, significativo y pintoresco, y si sus primeros trabajos parecen las obras gigantescas de aquellos jardineros chinos que aguzan su entendimiento para rivalizar con la naturaleza, construyendo montañas escarpadas y cataratas cuya elevacion y estrépito pongan miedo; y plantando bosques cuya grandeza y hermosura iguale la de las selvas vírgenes de América, luégo abandonó esta manera, sin adoptar por eso el sistema holandés introducido en Inglaterra por Pope, y á virtud del cual todo resulta regular, simétrico y á escuadra, sino más bien el de sus compatriotas los Kents y los Browns, los cuales, inspirándose en los grandes paisajes, sin pretender igualarlos, consultando la fisonomía de los lugares, auxiliando la naturaleza y encubriendo su arte, llegaron á crear, no nuevos Niágaras y Chamounix, sino parques deliciosos como el de Stowe y de Hagley.

Todo bien considerado, casi deploramos que no realizara Dryden su proyecto de escribir un poema

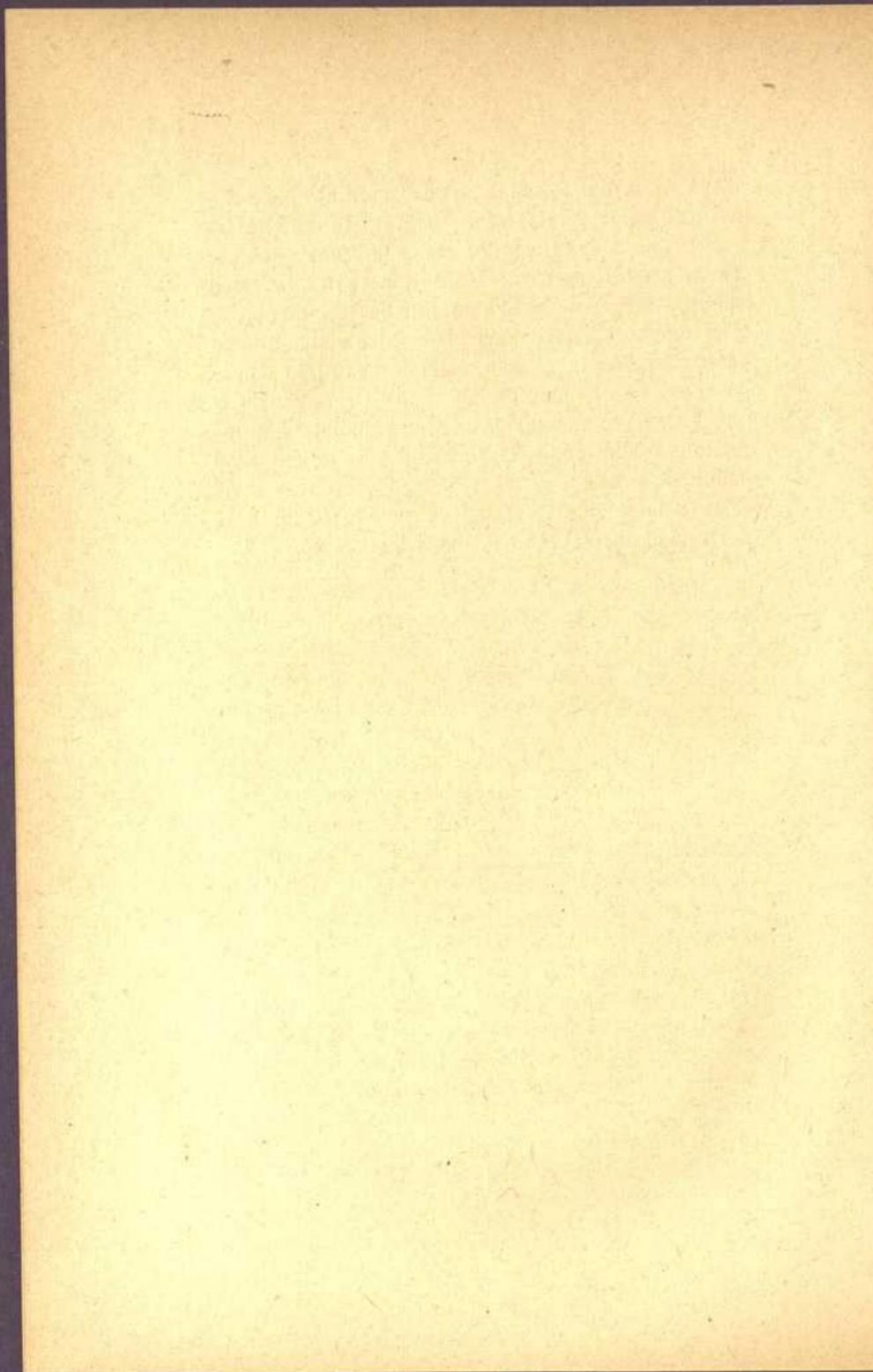
y aunque nació mortal, veloz seguia
á los otros caballos inmortales. »

Iliada, xvi,

épico. Pues si la obra no hubiera sido ciertamente del orden más elevado, ni podido rivalizar con la *Ilíada*, la *Odisea* ó el *Paraiso perdido*, habria tal vez aventajado las producciones de Apolonio de Rodas, de Lucano y de Estacio, é igualado la *Jerusalén libertada*. La relacion hubiese sido vigorosa y firme, inspirándola el mismo espíritu de las leyendas antiguas, enriqueciéndola brillantes descripciones y exornándola discursos y digresiones á cual mejores, si bien es cierto igualmente que al ejecutar Dryden esta obra hubiera corrido peligro de remontarse acaso demasiado, de ceder con sobrada frecuencia, por ejemplo, á su manía de evocar los ángeles de los diversos reinos y de hacerlos hablar, y de trabar una lucha con el famoso poeta que logró en su tiempo representarnos de una manera tan incomparable los espectáculos y hasta los rumores más misteriosos del otro mundo, sin advertir que sólo Milton pudo conocer los secretos del abismo, la ribera de azufre, el océano de fuego, los alcázares de las dominaciones derrocadas, resplandecientes al través de la eterna sombra; el silencioso desierto nemoroso, donde duermen acariciados de la brisa perfumada los primeros amantes, mientras velan ángeles armados; el pórtico guarnecido de pedrería, el mar de jaspe, los pavimentos de záfiro, enrojecidos de rosas celestiales, y las innumerables cohortes de querubines resplandecientes de acero y oro; y que las únicas escenas ocasionadas á su talento y que restaban por describir, despues de Milton, eran los concilios, los torneos, las procesiones, las catedrales pobladas de fieles, los campamentos y las armerías.

Pero, aunque tarde acaso, advertimos que nos falta espacio suficiente para examinar todas las

obras de Dryden, y esta consideracion nos hace desistir de hacer apreciaciones acerca de las que no llegó á ejecutar, diciendo, sin embargo, ántes de dar de mano á nuestro trabajo, que tuvo admirable talento, del cual abusó con mucha frecuencia, y buen juicio, de cuyos consejos no hizo nunca mucho caso; que solamente sobresalió en una rama secundaria del arte, si bien de un modo extraordinario, y que á ser su carácter más independiente, y su ingenio más apasionado de lo bueno y de lo bello, y á sentir más respeto hácia sí mismo, con más conciencia de su dignidad, habria podido llegar á la perfeccion absoluta por la senda que siguió.



ADDISON Y SU ÉPOCA.

1672-1719.

The life of Joseph Addison, by LUCY AIKIN, 2 vols, en 8.^o
Londres, 1843 (*).

I.

Antes de comenzar nuestra tarea cumple decir que la persona de Addison nos inspira la simpatía y el respeto á que tiene derecho todo aquel cuyos despojos mortales descansan bajo las bóvedas de Westminster, sin que por eso experimentemos en modo alguno hácia su persona impulsos más ó ménos vehementes de la ciega idolatría que tanto y tantas veces hemos censurado en otros escritores; que la idolatría envilece al ídolo así como al ídólatra, y tratándose de hombres, cualesquiera que sean su ingenio y sus virtudes, siempre resultará no merecerla en fuerza de las imperfecciones anexas á ellas. Así acontece con Addison, quien, si en una rama importante de la literatura, en la cual se han distinguido algunos hombres de ingenio superior,

(*) El estudio de lord Macaulay es de Julio del mismo año.—N. del T.

logró aventajarlos á todos, en cambio nos ha dejado varias obras ménos que medianas, poemas heroicos apenas comparables con los de Parnell, críticas tan superficiales como las de Blair, y una tragedia en nada superior á las de Johnson.

Tampoco mereció Addison, en nuestro concepto, los homenajes y acatamientos exagerados que le tributaron aquellos amigos suyos que, seducidos de las gracias de su ingenio ó reconocidos á su generoso y delicado afecto, acudian por las noches á rendirle culto al café de Button, su templo favorito; aunque sí fué digno, y esta convicción es hija de prolijó y maduro exámen, de todo el afecto y estimación que puede merecer en la tierra nuestra flaca y frágil especie. Pues si su carácter ofrece algun que otro defecto, cuanto más de cerca y más atentamente lo estudiamos, con más claridad lo vemos exento y libre de perfidia, bajeza, crueldad, ingratitude y envidia, sano, en fin, en el organismo noble, como decian los antiguos anatomistas; que si ciertas y determinadas cualidades alcanzaron en otros mayor desarrollo que no en él, ninguno poseyó tantas virtudes, ni perseveró en ellas con tanta constancia durante su vida.

Hecha esta salvedad, pasemos á ocuparnos en la historia de su vida; la cual, porque abarca toda la historia literaria y política de Inglaterra bajo los reinados sucesivos de Guillermo III, de Ana y de Jorge I, y por el modo como la comprendemos, adquiere á nuestra vista importancia extraordinaria.

II.

El reverendo Lancelot Addison fué padre del que ahora es objeto de nuestro estudio, y ciertamente que no por haberlo eclipsado su hijo, podremos en justicia calificar de inmerecidas las dos páginas en folio que le consagra la *Biografía Británica*. En tiempo de la República, y aún cuando la familia de Lancelot no gozaba de muchos bienes de fortuna, lo envió al colegio de la Reina, en Oxford, donde adquirió cierta instruccion, llegó á ser, como la mayor parte de sus condiscípulos, exaltado realista, y en el cual tambien por haber escrito una sátira contra el claustro universitario, hubo de implorar su perdon de rodillas. Al salir de las aulas ganó modestamente su pan de cada dia leyendo la liturgia de la Iglesia vencida por las granjas diseminadas en el Desierto de Sussex, y para recompensar la firmeza de sus opiniones, la Restauracion lo nombró capellan de la guarnicion de Dunquerque, oficio que perdió al pasar esta plaza á poder de los franceses; mas como quiera que por entónces Portugal hubiese cedido Tánger á Inglaterra en parte de dote de la infanta doña Catalina, lo enviaron allí. La triste residencia de Marruecos y la vida sosegada y monótona que hacía en Tánger, fueron despues de todo ventajosamente aprovechadas por nuestro Lancelot, el cual utilizó la soledad y el ocio para estudiar la historia y las costumbres de judíos y mahometanos, publicando á su regreso á la madre patria, pasados que fueron algunos años en el destierro, dos obras llenas de interes sobre la política y la religion de los berberiscos, las costumbres de

los israelitas y el estado de los conocimientos rabínicos. A partir de entónces, fué ascendiendo á las más altas dignidades de la Iglesia, y despues de haber sido sucesivamente capellan real, doctor en teología y arcediano de Salisbury, llegó á dean de Lichfield, y no falta quien diga que hubiese obtenido de Guillermo y de Tillotson un obispado á no haberse indispuerto con el Gobierno haciéndole oposicion, acaso demasiado acerba, por la conducta liberal que inició al convocar las Cámaras, en 1689.

III.

En 1672, poco tiempo despues de haber regresado de Tänger el doctor, nació José Addison, su hijo, de quien sólo sabemos, en aquellos primeros años, que cuando hubo adquirido algunas nociones elementales en las escuelas de primeras letras, ingresó en Charter House. A dar crédito á la tradicion, diriamos que fué una vez en el colegio cabeza de cierto motin estudiantil, y que otra, por motivos que no se mencionan, huyó de Charter House, no parando hasta emboscarse en lo más agreste de una selva, guareciéndose durante la noche en un árbol carcomido, y alimentándose de frutos silvestres, hasta que lograron dar con su paradero y restituirlo, no sin gran trabajo, á la escuela. A ser esto cierto, ¿qué sistema de educacion hubiera sido eficaz á tornar en el hombre más dulce, tímido y tranquilo de todos al muchacho díscolo, rebelde y montaraz que demuestran las aventuras apuntadas?

Pero sea como fuere, lo averiguado es que prosiguió sus estudios con celo, perseverancia y éxito, y que á la edad de quince años ya se hallaba en dis-

posicion de ingresar en la Universidad, con un caudal de conocimientos y un gusto clásico dignos de un maestro en artes. Y como al cabo de algunos meses de permanencia en el Colegio de la Reina, en Oxford, casualmente cayeran en manos del doctor Lancaster, decano del de la Magdalena, varios versos latinos suyos, cuya elegancia y pureza de estilo habrian envidiado los mejores hablistas, se propuso ser útil al jóven que daba tan buenas esperanzas y tan señalada muestra de aprovechamiento. No tardó en llegar la ocasion de ver cumplido su deseo. La revolucion de 1688 acababa de verificarse, produciendo grandes trasportes de alegría en todas partes; pero en ninguna más extraordinarios que lo fueron en *Magdalene College*. Porque como Jacobo y su canciller hubieran maltratado á tan opulenta y poderosa corporacion con una insolencia é injusticia que asombran, áun tratándose de aquel Rey y de aquel Ministro, desacato que contribuyó más eficazmente todavía que la persecucion de los obispos á privar al trono del afecto y del apoyo de la Iglesia, pues se vió expulsado del claustro su rector elegido, reemplazado con otro de real nombramiento, y católico, además, y los catedráticos que por ser fieles á sus juramentos se negaron á someterse al usurpador, lanzados tambien del tranquilo retiro en que vivian, y en la triste necesidad de implorar la caridad pública para no morir de hambre; al restablecer la revolucion el antiguo estado de las cosas, como durante las turbulencias civiles de 1688 no se hubieran hecho elecciones en la escuela, y en 1689 se hallara por esta causa duplicado el número de vacantes, el Dr. Lancaster pudo hacer entónces participe á su protegido de los beneficios que ofrecia generosamente á sus miembros el cen-

tro universitario reputado á la sazón por el más rico de Europa.

IV.

Diez años residió Addison en *Magdalene College*, primero como *demi*, despues como *fellow*, siendo motivo de orgullo para el claustro haberlo contado entre sus individuos; como que su retrato se conserva en la sala principal, y que los *fellows* actuales no se olvidan nunca de mostrar á los que visitan el colegio su paseo favorito bajo los olmos de la pradera situada orillas del Cherwell. Es tambien tradicional en el colegio, y esto nos parece probable, que sobresalía entre sus compañeros por la delicadeza de sentimientos, la circunspeccion de carácter, la suavidad de costumbres y la constancia en el trabajo, al que consagraba no pocas horas de la noche, creyendo insuficientes las del dia. Pero en lo que no hay duda es en que su erudicion y su talento le conquistaron inmensa fama universitaria, y que muchos años despues de su salida del claustro, aún recordaban con elogio los catedráticos más antiguos de *Magdalene College* las composiciones de su juventud, deplorando no haber conservado copia de tan brillantes ejercicios.

No por eso, á ejemplo de Miss Aikin, formamos idea exagerada de la erudicion clásica de Addison; pues si conocía, comprendía é imitaba mejor que todos sus predecesores, excepcion hecha de Buchanan y de Milton, los poetas latinos, desde Lucrecio y Cátulo hasta Claudio y Prudencio, no había estudiado con tanto esmero los prosistas, ni sabía la lengua griega sino de una manera incompleta.

Pero tambien diremos que si hubiera sido más grande su erudicion y su saber, acaso habria tenido ménos éxito. Pues, por regla general, no es el hombre que logra ejecutar lo que ninguno intenta siquiera poner por obra aquel á quien admira la humanidad, sino á quien hace mejor que muchos otros lo propio que muchos otros hacen bien. Bentley, por ejemplo, fué tan superior á los *scholars* de su epoca, que sólo muy escaso número de ellos pudo apreciar su mérito innegable; mas el género de obras en que Addison aventajó á sus contemporáneos, gozaba, entónces como ahora, de crédito extraordinario; y como todos los estudiantes habian hecho versos latinos y algunos muy buenos, y la totalidad se hallaba en el caso de apreciar el arte con que imitaba maravillosamente á Virgilio, sus poesias sobre el Barómetro y el *Bowling Green* arrancaron aplausos á centenares de personas para las cuales la *Disertación sobre las epístolas de Falaris* (*Dissertation on the Epistles of Phalaris*), era tan sibilina como los jeroglíficos de un obelisco egipcio.

V.

Los poemas latinos de Addison alcanzaron, pues, en Oxford y en Cambridge, como dejamos apuntado, grande y legitimo éxito mucho tiempo ántes de que fuera conocido el nombre de su autor de los ingenios que concurrían á los cafés inmediatos al teatro de Drury-Lane. A los veintidos años de su edad se atrevió ya nuestro Addison á publicar versos en inglés, y con este motivo dirigió algunas estrofas encomiásticas á Dryden; el cual, despues de repetidas victorias y de no pocas derrotas, habia conquis-

tado envidiable posición en la república de las letras y muy superior á la de todos sus contemporáneos; y como los elogios del jóven *scholar* le causarían viva complacencia, siguióse de aquí entre ambos un comercio activo de recíprocos servicios y buena correspondencia. Probablemente Congreve presentaría Addison á Dryden, como lo hizo cuando deseó conocer á Carlos Montague, siendo ministro de Hacienda y jefe del partido *whig* en la Cámara de los Comunes.

Addison, que parecía entónces querer consagrarse por completo á la poesía, publicó la traducción de una parte del cuarto canto de las *Geórgicas*, versos al rey Guillermo, y otros trabajos análogos, es decir, sin mérito ninguno. Felizmente para él, había contraído el público en aquella época la costumbre de recibir con aplauso composiciones que ahora no se juzgarían dignas sino de muy modesta recompensa. Pues como el verso heroico gozaba de inmenso favor, y Pope no había iniciado aún á los poetas en el arte, tan difundido despues, de vencer sin dificultad de las muchas aparentes de este metro, al mostrarse Addison superior á todos sus rivales en el género, fué proclamado desde su aparición por uno de los más esclarecidos ingenios de su siglo. Empero si obras muy diferentes de las indicadas no le hubieran conquistado, andando el tiempo, fama duradera y merecida, hubiese sido su nombre tan poco célebre como los de Duke, Stepney, Granville, Walsh y tantos otros contemporáneos suyos, cuyos únicos títulos de gloria están fundados en haber expresado en medianos versos ideas ó sentimientos que pudieron formular en prosa ó no declarar en modo alguno. De todos modos, es lo cierto que su primer triunfo lo debió á

otra causa. Porque como Dryden, á quien habia obsequiado Addison con un prefacio crítico para sus *Geórgicas*, le correspondiera tributándole grandes alabanzas al frente de su traduccion de la *Encida*, y aparentando temer que su propia obra no pudiera ser comparada con la version del cuarto canto de las *Geórgicas*, hecha por el claro ingenio de mister Addison, de Oxford, dijera que «despues de sus abejas apénas si su enjambre merecia ser alojado en colmena,» esto asentó su crédito y aumentó su reputacion.

VI.

Así las cosas, llegó el tiempo en que Addison debiera necesariamente seguir carrera. Todo parecia conspirar á su ingreso en el estado eclesiástico: sus buenas costumbres, sus opiniones religiosas, su colegio, que disponia de beneficios importantes; su padre, que habria experimentado mucha satisfaccion de verlo tomar ese camino, y hasta él mismo, á juzgar de algunos versos suyos, parecia resuelto á recibir las órdenes sagradas; pero Cárlos Montague le salió al encuentro, cerrándole el camino é impidiéndole poner en ejecucion su pensamiento. De poeta mediano habia llegado Montague en poco tiempo á ser hombre de Estado verdaderamente notable; y aunque fuese por entónces hacendista, orador, cortesano y jefe de partido, conservaba siempre verdadera inclinacion hácia los estudios favoritos de su juventud, inclinacion que satisfacía buscando y solicitando á los hombres de mérito literario y estimulándolos, no molestando al público y cansándolo con sus composiciones insignificantes; y por tal manera una

multitud de poetas y prosistas que lo habrían derrotado sin esfuerzo alguno á intentar siquiera presentarse como competidor suyo en el palenque, lo reverenciaba y acataba por juez peritísimo y generoso protector. El más inteligente y honrado de sus colegas, lord Somers, se mostraba siempre propicio á secundar todos sus proyectos, encaminados á favorecer los escritores ó los sabios desvalidos, pudiendo decirse que aparte de su amor sincero hácia las buenas letras y la ciencia, entrambos grandes políticos tenían otras razones para desear granjearse la benevolencia de todos los jóvenes de talento. Porque como la Revolucion habia cambiado por completo el sistema gubernamental, y la prensa era libre y comenzaba su influencia sin precedentes hasta entónces, en la opinion pública, pues la época de los Estuardos estuvo regida de la censura; y el Parlamento se reunia todos los años, y duraban sus sesiones algunos meses consecutivos, al contrario de lo que ántes sucedia, pues en ocho años sólo estuvo abierto sesenta dias; y la Cámara de los Comunes era el poder dominante del Estado; en aquellas circunstancias los hombres de claro ingenio y de talento literario ú oratorio estaban llamados naturalmente por la fuerza de las cosas á representar papel de tanta importancia, que podian, con sólo quererlo, hasta derribar al gobierno que los hubiera despreciado ó sólo sido indiferente con ellos. Montague y Somers dieron, pues, muestra de ser políticos tan profundos como ilustrados atrayéndolos al partido *whig*.

VII.

En 1699, cuando hubo cumplido Addison veintisiete años, tomó una resolución definitiva respecto de su porvenir. Los dos jefes del ministerio se mostraban perfectamente dispuestos á su favor; y como además era ya en política lo que fué toda su vida, esto es, *whig* templado, sus poderosos protectores quisieron á lo que parece hacerlo ingresar en la carrera diplomática. Necesario era para esto saber la lengua francesa, cuyo estudio no habia hecho Addison, y á fin de subsanar el defecto Somers le hizo merced de una pension de trescientas libras esterlinas al año con que ocurrir á los gastos de un viaje á Francia, donde residiria sin limitacion de tiempo hasta poseer el idioma del país perfectamente. Addison temió los primeros momentos que se opusiera el claustro de *Magdalene College* á su marcha; mas el canciller escribió de su mano en términos tan perentorios al sabio y virtuoso Hough, rector del colegio, que todas las dificultades quedaron vencidas sin demora, y pudo al fin abandonar á Oxford el verano de 1699, y emprender su viaje con la holgura que consentian sus emolumentos universitarios y la pension del Gobierno. Cruzó el canal de la Mancha entre Douvres y Calais, y se dirigió á Paris, donde le dispensó benévola, extraordinaria y cortés acogida un pariente de su amigo Montague, el conde de Manchester, que acababa de ser nombrado embajador de Inglaterra en la corte de Francia. La Condesa, *whig*, discreta, elegante y distinguida, hubo de mostrarse tan amable con Addison como su esposo, porque nuestro poeta conservó

largo tiempo gratísimo recuerdo de la impresion que le produjo entónces; de lo cual dan testimonio ciertos versos picantes que luégo escribió en un espejo del *Club Kit-Cat* con su sortija, expresando el despecho y la envidia que tenian á los colores *naturales* de la dama inglesa las pintadas hermosuras de Versalles.

VIII.

Expiaba Luis XIV á la sazón los devaneos de su juventud con rasgos de piedad exagerada é intolerante; y la servil literatura de la Francia, imitando el régio ejemplo, revestia sus producciones de cierto carácter místico. Racine, que acababa de morir, habia empleado los últimos años de su vida escribiendo tragedias sagradas, y Dacier buscaba por entónces con solícito afán los misterios de Atanasio en las obras de Platon. Estos y otros muchos detalles á cual más interesantes y curiosos acerca del estado de las letras en Francia los reunió el recién llegado poeta en una ingeniosísima carta dirigida por aquellos dias á Montague. En otra de la misma época para lord Somers, á quien tenía tan presente como á su colega, le aseguraba con palabras de mucha cortesía y afecto de su gratitud y amistad. «Sólo un medio tengo, le decia, de mostraros mi agradecimiento, y es el de hacerme digno de vuestras mercedes, consagrándome por completo al estudio.»

Y á fin de realizar mejor este laudable propósito, salió de Paris, retirándose á Blois, por ser la ciudad de Francia cuyos habitantes, segun es fama tradicional, hablan mejor su idioma, y en la cual no de-

bia encontrar ningun compatriota que lo distrajera del estudio. Allí pasó algunos meses muy agradable y útilmente aprovechados, al decir de su amigo el abate Philippeaux, el cual suministró á José Spence los informes necesarios á ponerlo al corriente de la vida que hacía en Blois; y á ser exacta la relacion, Addison estudiaba mucho, pasaba largas horas abismado en profundas meditaciones, hablaba poco, á las veces parecia distraido y no tuvo amoríos, ó no cometió al ménos la indiscrecion de confiar sus secretos al cura. Pero tampoco deberá parecer extraña esta conducta reservada y circunspecta de Addison en tierra extranjera y rodeado de personas cuyo idioma no era el suyo propio, si se advierte que siempre fué taciturno y de pocas palabras, áun en su patria y con sus compañeros de colegio. Bien será decir, sin embargo, que absorbido y todo en sus imaginaciones, como lo declaraba el abate Philippeaux, y distraido y apartado de las gentes, algunas cartas suyas insertas en el *Guardian* dan testimonio de que observaba la sociedad francesa, sin dejarlo traslucir, con la penetracion y benevolencia propias de su carácter.

IX.

De Blois regresó Addison á Paris; y como ya entonces poseía la lengua francesa, comenzó á frecuentar el trato de los grandes filósofos y poetas nacionales, de lo cual da testimonio entre otros documentos una interesantísima carta escrita por él al obispo Hough refiriendo sus conversaciones con Malebranche y Boileau. Malebranche mostraba grande parcialidad hácia los ingleses; mas, al propio

tiempo que le parecía extraordinario el ingenio de Newton, érale Hobbes indiferente, llegando á cometer la injusticia de calificar al autor del *Leviatan* de «cortos alcances.» La modestia obligó á nuestro viajero á suprimir algunos detalles de su entrevista con Boileau. El cual se hallaba ser entónces supervivente de todos los amigos y rivales de su juventud, y vivía en grande soledad y lleno de achaques, melancólico, sordo y viejo, encerrado en su casa siempre, sin parecer nunca en la corte ni en la Academia, ni recibir visitas de extranjeros sino muy raras veces. No conocia tampoco la Inglaterra, ni su literatura, ni habia oido hablar siquiera de Dryden; mas áun cuando no pocos ingleses acaso extraviados de su patriotismo afirman que la ignorancia ésta de Boileau era fingida, de nosotros diremos que, bajo el reinado de Luis XIV, la literatura inglesa la conocia en Francia tan escaso número de personas como en Inglaterra la alemana cincuenta años hace (1). Y como Boileau no habia leído, de autores británicos se entiende, otra cosa que los poemas latinos de Addison, los halló tan admirables que le suministraron nuevas nociones acerca del estado del gusto y de la instruccion de los ingleses. Johnson pretende que los elogios del frances no eran sinceros, porque, añade, «Boileau despreciaba por extremo el latin moderno, y si alabó los versos de Addison fué por mera cortesía;» pero no es lícito sostener esta opinion como si fuera de Boileau, porque si bien reputaba por imposible cosa escribir un poema de primer orden ni que lo pareciera en una lengua muerta, y decia que los autores del siglo de Augusto descubrirían no pocas incor-

(1) La fecha del presente estudio es de 1843.

recciones en el más puro latin moderno, es tambien cierto que la carta del frances en que Johnson se funda, sólo contiene acerca del particular las siguientes palabras, que no demuestran menosprecio exagerado ni mucho ménos: «No creais por lo dicho que me parezcan mal ni censure los versos latinos que me habeis enviado de uno de nuestros más ilustres académicos, pues me parecen hermosos y dignos de Vida y Sannazaro, aunque no de Horacio y Virgilio.» Y tanto fué así, que hablando, por ejemplo, de los epigramas del P. Fraguier, dijo que le parecian obra del poeta Cátulo. ¿Qué más si él mismo hizo versos latinos, siquiera fuesen dirigidos contra los poetas modernos autores de tales demasías, en aquella composicion que comienza del modo siguiente:

«Quid numeris iterum me balbutire Latinis
Longé Alpes citrá natum de patre Sicambre,
Musa, jubes?»

Por otra parte, nunca se mostró Boileau propenso á prodigar alabanzas ni cumplidos á nadie, y ni el temor ni la amistad pudieron en ninguna circunstancia determinarle á dar por bueno aquello que no se lo parecia. Si, consecuente con su modo de ser, fué osado á decir al rey Luis XIV que no era inteligente S. M. en poesía, y que por esa causa le parecian buenos muchas veces versos detestables, ¿cómo suponer siquiera que por Addison se tornara en adulador por la primera y última vez de su vida? Es, pues, indubitable que si el áspero, destemplado y desdeñoso satírico alabó al cabo de sus años las *Machinæ gesticulantes* y la *Gerano-Pygmæomachia*, lo hizo con sinceridad, diga lo que quiera Johnson. Además, y á mayor abundamiento, la manera tan

cordial y afectuosa que tuvo Boileau de acoger y tratar al joven inglés, demuestra la estimación en que lo tenía. Departieron ambos interlocutores largamente de literatura, y el anciano habló tanto y tan bien, que cautivó á su joven colega. Ni podía ménos de ser así, porque Boileau poseía sin duda muchas de las cualidades indispensables á un gran crítico, y aún cuando carecía de imaginación, su buen sentido era sobresaliente, y así también el criterio y el tacto con que aplicaba los estrechos principios de su código literario, siendo su estilo, abstracción hecha de las ideas á que sirve de ropaje, verdadero modelo del arte de buen decir; y como conocía perfectamente los grandes maestros de la Grecia antigua, aunque no pudiera juzgar de manera conveniente su ingenio creador, admiraba la majestuosa naturalidad de su modo de ser; escuela de sencillez que le hizo despreciar siempre la hinchazón de estilo y el oropel. Fácil es descubrir en el *Spectator* y en el *Guardian* huellas evidentes de la influencia saludable y perniciosa que Boileau llegó á ejercer sobre Addison entónces.

X.

Durante la estancia de Addison en París, un suceso político de los más trascendentales tornó la capital de Francia en residencia muy desagradable para los ingleses, y sobre todo para los *whigs*. Porque como hubiera fallecido Carlos II, rey de España, y legado la corona de su imperio en ambos mundos á Felipe de Anjou, hijo segundo del Delfín, y violando Luis XIV sus anteriores compromisos con la Gran Bretaña y los Estados generales, acep-

tara la herencia en nombre de su nieto, llegó la casa de Borbon al apogeo de la grandeza humana. Con esto la Francia, sin prever el cúmulo inmenso de calamidades que la perfidia de su soberano traería sobre ella, se mostraba tan orgullosa, que la conversacion francesa, como Addison decia, «comenzó á ser insoportable, y que la nacion más vana del universo se hizo aún más vana todavía de lo que ántes habia sido en ningun tiempo de su historia.» Cansado y molesto de la fatuidad de los parisienses, y persuadido acaso de que no tardaría en estallar la guerra entre la Francia y la Gran Bretaña, nuestro poeta determinó de partir para Italia.

XI.

El mes de Diciembre de 1700 Addison se hizo á la mar en Marsella la vuelta de Italia. Mas cuando navegaba por las costas de Liguria y se extasiaba contemplando los mirtos y los olivares que la poblaban, cubiertos de hoja en pleno solsticio de invierno, se levantó temerosa tempestad, y su espectáculo terrible le inspiró la oda que pareció mucho despues en el *Spectator*, que comienza con las palabras: «*How are thy servants blest, ó Lord!*» y que demuestra la impresion profunda que produjo en su ánimo aquel suceso. Al cabo, plugo al cielo que tras muchos dias de ansiedad y de peligro inminente pudiera el buque llegar á Savona, de donde Addison se dirigió á Génova, pasando por las montañas y despeñaderos que luégo sirvieron de asiento á un camino admirable.

Hallábase sometida Génova entónces á la dominacion del Dux y de los nobles, cuyos nombres ilus-

tres llenaban las páginas del Libro de oro. Addison permaneció muy pocos días allí; pero los aprovechó en admirar los magníficos palacios que ostentan sus calles tan estrechas, y los frescos que decoran sus paredes, y el soberbio templo de la Anunciación, y las tapicerías tan bellas, que representan las hazañas de la famosa y esclarecida familia de los Dorias. De Génova pasó á Milan, cuyo majestuoso *Duomo* ántes le causó asombro que no complacencia. Cruzó luégo el lago Benaco durante una tormenta, y vió erguirse sus ondas tan furiosas y amenazadoras como las describe Virgilio, llegando á Venecia, la ciudad más alegre de toda Europa, en la época del Carnaval, la más alegre de Venecia, y pasándolo entre mascaradas, danzas, serenatas y funciones de teatro, cuyos argumentos absurdos, deshonra de la escena italiana, lo divertían é indignaban juntamente. Aparecía, vg., en cierta tragedia, por extremo ridícula, Caton prendado de la hija de Escipion, y ésta enamorada de César, lo cual sabido del primero le hace odiosa la vida, y poniendo en ejecución su pensamiento de darse muerte, se cierra en la biblioteca, y junto á una mesa, despues de haber leído unas páginas de Tasso y otras de Plutarco, toma un puñal, pronuncia un largo y monótono parlamento, y sin moverse de la silla se mata. Con ser *La muerte de Caton* muy mala, y á pesar de sus anacronismos y desatinos, es indudable que impresionó la imaginación del jóven viajero y que le sugirió la idea de tomar á Caton por asunto de una tragedia inglesa. Es singular que ningún biógrafo de Addison haya mencionado esta circunstancia tan digna de ser tomada en cuenta, sobre todo cuando no ignoran que comenzó á escribir su *Caton* por aquel tiempo, habiendo concluido cuatro actos ántes de regresar á Inglaterra.

XII.

De Venecia fué á Roma; pero no sin apartarse algo de su camino con el objeto de visitar el más pequeño de los Estados independientes de Europa, cual era y continúa siendo la república de San Marino, asentada en la cumbre de alto monte, y envuelta en nieve todavía, sin embargo de hallarse muy adelantada ya la primavera en Italia. La simplicidad de costumbres y de instituciones de tan singular Estado independiente, al que se llegaba por veredas impracticables casi, visitado de tan pocos viajeros, y del cual ninguno habia hecho descripciones nunca, excitó la sonrisa del poeta.

La primera estancia que hizo Addison en Roma fué muy breve, y apenas si permaneció allí el tiempo necesario á visitar San Pedro y el Panteon, sin que fuera eficaz á detenerlo la proximidad de la Semana Santa, en cuyos dias atrae la grandeza y solemnidad de sus ceremonias religiosas tan considerable número de viajeros y peregrinos de los pueblos más apartados. No sabemos qué razones tendria para obrar así; pero es lo cierto que partió en posta para Nápoles por la vía Appia sin más tardanza.

No podia Nápoles ofrecer entónces á los extranjeros aquellas maravillosas curiosidades que hoy día prefieren á toda otra cosa los que van á visitarla. Porque si poseia el mismo magnífico puerto y la terrible montaña en cuyo seno ruge ardiente lava, una granja se alzaba sobre los techos del teatro de Herculano y viñedos sobre las calles de Pompeya; y aunque ninguna convulsion de la naturaleza hubiera ocultado á los ojos del hombre los templos

de Pæsto, era su existencia tan desconocida de todos, que ni aún los anticuarios y artistas podían dar razón de ellos; que, si bien se hallaban á pocas horas de la populosa capital donde acababa Salvator Rosa de pintar sus más hermosos cuadros, y daba Vico lecciones de ciencia, aquellos venerables despojos de antigüedad remota, cual las ciudades mejicanas cuyas ruinas ocultaron á los ojos del viajero los bosques nemorosos del Yúcatan, eran también desconocidos de la Europa. Pero Addison vió todo cuanto podía verse á la sazón en Nápoles, subiendo hasta el cráter del Vesubio, explorando el *tunel* de Pausilipo, y paseando por los viñedos y almendrales de Caprea. Y aún cuando las maravillas de la naturaleza y las obras maestras del arte absorbían y preocupaban su atención, no por eso dejaba de advertir al paso los abusos del gobierno arbitrario y la miseria del pueblo; siendo esta observación la que hizo en Italia con más frecuencia, y la que lo confirmó en sus principios políticos, habiéndole surtido tanto efecto lo que vió en sus viajes por el extranjero, que siempre los recomendó como el mejor remedio para curar del jacobismo. ¿Acaso sirven los viajes, pregunta el *tory* cazador de zorros, en su *Freeholder*, sino para contagiarse de galicismo y aprender á *perorar contra la obediencia pasiva?*

XIII.

De Nápoles volvió Addison á Roma por mar, pasando á lo largo de la costa que Virgilio había celebrado, y después de doblar el cabo en que los aventureros troyanos depositaron un remo y una

hocina sobre la tumba de Miseno, llegada que fué la noche, ancló al abrigo del famoso promontorio de Circe, tan ponderado en la mitología, y desembarcó en la embocadura del Tíber, cuyas aguas corrían entónces á la sombra de árboles frondosos, revueltas en arenas amarillas como el día de la llegada de Eneas. Del arruinado puerto de Ostia, fué Addison á Roma, donde pasó los meses calurosos y malsanos del año, y durante los cuales, áun en tiempo de Augusto, los romanos acaudalados y libres huían de la ciudad, de sus perros rabiosos y de sus mortíferas enfermedades, para gozar de las delicias del campo. Acaso, cuando más adelante dió gracias á la divina Providencia en una poesía por haberle conservado la salud en medio de una atmósfera viciada, lo hizo recordando y aludiendo á los meses de Agosto y Setiembre que residió en Roma con tanto riesgo de su vida.

Hasta fines de Octubre solamente no dijo Addison adios á las obras maestras del arte antiguo y moderno acumuladas en la grandiosa ciudad que fué tan largo tiempo señora del mundo, y se dirigió hácia el Norte, pasando por Siena, cuya magnífica basílica le hizo dar un espacio al olvido sus preocupaciones en favor de la aquitectura clásica. Permaneció algun tiempo en Florencia entretenido en el museo, que prefería por sus esculturas al del Vaticano, y además en la grata compañía del duque de Shrewsbury, quien, sin olvidarse nunca de su encumbrado nacimiento, poseía el arte inapreciable de la más exquisita cortesía y afabilidad, y lo empieaba con cuantos se le acercaban. Addison también, cuando lograba desechar la timidez propia de su carácter, era de agradabilísimo trato. El Duque vivía de asiento en Toscana, desde que hubo satisfie-

cho sus ambiciones y se cansó de las luchas políticas, y temeroso y enemigo al propio tiempo de *whigs* y *tories*, determinó apartarse de todo y de todos, recogíendose á Italia, privando á su patria de los servicios tan relevantes que habria podido prestarle; que á poseer Shrewsbury principios sólidos y algun valor cívico, tan grande y claro era su talento, que hubiera sido uno de los hombres más eminentes de su siglo.

XIV.

Al partirse de Florencia, cruzó Addison una comarca, en la cual aún se advertían las huellas dolorosas de la última guerra, y cuyos habitantes comenzaban á preocuparse con espanto de las luchas más terribles que se preparaban, pues Eugenio habia bajado de los Alpes relianos para disputar á Catinat la feraz llanura de la Lombardia. El desleal soberano de Saboya pasaba todavía por aliado de Luis; y aunque la Inglaterra no habia declarado aún oficialmente la guerra á la Francia, el conde de Manchester ya no estaba en Paris, y las negociaciones que produjeron la grande alianza contra la casa de Borbon, tocaban á su término. Dadas estas circunstancias, un viajero inglés debia de apresurarse trasponer las fronteras de un país neutral, y así lo hizo Addison, pasando el monte Cenis sin demora el mes de Diciembre. No era entónces el camino como el que ahora recuerda el genio poderoso de Napoleón á los viajeros; mas la travesía pudo Addison hacerla sin gran dificultad por ser aquel invierno de los benignos; circunstancia feliz á que aludió luégo en la oda citada, cuando dijo que la divina miseri-

cordia suavizó para él la crudeza del cierzo de las nevadas cumbres de los Alpes (*hoary Alpine hills*). En medio de aquellas nieves compuso la epístola á su amigo Montague, por otro nombre lord Halifax, la cual, con haber sido tan celebrada otro tiempo, ahora no la conoce sino muy escaso número de personas eruditas, y con ser superior á las composiciones análogas publicadas hasta entónces en Inglaterra, no merece que la cite mos en la ejecutoria literaria de Addison, porque no añade timbres á sus blasones. Pero sean los que fueren los méritos ó los defectos de la epístola á Montague, la estimamos digna de mencion y de alabanza, y honra mucho los principios y sentimientos de su autor, porque Halifax entónces carecia por completo de crédito en la corte, pues acababa de ser destituido, difamado y perseguido por la Cámara de los Comunes; y aún cuando sus Pares lo habian absuelto, ya no le quedaban probabilidades, á lo ménos en la opinion pública, de volver al gobierno de su patria; siendo por tanto la obra de Addison á que nos referimos una de las pruebas más convincentes de que si se distinguió de todos los hombres políticos de su siglo por la dulzura y moderacion extraordinaria de su carácter, no deberá de acusarlo nunca la posteridad de servilismo, ingratitude ni baja.

XV.

En Génova supo Addison que por efecto de una modificacion parcial de Gabinete ocurrida en Inglaterra, el conde de Manchester habia sido nombrado secretario de Estado. Manchester entónces se propuso ser útil á su amigo; y como creyeran oportuno

sus compañeros de Ministerio enviar un agente inglés al príncipe Eugenio, de comun acuerdo designaron á nuestro Addison, cuya educacion diplomática estaba terminada, para desempeñar tan honroso cometido. Disponíase á marchar á su destino cuando la muerte de Guillermo III vino á destruir por el momento sus esperanzas de prosperidad.

Siempre había sido Ana enemiga personal, política y religiosa del partido *whig*; pero al ocupar el trono se apresuró á demostrarle su mala voluntad, comenzando por recoger los sellos al de Manchester, que sólo había ejercido su cargo algunas semanas, y por cerrar las puertas de su Consejo privado á Somers y á Halifax. Addison participó de la mala ventura de sus tres protectores, no esperando tampoco poder conseguir empleo; y como, para colmo de su desgracia, hubiera perdido los emolumentos que le asignaron al emprender el viaje de Francia, hubo de procurarse los medios de ocurrir á sus necesidades con su trabajo, y aceptó el encargo de preceptor de un jóven inglés acaudalado, que se proponía recorrer la Suiza y la Alemania. Durante aquella expedicion, escribió su notable *Tratado de las Medallas*, libro que no vió la luz pública sino despues de su muerte, pero que al ser conocido de algunos sabios cuando aún se hallaba manuscrito, mereció de todos grandes alabanzas por su estilo, su erudicion y el buen gusto de sus citas.

De Alemania se trasladó Addison á Holanda, en donde recibió la triste noticia del fallecimiento de su padre, y despues de haber pasado unos meses en las Provincias Unidas regresó á Inglaterra á fines de 1703; recibéndolo sus amigos con los brazos abiertos, y haciéndolo inscribir á seguida en el *Club Kit-Cat*, sociedad en cuyo seno se contaban todos

los hombres de talento y de mérito del partido *whig*.

XVI.

Durante los primeros meses que siguieron á su partida del continente, Addison experimentó grandísima escasez de recursos; pero sus ilustres protectores hallaron presto el modo de sacarlo de pobreza, merced al cambio político tan importante que iba verificándose lenta, callada y gradualmente. Cierto es que los *tories* habian saludado el advenimiento de la reina Ana con trasportes de alegría y esperanza, y que la nacion pudo creer entónces que los *whigs* no volverian al poder nunca más, no sólo atendiendo á la mala voluntad que la Soberana les tenia, sino á que rodeaban el trono precisamente aquellos á quienes la opinion pública suponía más fuertemente adictos á la régia prerogativa y á la Iglesia; como que Godolphin, lord tesorero, y el capitán general Marlborough eran, de todos ellos, los dos que poseian el favor de la Reina en mayor grado. Con esto, la nobleza y el clero de los condados esperaban que la política de los ministros seguiria rumbos opuestos á la que siguió constantemente Guillermo III; pero fracasaron sus esperanzas, porque ni Godolphin ni Marlborough participaban de las preocupaciones absurdas y de las pasiones desaforadas de los curas y de los nobles del campo; y comprendiendo que no sólo el interés general de la nacion, sino el suyo particular, les haria en un plazo no lejano adoptar la política exterior de los *whigs*, empezaron á inspirar sus actos en ella y en su conducta económica. Lo cual,

visto de los *tories* exaltados, se apartaron del Gobierno, negándole su apoyo, y poniendo á éste en la necesidad de merecer y alcanzar el de los *whigs*, la Reina hubo de hacer cuantas concesiones se juzgaron necesarias á procurar á sus ministros los votos de que habian menester para sostenerse parlamentariamente. Nada eran á principios de 1704 en las esferas gubernamentales Somers, Halifax, Sunderland y Cowper, ni tampoco los ligaba coalicion ostensible á los *tories* moderados, ni ménos parecia probable que hubiera pactos secretos ni áun tratos entre ambos partidos, y, sin embargo, todos los hombres políticos consideraban la coalicion inevitable y hasta formada, ó al ménos convenida. Tal era el estado de las cosas cuando llegó á Inglaterra la noticia de la gran batalla dada en Blenheim el 13 de Agosto de 1704, y al saber los *whigs* el suceso rompieron en aclamaciones de alegría y de orgullo. ¿Qué falta ni qué desacuerdo hubieran podido invocar entónces contra el caudillo ilustre cuya pericia mudaba en un sólo día la faz de Europa, salvando de ruina inminente al solio imperial, humillando la casa de Borbon, y poniendo la revolucion de 1688 al abrigo de asechanzas y ataques exteriores? Los *tories* no sintieron de igual modo que los *whigs*; y como no podian sin cometer gravísima falta expresar francamente la pesadumbre que les causaba un suceso tan glorioso para la patria, tambien aplaudieron; pero de una manera tan triste y fria, que produjo íntimo y profundo disgusto al general victorioso y á sus amigos.

XVII.

Godolphin lo era hombre de mucha lectura, y todo el tiempo que le dejaban libre los negocios públicos lo pasaba en New-Market ó delante del tapete de una mesa de juego; pero comprendia las bellezas literarias y era, demas de esto, sobrado inteligente para no reconocer que la literatura se transformaba en arma poderosa de las contiendas políticas, y que los grandes generales del ejército *whig* reforzaron sus falanges otro tiempo y aumentaron su influencia personal dispensando generosa y prudente proteccion á los buenos escritores contemporáneos. Y como la ridícula mediocridad de los poemas publicados en conmemoracion de la batalla de Blenheim le causó justo enojo, intentó desagraviarse buscando quien hiciera mejores versos. El Tesorero lo ignoraba; pero consultó á lord Halifax, el cual se negó al principio á secundarlo en sus investigaciones, pues si bien habia protegido á los hombres de talento, los tiempos eran otros, y otras tambien las máximas que prevalecian, pareciendo preferible invertir grandes sumas del Tesoro público en hombres que nada merecian, á sacar con ellas de la miseria y de la oscuridad los de verdadero talento. Sin embargo, Halifax le dijo al cabo: «Conozco á un poeta que cantaria la batalla de Blenheim de un modo digno del asunto; mas no quiero decir su nombre.» Y como insistiera Godolphin, hombre hábil para calmar con dulces palabras los resentimientos de sus enemigos, y más cuando se hallaba como en aquel caso, menesteroso de la benevolencia de los *whigs*, cediendo Halifax á sus instancias

acabó por nombrar á Addison. Pero preocupándose ante todo de la dignidad y de los intereses pecuniaros de su amigo y protegido, exigió que se dirigiera el ministro directamente y con las mayores consideraciones al mismo Addison. Godolphin le contestó que las cosas se harian de modo satisfactorio para todos.

Habitaba el poeta en la buhardilla de una casa de Haymarket, en cuyo piso bajo habia una tienda; y la mañana siguiente al dia en que hablaron Godolphin y Halifax la conversacion que acabamos de referir, llamó á su puerta, sorprendiéndolo con su visita el mismo Boyle, ministro de Hacienda (Chancellor of the Exchequer), que luégo fué lord Carleton, perteneciente á ilustre familia, y á quien el lord Tesorero habia designado por su embajador al desvalido literato en aquella circunstancia. Addison aceptó las proposiciones del Ministro con tanto más gusto, cuanto que debian de ser muy gratas á un *whig* tan puro y ardiente como él. No bien hubo terminado la mitad de su obra, la llevó á Godolphin, y el Ministro quedó tan satisfecho del trabajo, sobre todo de la famosa comparacion del ángel (1), que lo nombró á seguida para un destino con doscientas libras esterlinas anuales de sueldo, prometiéndole más grande recompensa pasado que fuera cierto tiempo.

(1) So, when an angel, by divine command,
With rising tempests shakes a guilty land
Such as of late o'er pale Britannia past,
Calm and serene he drives the furions blast, etc.
(The Campaign.)

XVIII.

De allí á poco se dió á luz el poema titulado *La Campaña*, y el público participó del entusiasmo del ministro. Por lo que hace á nosotros, preferimos la *Epístola á Halifax*, sin que por eso sea nuestro ánimo negar su mérito, ni ménos decir que no merece ser clasificado entre las obras principales que parecieron entre la muerte de Dryden y la aurora de Pope; pues nos hallamos conformes de todo en todo con los elogios que Johnson le tribuló al rendir grandes alabanzas al atrevimiento y buen sentido de que dió muestras Addison en aquel caso, renunciando á las ficciones consagradas por la costumbre. Porque si Homero al cantar los héroes de la Grecia no se apartó de la verdad en su poesía, desgraciadamente cuando sus sucesores, desde los más inmediatos hasta los últimos del siglo pasado, quisieron describir batallas diferentes bajo todos aspectos de aquellas que inmortalizó él, sólo supieron imitar de una manera servil *La Ilíada*. Tanto es así, que poco tiempo ántes de parecer *La Campaña*, un autor muy distinguido llamado John Philips, á quien se debe el *Splendid Shilling*, se atrevió á representar á Marlborough ganando la batalla de Blenheim por obra de su fuerza muscular y de su pericia extraordinaria en el manejo de las armas (1). Pere

(1)

•Churhill, viewing where

The violence of Tallard most prevailed,
 Came to oppose his slaughtering arm. With speed
 Precipitate he rode, urging his way
 O'er hills of gasping heroes, and fallen steeds
 Rolling in death. Destruction, grim with blood.

Addison tenía sobrado buen gusto y buen juicio para someterse á una moda tan ridícula, y no ensalzó sino aquellas cualidades que podían realmente hacer de Marlborough un grande hombre, á saber, su energía, su sagacidad y su ciencia militar, encareciendo más principalmente la serenidad de espíritu con que observaba y ordenaba cuanto era necesario en medio de la confusion, del tumulto y de la carnicería de los campos de batalla, cual si estuviera recogido y solo en su gabineta.

Contenia *La Campaña*, como hemos visto, la famosa comparacion de Marlborough con el ángel que suscita y dirige temerosa tempestad; y aunque no queremos discutir la exactitud de las observaciones de Johnson acerca del pasaje citado, haremos una que no se halla en ningun critico, y es la de que la impresion extraordinaria que produjo en el público, incomprendible para la siguiente generacion, debe de atribuirse, á no dudarle, en su mayor parte, á un verso que la generalidad de los lectores considera hoy á modo de feble paréntesis, y es este:

«Such as, of late, o'er pale Britania pass'd (1).»

Porque Addison habla, como se ve, no de una tempestad abstracta, sino de la que hizo palidecer de terror á la Inglaterra, siendo ésta la tan terrible del mes de Noviembre de 1703, que por su estrago fué

Attends his furions course. Around his head
The glowing balls play innocent, while he
With dire impetuous sway deals fatal blows
Among the flying Gauls. In Gallie blood
He dyes his reeking sword, and strews the ground
With headless ranks. What can they do? Or how
Withstand his wide-destroying sword?

(1) «Cual no ha mucho pasó por sobre la Inglaterra pálida de terror.»

la única que hasta entónces igualara en nuestras latitudes la impetuosa violencia de los huracanes tropicales, dejando en la memoria de todos terrible y aciago recuerdo; que ningun otro huracan ha dado lugar en Inglaterra á informaciones parlamentarias y penitencias nacionales públicas sino éste, que destruyó flotas enteras, derribó inmensos y sólidos palacios, sepultando en las ruinas de uno de ellos á un prelado; que arrancó de cuajo millares de árboles, y cuyo paso imprimió huellas tan medrosas en los condados meridionales, que Lóndres y Bristol ofrecian el aspecto de ciudades tomadas por asalto tras prolongado asedio y ruda resistencia, conservando sus habitantes vivo aún el recuerdo de tanta desolacion y desventura. De aquí tambien que la popularidad alcanzada por la comparacion del «ángel» entre los contemporáneos de Addison nos haya parecido siempre una prueba evidéntisima de la ventaja que así en la poesia como en la retórica tiene lo *particular* sobre lo *general*.

XIX.

Poco despues de la publicacion de *La Campaña*, dió Addison á luz sus viajes por Italia; y como la mayoría de los lectores esperaba sin duda encontrar en el libro revelaciones políticas ó anécdotas escandalosas, la primera impresion que produjo fué de contrariedad y sorpresa, viendo que ántes se habia ocupado el autor de la guerra de troyanos y rútuos que de la de franceses y austriacos, y que daba muestras de no haber oido hablar de galanteos despues de los tan famosos de la emperatriz Faustina. Sin embargo, poco á poco fué adoptando

la mayoría la opinion de la minoría de tal modo, que ántes de ser reimpressa la obra, se buscaba con tanta solicitud que su precio subió al quintuplo. Aún se leen con gusto los *Travels in Italy*, lo cual nada tiene de extraño si se atiende á la facilidad y pureza de su estilo, á la muchedumbre y buena eleccion de sus citas clásicas, y á la benevolencia y delicadeza que rebosa en algunos pasajes, cuya lectura cautiva más por esta circunstancia, verdadera especialidad, por decirlo así, de Addison, y en la que no conoció rivales. Empero el libro de los *Viajes por Italia*, áun considerado lisa y llanamente como relacion fiel de peregrinaciones literarias, no está libre de la critica, pues se advierten en él singularísimas faltas, y si contiene verdadero caudal de citas, resúmenes y extractos de los poetas latinos, sólo hace muy contadas y breves alusiones á los oradores é historiadores romanos, faltando por completo datos y noticias áun compendiosas de la historia y la literatura de la Italia moderna; que no menciona en toda su Relacion, á lo que recordamos, á Dante, Petrarca, Boccacio, Berni, Lorenzo de Médicis, ni Maquiavelo, y se contrae á decirnos friamente que vió en Ferrara la tumba de Ariosto, y que oyó cantar á los gondoleiros de las lagunas de Venecia versos de Tasso. Pues, en realidad, ántes se preocupaba de Sidonio Apolinario y de Valerio Flaco que de Tasso y Ariosto; y si en Paris solicitó con empeño visitar á Boileau, no pareció siquiera echar de ver en Florencia que vivia en la vecindad de Vicente Filicaja, el más grande poeta lírico de los tiempos modernos, á quien Boileau no podia compararse ciertamente; omision muy digna de ser tenuta en cuenta por tratarse del autor favorito de Somers, el político eminente bajo cuya

proteccion viajaba José Addison, y á quien habia dedicado el libro á que hacemos referencia.

A los *Travels in Italy* siguió la preciosa ópera titulada *Rosamunda*, cuya música, por ser de muy escaso mérito, no alcanzó éxito alguno en el teatro; y cuya letra obtuvo en todas partes digno y completo triunfo; pero como despues de la muerte de Addison, el Dr. Arne rehiciera la partitura, el público la recibió perfectamente, y varios pasajes continuaron siendo populares tan largo espacio, que hasta la última mitad del reinado de Jorge II todos los *dilettantis* de Inglaterra los cantaban al piano cada dia.

XX.

En tanto que Addison se consagraba por entero á las distracciones intelectuales, sus asuntos y los de su partido iban tomando un aspecto cada dia más favorable. Porque como durante el verano de 1705 lograron libertarse los ministros de la tutela que les imponia una Cámara de los Comunes en la cual se hallaban en mayoría los *tories* más depravados, ganando los *whigs* en casi todos los colegios electorales, la coalicion formada tácita y gradualmente se hizo pública, y Cowper obtuvo el gran selló, entrando Somers y Halifax en el Consejo privado de S. M. El año siguiente Halifax recibió encargo de llevar al príncipe electoral de Hannover las insignias de la Jarretiera, y Addison, que acababa de ser nombrado subsecretario de Estado, partió con él. El secretario de Estado bajo cuyas órdenes sirvió primero era un *tory* llamado sir Carlos Hedges; pero hubo de ceder su puesto al más violento de los *whigs* en la persona

de Cárlos, conde de Sunderland, aconteciendo lo propio en las demas ramas de la administracion de tal manera, que los *tories* que aún restaban colocados intentaron rehacerse para defender sus puestos el año de 1707 con Harley á la cabeza; y como la Reina era *tory* y habia roto con la duquesa de Marlborough, secundó la tentativa. Empero no pudo hacerla prosperar, siendo completo el triunfo de los *whigs* en las elecciones generales de 1708, que les dieron invencible mayoría en la Cámara de los Comunes, merced á lo cual Somers fué nombrado lord presidente del Consejo, y Wharton lord lugarteniente de Irlanda.

Entónces designaron los de Malbesbury por su representante á José Addison; mas, desgraciadamente, no podia prometerse nuestro poeta triunfos parlamentarios, efecto de su natural tímido que le impedía en las discusiones públicas sacar partido de su ingenio y elocuencia. Sólo una vez quiso terciar en los debates, y no logró vencer la emocion que lo embargaba, guardando desde aquel dia prudente silencio. Nadie halló extraño, sin embargo, que un escritor notabilísimo no fuera buen orador, aunque sí sorprendió mucho á todos que los resultados tan tristes de su primera y única tentativa no perjudicaran en lo más mínimo á su carrera política, pues careciendo de las ventajas y del prestigio que dan la riqueza y el nacimiento, y sin haber pronunciado nunca un sólo discurso, en ménos de nueve años fué sucesivamente subsecretario de Estado, primer secretario de Irlanda, y secretario de Estado; elevándose á un puesto que los magnates de Inglaterra, los representantes de las grandes familias de los Talbot, de los Russell y de los Bentinck hubieran ocupado con orgullo, y el más alto á que llegaron en su gloriosa

carrera Chatham y Fox. Empero no es inexplicable, aunque á primera vista lo parezca, este suceso, pues si bien á la sazón era libre la prensa, no publicaba el extracto de las sesiones parlamentarias, derecho que adquirió con el tiempo, y por tanto, valia más á los hombres políticos saber escribir bien que no ser elocuentes. Hoy, por el contrario, gracias á la taquigrafía y á la imprenta, los oradores prevalecen sobre los publicistas, en razón á que cualquier discurso, por malo que sea, obtiene mayor publicidad, y más rápida y extensa que los mejores folletos; no así en vida de la reina Ana, durante cuya época fué la pluma un arma temible comparada con la palabra. Porque si Fox y Pitt no luchaban sino en el Parlamento uno contra otro, Walpole y Pulteney, el Fox y el Pitt de su tiempo, aún no habian concluido en puridad su tarea, cuando ya tomaban asiento en medio de las aclamaciones de la Cámara de los Comunes, continuándola y rematándola despues con la pluma en el silencio y recogimiento del gabinete. Sólo así se explica que Pulteney, con ser jefe de la oposicion y poseedor de una renta de tres millones de reales, redactara el *Craftsman* (el Artesano); que sin tener su costumbre literaria escribiera Walpole diez folletos por lo ménos, interviniendo en otros muchos, y que los dos mejores tribunos del reinado de Ana, Cowper y Saint-John, no prestaran servicios tan señalados á sus respectivos bandos como Swift y Addison. De aquí la fortuna extraordinaria de éste, y bien puede asegurarse que aquél hubiera también llegado á ocupar posicion no ménos elevada de consentírsele la carrera eclesiástica que abrazó, sin embargo de lo cual fué objeto de tantas muestras de respeto y deferencia como un lord Tesorero.

XXI.

A la natural influencia que Addison debía ciertamente á sus condiciones literarias, se unia la que resulta de ciertas condiciones de carácter. Pues por dispuesta que se hallara siempre la sociedad á formar mal juicio de los aventureros políticos que lo graban elevarse á los cargos importantes sin medios de fortuna, hubo de hacer una excepcion en favor suyo, viéndolo exento de los defectos que generalmente desprestigian á la clase; y no pudiendo acusarlo de ser turbulento, inmoral é irrespetuoso, hasta los mismos enemigos rendian tributo de alabanzas á sus cualidades y virtudes; como que en todas las circunstancias de la vida permaneció siendo fiel á las opiniones de su juventud y á sus amigos; que ninguna mancha empañó nunca su fama de hombre honrado; que su conducta demostró siempre cuánto poseia el instinto de las conveniencias sociales más delicadas; que, aún en medio de las controversias y luchas más ardientes, su amor á la verdad, su benevolencia, su temor de faltar al decoro, reprimieron los ímpetus de su celo; que ningun ultraje pudo jamás moverlo ni excitarlo á ejercer represalias indignas del cristiano y del caballero, y que fueron sus defectos únicos la excesiva susceptibilidad de su delicadeza, y la exagerada modestia, rayana de la timidez, propia de su modo de ser.

XXII.

Addison llegó, pues, á ser uno de los hombres más populares de su época, mereciendo su prestigio, á nuestro parecer, al mismo defecto que tanto excitaba la compasion de sus amigos. Porque si su timidez le impedia desarrollar las cualidades del ingenio en público bajo el aspecto más favorable, lo protegía contra la envidia que, á no ser por esta causa, hubiera suscitado gloria tan pura y brillante, y elevacion tan rápida y grande como la suya; que los triunfos más señalados de simpatía los alcanzaron siempre hombres á quienes admiró y respetó la multitud con amor compasivo. Así pensaron de Addison sus contemporáneos, y cuantos gozaron del privilegio de verlo en la intimidad: María Montague, Pope, Young y Steele, decian á coro que no era posible hallar nada más agradable, ameno y perfecto bajo todos aspectos que su conversacion. Pero aún cuando fuesen tan notables como la cultura de su lenguaje, su cortesía y su benevolencia, no por eso carecía de cierta malicia en la medida necesaria é inseparable del género cómico. Buena muestra dan de ello las críticas del *Tatler* sobre el soneto de M. Softly y el diálogo del *Spectator* con aquel político tan celoso de la honra de lady Q.-p.-t.-s., modelos ambas obras de las bromas inocentes que á las veces solia usar contra los necios y los fatuos.

Pero este talento de Addison para la conversacion era cual si no fuese cuando parecia en reuniones numerosas ó solamente veia en su círculo una cara nueva, pues entónces enmudecian sus labios, y su actitud se tornaba reservada y fria; como que

no era el mismo en los salones y tertulias numerosas que sentado á la mesa de un café ó en el *Club* en medio de algunos pocos amigos, desde la salida del teatro hasta que daba el reloj de San Pablo de Covent Garden las cuatro de la mañana, pues entonces todos estaban cautivos de su conversacion y de su gracia peregrina. Mas no era tampoco allí donde Addison se dejaba ver bajo el mejor aspecto, sin embargo, pues para gozar completamente de su conversacion se hacia indispensable hallarse solo con él, ó, como él mismo decia, oirlo pensar en alta voz; que «nada es, añadia, comparable, á una verdadera conversacion entre dos personas.»

XXII.

Con no ser ciertamente la timidez de Addison insociable ni desapacible, produjo en él los dos más graves defectos que la posteridad tenga derecho á censurarle, destruyendo con el abuso de la bebida en cierto modo el misterioso encanto que tornaba muda su lengua y torpe y como adormecido su espíritu, y complaciéndose acaso demasiado en la sociedad de un círculo de admiradores de quienes era rey, ó, mejor dicho; dios, pues no solamente sus íntimos amigos estaban muy por bajo de él, sino que algunos adolecian hasta de gravísimos defectos. Diremos, no obstante, respecto de lo primero y en justificacion suya, que los hombres más respetables de aquel tiempo reputaban los excesos que se cometian en la mesa por insignificante pecadillo, y que tampoco merecia fama de caballero en toda la extension de la palabra quien no sabia beber hasta el punto de anegar en vino su razon; y respecto de lo

segundo, que no desconocía los defectos de sus deudos, pues ningun hombre tuvo jamás penetracion superior á la suya, sino que se los perdonaba en fuerza de la indulgencia propia de su carácter, no sin despreciarlos en lo más íntimo de su corazon. Y como se hallaba siempre á sus anchas en medio de ellos, y el afecto que le mostraban tan apasionado le inspiraba gratitud, los colmó de beneficios en toda ocasion, resultando de esta puja, por decirlo así, de voluntades, acabar sus amigos por rendirle una manera de veneracion muy superior á la de Boswell hácia Johnson ó de Hurd hácia Warburton. Mas, aún cuando Addison se hallaba dotado de tan felices cualidades que la lisonja no podia pervertir su corazon ni alterar su recto juicio, fuerza será reconocer que contrajo por consecuencia de ella ciertos defectos que difficilmente podrán evitar aquellos á quienes ponga su desgracia en el caso de ser oráculos de pequeña grey de literatos.

XXIV.

Eustaquio Budgell, por ejemplo, jóven estudiante del Temple, versado en la literatura y deudo de Addison, figuraba en aquel círculo de amigos. Hasta entónces fué Budgell mozo de buenas costumbres, y si su primo no hubiera muerto ántes que él, probablemente habria continuado siéndolo; pero no bien pasó el maestro de esta vida, ya no se contuvo el discípulo, y de una en otra falta comenzó á despeñarse hasta caer en los abismos del vicio y de la miseria. Envilecido y arruinado en fuerza de locuras y disipaciones, intentó remediar sus quebrantos y rehacer su hacienda perdida por medios cri-

minales, y al ver defraudadas sus esperanzas, puso término á su vida, lanzándose al Támesis desde el pretil de *London Bridge*. Budgell comenzó por el juego, despues se hizo estafador, luego falsificó, y á no haberse ajusticiado á sí propio, difícil sería graduar los términos de su infamia. A pesar de tanta degradacion y del olvido completo en que tuvo los más elementales deberes, siempre recordó con muestras de afecto, y hasta de veneracion, á nuestro poeta, dejando claro testimonio de ambas cosas en las últimas palabras que trazó su mano.

Ambrosio Phillipps, *whig* excelente y mediano poeta, que tuvo el gusto de poner de moda una manera de composicion macarrónica llamada *Namby-pamby* (pretenciosa), era tambien uno de los compañeros favoritos de Addison; pero los más importantes de aquel «reino en miniatura,» como lo llamaba Pope muchos años despues, fueron Ricardo Steele y Tomás Tickell.

Addison y Steele se conocian desde la infancia, por haber sido condiscípulos en Charter-House y en Oxford. Despues vivieron algun tiempo separados, siguiendo rumbos diferentes; como que Steele abandonó el claustro universitario sin graduarse de bachiller siquiera, se hizo desheredar por un pariente riquísimo, anduvo vagabundo de pueblo en pueblo, sirvió en el ejército, se propuso descubrir la piedra filosofal, y escribió un tratado religioso y varias comedias, mientras que su amigo seguia imperturbable por la senda emprendida. Era Steele uno de esos hombres á quienes así es imposible respetar como aborrecer, pues si se hallaba dotado por naturaleza de carácter dulce, de corazon sensible, de ardiente y apasionado espíritu, y de pasiones enérgicas, en cambio tenía la conciencia más flexible que pueda

imaginarse, y por tal modo pasó la vida entera cometiendo faltas y arrepintiéndose de haberlas cometido, y predicando el bien y practicando el mal. No obstante, su fondo era tan bueno, que no había medio de quebrar con él, y que los más austeros moralistas ántes se mostraban dispuestos á compadecerlo que no á censurarlo cuando lo sabían cautivo de un ministril por deudas contraídas en el juego, ó con calenturas producidas del vino. Por lo que hace á José Addison, amó en toda ocasion á Steele con cierta manera de bondad entreverada de menosprecio; intentó, sin resultado alguno, apartarlo del juego, lo introdujo en la buena sociedad, le procuró un empleo lucrativo, corrigió sus comedias y llegó hasta el extremo, no siendo rico, de facilitarle fuertes sumas de dinero con que se remediara, prestándole una vez, segun rezan cartas del mes de Agosto de 1708, la cantidad de 25.000 pesetas. Relaciones pecuniarias eran estas que debían necesariamente ocasionar entre ambos amigos continuos desagradados, no faltando quien asegure que la negligencia ó la mala fe de Steele pusieron á nuestro Addison en el caso de valerse de los tribunales de justicia para recuperar su peculio. Nadie censurará por cierto su conducta en esta circunstancia, porque ¿á quién no indigna ver disipar con insensata prodigalidad el dinero que adquirió penosamente, y que sólo prestó imponiéndose á sí propio grandes sacrificios con la esperanza de sacar de apuros algun amigo menesteroso?

Tickell era un jóven recién salido de Oxford que había logrado llamar la atención pública merced á un poemita lleno de ingenio y de gracia en honra de la ópera titulada *Rosamunda*, y que merecía y acabó por conseguir ser el primero en el corazón

de Addison. Durante algun tiempo Steele y Tickell fueron buenos amigos, pero al cabo se tornaron adversarios irreconciliables; que ambos amaban demasiado al poeta para poder mirarse con buenos ojos.

XXV

A fines de 1708, Wharton fué nombrado lord-lugarteniente de Irlanda; y como designase á José Addison por su primer secretario, hubo éste de partirse de Lóndres para Dublin. Compensaba en cierto modo el sacrificio los emolumentos de su cargo, que ascendian entónces á 50.000 pesetas al año, á las cuales deben añadirse 10.000 más por razon de sus honorarios como Archivero mayor de Irlanda, oficio que obtuvo á perpetuidad del Monarca. Budgell acompañó á su primo en clase de secretario particular.

Entre Wharton y Addison no habia más de comun que las opiniones políticas; pues no sólo era el lugarteniente hombre disoluto é inmoral, sino que se diferenciaba de todos los libertinos y agiotistas de la época por su impudencia, la cual ofrecia singularísimo contraste con la ejemplar conducta y la delicadeza imponderable del secretario. Tanto es así, que áun cuando ciertas partes del régimen administrativo de Irlanda excitarán entónces justas quejas, ninguna se produjo jamás en contra de Addison; pudiendo por esta causa decir el poeta más adelante sin temor de ser desmentido que su celo y probidad le habian granjeado la estimacion de los hombres más importantes del país. Y como no hablan los anteriores biógrafos de Addison de su carrera

parlamentaria en Irlanda, nos parece bien dejar consignado que lo eligieron por su representante los de Cavan el verano de 1709, y que, del propio modo que tantos otros oradores, logró vencer su timidez ante aquella Cámara de los Comunes, ménos imponente que la de Inglaterra, tomando parte muchas veces en sus discusiones; circunstancia que declaran las actas de dos legislaturas.

XXVI.

En tanto que Addison habitaba en Dublin, tenía lugar en Lóndres un suceso encaminado á elevarlo para siempre al rango de los más grandes y esclarecidos escritores de su patria. Pues si no descañaba todavía su reputacion literaria en base sólida, toda vez que los únicos títulos que ostentaba no eran otros que algunos versos latinos é ingleses bastante buenos y la relacion de sus viajes por Italia, obras que si demostraban en su autor buen gusto, mejor criterio y más erudicion no hubieran bastado ciertamente á perpetuar su fama en la posteridad, habia llegado el momento de que se revelase al mundo como un hombre de clarísimo ingenio, enriqueciendo el caudal de la literatura inglesa con un tesoro de obras de inestimable valor y tan duradero como la lengua en que fueron escritas.

Es el caso que durante el invierno de 1709 concibió Steele un proyecto literario, cuyas consecuencias distaba mucho de prever él mismo. Porque como desde hacia ya muchos años se publicaran periódicos en Lóndres, los más consagrados á la política, los ménos á cuestiones de moral, de buen gusto literario, de amor ó de galantería, y todos de

tan escaso mérito que solamente sus títulos han llegado hasta nosotros, Steele, que ocupaba una plaza de redactor de la *Gaceta oficial* (1) y se hallaba por tanto mejor y más prontamente informado que ningun otro periodista, determinó de publicar un papel nuevo en el fondo y en la forma. Fué su primitivo proyecto que se diera el periódico á luz los días de salida del correo de Lóndres, que lo eran los mártes, juéves y sábados, conteniendo noticias extranjeras, críticas teatrales, artículos literarios, consideraciones sobre cuanto pudiera preocupar al público, galanterías á las damas, sátiras contra los más renombrados caballeros de industria, y análisis de los principales sermones de los predicadores populares. A esto se redujo en un principio el proyecto de Steele; y, á decir verdad, poseía cuantas cualidades son necesarias para salir airoso con su empresa, pues se inspiraba en las mejores fuentes, conocía el mundo por experiencia propia, era más instruido que la juventud ociosa y disipada de su tiempo, escribía correctamente con cierta facilidad, y áun cuando fueran sus chanzas vulgares por regla general, sabía imprimir á sus escritos las apariencias de buen humor y de ingenio que las personas vulgares confunden siempre con la verdadera *vis cómica*; que no sin sobra de razon se han comparado las obras de Steele á esos vinos ligeros faltos de fuerza y de aroma, pero gratos al paladar á condicion de que no hayan estado mucho tiempo en la botella ó hecho viaje largo.

Isaac Bickerstaff, *Esquire* y astrólogo, era un per-

(1) Steele habia sido colocado por Sunderland á ruego de Addison con 300 libras esterlinas de sueldo anual, ó sean 30.000 reales de nuestra moneda.

sonaje imaginario, tan conocido á la sazón como puede serlo ahora Mr. Pablo Pry ó Mr. Pickwick. Swift habia tomado ese nombre supuesto en un folleto satírico escrito contra Partridge, el famoso fabricante de almanaques; y como tuviera el agredido la mala idea de contestar en serio al ataque, Bickerstaff replicó en otro libelo más punzante todavía y ameno que hubo de serlo el primero, apoyando sus chanzas y burlas todos los hombres de ingenio de la época con gran contentamiento del público. Conocido, pues, y popularizado el astrólogo *Esquire* Isaac Bickerstaff, Steele determinó de servirse de él para su proyecto, y en consecuencia, el mes de Abril de 1709 lanzó á los cuatro vientos de la publicidad que se disponia el susodicho caballero á sacar á luz un papel periódico intitulado *El Charlatan* (*The Tatler*).

No se puso Steele previamente de acuerdo con Addison para su empresa; pero no bien le habló de ella, el poeta le prometió su colaboración, siendo el efecto de su auxilio tan inmenso que, como escribía el fundador del *Tatler*, se halló «en el caso de un soberano amenazado de sus enemigos y que llama en su auxilio á poderoso vecino.» «Mi aliado me perdió, decía; porque no bien acudió en mi socorro, ya no pude sostenerme sin él.» Y en otra parte añadía: «El periódico adquirió en breve una importancia superior á mis cálculos y proyectos primitivos.»

XXVII.

Bien puede asegurarse que cuando Addison envió á Londres desde Dublin sus primeras cuartillas al *Tatler*, desconocía de todo en todo la extension y variedad de su talento; porque poseyendo una mina riquísima en metales preciosos de diversas clases, hasta entónces se habia contentado con extraer cobre, plomo y algunas veces plata; mas de repente, una providencial casualidad le hizo descubrir inagotable venero de oro puro. Pues la eleccion y el orden de las palabras solamente que usaba en sus *Ensayos* habrian bastado para eternizarlos en la memoria de las gentes é imprimirles sabor clásico; que ningun escritor, ni Dryden, ni Temple, habia manejado la lengua inglesa con tanta dulzura, facilidad y gracia. Pero, con ser esto ya mucho, la belleza del estilo es el título de ménos importancia que Addison puede aducir para elevarse á la inmortalidad; pues áun cuando se hubiera servido en sus obras del inglés franco-latino de Horacio Walpole y del doctor Johnson, ó de la jerga germano-inglesa de nuestros dias, su ingenio habria triunfado de cuantos defectos son imaginables en una lengua, y el fondo hubiera prevalecido siempre sobre la forma.

Como satírico moral no tiene Addison rivales, y considerado bajo el punto de vista del ingenio, se halla cuando ménos al nivel de Cowley ó de Butler. Pero su imaginacion aventaja con muchas creces á su ingenio, como lo acreditan las numerosas ficciones de sus *Ensayos*, originales casi todas, á las veces grotescas y extrañas, encantadoras siempre y

felicitísimas, y que lo elevan al rango de gran poeta; gloria merecida, y á la cual no le dieron ciertamente derecho alguno sus composiciones en verso. Ningun escritor estudió con más perspicacia y sagacidad las costumbres de su tiempo, ni supo mejor apoderarse de todas las diferencias y modos de ser del carácter humano. Además, poseyó Addison el arte de revelar al mundo sus observaciones de dos maneras enteramente distintas, porque no sólo describió tan bien como Clarendon las virtudes, los vicios, las costumbres y prácticas de sus contemporáneos, sino que infundió vida propia, por decirlo así, á personajes que no la tenían, y que se describen por sí solos; y tanto sobresalió en este género, que para encontrar retratos más parecidos que lo son los principales caracteres de la obra maestra de Addison, se hace necesario remontarse á las maravillas producidas por Shakspeare ó Cervántes. ¿Y qué decir de su gracejo y de su jovialidad tan comunicativa, y del talento prodigioso con que sabía presentar bajo aspecto cómico incidentes vulgares y singularidades de carácter y de modos de ser propios á todos los hombres, sino que sentimos la influencia de su encanto, y nos abandonamos á él sin fuerzas para poder analizarlo?

XXVIII.

Los escritores que, á nuestro parecer, manejaron con más éxito y pericia el arma terrible de la sátira el siglo XVIII, fueron Addison, Steele y Voltaire, siendo en su género cada uno verdadero modelo, y superior á toda comparacion. Pero si Voltaire, el rey de los bufones, participa de la hilaridad que

produce, hace contorsiones y gestos, y señala con el dedo, y saca la lengua; Swift, en cambio, cuando mueve á risa, no se ríe, sino al contrario toma un aspecto grave y hasta triste, siendo Addison el único que permanece sereno, efecto de su buen natural y mejor educacion, cosas ambas que le obligan á suavizar y á embotar los golpes más acerados del ingenio. De nosotros diremos que preferimos los chistes de Addison á los de Swift y Voltaire, y que si la manera de los dos últimos ha podido imitarse con éxito, nadie ha logrado hacer lo propio con la de Addison. Mas en lo que nuestro poeta aparece sin duda superior á todos sus rivales presentes y pasados, es en la gracia, la nobleza y la moralidad de los chistes; porque si Swift tiene la gracia y el humor del Mefistófeles de Goethe, y Voltaire el del Puck de Shakspeare, y aquél se tornó en misántropo á fuerza de severidad, y éste si no es inhumano tampoco respeta nada, José Addison, aún en los momentos mismos que hace reír á carcajadas, da muestras de compadecer cuanto es débil, menesteroso y delicado, y de venerar cuanto es grande, amable y sublime; cómo que ningun deber moral ni doctrina ninguna religiosa, natural ó revelada, son nunca objeto de sátiras de su parte que puedan redundar en su descrédito, ni abusa cual lo hicieron Swift y Voltaire de sus poderosas facultades para emplearlas en ridiculizar á sus semejantes. Y tanto es así, que á pesar de verse atacado encarnizadamente de sus enemigos políticos y literarios, ni sus provocaciones, ni sus agresiones, ni el ejemplo de sus colegas, pudo nunca determinarle á usar de represalias, y que en cuantas obras escribió no se contiene una sola sátira que no se halle penetrada de benevolencia ó de generosidad.

XXIX.

Los *Ensayos* de Addison ejercieron tanta influencia en las costumbres de su siglo que, bajo este aspecto, son merecedores de las más grandes alabanzas. Porque si bien cuando apareció el *Tatler* en el estadio periodístico ya comenzaba la sociedad inglesa á sentir rubor y á corregirse de sus vicios pasados; que Jeremías Collier había reprendido en sus críticas al teatro sus excesos, y que, comparadas á las de Etherege y de Wycherley, las comedias de la época de Addison podían reputarse honestas, como la opinion pública se hallaba persuadida de que debía existir cierta misteriosa y fatal relacion entre las aptitudes literarias y el desórden de las costumbres, y entre las virtudes domésticas y las mogigaterías puritanas, cupo la gloria de acabar con estas preocupaciones á nuestro Addison. El cual asestó golpes tan certeros y felices sobre los vicios, y empleó contra ellos con tanta eficacia las burlas que hasta entónces habían esgrimido poetas y prosistas en desprestigio de la virtud, que desde aquel entónces los ultrajes públicos á la decencia se han considerado en Inglaterra como prueba evidente de necesidad. No estará demas añadir que, con ser esta revolucion grande y saludable muy superior á cuantas haya conseguido realizar nunca un autor satírico, Addison la llevó á cabo sin haberse permitido una sola personalidad.

Inútil nos parece decir que Addison se mostró superior á sus colaboradores en el *Tatler* desde que comenzó á escribir en él, por más que no sean sus primeros artículos como los últimos, casi todos



comparables á las obras maestras y de mayor perfeccion del *Spectator*; influyendo esto principalmente, como es fácil comprender, en el éxito del periódico, que fué inmenso y desacostumbrado hasta entónces en las publicaciones análogas.

XXX.

Durante la legislatura que comenzó el mes de Noviembre de 1709, y que hizo memorable la causa de Sacheverell, vino Addison á Lóndres; y buena falta le hacian en aquella circunstancia los consuelos que pudieran proporcionarle sus triunfos literarios y la simpatía de sus lectores. Porque como la reina seguia detestando á los *whigs* y á Marlborouhg, se preparaba sin más razon que su odio á lanzarlos del poder. No se atrevió durante cierto tiempo á poner en ejecucion su pensamiento, y ménos comprendiendo que ocupaba el trono á virtud de títulos muy discutibles, que podria indisponerse con la mayoría de ambas Cámaras, que se hallaba empeñada en una guerra peligrosa para su corona, y que no le convenia privarse por el momento de los servicios de un general tan venturoso como hábil; mas cuando desaparecieron en 1710 las razones que sujetaban su voluntad, se dejó persuadir de los consejos de Harley y determinó despedir á los ministros. Sunderland fué la primera víctima sacrificada, y en vano sus colegas se forjaron ilusiones durante cierto tiempo acerca del porvenir que les guardaba, porque unos en pos de otros, cayeron todos, siendo disuelto el Parlamento; comenzando los *tories* á ejercer con ciega y torpe brutalidad el poder conquistado á tan poca costa, y siendo tantas

y tales y tan desafortadas las injusticias de que fueron objeto entónces los *whigs*, que áun hoy día excitan la indignacion de quien las conoce. Nunca hubo ministros que dieran muestras en lo tocante á la administracion y á la conducta política de su patria de más energía, moderacion y habilidad, ni cuyos triunfos parecieran siempre como en ellos galardón merecido de su prudencia. Habian salvado la Holanda y la Alemania, humillado la Francia, vencido en España (por lo ménos así lo parecia en aquellos momentos) á la casa de Borbon; elevado la Inglaterra al primer rango entre las grandes potencias europeas, reunido la Inglaterra y la Escocia, y respetado los derechos de la conciencia humana y las libertades de la nacion, dejando, en suma, su patria en el apogeo de la gloria y de la prosperidad al retirarse del poder; y sin embargo, fueron objeto en la desgracia de más censuras y recriminaciones injustas que los ministros que perdieron trece colonias, y los que mandaron un ejército aguerrido á morir en los fosos de Walcheren.

De todas las víctimas del naufragio, Addison fué la más desdichada, porque no sólo acababa de sufrir pérdidas pecuniarias de mucha consideracion cuando los *tories* lo separaron de su destino, sino que temia mucho por el modesto empleo de archivero de Irlanda que S. M. le confirió cuando fué allá con Wharton. Por otra parte, no pertenecia tampoco á la Universidad, y es muy probable que ya por entónces hubiera puesto los ojos en una ilustre dama, la cual, si cuando sus amigos políticos eran poderosos y él labraba rápidamente su fortuna, le dió esperanzas de colmar sus deseos, acaso mudó de pensamiento viéndolo en desgracia, por parecerle que M. Addison, escritor de clarísimo ingenio.

y M. Addison, primer secretario del despacho, eran dos personas enteramente distintas. Pero tantas desgracias y contrariedades juntas no fueron parte á turbar la serena tranquilidad de su espíritu, á quien fortalecía su propia inocencia y enriquecía el tesoro de sus virtudes, y así advirtió á sus amigos con plácida y filosófica resignacion de que, al perder juntamente hacienda, empleos y dama, no le quedaba otro recurso sino volver á su antiguo magisterio, haciéndose de nuevo preceptor.

XXXI.

Sirvióle de consuelo en aquella circunstancia no participar de la impopularidad de sus amigos. Nadie protestó contra su reeleccion; y tanta era la simpatía que inspiraba su nombre, que Swift, á la sazón en Lóndres y resuelto á separarse del partido *whig*, decia lo siguiente á Stella en una carta: «Los *tories* triunfan en todas partes por inmensa mayoría; pero M. Addison ha quedado reelegido para la Cámara de los Comunes sin lucha. Me parece que si pidiera votos para ser Rey, ninguno le negaría el suyo.» Y bien será decir de paso que las consideraciones que le tuvo el partido *tory* no las obtuvo en cambio de ninguna concesion de su parte. Tampoco deberá olvidarse que durante las elecciones generales publicó un periódico político titulado el *Whig examiner*; que, á pesar de sus preocupaciones, Johnson lo calificó de muy superior al que Swift dirigia en favor del partido contrario, y que, cuando cesó, Swift no hizo misterio del gozo que sentia con la muerte de adversario tan poderoso. «Razon tiene

de alegrarse, dijo Johnson al saberlo, pues él no lo habría matado nunca.»

El único uso que hizo Addison de su crédito con los *tortes* fué salvar algunos de sus amigos de la ruina general del partido *whig*, y miéntras él acen- tuaba su hostilidad al Gobierno, cumpliendo su deber, como Steele y Ambrosio Phillips no se hallaban en su mismo caso, gestionaba en favor de ambos. Ignoramos si obtuvo para Phillipps gracias ó empleos; pero en cuanto á Steele podemos decir que, si perdió su empleo en el Consejo, conservó el de comisario del timbre á condicion de no combatir al nuevo Ministerio; armisticio tácito en cuya estricta observancia lo mantuvo Addison durante más de dos años, cesando en su virtud de ser redactor político del *Tatler* Isaac Bickerstaff. Y como á consecuencia de haberse suprimido por completo en el periódico de Steele su seccion, el *Tatler* cambió de carácter y no contuvo sino ensayos críticos sobre obras nuevas y artículos de moral y de costumbres, su fundador determinó suspenderlo y crear otro con arreglo á un plan más extenso, empezando por anunciar que la nueva publicacion sería diaria. Y aunque pareció la empresa temeraria en un principio, muy luégo confirmó el éxito la confianza que le habia inspirado el fecundo ingenio de Addison. En efecto, el 2 de Enero de 1711 salió el último número del *Tatler*, y el 1.º de Marzo siguiente se dió á luz el primero de un periódico incomparable, conteniendo tan ingeniosas observaciones de un *Espectador* imaginario acerca de las costumbres y de la literatura, que arrebató al público desde su aparicion.

XXXII.

Al trazar Addison el retrato del Espectador forjado en su fantasía, se tomó á sí propio evidentemente y hasta cierto punto por modelo, porque el *Spectator* es un *gentleman* que despues de pasar largos años en la Universidad, y de haber recorrido en sus viajes las comarcas clásicas y estudiado á conciencia los tiempos antiguos, á su regreso á la madre patria se fija en Lóndres y observa la sociedad que lo rodea bajo todos sus aspectos; pero á quien por desgracia invencible timidez impide hablar como no sea delante de muy contadas personas de su confianza. Los retratos de sus amigos los bosquejó Steele. Cuatro de estos bocetos, el abogado, el eclesiástico, el militar y el mercader, representaban personajes insignificantes, buenos nada más que para figurar en segundo término; y áun cuando no estuvieran trazados de mano maestra los dos restantes, á saber, los del aristócrata provinciano y del libertino londinense, como quiera que tuviesen buenos toques, Addison se apoderó de entrambos, los retocó y les dió color, y creó por tal manera los tipos tan conocidos hoy dia de las personas literatas con los nombres de sir Roger de Coverley y de Will Honeycomb.

Fuerza es decir que así fué original como feliz el plan del *Spectator*, pues cada uno de sus números puede leerse con separacion de los demas, y que sus quinientos ó seiscientos artículos forman un conjunto de tanto interes cual pudiera serlo amenísima novela. No huelga decir de paso que aún no se conocia en Inglaterra libro alguno de imaginacion que

contuviera pintura tan viva y animada de sus costumbres y modo de ser; que Richardson vegetaba en una imprenta con el componedor en la mano, y Fielding sólo pensaba en buscar nidos, trepando á los árboles, y Smollet no habia nacido. Però la trama novelesca que liga unos á otros todos los números del *Spectator*, inició á nuestros padres en el goce de un placer desconocido ántes. Nada más sencillo, sin embargo, que los acontecimientos que la forman; nada tampoco que se haya escrito con tanta verdad, gracia é ingenio, y con tan profundo conocimiento del corazon humano y del mundo; circunstancias que nos seducen y cautivan de tal manera despues de leer por la centésima vez la coleccion que, á nuestro parecer, si Addison hubiera escrito una novela de mayores proporciones, á juzgar por el *Spectator*, habria sido superior á cuantas hoy dia posee la literatura inglesa, pudiéndose añadir que no sólo debe ser considerado Addison en consecuencia como el primero y principal de los autores de *Ensayos* en la Gran Bretaña, sino tambien como el precursor de sus grandes novelistas.

XXXIII.

Estos elogios corresponden por completo á José Addison, porque el *Spectator* era él, siendo suya la mitad de la materia contenida en la coleccion del periódico, el más flojo de sus *Ensayos* igual, cuando ménos, al mejor de cuantos escribieron sus colaboradores, los más notables rayanos con la perfeccion absoluta, y su variedad tan extraordinaria como su mérito, pues ni advertimos en ellos repeticiones, ni tampoco agotados los asuntos propues-

tos. Addison dominaba todos los tonos á su voluntad, y ya nos recuerde Luciano, Labruyère, Goldsmith, Horacio ó Massillon, siempre brilla en el que adopta. Nada será más eficaz para formarse idea exacta de la extension y variedad de su talento que leer seguidos los artículos titulados: *La Bolsa*, *Dos visitas á la Abadía*, *El diario del retirado*, *La vision de Mirza*, *Trasmigraciones de Pug el Mono* y *la Muerte de sir Roger de Coverley* (1). En nuestros dias se halla, no obstante, muy generalizada la idea de que los *Ensayos críticos* de Addison no son dignos de la fama de su autor; pero, bien será decir al propio tiempo que los mejores de ellos eran demasiado buenos para entónces, y que todos rebosaban ingenio y claridad, bien que al aparecer aquellos en los cuales protestaba contra la estulta indiferencia de los ingleses hácia sus antiguas baladas, excitaran críticas y burlas generales en el público.

El éxito del *Spectator* fué, como ya dejamos indicado, superior al de cuantas obras análogas le habian precedido. Comenzó por tirar 3.000 ejemplares diarios, y llegaba su edicion á 4.000 cuando votó el Parlamento el impuesto del timbre, causa de la muerte de muchos periódicos; pero el *Spectator* se sostuvo, aunque sufrió algo de los efectos de la ley, duplicando su precio, y merced al expediente y al favor de sus lectores, continuó produciendo fuertes sumas al Estado y á su empresa; como que de algunos números hubo que imprimir hasta 20.000. Así y todo, sólo ciertas clases privilegiadas de la socie-

(1) Números 26, 329, 69, 317, 259, 343 y 517. Estos artículos se hallan en los siete primeros tomos. El octavo puede considerarse independiente de los demas.

dad podían leer diariamente el *Spectator* á causa de su costo excesivo; que la muchedumbre de los ingleses debia esperar la publicacion en volúmenes para conocer los artículos de Addison, y entónces se agotaban en pocos dias ediciones de 10.000 ejemplares, no dando las prensas abasto á la demanda. Las mejores novelas de sir Walter Scott y de Mr. Dickens no han alcanzado—salvo la proporcion debida entre los lectores de antaño y los de ogaño—popularidad comparable á la del *Spectator*.

XXXIV.

A fines de 1712 dejó de publicarse tan interesante periódico, tal vez porqué comprendieran sus redactores que ya era tiempo de hacerlo así, reemplazándolo con otro nuevo, temerosos de que pudiera dar muestras el público de cansancio, viendo siempre los mismos personajes en la escena. Pocas semanas despues salió á luz *El Guardian* (*El Tutelar*); mas con tan mala fortuna, que su nacimiento y su muerte fueron igualmente desdichados, comenzando por causar tedio á sus lectores y acabando como las tragedias, con un desastre. Aparte de que su plan primitivo fué defectuoso, Addison no escribió para *El Guardian* hasta el tercer mes de su fundacion, y ya entónces todo su talento era ineficaz á salvarlo de ruina. Al llegar á este punto preguntan todos sus biógrafos por qué no colaboró ántes en *El Guardian*, sin hallar respuesta satisfactoria, acaso por no advertir que aquellos momentos precisamente se ocupaba en los ensayos de su tragedia titulada *Cato*.

Cuidadosamente guardado en un cajon de su escritorio tenia nuestro Addison desde que volvió de

Italia el manuscrito, sin atreverse, por efecto de la excesiva modestia y susceptibilidad de su carácter, á correr con él los azares de la representacion. Todos cuantos conocian la obra le tributaban las mayores alabanzas; pero tambien algunos, temerosos de que su sabor tan clásico y su perfeccion llegasen á producir cansancio en el público, le aconsejaban imprimirla sin aventurarse á ponerla en escena, con lo cual se fortificaba en su propósito de no representarla nunca. Pero ello es que al cabo de muchas incertidumbres, y cediendo á la solicitud de los amigos políticos, para quienes era evidente que la concurrencia descubriría en la tragedia ciertas analogías entre los partidarios de César y los *toríes*, entre Sempronio y los *whigs* apóstatas, y entre Caton, luchando hasta el postrer suspiro por la libertad de Roma, y la pequeña falange de patriotas que se agrupaba en torno de Halifax y de Wharton, la entregó á los directores del teatro de Drury-Lane, sin estipular condiciones. Lo cual obligó más á la empresa y la empeñó en el buen desempeño de la obra y en el lujo de los trajes y verdad de las decoraciones. Cierto es que por costosas que fueran éstas, no habrían satisfecho en nuestros días al habilísimo escenógrafo Mr. Macready; pero en cambio Juba salió á las tablas con un traje bordado de oro por todas partes, y Caton con una peluca de gran precio. A mayor abundamiento escribió Pope un prólogo interesante, y Steele se hizo cargo de repartir billetes entre amigos y correligionarios. En los palcos no se veía sino personajes de la oposicion, y en las butacas, prebendados de *Inns of Court* y contertulios de los cafés literarios, todos predispuestos en favor del autor, habiendo acudido la noche del estreno hasta sir Gilberto Heathcote, gobernador del Banco

de Inglaterra, con una poderosa hueste de *whigs* de la *City* para remediar con su esfuerzo cualquier peligro y acudir con sus aplausos allí donde fuera necesario. El papel de *Caton* se confió á *Booh*, y á decir verdad, lo representó á maravilla.

Pero no hacian falta en verdad tantas medidas preventivas, porque los *toríes* colectivamente considerados, no sentian animosidad ninguna contra el autor de *Caton*, y á creer en sus palabras, así respetaban las leyes y las autoridades constituidas como aborrecian las insurrecciones populares y los ejércitos permanentes. Demas de esto, tampoco les consentia su propio interes apropiarse las censuras dirigidas al ilustre caudillo y gran demagogo, que auxiliado de sus tropas y del populacho consiguió destruir las leyes fundamentales de su patria, y por tanto el alto clero respondió cual un eco formidable á las estruendosas aclamaciones de los socios del *Club Kit-Cat*, cayendo la cortina despues de la última escena en medio de una tempestad de aplausos unánimes; y al dia siguiente describió *El Guardian* el entusiasmo y admiracion que habia producido en los espectadores la tragedia con frases tan ecomiásticas, que á no hallarlas conformes con el lenguaje del *Examiner*, órgano declarado del Gobierno, las hubiéramos tachado de parcialidad. No obstante, los *toríes* se burlaron mucho de la conducta de sus adversarios políticos en aquella circunstancia, y pusieron en ridículo á *Steele*, que se mostró, cual siempre, con más celo que buen gusto y discernimiento; á *sir Gibby* (*Gilberto Heathcote*), más acostumbrado á contratar mercaderías que á silbar ó aplaudir en estrenos dramáticos; á *Wharton*, que tuvo el cinismo de aplaudir ciertas escenas que parecian escritas para él; á *Garth*, autor de un epílogo chabacano, y

á tantos otros, haciéndolos víctimas por algun tiempo de críticas mordaces y punzantes. Pero en cuanto á nuestro Addison, los *tories* más exaltados y menos benévolos, del propio modo que los *whigs*, hablaron siempre como de persona digna, honrada y respetable, y á la cual sus virtudes y caballerosidad hacian merecedora de las mayores consideraciones, y de que su nombre ilustre y puro quedara libre y exento en toda ocasion de las polémicas y luchas de los partidos políticos.

Conviene citar entre las chanzas más acerbas que se usaron contra los *whigs* aquellos dias para mermarles la satisfaccion del triunfo, la de Bolingbroke. Pues como enviara recado á Booth durante un entreacto para que fuese á su palco, le regaló á la vista de los espectadores una bolsa con 50 guineas, diciéndole que se la daba «en recompensa de haber defendido tan bien la causa de la libertad contra un dictador perpétuo.»

XXXV.

Aun cuando era el mes de Abril y en esa época del año, siglo y medio ha, se consideraba la temporada teatral vencida, *Caton* se representó treinta noches consecutivas ante numerosa concurrencia, y produjo á la empresa dobles utilidades que una *season* ordinaria. Llegada que fué la del verano, la compañía de Drury-Lane se trasladó á Oxford para dar algunas funciones, y puso en escena el *Caton* con tanto éxito como en Lóndres, poblándose todas las tardes el teatro de un público que conservaba de su autor amables recuerdos.

En nuestro concepto, se juzga hoy dia con la

equidad debida la tragedia de *Caton*, que alcanzó entónces éxito extraordinario, pues nos parece que seria tan absurdo compararla con las obras maestras del teatro griego, como con los grandes dramas ingleses del reinado de Isabel, ó las producciones de la edad madura de Schiller. Hállase, no obstante, bien escrita, en buen estilo, admirablemente dialogada en ciertos pasajes, y merece mencion especial entre las obras del teatro inglés imitadas de modelos franceses, si no al lado de *Athalie* y de *Zaire*, por lo ménos al de *Cinna*, y sin duda ninguna muy por sobre todas las demas tragedias inglesas de la misma escuela; que ni Corneille, ni Voltaire, ni Alfieri, ni Racine lograron hacer hablar tan bien á los romanos como Addison. De todos modos, es lo cierto que *Caton* contribuyó más aún que los *Tatler*, los *Spectator* y los *Freeholder* reunidos á la celebridad de Addison entre sus contemporáneos.

Pero si la modestia y la benevolencia del feliz poeta dramático habia podido conjurar hasta el odio de las facciones, como acaso sea la envidia literaria pasion más implacable que no el espíritu de partido, un *whig* célebre fué quien se mostró enemigo más encarnizado de la tragedia *whig* en la persona de John Dennis, el cual publicó acerca del *Caton* observaciones ingeniosas, pero acerbas y groseras. Addison no quiso defenderse, ni ménos usar de represalias; y convencido de su propio mérito, se dolió del adversario, á quien la necesidad, la crítica y los desengaños habian enconado el carácter, de suyo irritable y enojoso.

XXXVI.

Entre los jóvenes candidatos al favor de Addison habia uno cuyo mérito y acaso tambien cuya malicia discreta, velada é hipócrita distinguian igualmente. Hablamos de Pope, á la sazón de veinticinco años, en la plenitud de su ingenio y que acababa de publicar por entónces su mejor poema, *El robo del rizo* (The rape of the lock). Addison lo habia distinguido siempre y mostrado grande admiración hácia su talento; mas no sin advertir claramente lo que mirada ménos sagaz hubiera descubierto con dificultad, y era que, mal avenido con ser pequeño, jorobado y enfermizo, ansiaba vengarse del ultraje que le hizo naturaleza en la sociedad.

Cuando pareció el *Ensayo sobre la crítica*, el *Spectator* le consagró grandes elogios; pero como añadiera, sin propósito de ofender á Pope ciertamente, que mejor habria hecho el autor de obra tan notable con no aventurarse á malévolas personalidades, más ofendido de la crítica que satisfecho de las alabanzas, aunque dió gracias por el consejo á nuestro Addison y le prometió seguirlo, y los dos escritores continuaron en buenas relaciones y prestándose mutuos servicios, y Addison celebró públicamente las *Misceláneas* de Pope, y Pope hizo un prólogo para Addison, poco duró la tregua. Porque como Pope aborreciese á Dennis, á quien habia insultado sin provocación de su parte, las observaciones sobre *Caton* franquearon al irritable poeta el medio que buscaba ya de antiguo para desahogar su odio y mala voluntad, aparentando tomar la defensa de un amigo, y así lo hizo, dando á luz la *Rela-*

cion del frenesí de John Dennis. Pero Pope cometió un error con ella, equivocándose acerca de la naturaleza de su propio ingenio; porque si esgrimia con arte y habilidad extraordinaria el arma terrible de la injuria y de la ironía, le faltaba por completo el talento dramático. En aquella circunstancia una sátira semejante á las que llevan los nombres de Attico ó de Esporo habria inferido al crítico del *Caton* un golpe del cual no se hubiera repuesto nunca; mas al escribir Pope un diálogo, parecia, para servirnos de la imágen de Horacio y de la suya, un lobo que intentara dar coces en vez de morder. De aquí que la *Relacion del frenesí* carezca por completo de mérito alguno, y hasta de argumento, siendo sus burlas tan insignificantes que no lo parecen, y de tan mala calidad que áun el público que se complace oyendo en las plazas las chocarrerías y bufonadas de los saltabancos las silbaría.

Pero no cayó Addison en el lazo de la oficiosidad de Pope, que por lo demas le causó mucho enojo, en razon á que un tan despreciable libelo sólo podia ser eficaz á perjudicarlo en la opinion pública. Pues si nunca quiso emplear para su defensa, en aquella forma, el arma de la sátira que manejaba tan admirablemente, ¿cómo habia de consentir que, á pretexto de amparar su reputacion contra ciertas agresiones que despreciaba, otros escritores cometieran ultrajes? Addison, pues, que siempre se abstuvo de dar satisfaccion á sus agravios infiriéndolos, manifestó entónces que no tenia parte alguna en la redaccion del libelo de Pope, que lo desaprobaba, y que si Dennis lo ponía en el caso de replicarle, sabria observar en su respuesta los respetos y consideraciones que son debidos entre caballeros. Estas palabras, que se apresuró á comunicar á Dennis,

mortificaron á Pope grande y profundamente, y, en nuestro concepto, á ellas debe de atribuirse aquel odio inextinguible que demostró despues en todo á su ántes tan aplaudido y admirado José Addison.

XXXVII.

El mes de Setiembre de 1713 dejó *El Guardian* de publicarse. La política traia desvanecido á Steele, que ya no se preocupaba de otra cosa; y como en las elecciones generales que acababan de verificarse lo designaron por su representante los de Stockbridge, llegó á persuadirse de que representaria principalísimo papel en el Parlamento, fiado acaso en el éxito inmenso que tuvieron el *Tatler* y el *Spectator*, sin advertir que, si bien habia sido editor de ambos periódicos, debieron éstos toda su influencia y popularidad al claro ingenio de su amigo. Y se hallaba de tal modo excitado por la vanidad, la ambicion y los odios políticos su carácter irritable y violento, que cometia diariamente ofensas á cual más grandes contra el buen gusto y el buen sentido; excesos que lamentaban y reprobaban los hombres razonables de su partido. «El pobre de Steele me causa mil inquietudes, decia José Addison, y temo mucho que su celo por el bien público tenga para él muy peligrosas consecuencias, pues me avisa de que se halla resuelto á no hacer alto en su camino, y de que cuantos consejos pudiera yo darle acerca del particular serán en vano para contenerlo.»

Llevado de sus inclinaciones, fundó un diario político intitulado el *Englishman*; mas como Addison no quisiera colaborar en él, fracasó completamente

la nueva empresa. Y como, por otra parte, los escritos de Steele y sus fanfarronadas continuas durante la primera legislatura del nuevo Parlamento lo indispusieran por completo con los *tories*, determinaron excluirlo de la Cámara de los Comunes, siendo inútiles cuantos esfuerzos hicieron los *whigs* para salvarlo. Todos los hombres imparciales acusaron entónces á la mayoría por esta causa de haber abusado brutalmente de su poder; pero si la violencia y la locura de Steele no justificaban la ilegalidad cometida por sus adversarios, fueron eficaces á que sus amigos se apartaran de él, y á que nunca jamás reconquistara en la estimacion pública el rango que le hicieron perder.

Por aquel tiempo se propuso Addison añadir un volúmen al *Spectator*, y, en efecto, el mes de Junio de 1714 pareció el primer número de la nueva serie, que continuó publicándose durante seis meses cada ocho dias. Nada tan notable ciertamente como la diferencia que ofrecian los números del *Englishman* y los del octavo tomo del *Spectator*, aquéllos por Steele sin Addison, y estos por Addison sin Steele, hoy olvidados los primeros y presentes todavía los segundos en la memoria de las personas ilustradas, por contener sin duda los más bellos *Essays*, graves y jocosos, que se hayan publicado en lengua inglesa.

XXXVIII.

A punto casi de terminar Addison este volúmen, ocurrió la muerte de la Reina, produciendo una revolucion completa en la administracion de los negocios públicos; y como sorprendió por lo impre-

visto el golpe á los *toríes*, que se hallaban divididos, no pudieron siquiera intentar un gran esfuerzo para rehacerse y reconcentrarse. Harley acababa de caer en desgracia, y aunque la opinion pública proponia casi unánime á Bolingbroke para ocupar el cargo de primer ministro, la Reina entregó la vara blanca, estando ya en el lecho de muerte, al duque de Shrewsbury, y dió término con este acto á su vida pública. En aquel punto formaron una coalicion todos los hombres políticos partidarios de la sucesion protestante, y Jorge I quedó proclamado Rey, poniéndose al frente de los negocios hasta la llegada del nuevo monarca un Consejo compuesto de los *whigs* más importantes, y apresurándose los *lords-justices* á nombrar por su secretario á José Addison. Despues, cuando Jorge I hubo tomado pacificamente posesion de su reino, y dado mayoría los electores á los *whigs* en el nuevo Parlamento, Sunderland fué á Irlanda de lord lugarteniente, y Addison volvió á Dublin en calidad de primer secretario del despacho.

En Dublin debia encontrar Addison á Swift. ¿Cómo se conducirian respectivamente uno con otro? hé aquí la pregunta que se hacian todos en las esferas políticas y literarias, sabiendo que las opiniones de ambos fueron idénticas en un principio; que se trataron en Lóndres y en Irlanda; que se apreciaban en su justo valor mutuamente, y que luégo dejaron de frecuentarse. Pero si los *whigs* abrumaban á nuestro Addison con favores positivos, no hacian lo propio respecto de Swift, limitándose á convidarlo á su mesa y á colmarlo de alabanzas, pues temian fundadamente causar escándalo entre las gentes, adelantando en las dignidades eclesiásticas al autor del *Cuento del tonel* (*Tale of á tub*). Swift, que no

comprendia los motivos que pudieran tener Halifax y Somers para no deferir á sus ruegos, se creyó víctima de la ingratitud de sus protectores, y sacrificando su honra y sus principios al placer de la venganza, se afilió al partido *tory*. Empero la Reina y los principales dignatarios de la Iglesia lo detestaban de tal modo, que áun despues de su sacrificio, sólo venciendo dificultades insuperables casi, pudo alcanzar un beneficio eclesiástico poco lucrativo á condicion de ir á Dublin, lugar que aborrecia. La diferencia de sus opiniones políticas ocasionó entonces un resfriamiento temporal entre Swift y Addison, los cuales, si no rompieron, interrumpieron sus relaciones. Pero si parece natural á todos que Addison, incapaz de calumniar y de insultar, no insultara ni calumniara entonces á Swift, ¿quién no se sorprenderá de que Swift, á cuya desenfundada procacidad jamás puso respeto la virtud ni el mérito de ninguno, y que parecia gozarse, como acontece generalmente con los renegados, en hacer blanco de sus ataques más acerbos á los antiguos correligionarios, guardara siempre tanta circunspeccion y mesura, y tanta simpatía y consideracion hácia José Addison, cuando éste se abstenia de su trato?

XXXIX.

Pero las cosas eran muy otras cuando Addison halló á Swift en Dublin. El advenimiento de la casa de Hannover habia puesto en Inglaterra para siempre las libertades del pueblo al abrigo de la tiranía, y asegurado en Irlanda el triunfo del partido protestante; y como Swift inspiraba odio y mala vo-

luntad á sus afiliados, no solamente fué víctima de atropellos indignos en las calles de Dublin, que lo pusieron en el caso de necesitar escolta de hombres armados cuando salia de paseo por las afueras, sino que, al llegar Addison, recibió aviso de ser muy circunspecto y reservado, ya que no desatento, con el dean de San Patricio. Mas el digno escritor contestó á estos advertimientos diciendo «que si los hombres políticos cuya fidelidad pueda ser sospechosa no deben sostener relaciones con sus adversarios, aquellos que siempre y en todo tiempo han permanecido inquebrantables en sus opiniones en medio de los mayores desastres de su partido, tienen perfecto derecho, cuando triunfan á su vez, á tender la mano á los amigos que pelearon bizarramente á su vista en las filas de los vencidos;» nobilísimas palabras, reflejo de su conducta hidalga y generosa, que fueron bálsamo bienhechor para las heridas que atormentaban cruelísimamente al contrariado Swift; y con esto los dos grandes satíricos volvieron al comercio de su amistad antigua.

Los compañeros de Addison, que profesaban sus mismas opiniones, participaron de su buena suerte. Tickell fué con él á Irlanda, donde Budgell obtuvo tambien un empleo lucrativo. Ambrosio Phillipps quedó colocado en Inglaterra. En cuanto á Steele, se habia comprometido de tal modo á fuerza de locuras y excentricidades, que no hubo medio de darle aquello que creia merecer. No obstante, le otorgaron una ejecutoria de nobleza, lo nombraron para un oficio palatino vacante, y, andando el tiempo, le hicieron otras mercedes.

XL.

Addison no permaneció en Irlanda mucho tiempo. En 1715 permutó su cargo de secretario por otro en el Tribunal de Comercio (*Board of Trade*), y el mismo año puso en escena la comedia titulada *El tamborilero* (*The Drummer*), sin darla como suya, razón por la cual fué tal vez acogida con frialdad del público, pues más adelante, cuando se representó después de su muerte, sabiendo todos quién era el autor, alcanzó éxito extraordinario. No faltan críticos que sospechen no haber sido esta comedia obra de Addison; pero de nosotros diremos que, á pesar de ser inferior á varias producciones suyas, contiene muchos pasajes que ninguno de sus contemporáneos hubiera podido escribir como él lo hizo.

A fines de 1715, cuando los parciales de los Estuardos luchaban en Escocia contra la casa de Hannover, publicó Addison el primer número de un periódico intitulado el *Terrateniente* (*The Freeholder*), que por su mérito es digno de figurar en primera línea entre los escritos políticos de su autor, siendo el que más honra su carácter. Steele fué quien únicamente no supo apreciar cuánto valian la moderación y la benevolencia de que dió muestra su amigo, censurando con dulzura, en vez de hacerlo con acritud, á los estudiantes de Oxford que intentaron manifestaciones ruidosas en favor de los Estuardos, y llegó á decir que si bien estaba el *Freeholder* muy bien escrito, su autor «tocaba el laud en vez de tocar la trompa guerrera.» Al cabo, acaso impaciéntado con el éxito del periódico de Addison, determinó de hacer algo á su manera y sacó á luz el

Town-Talk, que debía de agitar la opinion pública, y yace hoy en el olvido más completo á pesar de los propósitos de Steele, del propio modo que su *Englishman*, su *Crisis*, su *Carta al Bailio de Stockbridge*, su *Reader*, y, en una palabra, que todo cuanto dió á la estampa sin la colaboracion del verdadero y principal redactor del *Spectator*.

XLI.

Poco despues de la publicacion de los primeros números del *Freeholder*, Pope y Addison rompieron completamente. Ni podia tampoco ser de otra manera, porque si Addison echó de ver el primer dia de sus relaciones con Pope que su carácter no era franco sino falso y malévolo, Pope á su vez creyó descubrir en Addison el feo vicio de la envidia; y aún quando no sea nuestro propósito entrar ahora en ciertos detalles de muy escaso interes para la generacion actual, no estará demas decir que Pope acusaba siempre á José Addison de haberle dado el pérfido consejo de no añadir un tercer canto á su poema del *Roño del Rizo*, y de ser autor, bajo el nombre de Tickell, de una traduccion de la *Iliada*, hecha expresamente por él en daño suyo. Estos fueron los dos agravios principales de Pope contra nuestro Addison; pero, si aquél tuvo sus razones para no seguir las advertencias de éste, ¿se sigue acaso de ahí que fuera su consejo malo de necesidad? y aún siendo malo, ¿habrá de inferirse que lo inspirasen motivos vergonzosos?

La experiencia demuestra con innumerables ejemplos que los poetas no deben retocar, y ménos añadir, aquellas obras cuyo éxito ha sido grande al

darse á luz, regla esta general á la que sólo concedemos una excepcion, que por lo mismo la confirma, y es precisamente la del poema citado del *Robo del Rizo* (*The Rape of the Lock*). Recuérdese ahora si los amigos íntimos de Walter Scott no le pronosticaron el fracaso de *Waverley*; si Harder no rogó y suplicó á Gōethe para que no tratara de asunto tan ingrato como *Fausto*; si Hume no intentó persuadir á Robertson de lo mal que hacía escribiendo la *Historia de Carlos V*; y por último, si el mismo Pope no estuvo convencido de que *Caton* fracasaria en el teatro. Pero Walter Scott, Gōethe, Robertson y Addison tuvieron todos el buen sentido y la nobleza de agradecer á sus amigos la rectitud de intenciones y el buen deseo que dictaron sus consejos. En cuanto al segundo agravio, todo bien considerado hasta en sus menores detalles, que son por cierto harto insignificantes para enumerados, no resiste siquiera al análisis más sucinto, bastando sólo decir en sustancia, para defensa de Addison, que no fué Tickell nombre supuesto, que Pope lo sabía, y que cuando en 1715 le habló de su traduccion, mediaron entre ambos las explicaciones necesarias á no dar en lo porvenir pretexto á cavilidades.

A nuestro parecer, Pope no era capaz de acusar en ningun caso á José Addison de faltas que no hubiere cometido en concepto suyo; pero si los hechos que afirmaba los creia ciertos, era porque sus pruebas las tenía dentro de su propio corazon, pues su vida entera no fué otra cosa sino prolongada serie de sutilezas tan viles y despreciables como las de que suponía culpados á Tickell y Addison para con él; que Pope pasó la vida puñal en mano y enmascarado, hiriendo en la sombra, calumniando é insultando á los hombres honrados, y sustrayéndose

después al merecido castigo de su infamia, merced á embustes, equívocos y subterfugios. Así publicó sátiras inmundas contra el duque de Chandos, Aaron Hill y lady Mary Wortley Montague; y cuando lo acusaron por ello, negó que fuera su autor con el atrevimiento y temeridad propios de su cinismo; cometiéndolo aparte de cuantos engaños y fraudes le fueron dictados de la malicia, la cobardía, la concupiscencia y la vanidad, otros muchos por el placer de mentir y engañar, y prefiriendo en toda ocasión, cualesquiera que fuesen sus fines, el camino tortuoso al recto y franco. Siendo así este hombre, necesaria y forzosamente debería de atribuir á la conducta de los demás los móviles indignos que inspiraban la suya, y por idéntico motivo fuera ocioso pedirle pruebas, pues no las daría verdaderas, sino falsas é inspiradas en la perfidia de su corazón.

XLII.

No se sabe de una manera positiva si los ataques de Pope determinaron al cabo á nuestro Addison á usar de represalias por la primera y última vez de su vida; pero es lo cierto que pareció por entonces un libelo en cierto modo agresivo, que hirió al autor del *Robo del Rizo* en lo más vivo, que un joven tan necio como disipador llamado el conde de Warwick dijo al poeta ofendido que Addison había facilitado los apuntes necesarios á su redacción, y que Pope, furioso con esto, puso en verso el retrato de Atlico, que ya tenía hecho en prosa, y lo envió á su antagonista. Sólo una de las censuras del vindicativo Pope merece ser tomada en consideración, y es aquella en la cual hace referencia el agraviado á

la costumbre, ó defecto si se quiere, que tuvo Addison toda su vida de dominar en un pequeño círculo de amigos íntimos inferiores á él, mas en cuanto á las otras imputaciones contenidas en la sátira de que hablamos, y que alcanzó con el tiempo tanta celebridad, ninguna descansa en pruebas, y la mayor parte son evidentemente falsas.

De todas maneras, es lo cierto que áun cuando Addison sintió el dolor de la herida que le hizo la sátira de Pope, y que pudo vengarse fácilmente con sólo quererlo, bien porque siendo grande su influencia en el Estado, una palabra suya hubiera sido bastante para hacerle pagar muy caro su catolicismo, bien porque manejando el arma de la crítica de manera temible, unas cuantas líneas de su mano habrían bastado para ponerlo en ridículo, describiendo hábilmente no más las deformidades de su cuerpo enfermizo, y los vicios y defectos de su ingenio, áun ménos saludable y recto que su cuerpo, Addison se contentó con insertar en el *Freeholder* un elogio pomposo de la traducción de la *Iliada*, y promover la suscripción de todos los eruditos de Inglaterra á obra tan notable; que «Pope, decia, está llamado á prestar á Homero idéntico servicio que Dryden prestó á Virgilio.» Desde aquel dia en adelante hasta el postrero de su vida siempre trató Addison á Pope, como su mismo enemigo reconoce, con estricta imparcialidad; mas no por eso reanudó sus antiguas afectuosas relaciones con él.

XLIII.

El descontento que produjo en el conde de Warwick el proyectado matrimonio de su madre con José Addison, debió sin duda más que otra causa determinarlo á denunciar á Pope su futuro padrastro como autor del libelo que debia de poner término á sus ya no muy cordiales relaciones de amistad. Era la Condesa viuda de la honrada y distinguida familia de los Myddleton de Chirk, y residia en Holland-House. No léjos de allí, en Chelsea, vivió Addison largos años en una casita que tambien habitó Nell Groyn; y aunque Chelsea es hoy día un barrio de Lóndres, y Holland-House puede considerarse como de la ciudad tambien, bajo los reinados de Ana y de Jorge I habia muchos campos en cultivo entre Kensington y el Támesis; pudiendo considerarse que, así la morada del escritor como el palacio de la dama, eran residencias campestres. Protegido acaso de la familiaridad que fácilmente logra establecerse con los vecinos en el campo, Addison intimó con lady Warwick, y movido de su buen natural, viendo que lord Warwick pasaba la vida persiguiendo á pedradas los serenos, rompiendo cristales y rodando en toneles vacíos por la cuesta de Holborn-Hill á pobres mujeres que hacia entrar en ellos por fuerza, intentó apartarlo de sus aristocráticas diversiones, inspirándole amor al estudio y á la virtud. Pero tan saludables consejos, sobre no aprovechar al discípulo, perjudicaron al maestro, pues el jóven lord siguió haciendo la vida de los calaveras de su tiempo, y Addison quedó prendado de la ilustre viuda. La cual, aunque ya no

fuera jóven, como aún estaba por extremo hermosa, y su rango, además, acrecentará las partes de su belleza, Addison la hizo asidua corte durante largo tiempo, aumentando y disminuyendo sus esperanzas en la misma proporción que la influencia de su partido, y llegando á ser tan conocido de todos sus amigos su amor á la de Warwick, que cuando realizó el último viaje á Irlanda, Rowe dirigió unos versos á «la Clóe de Holland-House» para consolarla de su ausencia.

Al cabo Clóe capituló; y como, por otra parte, Addison podía tratar ya con ella de igual á igual, pues sobre tener muchas razones para esperar más elevada posición política, por entónces había heredado á un hermano suyo que murió ejerciendo el gobierno de Madrás, y poseía una finca rústica magnífica en el Warwickshire, el mes de Agosto de 1716 anunciaron los periódicos «el casamiento de José Addison, *Esquire*, á quien sus obras en prosa y verso habían hecho célebre, con la condesa viuda de Warwick.»

Desde aquel punto pasó Addison á residir á Holland-House, el palacio particular de Inglaterra que ha servido de habitación á mayor número de hombres de Estado y de literatos distinguidos, y en uno de cuyos salones se ve su retrato. A juzgar de la pintura, los rasgos de su fisonomía fueron agradables y su color hermoso por extremo; pero el conjunto, ántes indica la dulzura de su carácter que la profundidad y el vigor de su espíritu.

XLIV.

Poco despues de su casamiento, Addison llegó al apogeo de su fortuna política. Porque, como dividiera en dos bandos lucha intestina el ministerio *whig*, triunfando al cabo en la primavera de 1717 la fracción de lord Sunderland, y retirándose vencidos con lord Townshend Walpole y Cowper, al recibir Sunderland encargo de formar Gabinete, designó á José Addison para el oficio de Secretario de Estado, no sin ofrecerle ántes los Sellos, que rehusó dando con esto muestra de su buen sentido, toda vez que no debía su encumbramiento político sino á su intachable probidad y á su gloria literaria.

Mas no bien hubo entrado en el Gabinete, comenzó su salud á decaer, poniendo en peligro su vida grave dolencia. Cuando se hubo repuesto, Vicente Bourne celebró su restablecimiento en versos latinos dignos de la pluma del mismo convaleciente. De allí á poco tiempo recayó, y en la primavera de 1718, como un fuerte ataque de asma le impidiera continuar ejerciendo su cargo, hubo de renunciarlo, retirándose á su casa. Le sucedió su amigo Craggs, jóven de mucho talento, y que si hubiera vivido habria llegado á ser el más formidable rival de Walpole. Los compañeros de Addison le concedieron una pensión vitalicia de 4.500 libras esterlinas anuales al separarse de él.

El reposo físico y moral que tuvo entonces pareció reanimarlo y restituirle la salud, y despues de dar gracias á Dios por el beneficio que le otorgaba «libertándolo juntamente de la carterá y del asma,» como le pareciese que con esto se abrian nuevos

horizontes á su vista, se propuso emprender varias obras de importancia, entre otras una tragedia sobre la muerte de Sócrates, una traduccion de los Salmos y un Tratado sobre las pruebas del cristianismo.

Pero la cruel enfermedad cuyos primeros ataques habia sentido, seguia progresando, y al reaparecer triunfó de todos los recursos de la ciencia. Aflige consignar, tratando de este asunto, que una serie de disgustos domésticos y políticos amargara los últimos meses de su vida; pues á dar crédito á la tradicion, la condesa de Warwick era tan altiva y dominante, que mientras Addison tuvo fuerzas para huir lejos de su mujer y de los salones magníficos de su palacio, llenos de recuerdos nobiliarios de la casa de Rich, fué á refugiarse cada dia en algun café donde pudiera reir á sus anechas, hablar de Virgilio y de Boileau, y apurar una botella de Burdeos en compañía de los amigos de sus buenos tiempos. Empero algunos habia perdido, figurando entre los más principales sir Richard Steele, quien suponiéndose postergado por los *whigs* olvidados de sus merecimientos y servicios, les tenia mala voluntad, y aún más á él que á ellos; y no pudiendo perdonarles tampoco la elevacion de Tickell, que á los treinta años fué nombrado subsecretario de Estado por Addison, mientras el editor del *Tatler* y del *Spectator*, el autor de la *Crísis*, el diputado por Stockbridge, que habia sufrido persecuciones por su inalterable adhesion á la casa de Hannover, al cabo de mucho pretender y de muchos desaires, tenia que contentarse ya en la vejez con una parte del privilegio del teatro de Drury-Lane, hizo públicas sus quejas en su famoso papel á Congreve, añadiendo que al posponerlo Addison á

Tickell incurrió en el resentimiento de otros *gentlemen*, y acaso no sea muy aventurado pensar que fuera el mismo Steele uno de los *gentlemen* más agraviados con este motivo.

XLV.

En tanto que sir Ricardo se lamentaba de la manera indicada en orden á los desengaños políticos en general y á la pretensa conducta de Addison en particular, surgió entre ambos nueva querella. Es el caso que sobre hallarse ya divididos los *whigs* en varias fracciones, se subdividieron aún en dos bandos con motivo del *bill* que tenía por objeto limitar el número de los Pares; medida ésta cuyo autor reconocido era el orgulloso duque de Somerset, primero por su rango entre los nobles á quienes su religion consentia tomar asiento en la alta Cámara, pero que fué concebida en realidad por el primer ministro.

Fuerza es decir que no sólo era malo el *bill*, sino que los motivos que determinaron á Sunderland á presentarlo labraron mucho en menoscabo de su honra; pero también será justo tener en memoria que lo defendieron los hombres más sabios y virtuosos de su tiempo. Lo cual no es tampoco extraño, pues el último gabinete de la reina Ana, como reconocian los mismos *tories*, abusó en concepto de los *whigs* indignamente de la prerogativa de crear Pares, con infracción manifiesta de la ley fundamental; porque si, conforme á la teoría de la Constitución inglesa, debian equilibrarse constantemente tres poderes independientes, á saber, la monarquía, la aristocracia y el pueblo, no era posible, sin caer

en el absurdo, colocar á uno de ellos bajo la tutela, ó, mejor dicho, bajo la dominacion de los otros dos, y es evidente que dejando ilimitado el número de los Pares quedaba la Cámara de los Lores á merced de la de los Comunes y de la Corona.

Steele se puso de parte de la oposicion, y Addison del Gobierno; el primero atacó violentamente el *bill* en un periódico titulado el *Plebeian*, y el segundo lo defendió á ruego de Sunderland en el *Old-Whig*, logrando vencer á su adversario, con razon ó sin ella, bajo el triple aspecto del estilo, del ingenio y de la cortesía, sin que por eso pretendamos nosotros que sea esta polémica lo mejor de sus obras.

Pero si en un principio los adversarios anónimos permanecieron dentro de los límites del respeto debido, al cabo Steele dió suelta sin poder reprimirse á la cólera, y lanzó una imputacion calumniosa sobre las costumbres de su contrincante. Addison replicó á seguida, y aunque no fué su respuesta cual merecia el ataque, hirió profundamente á Steele, quien á su vez contestó en términos de grande acritud. Addison no volvió á tomar la pluma para defenderse, porque como al asma que padecia hubiera sucedido la hidropesía, sintiendo acercarse su hora postrera, renunció á la disputa para consagrarse á luchar con la nueva enfermedad, cuyo estrago sufrió largo tiempo con heroica constancia. Cuando hubo perdido toda esperanza, despidió los médicos y se preparó tranquilamente á morir.

XLVI.

Confió sus obras al cuidado de Tickell, y algunos días ántes de morir las dedicó á Craggs en una carta, que fué la última produccion de su ingenio, y en la cual se descubre la dulce y encantadora elocuencia de los mejores artículos del *Spectator*, pues al hacer alusion á su muerte próxima, lo hizo en términos tan dignos, tan joviales y tiernos, que no es posible leerla sin sentir los ojos arrasados de lágrimas. En el mismo papel recomendaba eficazísimamente á Craggs los intereses de Tickell.

Cuando hubo escrito la carta dedicatoria envié recado á Gay para que fuese á verlo sin demora á Holland-House. Llegado que hubo, despues de acogerlo con el mayor afecto, Addison imploró su perdón, quedando Gay, hombre sencillo y bueno por extremo, turbado y suspenso, y sin poder adivinar de qué ofensa ó daño habria de absolverlo. Pero Addison ántes de morir queria descargar su conciencia del peso de una culpa que la remordia y abrumaba. Es el caso, que Addison creia recordar, repasando en su lecho de dolores las memorias de toda su vida, y pesando escrupulosamente los móviles de sus acciones, que habia impedido á sus amigos políticos que dieran á Gay un empleo porque hizo el elogio de Bolingbroke y estaba íntimamente relacionado con gran número de *tories*; de todo lo cual se arrepentía, deplorando haberse valido de su influencia en daño de un literato desgraciado, á quien pedía perdón de una culpa que Gay ni áun sospechaba siquiera en él.

Bien será decir ahora que la piedad de Addison

revestía un carácter de plácido contento, y que la idea culminante de sus escritos religiosos es la gratitud á Dios su bienhechor todopoderoso, que veló siempre y en todas las circunstancias de la vida por él, cuando niño y apenas sabía balbucear una oración, aceptando sus lágrimas inocentes como fervorosa plegaria; cuando jóven, preservándolo de las seducciones del vicio; colmándolo en la edad viril de bienes y venturas, cuyo precio subía de punto á sus ojos por haberle dado la divina providencia corazón agradecido para gozarlos y amigos íntimos para compartirlos con ellos, y apaciguando las embravecidas olas del golfo de Liguria, y purificando el aire pestilente de la Campania, y sujetando adheridos á las rocas del Monte Cenís los taludes para que no se desplomaran á su paso. Pero si así eran su devoción y su fe, no era ménos poética la leyenda piadosa que prefería entre todas, y es aquella en que representa el autor de los Salmos al soberano del universo bajo la forma de un pastor, cuya cayada va guiando el rebaño por entre landas áridas y tristes en busca de risueñas y fértiles praderas.

Con estos principios, que fueron los de toda su vida, fácil es comprender que su muerte sería tranquila y serena. ¿Quién no ha leído su entrevista con el hijo de lady Warwick? «Mirad y ved, Conde, cómo sabe morir un cristiano.» En efecto, hasta la hora postrera permaneció su ánimo sereno y penetrado de absoluta confianza en aquella suprema bondad á la cual atribuyó siempre la dicha y el bienestar de su vida, y espiró el 17 de Junio de 1719, cuando apenas tenía cuarenta y ocho años.

Estuvo Addison de cuerpo presente en la Cámara de Jerusalem, y despues lo trasladaron de noche á

la abadía de Westminster, donde lo recibió el obispo Atterbury, uno de los *torjes* que más lo amaron y distinguieron, y presidió el triste cortejo por las nave del templo, á la luz de las antorchas y entre los cantos de un himno fúnebre hasta la capilla de Enrique VII, quedando depositado su féretro junto al de Montague y en la bóveda de la casa de Albermarle. Algunos meses despues, recibieron sepultura por los mismos hombres, con las mismas ceremonias y en el mismo lugar los despojos de Craggs, al lado de los de Addison.

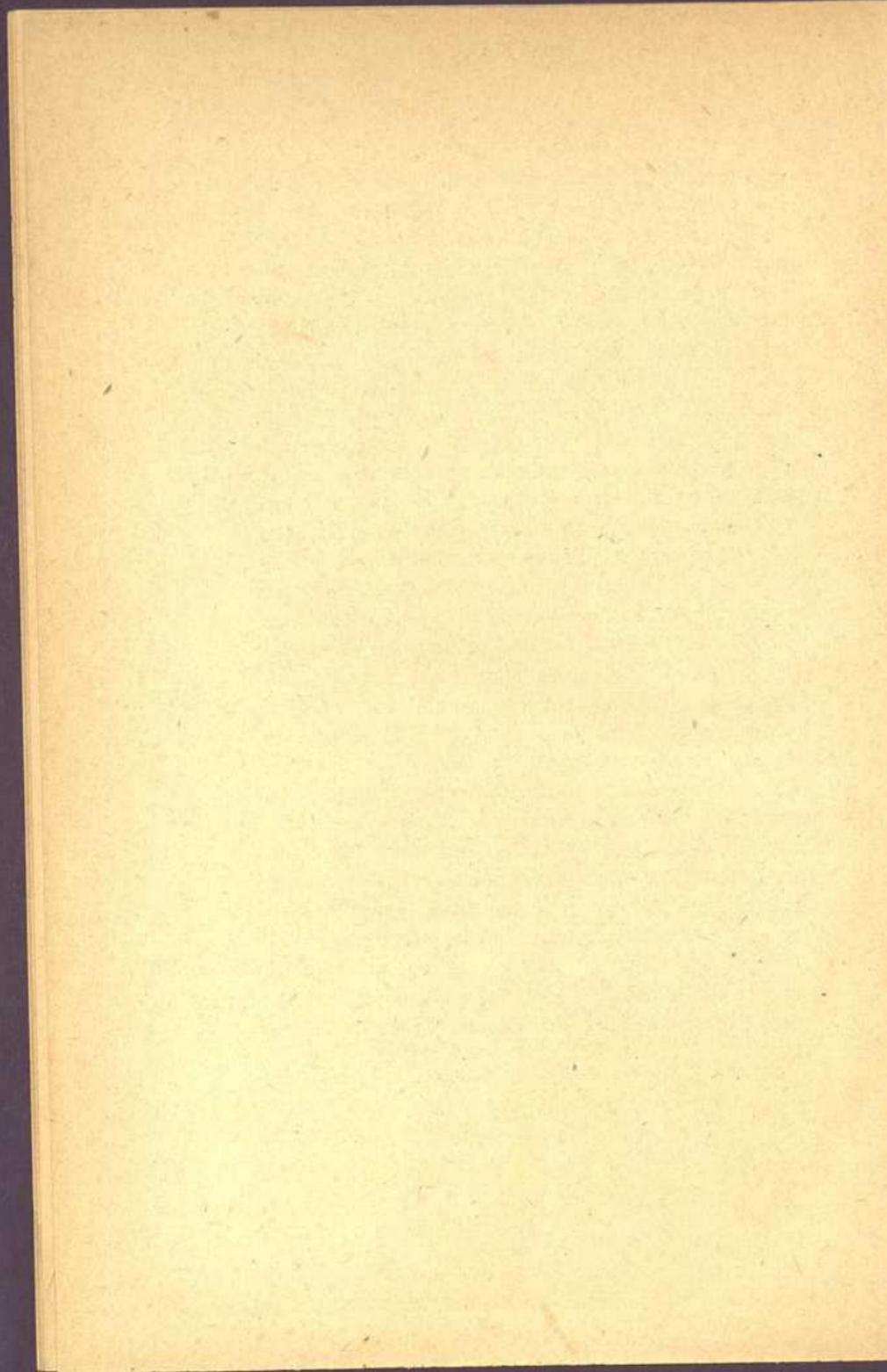
XLVII.

De los homenajes que se tributaron á la memoria de Addison sólo uno ha merecido pasar á la posteridad, y es la elegía de Tickell, composicion famosa que habria podido enorgullecer al más célebre de los escritores ingleses, y en la cual campea la viril grandilocuencia de Dryden y la elegancia y pureza de diction de Cowper. Este bellissimo poema sirvió de prefacio á la magnífica edicion de las obras de Addison que se publicó el año de 1721. Los nombres de los suscritores que contribuyeron á levantar tan espléndido monumento al literato insigne cuya biografía hemos trazado compendiosamente, demuestran que ya entónces gozaba su nombre de fama universal, pues vemos figurar en la lista la reina de Suecia, el príncipe Eugenio, el gran duque de Toscana, los duques de Módena, Parma y Guastalla, el dux de Génova, el regente de Francia y el cardenal Dubois. Empero con ser bella es muy defectuosa esta edicion bajo muchos aspectos, siendo

de lamentar que aún no exista una coleccion completa de las obras de Addison en Inglaterra.

No daremos de mano á nuestra tarea sin decir que ni la opulenta viuda de Addison, ni sus poderosos y aficionados amigos pensaron en conmemorar su recuerdo haciendo poner siquiera una lápida modesta en los muros de la Abadía. ¡Cosa singular! Sus obras habian conmovido y agitado de muy diverso modo á tres generaciones, cuando la veneracion pública remedió la extraña é inexplicable negligencia de quienes debieron estimar esto por el más principal de sus deberes. Por eso vemos ahora su estatua magistralmente cincelada en el Parnaso (*Poet's corner*) de Westminster, en el traje y la actitud que lo imaginamos cuando despues de haber escrito un artículo destinado al *Spectator* salia de su gabinete de Chelsea con las cuartillas en la mano, dirigiéndose al jardín para repasarlas á la sombra de un árbol. Demostracion era esta de gratitud y respeto que debia el pueblo inglés al hombre de Estado insigne y sin tacha, al consumado erudito, al escritor incomparable, al pintor ingenioso de la vida y de las costumbres de su tiempo; pero aún más la debia ciertamente al gran satírico, único entre todos que haya sabido emplear las armas del ridiculo sin abusar de ellas nunca, y que realizó una importantísima reforma social reconciliando el talento con la virtud tras prolongada y lastimosa separacion, durante la cual fueron compañeros inseparables, aquél de la licencia, y ésta del fanatismo.

FIN.

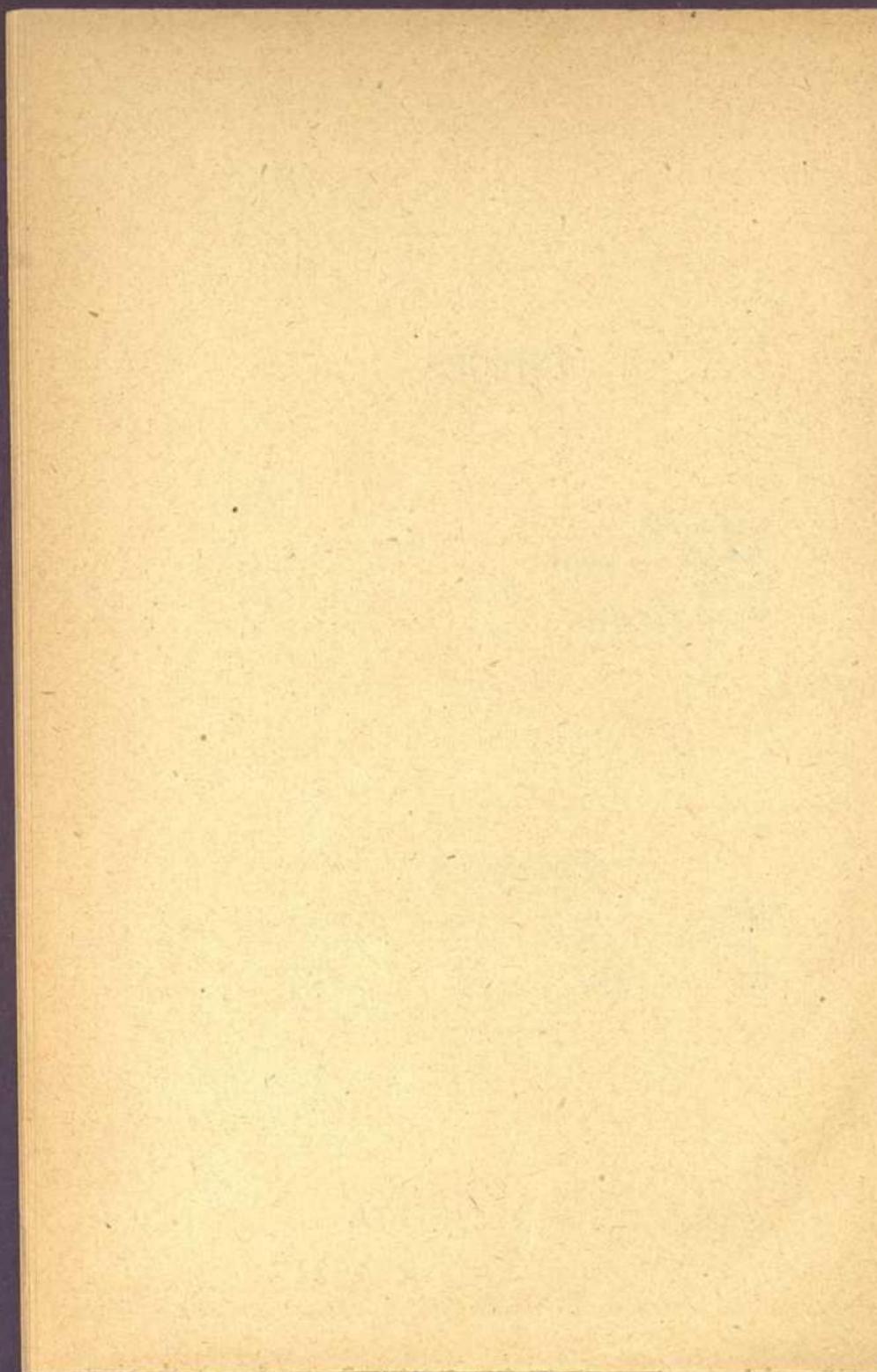


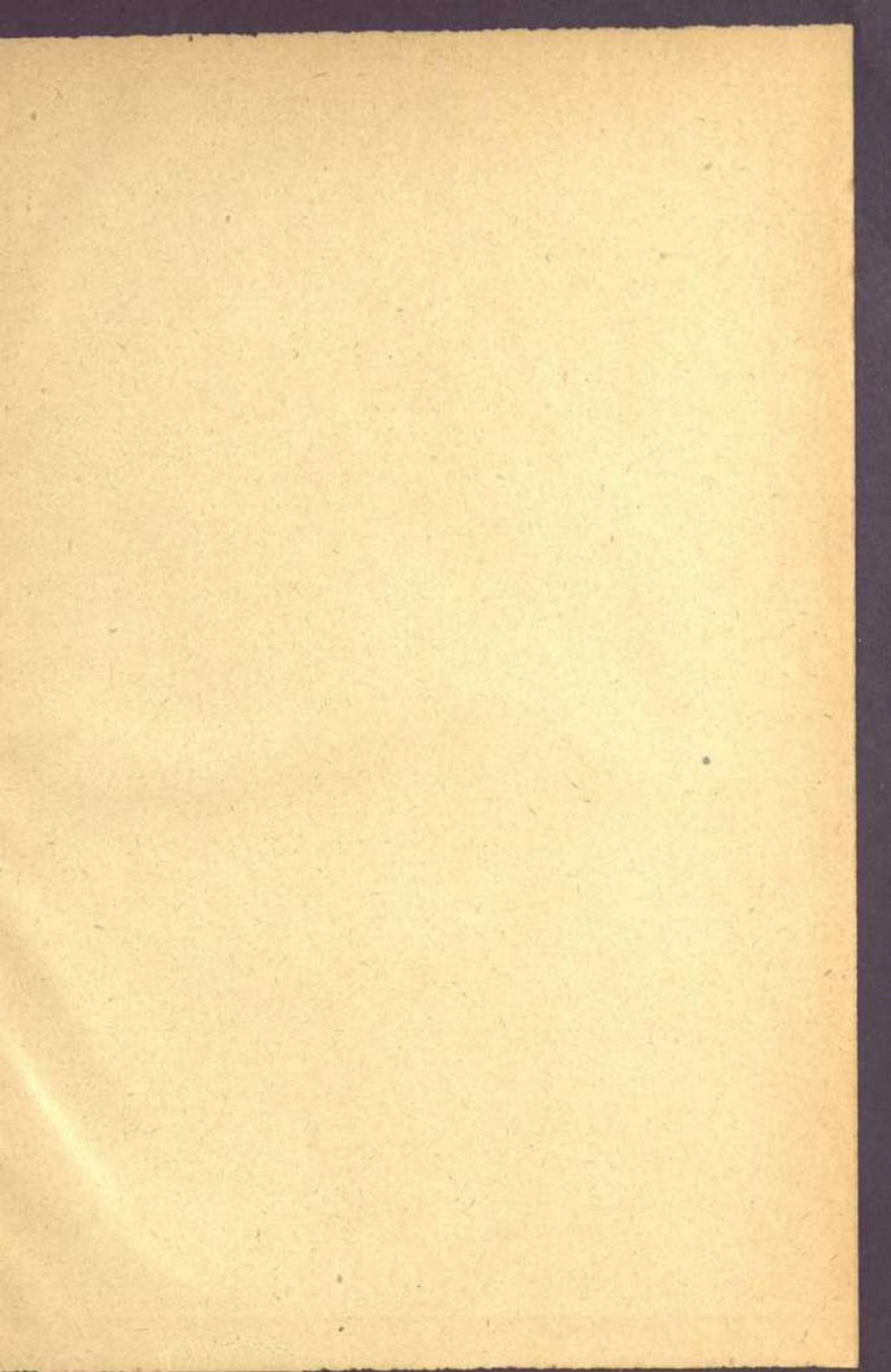
ÍNDICE.

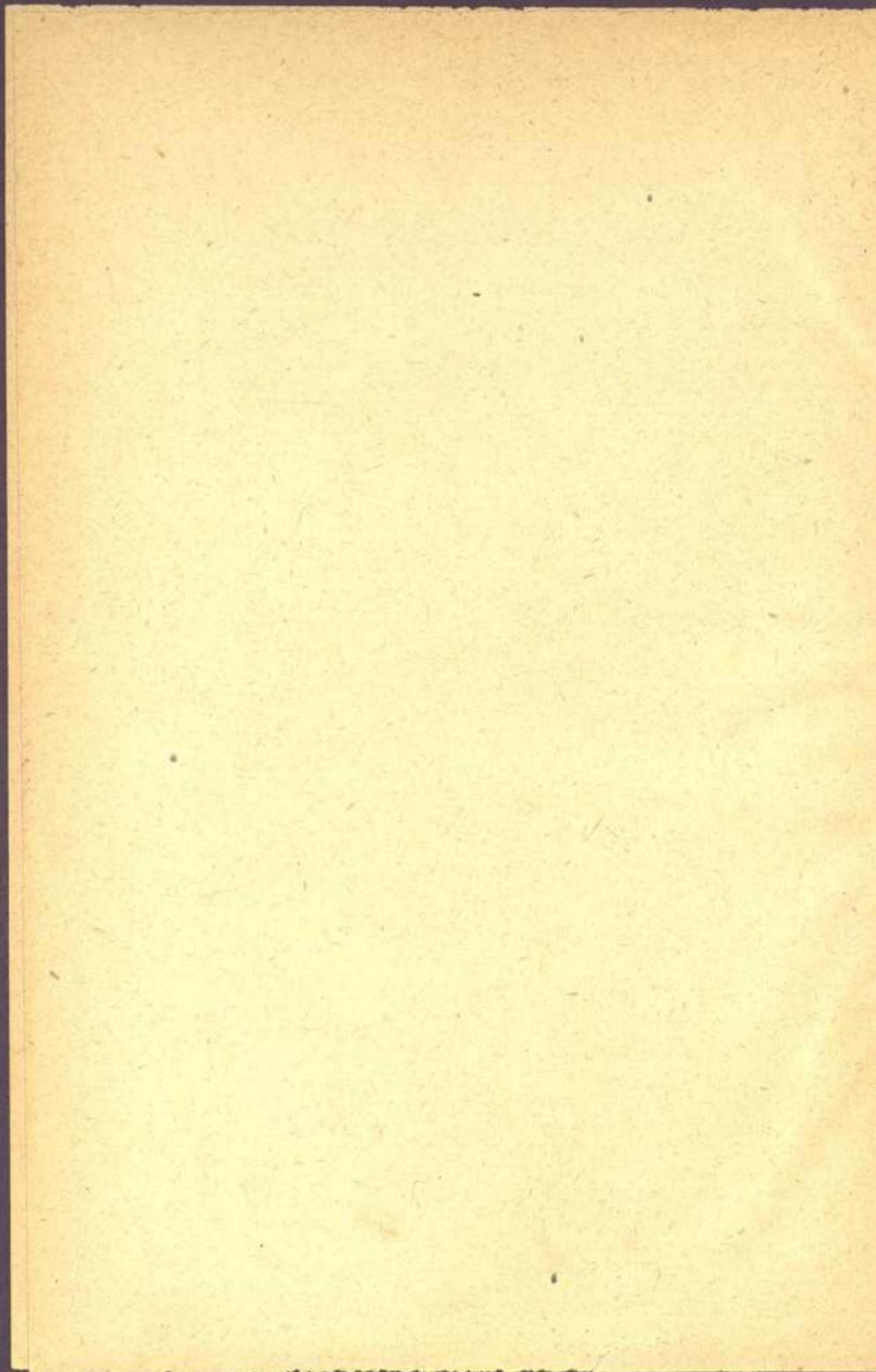
	<u>PÁGS.</u>
Lord Bacon.....	4
Burleigh y su época.....	489
Dryden.....	253
Addison y su época.....	304

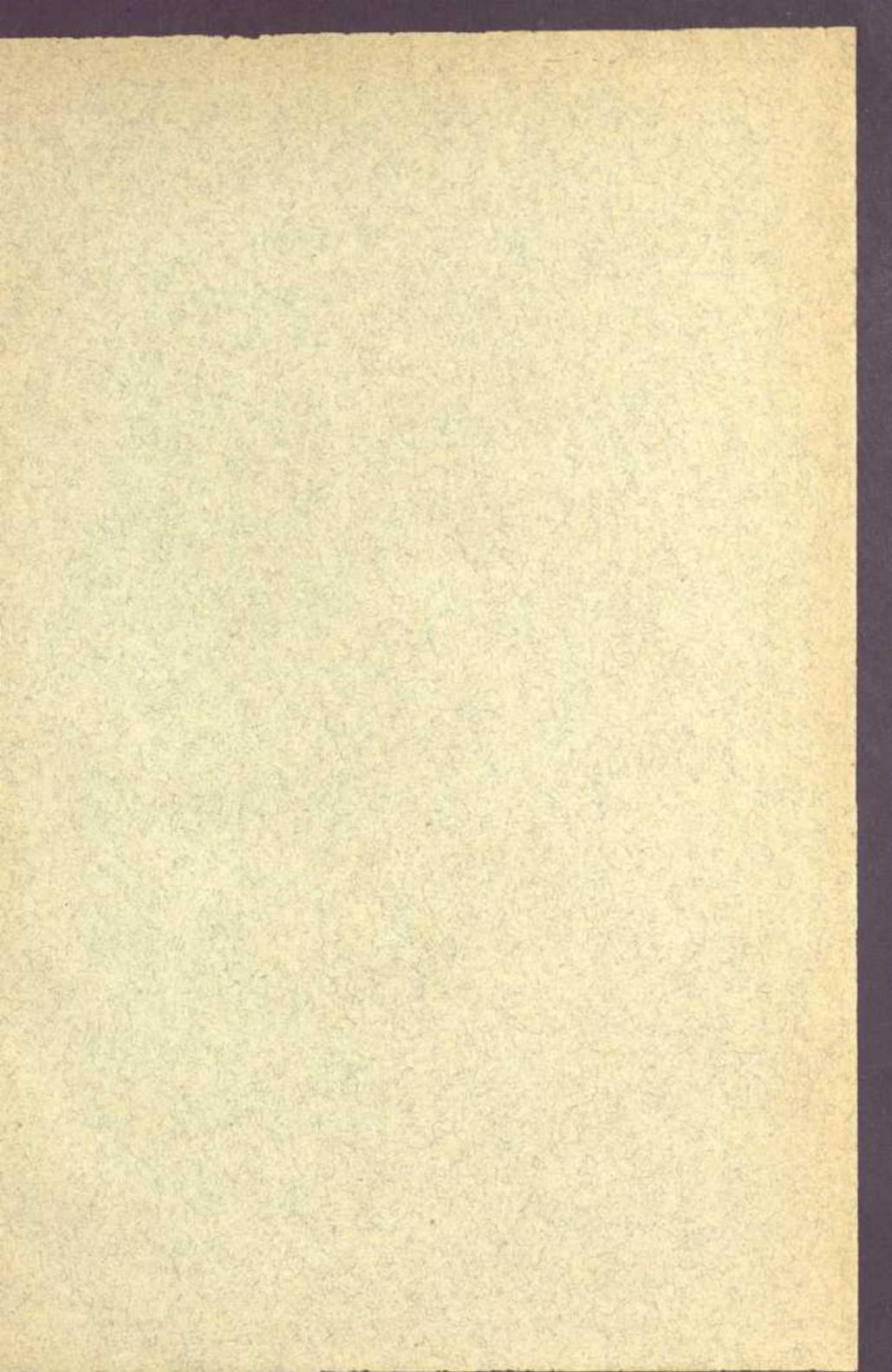
FE DE ERRATAS.

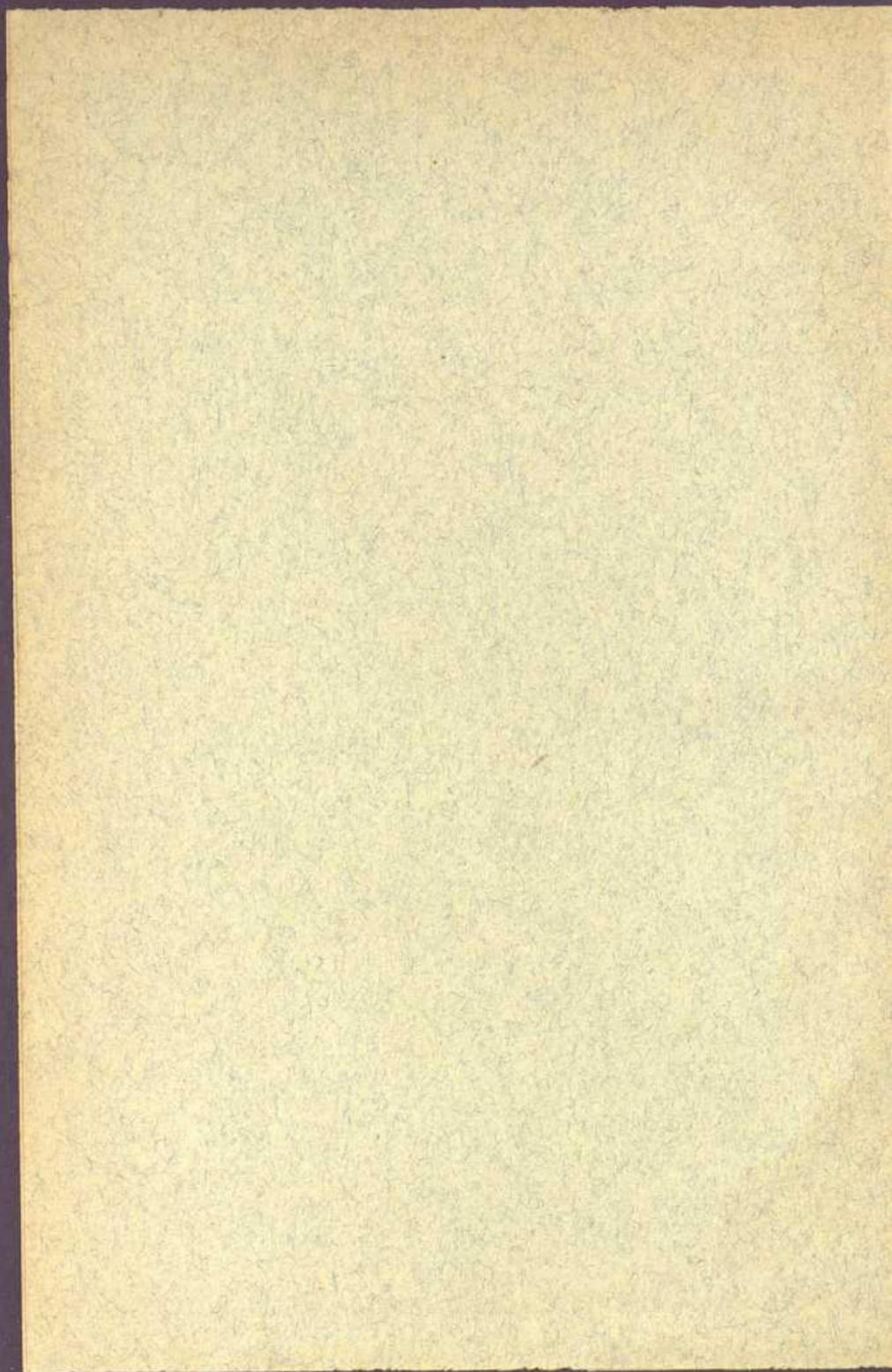
<u>Página.</u>	<u>Línea.</u>	<u>Dice.</u>	<u>Debe decir.</u>
80	28	cargo	oficio
224	Nota	Fill	Till

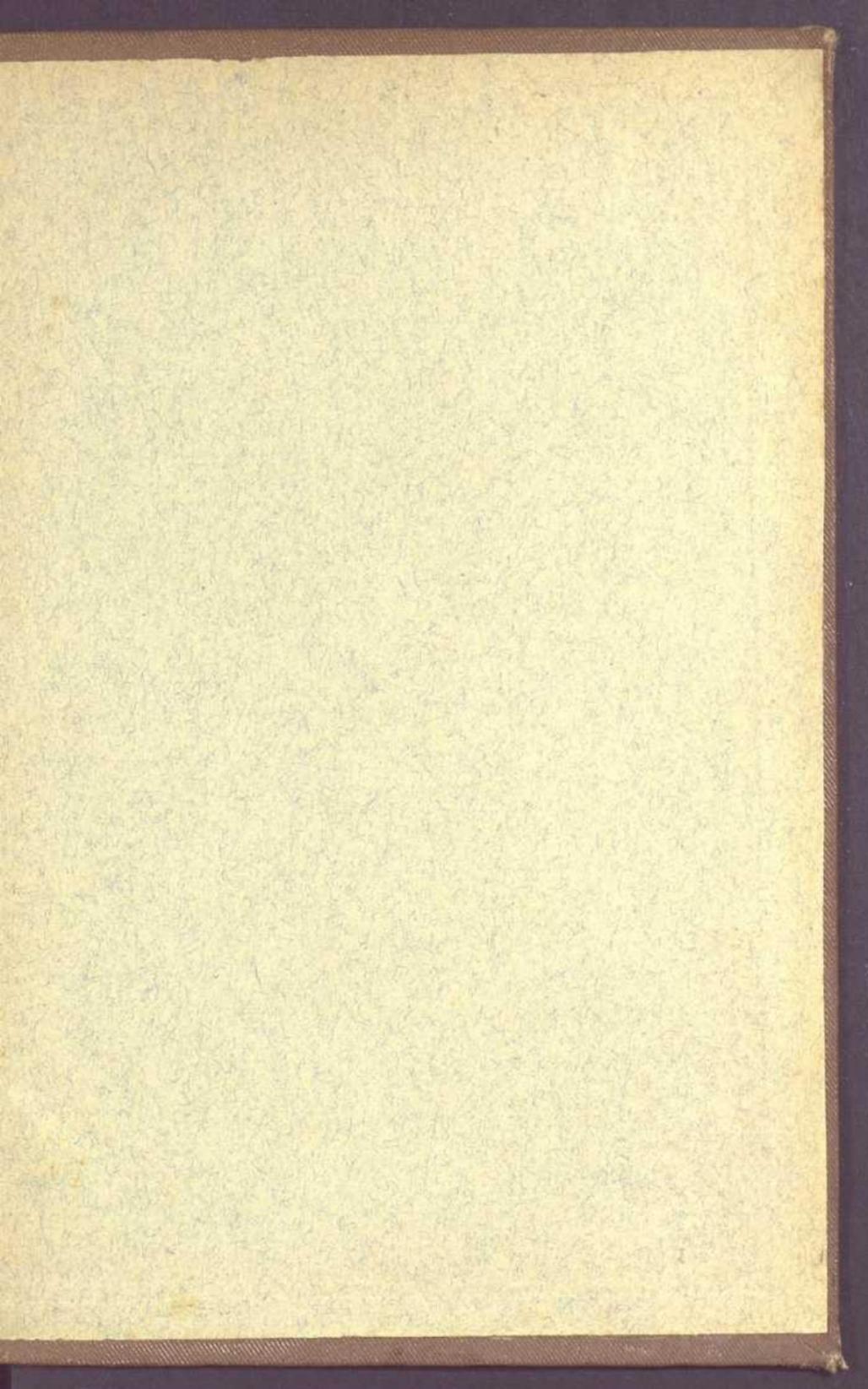


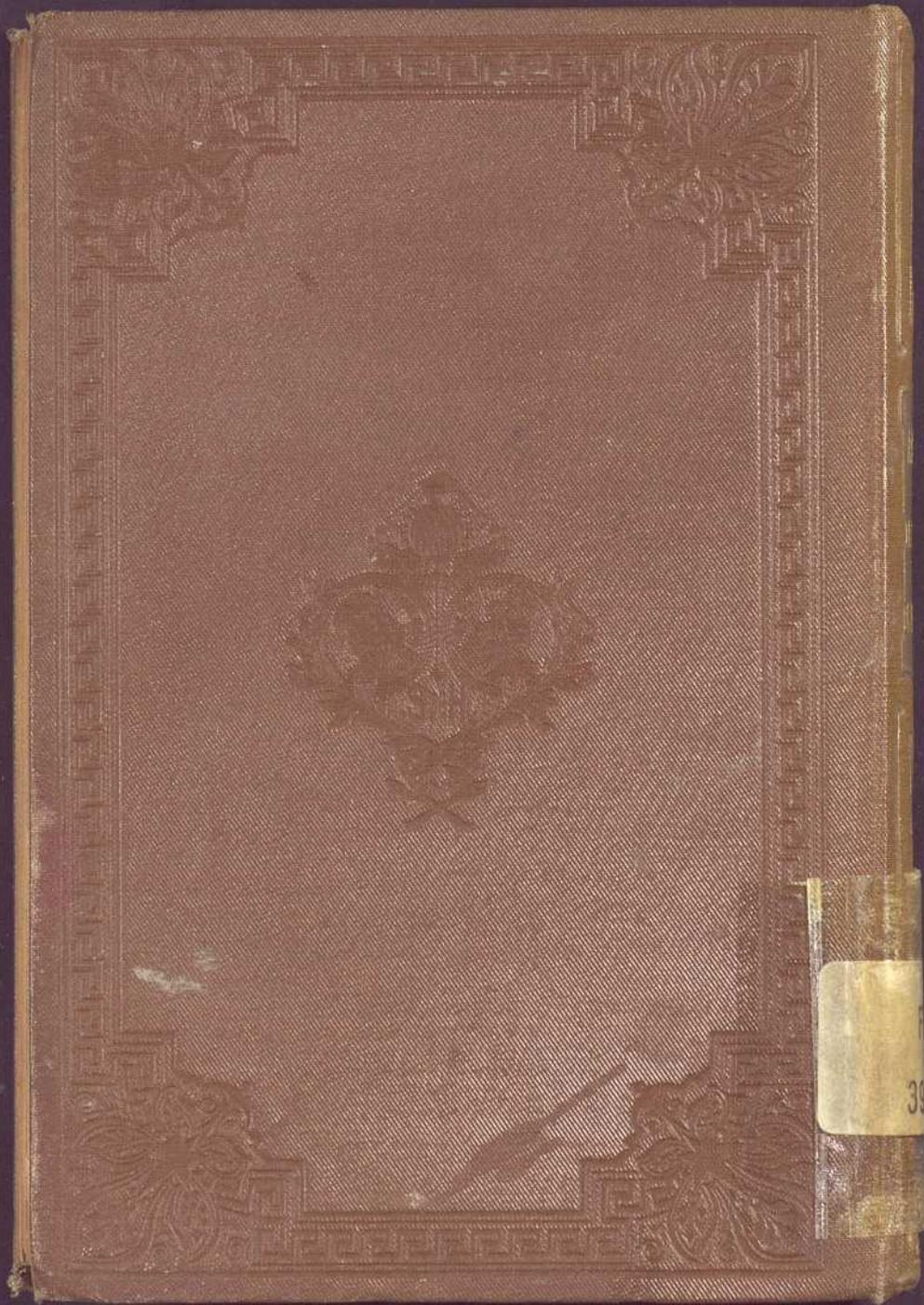














MAGUIA
ESTUDIOS
CRITICOS



F A

3902